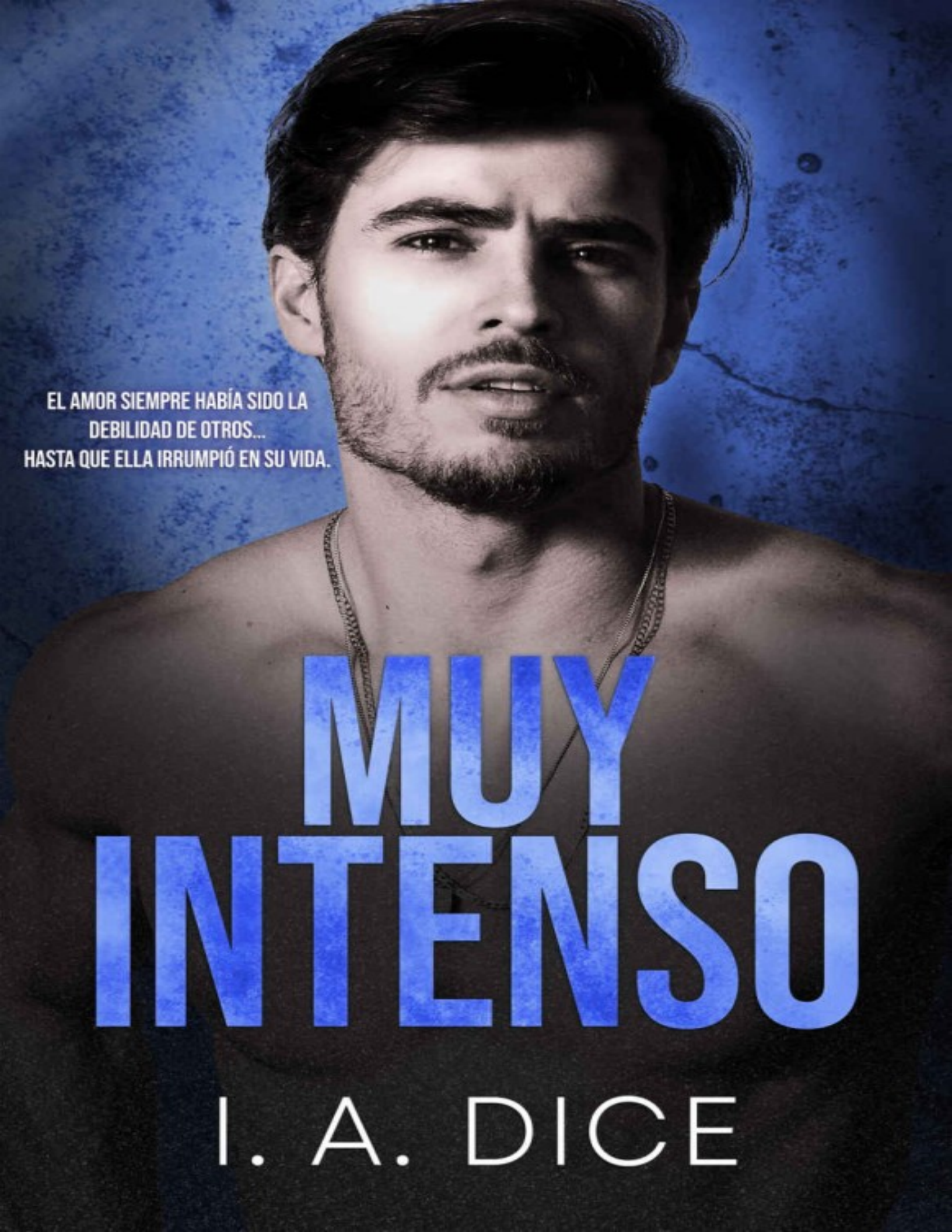

EL AMOR SIEMPRE HABÍA SIDO LA
DEBILIDAD DE OTROS...
HASTA QUE ELLA IRRUMPIÓ EN SU VIDA.
MUY
INTENSO
I. A. DICE

Copyright © 2025 by I. A. Dice

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta obra puede reproducirse, distribuirse ni transmitirse en cualquier forma o por ningún medio, sea este electrónico o mecánico, por fotocopia o grabación sin la autorización previa y por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos y hechos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con hechos o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

UNO

Thalia

—Aquí tienes tu uniforme. —Cassidy, mi supervisora esta bonita mañana, me extiende una falda de tablas blanca y un polo beige.

Ninguna de las prendas tiene la suficiente tela como para considerarse ropa como tal. La falda podría pasar por un retal sobrante de algún taller y no por un uniforme de trabajo. A no ser que trabajes de stripper, claro. Entonces sí encaja.

—¿Qué número calzas? ¿Un 36?

La pregunta tiene su gracia… porque la talla de ropa no me la ha preguntado. O hay una talla única para todas o la ha supuesto, y no muy bien si se piensa que entro en una XS. Aunque si tenemos en cuenta el polo escotado y la falda tan corta que resulta lasciva que lleva ella y el conjunto idéntico que tengo yo en la mano, me inclino por pensar que es una talla única en la que *tenemos* que entrar todas, u olvídate de trabajar aquí.

—Un 37 —digo.

Cass coge de la estantería unas zapatillas blancas de tela nuevecitas y una gorra beige de béisbol.

—Ve a cambiarte. El vestuario está por ahí. —Me señala la puerta al otro lado de la sala común para empleados y se saca una llavecita del bolsillo de su polo—. La taquilla catorce es la tuya. Empezamos en quince minutos, así que date prisa.

Mis pies se hunden en la moqueta marrón y mullida al cruzar la sala de aire viciado. Empujo la puerta y echo una miradita dentro, frunciendo el ceño. Me esperaba algo más discreto con unos cambiadores con cortina como en las tiendas, pero no. El vestuario

es un espacio abierto con taquillas apostadas alrededor de su perímetro y bancos de madera puestos en medio.

Una señora mayor, que está frotando los azulejos rosa claro de una ducha adyacente, alza la mirada cuando entro. Se seca las gotas de sudor que le brillan en la frente con un pañuelo y me sonríe mientras se lleva un mechón de pelo gris detrás de la oreja.

Le devuelvo la sonrisa y voy hasta mi taquilla. No soy tímida, pero quedarme en ropa interior sabiendo que cualquier otra empleada puede entrar en cualquier momento me pone un poco nerviosa. Me embuto en la falda cortísima que apenas me tapa el culo antes de ponerme el polo y quejarme en voz alta al ver mi reflejo en el espejo largo de la pared. El escote en uve termina en la parte baja de mi esternón, dejando a la vista mis pechos apretujados, cortesía de la camiseta ceñida. Hasta las bailarinas de *pole dance* del club en el que trabajaba hace unos años llevaban más ropa al retorcerse alrededor de la barra que la que llevo yo ahora para servir cervezas, agua y refrescos en el local más sofisticado de Newport Beach.

Dejo la gorra de béisbol, cierro la taquilla y regreso a la sala común. La temperatura fuera roza los 26 grados, pero unas nubes encapotan el cielo de Newport Beach desde esta mañana, impidiendo que pase la luz del sol.

Menuda mierda.

Me decidí por California sobre todo por su clima y, fíjate tú, llevo dos días viviendo el sueño americano con cero unidades de sol en el horizonte. Tendría más posibilidades de conseguir un bronceado bonito en Grecia que aquí.

—Qué mona estás —me sonríe Cassidy mientras yo me recojo los rizos largos y oscuros en una coleta alta—. Estos próximos días acapararás toda la atención hasta que todos te conozcan. —Se reacomoda su coleta rubio platino antes de ponerse la gorra y guiarme más allá de las puertas dobles—. Hoy estaré yo para guiarte, pero mañana estarás sola y sin supervisión, así que presta atención. Los días de más trabajo son de viernes a domingo…

La boca se me curva en una sonrisa satisfecha a medida que muevo la cabeza de izquierda a derecha. El campo de golf ofrece una estampa idílica con sus dieciocho hoyos a lo largo de más de 40

hectáreas de un césped verde frondoso y a un tiro de piedra de la playa. Las fotos de su página web apenas le hacen justicia a este sitio.

Entre los miembros del club se encuentran celebridades y actores superfamosos. A juzgar por los coches de lujo aparcados fuera, puedo decir sin riesgo a equivocarme que todos los que juegan al golf nadan en dinero.

La única vez en mi vida que vi un Ferrari en Grecia fue en una excursión a Atenas con el colegio. Y, ahora, ya solo aquí, estoy viendo no uno sino *dos* Ferraris rojos. Que haya tanto ricachón me llena de esperanzas. Igual eso que leí en el blog «Confesiones de la chica del carrito» es verdad y dan buenas propinas.

Newport Beach no debería ser el destino de nadie buscando empezar una nueva vida. Aquí el coste de vida triplica la media nacional, pero los sueldos también son más altos, por eso decidí empezar aquí mismo un nuevo capítulo de mi vida.

Necesito hasta el último centavo para sobrevivir en Estados Unidos. Después de que me concediesen el visado, le dediqué mucho tiempo a investigar sobre diferentes destinos. California fue mi primera opción desde el principio, pero el condado de Orange o, más concretamente, Newport Beach, se alzó como vencedor porque a dondequiera que llamase para preguntar por una vacante me respondían que siempre estaban faltos de personal.

Mientras gane dinero, puedo mantenerme a flote.

La hostelería en California es un negocio próspero durante todo el año, pero lo es aún más en verano cuando los turistas vienen a alojarse en resorts increíbles y los mocosos con fondos fiduciarios vuelven a casa de sus universidades Ivy League para relajarse, salir de fiesta y derrochar el dinero de sus padres.

Hace cuatro días, metí toda mi vida en tres maletones y me subí a bordo de un avión en Tesalónica rumbo a Los Ángeles con escala en Zúrich y Múnich. Al escoger el vuelo de veintinueve horas en vez del de diecisiete me ahorré cuatrocientos dólares. Podría haberme salido aún más barato de volar en temporada baja, pero entonces no habría encontrado trabajo tan rápido.

Para cuando me admitieron oficialmente en el país en el aeropuerto internacional de Los Ángeles, ya no sentía las piernas y el viaje en bus de tres horas hasta Newport Beach no podía apetecerme menos, pero lo conseguí. ¡Viva!

Sin amigos ni familia que puedan ofrecerme un lugar donde quedarme durante unas semanas, me registré en el motel más barato que había con tan solo ochocientos dólares encima.

Hasta ahora, todo me está yendo de maravilla.

Tengo un trabajo y un techo sobre mi cabeza. Sí, es un techo apestoso y sucio, pero me adapto a lo que sea. He dormido en sitios peores que una habitación de motel que huele a perro mojado.

Como una celda, por ejemplo.

—¿Puedes trabajar los fines de semana? —Jared, el gerente, se nos une fuera.

Las gafas de aviador que descansan en el puente de su larga nariz ocultan el par de ojos de un azul apagado impresionante que me escudriñaron ayer durante la entrevista de trabajo. Lleva el pelo rubio ceniza repeinado hacia un lado, para completar la imagen de niño bien que dicta su ropa: pantalones de pinzas beige, parte de arriba blanca y un suéter ligero de color gris colgándole de los hombros. Está claro que es un atuendo pensado para causar impresión, porque este tiempo no amerita llevar un jersey.

—Puedo trabajar en cualquier turno —le aseguro. ¿Cómo ha podido un hombre de veintipico años hacerse con el puesto de gerente en el club de golf más pijo de todo el condado de Orange? —. Dieciséis horas al día, siete días a la semana, si es posible.

Se arrastra las gafas de sol hasta la cabeza, fastidiándose su peinado perfecto.

—Nueve horas al día, cinco días a la semana. De viernes a martes. Puede que te necesitemos en el bar cuando estemos cortos de personal, aunque, si te interesa, puedes cubrir a Cassidy cuando ella esté «indispuesta». —Hace énfasis en esta última palabra con una sonrisita.

No hace falta ser un genio para entender a qué se refiere. Por lo que parece, Cassidy sufre de resacas crónicas. Tiene veintitrés años, es uno más joven que yo, y parece ser toda una fiestera a juzgar por

su personalidad chispeante. Durante nuestra breve presentación, me hizo un resumen rápido de su vida: estudió fotografía, se mudó a Newport Beach a los dieciocho y sueña con abrir su propio estudio de fotografía. También mencionó que de normal la llaman Cass y no Cassidy.

Le devuelvo la mirada a Jared.

—Cuando me necesites, aquí estaré.

—Bien. Me gusta oír eso. —Tiene la vista fijada en la pantalla de su iPad—. Necesito un par de datos tuyos más, pero ya nos encargaremos de ello cuando termines por hoy. —Me mira de arriba abajo, pero no de una forma lasciva, sino cómo si estuviese evaluando un producto y preguntándose si venderá bien—. Déjate el pelo recogido, sonríe y, si quieres que te den buenas propinas, que no se enteren de que eres lista.

—¿Por qué no se pueden enterar de que soy lista?

—La mayoría de los golfistas quieren que las chicas de los carritos sean guapas, tontitas y se rían de sus chistes machistas y de mal gusto. Te dejarán buenas propinas si les gustas y puedes quedarte todo lo que te den.

En el blog que leo para informarme sobre lo básico de trabajar como chica del carrito se mencionaba a golfistas aborrecibles, pero hasta ahora creía que era una exageración bastante poco creíble para conseguir más visitas.

Parece ser que no.

Bah, da igual. Si las sonrisas amplias y monas equivalen a más propinas, que así sea. Después de dos días en Newport Beach, el contenido de mi cartera ha quedado reducido de forma oficial a cuatrocientos noventa dólares. El alquiler más barato que encontré anunciado en el Newport Gazette es de mil cuatrocientos dólares por un estudio diminuto y claustrofóbico a doce kilómetros del campo de golf.

Para abandonar el motel, tendré que ahorrar al menos el doble del alquiler de un mes, así que será mejor que empiece a practicar lo de esbozar una sonrisa convincente.

—¿Alguna pregunta? —inquiere Jared, echándole un vistazo al reloj de plata que le adorna la muñeca.

—De momento, no.

—Bien. Ven a buscarme cuando termines por hoy y completaremos el papeleo. —Vuelve a entrar con paso apresurado, como si llegase tarde a una reunión.

—Pues bien, empecemos. No nos queda mucho tiempo. —Cassidy rodea el carrito y recorre con los dedos los estantes y neveras donde se guardan las diferentes bebidas antes de dar comienzo a su monólogo y llenarme el cerebro de información—. Lo normal los findes es vaciar seis cajas de Bud Light, cuatro de Coors Light y dos de Corona. —Levanta los dedos para indicar los números como si le preocupase que no vaya a entender bien el idioma sin ayuda de un apoyo visual.

Continúa con su monólogo, señalando detalles importantes, explicándome cómo funciona el carrito y describiéndome a los golfistas con los que no debo coquetear si no quiero que me manoseen. Absorbo cada palabra como una esponja seca, tomando nota mental, hasta que dan las siete en punto y Cassidy arranca el carrito. Vamos rumbo al primer hoyo, donde cuatro hombres de mediana edad están listos para empezar a jugar.

—Buenos días, Cass —la saluda uno, aunque no la mira a ella. Tiene la mirada clavada en mí, inspeccionándome de arriba abajo con una ceja arqueada—. ¿Quién es la nueva?

Respiro hondo, sonrío con amplitud y me bajo del carrito de un salto. Me aliso la estrecha tela que me rodea las caderas, que en teoría es una falda, pero que no pasaría ni por un cinturón a ojos de mi abuela.

—Hola, Jerry —dice Cassidy con voz cantarina y dulce, batiendo sus largas pestañas mientras se enreda uno de sus mechones rubios con el dedo—. Esta es Thalia, está de prácticas.

Lo de parecer coqueta e inocente a la vez le sale de lujo. ¿Tendrá hueco para aceptar a una aprendiz? Me vendría bien contar con un par de as bajo la manga.

—Thalia —repite Jerry, probando cómo suena, con los ojos fijos en mis pechos que se asoman por el escote—. ¿A qué te dedicas, hermosa? ¿Vas a la universidad?

Alzo una ceja inquisitiva. Una cosa es tener que coquetear un poco y otra dejar que me coma con la mirada un hombre que perfectamente podría ser mi padre. O que en la primera frase que me dirijan ya me estén llamando «hermosa».

—Ya no —digo, tratando de hablar con un acento americano convincente, pero sin éxito. Cualquiera con un oído medio decente puede notar que no soy de por aquí—. Soy nueva en el pueblo.

Una fila de dientes inmaculados y blancos como la nieve se asoman entre los labios agrietados de Jerry.

—Qué acento tan interesante, déjame que adivine… —Vuelve a estudiarme con ojos entornados y escrutadores, deteniéndose en mis tetas como si su tamaño fuese a delatar mi nacionalidad—. ¿Eres de España?

—No, de Grecia.

Cassidy sirve a uno de los hombres, abriendo una botella de Corona con una facilidad innegable. Los amigos de Jerry acuden a su encuentro y sus ojos hambrientos me miran de arriba abajo como si fuese una novia por correo esperando a su futuro marido.

Por vergonzoso que resulte, admito que por un segundo de nada me planteé lo de registrarme en una de esas páginas web para conseguir los papeles; por suerte, me acabé apuntando al programa de lotería de visas. Y menos mal que gané o seguro que me habría casado con un hombre como Jerry en mi desesperación por huir de mi país. Grecia es un país encantador, lleno de gente fogosa… Una gente que desearía que yo me estuviese pudriendo en la cárcel o muriese de forma lenta y dolorosa en la hoguera.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta mesándose la barba uno de los amigos de Jerry, un hombre calvo de unos cuarenta años.

—Veinticuatro. ¿Qué puedo servirle? ¿Un refresco? ¿Cerveza? ¿Agua?

—Una botella de Coors Light, corazón.

«¿A las siete de la mañana?».

Me muerdo la lengua antes de que se me escape la pregunta. Si tiene o no un problema de alcoholismo no es asunto mío, así que le busco la cerveza e imito las acciones de Cassidy para abrirla, solo que con menos gracia.

Se acerca a nosotros otro golfista, igual de curioso por saber quién soy y de dónde vengo. Para cuando Cassidy y yo volvemos a la sala común para el descanso de las diez, me han preguntado por mi acento todas y cada una de las personas a las que he servido.

Mis rasgos mediterráneos y mi aparición repentina son las razones principales de que los hombres hayan pululado en mi dirección durante toda la mañana. Resulta evidente de un solo vistazo que no soy estadounidense, aunque nadie me lo ha preguntado directamente. Todos han esperado a que mi acento marcado delatara mis raíces, momento en el que se les dibujaban sonrisas sabedoras.

—Vas a ganar una fortuna en propinas —me dice Cass mientras reponemos las bebidas del carrito después del descanso—. No hemos tenido a una extranjera por aquí desde hace dos años. Y a los hombres les pirráis las europeas. Hace dos años, una polaca ganó tanta pasta en tres meses que se pudo pagar la matrícula completa de la universidad.

—¿En solo tres meses? —repito. Ni de broma ganaba cientos de dólares al día… Meto la mano en el bolsillo y saco mis propinas. Me empiezan a sudar las manos cuando veo que el billete que me dio Jerry, y que pensé que era de diez dólares, es en realidad de cien.

«Una propina de *cien dólares* de *un* solo hombre».

Tendría que trabajar nueve horas seguidas para ganar esta cantidad, pero él me metió el billete en el bolsillo del polo como si fuese calderilla. ¡Y ni siquiera coqueteé con él! ¿Cuánto dinero podría ganar si sonriese con más ganas?

Mi nerviosismo inicial desaparece para cuando llega el final del descanso. Estoy aquí para ganarme la vida; si para ello hace falta un poco de coqueteo inofensivo, que así sea. Llevo tres noches en el motel, pero estoy desesperada por alquilar un sitio que sea mío ya mismo, da igual que tenga el tamaño de una caja de zapatos. Las paredes de papel y la cama que probablemente esté plagada de ETS de mi habitación temporal me están volviendo loca. Estoy más que dispuesta a usar mi atractivo europeo para largarme de ese motel lo antes posible.

Para cuando llegan las cuatro, estoy agotada, pero se me levanta el ánimo cuando cuento las propinas. El fajo de billetes desplegado sobre la mesa hace que se me humedezcan los ojos. Hay trescientos sesenta y cinco dólares. He ganado el equivalente a tres días de trabajo en nueve horas.

Me trago el disgusto amargo que me quema la garganta y guardo mi conciencia bajo llave en una caja de puzle en algún rincón de mi cerebro. Este no es momento de ponerme digna e ir de autosuficiente. Es el momento de aprovechar todo lo que esté en mi mano para sobrevivir y construirme una nueva vida, a salvo de mi pasado cuestionable.

—Sí que has ganado dinero, ¿eh? —Cass golpetea el mostrador con sus uñas largas y rojas—. Oye, mañana por la noche voy a salir con mis chicas. Vente con nosotras. Estoy segura de que te vendría bien hacer alguna amiga.

Esta tía me cae bien. Hemos pasado nueve horas juntas, riendo y charlando. Es alegre, encantadora y sorprendentemente servicial. Y tiene razón: me vendría bien hacer algún amigo nuevo. Aceptar su invitación no es una jugada muy inteligente por mi parte, teniendo en cuenta que debería estar ahorrando hasta el último centavo, pero igual no me vuelve a invitar si digo que no, y nadie quiere estar más sola que la una. Yo siempre he sido una persona sociable, rodeada de amigos. Cuando me los arrebataron a la fuerza, cortesía de las esposas en mis muñecas y mi cara impresa en todos los periódicos del país, mi salud mental se resintió.

—Sí, suena genial. Gracias. ¿A qué hora y dónde nos vemos?

—Aún no hemos decidido a qué bar queremos ir. Pásame tu número y te enviaré un mensaje. Mañana me pedí el día libre, así que no nos veremos aquí.

Intercambiamos números y me despego el uniforme del cuerpo, volviendo a ponerme los pantalones cortos y la camiseta holgada antes de abandonar el club, lista para la caminata de ocho kilómetros de vuelta al motel.

DOS

Thalia

El recepcionista del motel me prestó una plancha después de que encontrase mis mejores prendas arrugadas al fondo de una de las maletas. La habitación tiene un armario que huele a bola de naftalina, pero prefiero no mover la ropa de las maletas. Ya me preocupa bastante de por sí lo de ir dejando un rastro de olor a moho allá donde voy como una sombra pútrida.

Planché las arrugas del conjunto que escogí para esta noche, un top corto negro de asas finas combinado con una minifalda de cintura alta y también negra. No he podido peinarme la masa de superrizos en nada más que la típica coleta aburrida y trillada. Me he planteado cortarme el pelo, pero mientras esté largo, pesa y los rizos se estiran en vez de encogerse en tirabuzones cerca de mi cara.

Cassidy y sus amigas se decidieron por un bar del puerto, a casi cinco kilómetros del motel. Es imposible que consiga llegar hasta allí en tacones sin acabar con los pies llenos de ampollas y ensangrentados. Y ese no es precisamente el look que buscaba para esta noche, así que me descargué la aplicación de Uber y ya he reservado un coche que me lleve hasta Tortugo, un bar de copas brasileño de la calle principal.

Calculé mal el tiempo que le llevaría al chófer traerme hasta aquí, por lo que ahora me encuentro en medio de la acera, sujetando el bolso con ambas manos, con la vista clavada en la puerta y veinte minutos de sobra antes de que llegue Cassidy.

Respirando hondo, empujo la puerta y echo un vistazo a la decoración mientras recorro el local hacia la barra del fondo. Suena una música latina de fondo como banda sonora para las

conversaciones animadas que llegan a mis oídos desde la mayoría de las mesas. Un aroma agradable y embriagador a tierra, flores de la pasión y caramelos me sopla en la cara a medida que el aire se mueve a mi alrededor. Los tonos terrosos y cálidos predominan en el espacio y hay cientos de plantas en macetas de arcilla a juego sobre el suelo, colgando del techo y ocupando las estanterías de metal oxidado de las paredes de ladrillos rojos.

Mis tacones repiquetean con alegría contra el suelo de hormigón desgastado mientras me acerco a la larga barra. Mis rasgos foráneos vuelven a captar las miradas y veo cómo varias cabezas se giran en mi dirección conforme paso al lado de sus mesas, sintiendo la mirada abrasadora de los hombres que escudriñan cada uno de mis pasos.

«Eres la definición de una belleza griega», me decía mi abuela a lo largo de los años. Yo no creo que sea para tanto. Soy guapa, sí, pero no una belleza.

—Buenas noches —me saluda el barman, remangándose su camisa blanca, medio oculta tras el chaleco a juego. Descansa los brazos sobre la barra y se inclina hacia delante para no tener que alzar la voz sobre el rebumbio que llena el ambiente—. ¿Qué te pongo?

En las cinco pantallas sobre la barra veo una larga lista de sesenta y ocho cócteles entre los que elegir. El barman se merece mi más sincera enhorabuena si sabe prepararlos todos. En casa yo tiraba por lo simple: cerveza, vino u ouzo. A veces, champán. Cuando yo misma trabajaba tras la barra, probé muchos cócteles mientras practicaba el arte de preparar esas copas coloridas, pero aquí solo tienen tres de esos cócteles, que son demasiado dulces para mi gusto.

—No estoy segura —digo, ignorando cómo se le curva ligeramente la boca ante mi llamativo acento—. Me gustaría tomar un cóctel que no sea ni muy fuerte ni muy dulce. ¿Qué me recomiendas?

—Prepárale una caipiriña —intercede un hombre, deteniéndose a mi lado—. Te gustará —añade cuando giro la cabeza, permitiéndome darle un buen repaso.

«Madre de Dios…».

Me he cruzado con muchos hombres apuestos a lo largo de mi vida y, conforme me asiento en mi nueva vida aquí, el número no deja de crecer: los estadounidenses están buenísimos, ¿pero este hombre? Tiene una de esas bellezas arrebatadoras que te erizan el vello y te ponen nerviosa. No es una belleza convencional de portada de revista; dudo que ninguna revista lo quisiese con esa larga cicatriz que le va desde la mandíbula hasta la ceja. La nariz, ligeramente torcida en el puente, debió de rompérsela al menos una vez en su vida y tiene otra cicatriz pequeña sobre el labio superior. En lo que a cicatrices compete, esta debe de ser la más sexy que he visto nunca.

El toque despeinado de su cabello castaño oscuro le añade diez puntos a su innegable encanto juvenil, aunque está claro que de niño no tiene nada. Es todo un hombre, de sangre caliente, pecho ancho y rezumante de testosterona. Parece como si hubiese empezado a peinarse, pero cambiase de opinión a mitad de camino, optando por pasarse los dedos por sus gruesos mechones y dejarlos desordenados. Le queda muy sexy.

Me siento cautivada por sus profundos ojos castaños, del color de un buen coñac, y salpicados por motas negras. Una barbita apenas perceptible enmarca sus labios carnosos, que ahora mismo está rozando con el pulgar de izquierda a derecha, a la espera de que yo hable. Mi cuerpo responde con un latido pulsante entre mis piernas.

¿Qué clase de hechizo es este?

Por el amor de Dios… Teoría confirmada: la lujuria instantánea existe.

Tras dieciocho meses de celibato, en los que no me han tocado, besado ni follado, mi lujuria está por las nubes. De hecho, ha alcanzado una altura récord, pero, a pesar de que no he dejado de relacionarme con docenas de hombres en el campo de golf estos dos últimos días, no me he visto afectada.

… Hasta ahora.

Noto que me arden las mejillas y rezo porque no pueda oler mi excitación como si fuese un animal en celo, desesperada por aparearse. Mis ovarios están jugando a un tira y afloja, la boca se me seca y el cerebro se me llena de imágenes de una pasión erótica

descarnada. Ya me lo puedo imaginar arrodillado delante de mí, con su boca sobre mi clítoris y sus manos encallecidas sujetándome las caderas.

Resulta intrigante y, lamentablemente, esa es una malísima señal. Los hombres como él se acercan a mujeres en los bares con una sola cosa en mente: follar. Y sí, mi cuerpo suplica por un hombre real y no el sustituto de plástico escondido en mi maleta, pero necesito algo más que una copa, una cara bonita y el hambre innegable que me recorre el cuerpo para aceptar semejante propuesta. Necesito una conexión un poquito más profunda. Saber su nombre. Y una hora para comprobar que no sea un sosaina, un psicópata ni esté casado.

—Gracias. —Me felicito para mis adentros, agradecida de que mi voz no delate la agonía amatoria que cosquillea mi centro—. Probaré eso —le digo al barman, apoyando la cadera contra la barra.

En vez de ponerse con mi copa, le pasa dos Budweiser y una Corona al hombre que tengo al lado, a pesar de que aún no le ha pedido nada. Debe de ser un cliente habitual, entonces. Lo que quiere decir que no es un turista, sino alguien de la zona.

—No te había visto antes por aquí —dice, dándole un buen trago a su Budweiser—. Soy Theo, ¿y tú…?

—Soy nueva en la zona.

Sí, puede que no sea yo una persona muy accesible.

El asomo de una sonrisa le tira de las comisuras.

—Tienes un acento interesante. ¿Eres española? ¿O italiana?

El barman pone un vaso alto sobre una servilleta, le mete dos pajitas en espiral y lo desliza hacia mí sobre la barra. Yo le extiendo un billete de veinte dólares, ignorando la pregunta de Theo. Veamos lo persistente que puede ser.

—Yo invito. —Theo me aparta la mano. El contacto con su piel resulta tan eléctrico como un cable pelado—. Añádelo a mi cuenta, Gary.

Su postura posee una cierta intensidad que me deja claro que he perdido la batalla por quien paga antes de que empiece.

—Gracias. —Me vuelvo a guardar el dinero en el bolso.

Por su ropa de diseñador y el olor a dinero que desprende, salta a la vista que puede permitirse gastar unos pavos en pagarle la copa a una chica que no se va a llevar a la cama.

Al menos, espero no acabar en su cama.

—¡Thalia! ¡Madre mía, estás hecha un pibón, tía! —prorrumpe Cassidy a mis espaldas. Un segundo más tarde, se planta a mi lado, me besa la mejilla y centra su atención en Theo con una sonrisa ladina y falsa en sus labios rosas—. Pírate, Hayes —le escupe con veneno.

—Ah, así que griega. —Theo ignora la evidente molestia de Cassidy—. Thalia es el nombre de una de las nueve musas. *Kalós orísate*[1].

—*Den písteva poté óti tha ákouga elliniká stin Kalifórnia*[2].

La sonrisa de Theo se ensancha, pronunciándole la cicatriz en la mejilla, pero no creo que haya entendido lo que le acabo de decir.

—No te emociones, *omorfiá*[3]. Solo conozco unas cuantas palabras.

Escuchar «omorfiá» saliendo de sus labios hace que se me enciendan los sentidos de un chispazo. Significa «belleza» en todo el sentido de la palabra.

—Vamos, las chicas llegarán enseguida. —Cass me agarra del brazo, dejándome la marca en forma de media luna de sus uñas rosas—. Ojalá te atragantes con la cerveza, Hayes —añade con dulzura, batiendo las pestañas y asomando su dentadura blanca por entre los labios mientras me arrastra a una mesa al otro lado de la sala.

Se sube al taburete y se reacomoda su vestido azul claro. Se ha vestido para causar infarto con su melena rubia recogida en un moño bajo y elegante y un delineado perfecto en los ojos. Es guapa en un sentido moderno y perfecto, con un cuerpo tonificado y una talla XS. Me apuesto lo que sea a que se pasa las mañanas en una cinta de andar con unas mallas ultra ceñidas, un sujetador deportivo y auriculares. Seguro que mientras se bebe un batido de proteínas y la cola de caballo le ondea de lado a lado, acariciándole los hombros… De ser cierto, estoy celosa.

Envidio a la gente que cuida de sus cuerpos y su salud haciendo ejercicio y vigilando lo que come. Yo me hago diez veces al año la promesa de dejar la comida basura, contar las calorías y hacer ejercicio, pero la cosa siempre termina igual: bajándome una pizza con una cerveza.

—Supongo que pasó algo entre los dos —aventuro, dándole el primer sorbo a mi copa. Se me ponen los ojos en blanco y casi gimo en voz alta. Está delicioso. Tiene un toque cítrico, no es muy dulce y no se le nota el alcohol. Cosa que, bien pensado, puede ser muy peligroso—. ¿Es tu exnovio?

—¡Pues claro que no! —Frunce los labios, taladrándome con la mirada como si la acabase de insultar—. Es un Hayes, cariño. Los hermanos Hayes no tienen novias. Te conviene mantenerte alejada de los siete, Thalia. Reconocerás que tienes delante a un Hayes en cuanto lo veas. No cuesta reconocerlos en una multitud, todos tienen el pelo oscuro, son altos y musculosos. Los tres más jóvenes son trillizos. —Echa una ojeada contundente a mis espaldas, meneando la cabeza e instándome a echar una miradita.

Theo está sentado en la mesa al otro lado del bar con otros dos hombres. A uno de ellos lo conozco: es Jared, el gerente del club de campo. El otro debe de ser hermano de Theo. Cass tiene razón, el parecido es inconfundible.

—Ese es Nico —susurra, como si tuviera miedo de que fueran a oírnos a casi treinta metros de distancia—. También están Shawn y Lo… —Se aclara la garganta con expresión contraída, como si le costara pronunciar el nombre—. Logan.

Ah, así que es a Logan a quien se la tiene jurada.

—Ya los conocerás mañana —prosigue—. Juegan al golf todos los domingos. Los trillizos tienen diecisiete, así que por ellos no te preocupes mucho.

¿Y por qué iba a hacerlo?

Son unos críos.

Menores de edad.

—De acuerdo, ¿y por qué son malos?

Cass pone los ojos en blanco de forma teatral y exagerada.

—No he dicho que sean «malos». Es solo que se creen los dueños del puñetero pueblo. Son unos ligones, Thalia. Todos ellos. Y de los peorcitos, además, porque se comportan como si fueras su mundo entero, pero en cuanto te acuestas con ellos, no te llaman, ni responden a tus mensajes, ni… —detiene su perorata, quedándose sin fuelle. Toma aire y transforma su ceño fruncido en una expresión sonriente—. No quiero que te hagan daño, eso es todo, ¿vale? Intento mirar por ti.

—Gracias. —Tomo su mano y entrelazo nuestros dedos. Puede que esté esbozando una sonrisa bonita, pero por dentro sé que está dolida—. Mensaje recibido.

Alto y claro, pero no soy ninguna ingenua. Por la forma en que habla de ellos, de Logan, en concreto, y el cambio en su tono y su lenguaje corporal, está claro que pasó algo. Debió de acostarse con él, esperando un felices para siempre que nunca llegó.

No tengo ni idea de por qué odia a los siete hermanos por algo que hizo uno. Tampoco entiendo por qué se esperaba un final feliz si estoy leyendo entre líneas correctamente. Salta a la vista que Theo es de los que no se compromete. Nico otro tanto de lo mismo, aunque desprende un miedo al compromiso mucho más fuerte, y me supongo que con Logan y Shawn debe de ser igual. Quieren sexo sin compromiso. Nada más. Dudo que les interese saber nada más que tu nombre.

Las amigas de Cassidy, Amy y Mary-Jane, llegan unos minutos más tarde. Ambas llevan unos vestiditos preciosos, el pelo perfectamente peinado y un maquillaje más apropiado para la pasarela que para una noche de chicas. Tras una breve presentación, me dejan sola para irse a la barra a pedirse una copa.

Newport Beach está lleno de gente guapísima, cosa que no debería sorprenderme. El dinero tiene el poder de convertir a cualquiera en modelo. A pesar de que aquí la gente vive una vida diferente y más llena de lujos que el resto del país, el noventa por ciento de los que he conocido hasta ahora parecen educados y amables. Mucho más amables de lo que me esperaba de unos ricos.

Theo capta mi atención cuando echo un vistazo a mis espaldas para ver cómo les va a las chicas. Golpetea el cuello de su Budweiser

con el dedo y señala la barra, pidiéndome de forma silenciosa que nos encontremos allí. Es una pena que solo le diese un sorbo a mi cóctel. Muevo la caipiriña ligeramente a la izquierda y golpeteo yo también el vaso para que vea que no he terminado ni de lejos.

La ligera sonrisa que asoma a sus labios me convence de apurar la copa. Theo es intrigante. Una contradicción con patas. Luce, huele y se comporta como el «ligón» que Cassidy le tildó de ser, pero sabe quién era Thalia en la mitología griega, por lo que debe de ser listo. Con base en mi experiencia, eso no es algo que ocurra a menudo.

Me genera curiosidad saber dónde aprendió las pocas palabras que sabe en griego. Y no tendré ocasión de preguntarle si termino mi copa a la vez que Cass y sus amigas. Después del venenoso «ojalá te atragantes con la cerveza, Hayes» de Cassidy, dudo que vaya a acercarse a mí si voy a la barra con las chicas.

Un minuto más tarde, vuelven a la mesa y disipan mis estúpidas preocupaciones; cada una de ellas trae una botella de *prosseco* y una copa de champán. Ni en sueños conseguiría yo arrastrarme mañana fuera de la cama si me bebiese una botella de vino espumoso. Por algún motivo, me afecta más que cualquier otra bebida alcohólica.

Las chicas hablan de ir de compras, del trabajo y del último año de universidad de Amy, incluyéndome en la conversación cada vez que es posible a la vez que intentan sonsacarme información sobre mi vida. Como con todo aquel con el que me he encontrado hasta ahora, sienten curiosidad por saber por qué me mudé a la otra punta del mundo yo sola, abandonando a mis amigos y familia.

Acabamos de conocernos, así que no creo que mis verdades truculentas sean la mejor formar de dar comienzo a nuestra amistad. Podría contarles que todas las personas a las que he querido me dieron la espalda, pero si les cuento eso, tendré que contarles lo otro y explicar el porqué. Y ni de coña. Ese es un tema que no voy a tratar con nadie a menos que no me quede otra alternativa.

Así que, miento. No profundizo mucho en mis respuestas y les vendo a mis nuevas amigas la historia aburrida pero creíble de que vine aquí buscando una vida mejor. Mientras tanto, no paro de beber

mi caipiriña, luchando contra mi estúpida curiosidad y esforzándome por no echar un vistazo a mis espaldas. Es más fácil decirlo que hacerlo. Durante unas cuantas ocasiones, al reacomodarme en mi asiento, capto un atisbo de Theo por el rabillo del ojo.

La cicatriz que le marca la mejilla no le resta a lo apuesto que está con sus vaqueros y la camiseta gris, que parece a punto de reventar por las costuras contra el bulto de sus bíceps, y a la gracia con la que se mueve cuando le da una palmadita en la espalda a Nico.

—Voy a por otra copa —anuncio, terminándome el último tercio de ésta como si estuviéramos a cuarenta grados y me estuviese deshidratando—. Ahora mismo vuelvo.

—Pídete una botella de *prosseco* —dice MJ, echándose el pelo sobre un hombro— y ahórrate tener que hacer más viajes, tía.

—No te interesa salir de fiesta conmigo cuando me bebo un espumoso. Créeme. —Giro sobre mis talones y veo que Theo ya se está poniendo en pie, mirándome a mí entre un mar de cabezas, y mi sonrisa se ensancha.

Le dice algo a Nico, cuyos ojos vuelan a encontrarse con los míos. Mantiene una expresión impasible, sin mostrar ni un ápice de emoción más allá de un meticuloso desinterés. El aura de seguridad aplastante que le rodea hace que se me pongan los pelos de punta, y no en el buen sentido. Es un hombre con el que no me gustaría pasar ni un minuto a solas.

Dejo el vaso vacío sobre la barra, reclamando la atención del barman.

—Ponme otro, por favor.

Un aroma masculino y especiado consume mis sentidos cuando Theo se detiene a mi lado, unos centímetros más cerca que antes.

—Veo que te gustó la bebida. ¿Te ha dicho ya Cassidy que salieses por patas?

—No con esas palabras exactas, pero podría decirse que sí.

Apoya un codo en la barra y gira el cuerpo en mi dirección como una invitación inconsciente.

—Entonces, ¿cómo es que no estás corriendo?

Le echo una miradita a mis tacones, provocando que él haga lo mismo.

—¿Alguna vez has visto correr a una mujer con tacones de doce centímetros?

—No, pero no me importaría verlo.

—¿Esa es tu manera sutil de decir que debería echar a correr o solo te preguntas si me estrellaría contra el suelo antes de alcanzar la puerta? —Me aparto unos rizos rebeldes de la cara—. Bromas aparte, no conozco a Cassidy lo bastante bien como para confiar en su criterio.

—Lo que quiere decir que tampoco confías en mí. —Hace girar una botella de cerveza sobre la barra con aire distraído.

—Ni un poco.

No tengo claro por qué lo encuentra divertido, pero la sonrisa que le florece en los labios le llega a sus ojos impresionantes.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Newport?

Aún no he tenido tiempo de hacer turismo ni explorar el pueblo, pero me pasé un año investigando diferentes ubicaciones en California. Y, sin duda, Newport Beach es donde me gustaría echar raíces.

—Dependiendo del trabajo, la salud y la suerte que tenga, unos cincuenta o sesenta años. Setenta como mucho, pero ya me parece pedir demasiado con mi estilo de vida.

Alza una ceja y se pone recto cuando vuelve a acercarse.

—¿Te han dado la residencia permanente?

—Puede que me la den muy pronto. —Ladeo la cabeza y me permito observar su cuerpo perfectamente tonificado de arriba abajo. La sombra de una sonrisilla autocomplaciente le retuerce los labios cuando nuestros ojos se encuentran—. ¿Te parezco guapa, Theo? ¿Divertida? ¿Interesante? —Contengo una sonrisa cuando las cejas se le juntan en el centro—. Creo que Las Vegas está a solo cinco horas de distancia. ¿Cuánto tengo que emborracharte para que digas «sí, quiero»?

Un único resoplido abandona sus labios, pero no es uno de diversión sino de horror.

Se echa hacia atrás con un respingo como quien se encuentra con un escalón inesperado.

—Relájate. —Me río y le toco el hombro, curiosa por saber si esa corriente eléctrica me recorrerá de nuevo. Sí, vuelve a recorrerme desde las yemas de los dedos directa a mi clítoris. Resistirme a este hombre va a ser todo un reto—. Tengo un sentido del humor un tanto raro. Gané la lotería de visas el año pasado.

Sacude la cabeza y la mortificación da paso a la diversión.

—A menos que estés dispuesta a echarte marido en un abrir y cerrar de ojos, no hagas esa broma muy a menudo. Te sorprendería la cantidad de hombres de mediana edad que hay dispuestos a casarse contigo.

Esta vez, el barman me entrega a mí el cóctel primero, antes de abrir una nevera grande y coger lo que le pidió Theo.

—De eso, nada —suelta Theo cuando meto la mano en el bolso para buscar mi cartera—. Invito yo.

—Es todo un detalle, pero…

—Pero nada, Thalia. Sonríeme, dime «gracias» en griego y ve con tus amigas. Cassidy está tan roja que igual sufre una combustión espontánea. —Sus ojos no se apartan de mi cara, así que no sé cómo puede saber tal cosa.

—*Efcharistó*[4]. —Agarro mi cóctel, pongo la mano sobre el vaso para impedir que se derrame el líquido y procedo a hacerle a Theo una breve demostración de lo que sería correr con tacones. Su risa suave acelera los latidos de mi corazón.

—¡Ay, Dios mío! —chilla Amy cuando me subo a mi taburete y cuelgo el bolso en el respaldo—. ¿Necesito ponerme gafas o de verdad acabo de ver a Theo Hayes tirándote los trastos?

—¡No me ha tirado nada! —exclamo un poco demasiado alto.

Se me quedan mirando durante un segundo antes de estallar en carcajadas. MJ se ríe tan fuerte que se le saltan las lágrimas. Cuanto más se intensifica la confusión en mi cara, más fuerte se ríen, atrayendo la atención de todos los que tenemos cerca.

—Supongo que te he entendido mal… —digo—. ¿Te importa explicármelo?

—Tirarle los trastos a alguien significa ligar.

—Ah, sí. Perdón, a veces me confundo con las palabras y no entiendo todas las expresiones. Entonces, ¿eso quiere decir que estaba coqueteando conmigo?

Cass me echa un brazo sobre los hombros, arrimándome a ella.

—Sí, cielo. Theo estaba coqueteando contigo al cien por cien. Si le dieses luz verde, te comería entera aquí y ahora.

Esa no es la mejor imagen mental que darle a mi imaginación vivaz. Mi cerebro se aferra a la idea, desarrolla un argumento tentador con personajes redondos y la transforma en una fantasía detallada y completa.

Pauso el video erótico e inapropiado para disfrutarlo en otro momento, cuando esté a solas con mi amigo de silicona y lista para sacar provecho de mi fantasía.

TRES

Thalia

—Creo que es hora de que cambiemos de local. Me apetece bailar hasta que se acabe la noche —sugiere Mary-Jane a las diez y media cuando se acaba su botella de *prosseco*.

La alarma de mi móvil empezará a sonar en seis horas para que me despierte para ir a trabajar. A estas horas debería estar ya de vuelta en el motel, tratando de dormir un poco. Pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me permití divertirme y no estoy lista para dar por terminada la noche.

A Cass y Amy les encanta la idea y ya se están poniendo en pie y recogiendo sus cosas, así que las sigo, rezando por encajar y conservar a mis nuevas amigas.

Al bajarme del taburete y coger mi bolso, no puedo evitar echar una miradita a la mesa de Theo. Éste enarca una ceja con una pregunta implícita, pero una sonrisa es la única respuesta que puedo darle desde el otro extremo de la sala.

Cass entrelaza su brazo con el mío y me lleva a la puerta y por la calle principal hasta la discoteca. Una letra Q en verde neón pende sobre la entrada, donde más de veinte personas hacen cola para entrar. Cassidy no se une al final de la fila, sino que va directa al portero. Le planta un beso en la mejilla y le dedica esa misma sonrisa que usa con los golfistas.

Un minuto más tarde, estamos dentro y, cinco después, tenemos nuestras bebidas en mano y nos acomodamos en un reservado al lado de la pista de baile. El suelo iluminado de blanco parpadea al ritmo de la música *techno* que sale de los enormes altavoces colocados de forma estratégica por el vasto espacio. La gente se

restriega los unos con los otros a su propio ritmo y con las frentes brillantes de sudor.

Cassidy esboza una sonrisa con los labios apretados y sus ojos azules se agrandan cuando me enseña la pantalla de su móvil, donde parpadea el nombre de «Theo Hayes».

—¿En qué puedo ayudarte? —responde Cassidy, luciendo una sonrisa aún más amplia, pero falsa—. ¿Crees que voy a echarla a los leones, chico? Ni de coña, Theo. Olvídate. —Suelta una risita, un sonido que deja entrever su fastidio, pero un segundo más tarde, sus hombros se hunden—. Vale, vale, de acuerdo. Estamos en Q. —Corta la llamada y se mete el teléfono en el bolso—. Recuerda lo que te dije, Thalia. No me digas que no te lo advertí.

—Te lo agradezco, Cass, pero no tienes que preocuparte por mí. Soy mayorcita y sé cuidarme sola.

Mary-Jane se me acerca para susurrarme al oído.

—No le hagas caso. Solo está resentida porque lleva ya un tiempo coladita por Logan y ninguno de los hermanos Hayes la toma en serio.

Charlamos hasta que nos terminamos las copas y después salimos a la pista de baile en cuanto la música *techno* cambia a *Clandestine* de FILV & Edmofo. Un desconocido se me planta delante, asintiendo con aprobación mientras sus ojos recorren mi cuerpo y me extiende la mano.

¿Por qué no? Estoy aquí para pasármelo bien.

Me gira en sus brazos y mi espalda queda apoyada contra su pecho caliente.

—¿Hay algún novio en la sala que vaya a partirme la cara si me ve contigo? —me pregunta al oído.

—No tienes de qué preocuparte. No tengo novio.

—Eso me parecía. Estás demasiado buena para cualquier pringado aquí presente. Estás fuera de su alcance, dulzura.

Me tomaría sus palabras como un cumplido de no ser por el tufo a whiskey de su aliento. A estas alturas ya debe de ver doble y no tiene ni idea de qué aspecto tengo, pero noto la erección que se oculta tras sus pantalones cuando se restriega contra mi espalda baja, por lo que tal vez me equivoque. Se mueve al ritmo de la

música, desplegando sus dedos largos por mi barriga. La canción cambia dos veces antes de que vuelva a hablar.

—¿Qué te parece que te invite a una copa?

Echo un vistazo sobre su hombro hacia el bar. Mis entrañas se calientan por segunda vez esta noche. Theo está apoyado con aire relajado contra la barra, donde una caipiriña descansa al lado de su cerveza. Sus ojos inteligentes y agudos se clavan en mí, rozándose de nuevo la comisura de la boca con el pulgar. La imagen de él mirándome con esa intensidad tan voluble hace que me flaqueen las rodillas.

Aparto la mirada porque corro el riesgo de ser yo la que entre en combustión espontánea… Tengo clarísimo que no le diría que no si intentase llevarme a su casa esta noche.

Hasta aquí llega mi resolución de no acabar en su cama.

Veo que las chicas ya no andan cerca. Seguramente hayan vuelto al reservado con más vino espumoso o algo peor: chupitos.

—Esta noche, no —le digo al que baila conmigo.

Tengo el ojo puesto en otra parte.

Una alarma resuena en mi cabeza cuando me aprieta con más fuerza.

—No seas así, *señorita*. Es solo una copa. Estás buenísima, joder… ¿Acaso es pecado que quiera conocerte?

¿Por qué la primera conjetura de todos es que soy española? Doy un paso atrás y giro en redondo.

—¿Conocerme o meterte en mis bragas?

Se le descuelga la mandíbula y alza ambas cejas. Su sorpresa inicial enseguida se transforma en una sonrisilla pícara y fanfarrona.

—Una cosa no quita la otra, nenita. Me llamo Asher y…

—Y yo no estoy interesada. —No me molesto en ocultar la grima que me da. «Nenita»… ¡puaj! Menudo viaje al pasado más indeseado. Mi primer novio, un estudiante de intercambio de Londres y un cabrón infiel, también me llamaba «nenita»—. Gracias por esta oferta tan atractiva, pero como te he dicho, esta noche, no.

Me lanza una mirada avinagrada y los brazos le caen a ambos lados. No muchos hombres se toman bien el rechazo. El ego herido

duele más que un rodillazo en las pelotas, pero yo no me amedrento si ignoran mi primer intento de mostrarme educada.

En vez de amortiguarle el golpe a Asher con una conversación que no irá a ninguna parte, me alejo, navegando por el mar de gente para llegar a donde están las chicas y su nueva compañía, Theo, Nico y Jared, que se han unido a la fiesta y se han puesto cómodos en nuestro reservado. La noche de chicas puede terminar en orgía, o más bien en un trío, a juzgar por el modo en que Mary-Jane y Amy se comen a Nico con los ojos.

Estoy a nada de la mesa cuando Asher me bloquea el paso, mirándome desde su altura mientras yo me rodeo la cintura con los brazos. Ahora sí que estoy cabreadísima con este tío.

—De acuerdo, no vamos a follar esta noche. —Me rodea la muñeca y tira de mí hasta que estoy lo bastante cerca como para que mi nariz le roce el hueco del cuello—. ¿Puedo invitarte a una copa ahora?

—Sabes que hay montones de chicas dispuestas a aceptar tu proposición aquí mismo, ¿verdad? ¡Echa un vistazo! Ya encontrarás a una a la que le interese verte el pene, tú ten paciencia.

—Pero yo te quiero a ti. —Intenta decirlo con un ronroneo seductor, pero no le sale—. He oído que las españolas sois fogosas.

Hasta aquí hemos llegado. Estoy hasta el coño de él. Y lo estoy aún más cuando mis ojos se pasean hasta el reservado. Las entrañas se me agitan como si fueran carrillones al viento cuando establezco contacto visual con Theo. Nico le está diciendo algo, pero él no le presta atención, sino que señala a Asher con un dedo y me hace un gesto con la barbilla, preguntándome en silencio si necesito ayuda.

No, no necesito ayuda. Nunca la necesito.

Con una sonrisa, agarro la camiseta de Asher y tiro de él hacia mí.

—Cariño, no podrías seguirme el ritmo ni en sueños, pero hagamos un trato. Puedes hacer conmigo lo que quieras esta noche solo si me dejas cabalgar estos labios tan dulces. —Le acaricio con la yema del dedo sus labios finos. Noto que le pesan los párpados, las pupilas se le dilatan y la excitación toma el mando—. Pero antes de

que nos vayamos, deberías saber una cosa, hombretón. —Me pongo de puntillas para hablarle al oído—. Tengo la regla.

Me aparto a tiempo de ver cómo se le abre la boca, la cierra y la vuelve a abrir. Parece un pez fuera del agua.

Como es evidente, ahora mismo no estoy menstruando. Ni tampoco me sentaría en su cara de ser verdad, pero el fin justifica los medios.

Asher se tropieza con las palabras, su ceño fruncido se profundiza y, a juzgar por la conmoción infantil grabada en sus ojos, debe de estar pasándole por la mente una imagen nítida y asquerosa.

Creo que va a vomitar.

—Chaíto. —Agito los dedos en un gesto infantil y lo dejo ahí pasmado y en busca de su lengua.

O puede que de una papelera.

Theo me hace hueco cuando llego, le da unas palmaditas al asiento a su lado y desliza la caipiriña en mi dirección.

—¿Qué le has dicho? Se le ve aterrorizado.

—Al principio, me porté bien. Pero como no entiende un «no» por respuesta, tuve que sacar mi raro sentido del humor a paseo.

—No busca esposa, ¿eh?

—No le pregunté. Le dije que podía ser suya esta noche ya que me lo pidió tan amablemente. También le dije que me sentaría en su cara. —Le doy un sorbo al cóctel—. Puede que también mencionase que tengo la regla.

Nico se atraganta con su whiskey y empieza a toser, desencadenando que MJ, que es la que está sentada más cerca, le dé unas palmaditas en la espalda. Las mejillas se le ponen de un colorado abrasador cada vez que lo toca.

Le ofrezco una sonrisa a Theo cuando me mira con una expresión de incredulidad total.

—¿Qué? No tengo la regla de verdad, pero debería haberme escuchado cuando le dije que no tres veces seguidas.

—Eres mala, ¿lo sabes? Le has arruinando lo mejor que hay en este puto mundo a ese tío. Ahora pasará un tiempo hasta que vuelva a decirle a una mujer que se le siente en la cara, si es que vuelve a hacerlo.

Un escalofrío insoportablemente placentero me azota los muslos.

Ha dicho «decirle».

No pedir… decirle. Mi imaginación vuelve a cobrar vida y la fantasía es mucho más detallada ahora que sé que Theo disfruta dando órdenes en la cama.

—Volverá —dice Nico, trayéndome de vuelta la realidad—. Ningún hombre cuerdo rechazaría comerse un coño. Aunque comprobará que no tenga la regla primero, eso sí.

—No me arrepiento de nada.

Se meten conmigo hasta que Jared se levanta a pedir otra ronda. MJ entretiene a Nico sonriendo, charlando y mordiéndose el labio. Juguetea con sus mechones suaves de pelo, retorciéndose en el sitio y con los ojos oscuros y rebosantes de un deseo intenso que Nico ignora o finge ignorar. Sea como sea, tengo claro que MJ no se irá de esta discoteca de su brazo.

Por otra parte, Cassidy me mira con mala cara desde el otro lado del reservado cuando Theo se me acerca más y presiona los labios contra mi oreja.

—Baila conmigo, *omorfiá*.

CUATRO

Theo

«Baila conmigo, *omorfiá*».

Joder, no se me pudo ocurrir nada más estúpido que decir. Soy mejor que esto. Llevo sintiendo esta atracción inexplicable hacia Thalia toda la noche, por lo que debería saber que pedirle bailar es el equivalente a pinchar un hormiguero con un palo.

La forma en que su cuerpo encaja contra el mío y el olor embriagador, desorientador y excitante a ciruelas, melocotones y flores de su perfume… son demasiado intensos. Toda esta puta velada está siento demasiado intensa.

Thalia lleva monopolizando mi atención desde que puso un pie en Tortugo. Ni su escote generoso ni sus curvas fueron lo que me llamaron la atención primero, sino sus rizos. Jamás he visto unos rizos más marcados que los suyos. Tiene tanto pelo que seguro que me costaría agarrárselo con una sola mano. Su cuerpo es un regalo a la vista y, si eso no fuese ya suficiente, es segura de sí misma, sensata y divertida a su manera (que es rara, sarcástica y un poco inapropiada), pero me flipa.

Thalia balancea sus amplias caderas mientras bailamos, girando sobre sí misma para deslumbrarme con su sonrisa resplandeciente y moviéndose de forma seductora. La canción ha cambiado cinco veces desde que nos plantamos en la pista iluminada, pero no me veo con fuerzas de regresar al reservado.

Le cojo la mano y contemplo cómo gira en torno a mi dedo. No hay un solo hombre cerca de nosotros que no la esté mirando. Una lujuria desenfrenada arde en sus miradas. La buscan. Algunos hasta dejan de moverse, incapaces de apartar la vista de su cara perfecta.

No me extraña. Es preciosa, como un imán poderoso que atrae la atención de todos los presentes. Le rodeo la cintura con los brazos en un gesto casi posesivo, pensado con el único propósito de enviar un mensaje: está conmigo y los demás pueden irse a tomar por culo.

Thalia entrelaza los dedos en mi pelo, tirando de un grueso mechón. Me acaricia la nuca con su otra mano, mandando una descarga eléctrica a cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Necesitas un descanso —digo, sintiendo un tirón en el pecho—. *Yo* necesito un descanso.

Estoy lejos de estar a punto de quedarme sin aliento, pero tenerla así de cerca, envuelta de forma protectora entre mis brazos, hace que quiera arrancarle la ropa. Pero, a la vez y de un modo complicado y absurdo, no quiero hacerlo. Me lo paso demasiado bien con ella como para follármela y olvidarme de que existe.

Gira sobre sus tacones, me coge de la mano y entrelaza nuestros dedos como si lo hubiese hecho mil veces antes. El escalofrío que me provoca ese gesto no solo me recorre la columna, sino que se me asienta en los putos huesos. Nos abrimos paso entre la multitud conmigo como su sombra gigantesca, fulminando con la mirada a cualquiera que tenga los cojones lo bastante grandes como para atreverse a mirarla.

Su piel dorada brilla bajo las luces de halógeno, poniendo a prueba mi fuerza de voluntad cuando apoya los codos en la barra. La suave curva de su cuello resplandece con unas gotitas de sudor, reclamando mi atención. A eso súmale el aroma dulce de su perfume y yo estoy a nada de rendirme, bajar la cabeza y trazar una línea de besos hasta su oreja. Y no me detendría ahí. Le seguirían más besos, arriba, abajo…, por todas partes.

—¿Caipiriña? —La encierro entre mis brazos, clavando los dedos en la madera de la barra—. Y una limonada para que no te deshidrates.

Ella asiente, acariciándose el hombro con la mejilla. Respira de forma acelerada y entrecortada y el pecho le sube y baja, acentuando sus tetas generosas y agravando mi sufrimiento. ¿Qué no daría por hundir la cara en el valle de su escote?

Veinte minutos de sentir su cuerpo contra el mío, de sonrisas, ojos oscuros y manos pequeñas trazando los músculos de mi cuerpo y ya sé que será una obsesión que me costará sacudirme de encima. Sobre todo, dado que no pienso mover ficha.

Pasar una noche con ella sería toda una experiencia, pero el puto jodepolvos que llevo en la cabeza me dice que sería desperdiciar la ocasión de tener una amiga con la que me lo pasaría genial.

Diez minutos más tarde, estamos de vuelta en el reservado con nuestras bebidas en mano, aunque sin la limonada. Thalia se bebió la mitad y después me hizo tragar a mí el resto. Compartir vaso y posar mis labios sobre la marca que dejaron los suyos unos segundos antes… fue algo íntimo.

Lo que hay entre nosotros es íntimo.

Toda esta puta noche está siento demasiado íntima, punto.

Nico y MJ son los únicos sentados a la mesa, pero no es que estén hablando mucho. Ella ya está algo borracha, babeando por mí hermano sin disimulo alguno como el noventa y nueve por ciento de las mujeres, pero no importa lo atractiva o follable que sea, Nico no le pondrá un dedo encima. Mi hermano es demasiado puntilloso, por así decirlo. Hay un tipo de mujer muy concreto que llama su atención y MJ no entra en esos parámetros.

Thalia y yo no existimos más allá de nuestra pequeña burbuja durante la siguiente hora. Solo existimos nosotros en esta discoteca abarrotada. Bailamos, tomándonos breves descansos entre medias hasta poco después de la una de la madrugada, cuando ella da la noche por terminada y dice que tiene que ir a recargar las baterías antes de entrar a trabajar a las siete.

Es una puta pena. No me lo pasaba tan bien desde hacía mucho tiempo…

***

Cuando me meto en cama más tarde, lo hago con una sonrisa. Jamás he disfrutado de simplemente charlar con una tía, pero hablar con Thalia me sale natural. No hay silencios incómodos ni me pregunto a cada rato «¿y ahora qué demonios digo?».

Mi erección inicial no se ha calmado, pero me alegro de haberme contenido, mantener mi deseo a raya y no haber intentado follármela esta noche.

Aunque no fue tarea fácil.

Algunas mujeres poseen una habilidad peculiar y excepcional de conseguir que un hombre se arrodille ante ellas en segundos sin necesidad de usar ninguna técnica de seducción. Thalia es una de esas misteriosas criaturas.

Es un fenómeno que llevo observando desde hace años, presenciando cómo mis amigos pierden la cabeza por una mujer después de una sola noche. A veces, incluso antes. Mi teoría es simple: se trata de química. Las mujeres desprenden feromonas a diferentes niveles e intensidades. Las que nos derriten el cerebro sin despeinarse desprenden unas feromonas más potentes.

Tiene que tratarse de eso.

¿Cómo si no se explica la atracción instantánea? El mundo está lleno de chicas preciosas, pero una cara bonita no basta para excitar a un hombre hasta el punto de que le suba la puta fiebre. Sobre todo, sin contacto físico.

Estaba empalmadísimo cuando me acerqué a Thalia en el bar. Sin duda, tiene que ser cosa de química. En ese entonces, ella aún no me había ni mirado, pero respiré un poco de su perfume, vi su piel suave bañada por las luces LED y, abracadabra, sopa de cabra…, el interruptor de mi cabeza responsable de las fantasías sexuales se activó, llenándome el cerebro de imágenes eróticas.

Hice bien en ponerle freno a mis fantasías. No me cuesta mojar el churro, pero amigas como ella no llegan a mi vida todos los días.

CINCO

Theo

Como es un vago redomado, en vez de salir del coche, Nico se dedica a hacer sonar el claxon aparcado fuera de mi piso a las once de la mañana, cabreando no solo a mis vecinos, sino a mí también. Mi enfado aumenta cuando salgo por la puerta y me lo encuentro tras el volante de su recién estrenado juguetito.

—Presumido —refunfuño, a sabiendas de que tiene la ventanilla bajada y puede oírme alto y claro—. ¿Qué ha pasado con el Porsche?

—Lo vendí. —Se encoje de hombros y se coloca un par de gafas de aviador sobre los ojos—. No me gustaba cómo giraba.

Pues claro que no. Hace cinco años, este engreído hijo de… Espera, no puedo llamarle eso porque su madre también es la mía. El caso es que conducía un Ford viejo, pero ahora un Porsche 718 Cayman GT4 no le gira lo bastante bien. Por suerte, aparte de quejarse de sus coches caros, Nico no ha cambiado desde que se hizo rico.

Que lo intente y sus seis hermanos le haremos recobrar el sentido común a base de golpes.

Y yo sería el primero en arrearle un puñetazo. Con gusto.

Rodeo el Mercedes Clase G blanco mate y admiro las llantas de aleación negras de 22 pulgadas antes de abrir de golpe la puerta del conductor.

—Sal. Yo conduzco.

Sonríe, se desabrocha el cinturón y me quita los palos para guardarlos en el maletero. Me acomodo tras el volante, revolucionando a tope el motor V8.

Con esto seguro que cabreo a mis vecinos un poco más.

—En caso de que te estés preguntando qué regalarme por mi cumpleaños, esto —acaricio el volante— sería un regalo muy guay.

Soñar es gratis, ¿no?

La verdad es que ya es más que suficiente que maneje mi dinero sin cobrarme nada a cambio. Cada centavo que gano se le transfiere a Nico, quien duplica, triplica y hasta quintuplica mis ahorros en un puto abrir y cerrar de ojos. Siempre se le dieron bien los números. A eso súmale su cerebro analítico y tendrás a uno de los mejores corredores de bolsa de la Costa Oeste. Yo soy más bien un artista, si es que a diseñar videojuegos se lo puede considerar un arte. Y en caso negativo, ¿a quién le importa? Gano muy buen dinero y, en cierto modo, me mantendrá joven hasta el día en que me muera.

—Tienes suficiente dinero en tu cartera de inversiones como para poder permitírtelo —dice, trasteando con la radio para poner su lista de reproducción indie alternativa de Spotify o como se llame.

—Avísame cuando mi cartera llegue a los siete ceros y me pensaré lo de comprarme este Mercedes.

—No falta mucho para eso.

Y lo mejor de todo es que no está exagerando. Hizo que mi cartera de inversiones pasase de los cincuenta a los trescientos mil en menos de un año. Dentro de un año o dos, me uniré a la lista en aumento de gente a la que mi hermanito ha convertido en millonarios. El propio Nico ha alcanzado los *ocho* ceros. Yo perdería la cabeza si tuviese tanto dinero, pero a Nico prácticamente ni le afecta. Sigue siendo el mismo tío, bebiendo la misma cerveza, jugando al golf con nosotros cada domingo y follándose a morenas altas, delgadas y descaradas.

¿Lo segundo mejor de tener un hermano ridículamente rico que también resulta ser tu mejor amigo? Que me deja conducir sus coches. Y joder si el Mercedes Clase G no es el mejor hasta la fecha. El motor ruge bajo el capó con un sonido profundo como el murmullo del Vesubio cuando acelero por el pueblo, ignorando todo límite de velocidad. Cuando dejo atrás los semáforos, las ruedas giran con furia, haciéndome gemir de puro placer.

Diez minutos más tarde, aparco en el club de campo al lado del Dodge RAM de Shawn. Voy a por mis palos de golf al maletero y me guardo las llaves de momento, por si acaso Nico decide tomarse una cerveza y me tengo que quedar con la bestia hasta mañana por la mañana.

No tenemos la pista reservada hasta las doce, pero nuestros dos hermanos mayores, Shawn y Logan, ya están esperando en el bar con sendas cervezas en la mano.

—¿Qué os pongo, chicos? —nos pregunta el camarero, mirando de Nico a mí.

—Ponle una cerveza, tío. Seré yo quien conduzca a la vuelta —digo, actuando como si nada a pesar que por dentro soy como un niño que se ha quedado encerrado por la noche en la fábrica de chocolate y puede comerse todos las chucherías que quiera. A todos nos fascina el mundo automóvil, pero es posible que yo sea al que más.

—Tengo novedades —dice Shawn con un profundo suspiro y una expresión críptica nublándole el semblante—. Pero tenéis que prometer no contarle nada por ahora a mamá, papá ni a los trillizos.

No es propio de Shawn ocultarle secretos a mamá, lo cual debe de ser la razón de que todos asintamos al unísono y nos encaminemos a la mesa de al lado de la ventana sin vacilar.

—Desembucha —le dice Logan, quitándose la gorra de béisbol que siempre lleva del revés como si aún siguiese en la universidad. Se pasa los dedos por el cabello corto y oscuro varias veces, instando a sus mechones rebeldes a comportarse, antes de volver a ponerse la gorra. ¿Para qué cojones se la quitó, para empezar?—. ¿Va todo bien entre tú y Jack?

La misma pregunta descansa en la punta de mi lengua y es posible que también en la de Nico. La relación de Shawn y Jack no ha sido fácil. Llevan cortando y volviendo desde la universidad, pero estos últimos años parecían haberse asentado. Es natural que los tres esperemos con la respiración contenida a oír una respuesta afirmativa a la pregunta de Logan.

—Sí, estamos bien. Tranquis. —Suelta una carcajada mientras nosotros suspiramos de alivio.

Puede que nos pasemos de dramáticos, pero no es sin motivo. Si Shawn no consigue conservar su relación adulta, entonces ninguno de nosotros tiene oportunidad de sentar la cabeza. No es que estemos listos para casarnos y tener hijos, pero es posible que lo estemos algún día. Al menos, alguno de nosotros. Es probable que Nico termine acostándose con modelos hasta el día en que se muera y no me cuesta nada imaginarme a Logan casándose y divorciándose al menos cinco veces antes de cumplir los cincuenta.

Los trillizos son demasiado jóvenes como para conjeturar qué les deparará el futuro.

Una sonrisa de comemierda le curva los labios a Shawn un segundo más tarde, disipando aún más la tensión. Alza su mano izquierda, enseñándonos el anillo negro y dorado con una sola hilera de diamantes que lleva en el dedo anular.

—Me pidió que me case con él.

—¡No te creo! —exploto yo, atrayendo las miradas de todo aquel sentado cerca—. ¿Qué? —le suelto a dos mujeres ancianas—. ¡Mi hermano mayor se casa!

Sus expresiones se transforman en sonrisas educadas mientras murmuran sus felicitaciones. Nico se pone en pie y le da unas palmaditas en la espalda a Shawn, mientras que Logan se le lanza encima, abrazándole tan fuerte que casi lo tira al suelo.

—¡Ya era hora! —digo, tirando de Shawn para darle un abrazo—. Sí que ha tardado. Uno fuera del mercado…, ahora quedan seis.

Recuerdo el día en que Shawn salió del armario. Nos invitó a Logan, Nico y a mí a su residencia, nos dijo que tomásemos asiento en su habitación y estuvo mordiéndose las uñas durante todo el rato en que hablamos de los estudios, deportes y mujeres hasta que finalmente soltó un: «soy gay».

Mi reacción fue un «no me jodas».

Hasta mamá supo que era gay antes que el propio Shawn.

Las noticias no fueron ninguna sorpresa para la familia. A día de hoy aun no comprendo por qué estaba tan nervioso ante la idea de contárnoslo. Somos hermanos y siempre estaremos ahí los unos para los otros sin importar lo que pase ni si nuestras vidas están patas arriba. Es cierto que tenemos diferentes dinámicas de relación

entre nosotros, pero independientemente de cómo nos llevemos en el día a día, estamos ahí para lo que importa.

Podría llamar a los seis en mitad de la noche para decirles que maté a alguien e irrumpirían en mi casa en cuestión de minutos, listos para deshacerse de las pruebas y fabricar una coartada. Shawn cavaría la tumba con los ojos cerrados porque es policía, pero la cavaría sin hacer preguntas, de todos modos.

Conocimos a Jack aquella misma tarde y enseguida nos cayó bien. Cada vez que rompían a lo largo de los años, odiábamos a todos los tíos que formaban parte de la vida de Shawn por una cuestión de principios, porque Jack es la media naranja de Shawn y punto, coño.

—Ahora explícanos por qué no puede saberlo nadie —interviene Nico, volviendo a recostarse en la silla de cuero y siguiendo el ritmo de la que quiera que sea la canción que está sonando en el Airpod que lleva en el oído izquierdo.

—¡Pues porque tenía que contárselo a alguien o iba a explotar! —exclama Shawn, todavía sonriente—. Jack va a estar de viaje de negocios en Nueva York toda la semana. Quiero que se venga a casa de mamá y papá el próximo finde para que podamos contárselo juntos. Eso quiere decir que vosotros tres tenéis que cerrar el pico hasta entonces.

Nos pasamos la siguiente media hora planeando la despedida de soltero. Pondría la mano en el fuego a que será una noche que ninguno recordará si las ideas que estamos soltando se hacen realidad. Llegado un momento, la cosa empieza a parecerse a una recreación de la película *Resacón en Las Vegas* cuando Logan busca en Google como alquilar un tigre. Es una pena que Tyson ya no tenga uno.

—Aquí estás —nos interrumpe Jared a mitad de conversación. Se detiene junto a nuestra mesa con una sonrisa sórdida y apenas nos dedica un gesto con la cabeza antes de centrarse en Nico—. Venga, tío, tenemos que hablar. —Le aprieta el hombro, guiándolo hacia la barra.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta Shawn, abriendo un boquete en la espalda de Jared con la intensidad de su mirada entrecerrada —. ¿Sabéis que supuestamente va a asumir el mando del club de

campo para el final del verano? Su padre se jubila y ese hijo de puta pasará a ser el dueño de este puto sitio.

—En ese caso, seguro que quiere que Nico se convierta en socio silencioso. —Logan deja con fuerza una botella de Bud sobre la mesa y da comienzo a su ritual habitual de despegarle la etiqueta. Los trillizos siempre se burlan de él cuando lo hace, acusándole de estar frustrado sexualmente y necesitar acostarse con alguien—. Lo único que hace es pedirle pasta a Nico —continúa—. ¿Qué pasó con ese restaurante que iban a abrir? ¿Cómo se llamaba, el Olive Tree?

—Que yo sepa, el asunto sigue en pie —contesto yo—. Casi han terminado con las reformas, pero no tengo ni idea de para qué quiere Nico un restaurante. No tiene ni idea de cómo llevar las riendas de uno.

—No hace falta que sepa. Contratará a alguien con experiencia y él se pasará cuando toque hacer caja. —Se ríe Shawn—. Es una inversión de capital.

—Como si le hiciese falta invertir en más puto capital. Me apuesto lo que sea a que solo quiere tener a un chef de renombre a su disposición para que le cocine lo que le salga a él de los huevos.

—Para eso podría contratar a una empleada doméstica y ya. —Nico vuelve con tres cervezas y una botella de agua para mí—. Ambos os equivocáis. Estoy diversificando mis fuentes de ingresos por si acaso el mercado se hunde o dejo de poder anticiparme a lo que otros pasan por alto. Y hablando del tema, unas vacaciones me vendrían de puta madre, así que, si conocéis a alguno, estoy buscando a un corredor de bolsa decente.

—Sí, te conocemos a ti. —Logan sonríe y le da unos golpecitos en la espalda—. Y no necesitas diversificar tus ingresos. Si alguna vez pierdes esa magia tuya, tienes una casa valorada en veinte millones. A mí me parece que no te faltaría de nada, tío. —Se levanta, dejando detrás un montoncito de trozos de la pegatina de la cerveza —. Vamos, chicos. Ya casi es hora.

Nos encaminamos a las calles del campo de golf y el tema de conversación se desvía a nuestros hermanos pequeños: Cody, Colt y Conor. No dejan de incordiar a Nico para que les deje mudarse con

él ahora que van cumplir dieciocho y empezar la universidad en septiembre.

—Tienes seis habitaciones —señala Shawn—. Más que suficientes para los trillizos. Quieren montar fiestas, Nico, y sabes que mamá los trata como si aún tuvieran diez años.

—Pues que dejen de comportarse como si aún los tuvieran —replica Nico, agarrando su driver—. Les dije que me lo pensaría y me lo estoy pensado, pero les queda mucho por madurar si quieren que les diga que sí.

—¿Y si apostamos? —pregunta Logan apoyándose en su bolsa de palos—. Si gano yo hoy, les dejas mudarse contigo durante un mes de prueba mientras no tienen clase.

—¿Y yo qué gano?

—Dudo que haya nada que necesites de verdad, pero ¿qué te parece un reloj?

—Bah. Si gano, serás tú quien acoja a los trillizos durante un mes.

Logan rompe a reír y sacude la cabeza con una firme negativa.

—Ya… Olvídate de que dije nada.

Siguen tomándose el pelo un rato más y, tres hoyos más tarde, como siempre, estoy perdiendo por todo lo alto. Nunca me he considerado un golfista ni le he pillado el gusto ni la gracia al deporte, pero disfruto pasando unas horas con mis hermanos lejos de sus amigos, mis amigos y nuestro entorno habitual. Empezamos a jugar al golf cuando Nico terminó la carrera. Con sus veintiséis años, es el más joven de nosotros cuatro. El más joven y el más rico.

También es con quien mejor me llevo. Yo tengo un año más que él, mientras que Logan y Shawn tienen veintiocho y veintinueve, respectivamente. Como salta a la vista, nuestra madre es la encarnación de la Mujer Maravilla por haber dado a luz a cuatro niños un año tras otro. Y a cuatro niños como nosotros, además: unos mocosos traviesos, peleones y discutidores que más tarde empezaron a echarles las culpa de todo a los trillizos en cuanto aprendieron a andar.

Aún a día de hoy, mamá sigue creyendo que fueron ellos los que echaron un cubo de pintura roja a la piscina cuando en realidad fui

yo… Y tampoco era pintura, sino sangre falsa. Quise gastarle una broma a Logan haciéndome el muerto. Estuve una hora flotando en la piscina con los ojos cerrados, pero cuando me encontró no saltó a salvarme. El muy cabrón me lanzó una hamaca.

El ruido de un carrito que se aproxima irrumpe en el aire cálido de la tarde y hace que hagamos una pausa instantánea en el juego. Cuando el carrito se detiene, Logan y Shawn intercambian miradas de curiosidad. Nico y yo ya contábamos con que Thalia estuviese aquí hoy. Jared y su bocaza cantaron sus alabanzas cuando entró en Tortugo anoche.

Sabía su nombre, patrimonio y una breve biografía de su vida antes siquiera de que me acercase a ella en la barra, pero sentía curiosidad por saber cuánto me contaría ella misma. No mucho, por desgracia.

—Buenas tardes —saluda con tono alegre, marcando de más la erre—. Me llamo Thalia, ¿puedo servirles algo de beber? —Se echa los rizos oscuros sobre un hombro, echándole un vistazo a mis hermanos antes de girarse hacia mí con una sonrisa contenida que alcanza sus ojos felices. Son más oscuros que los míos, como avellanas tostadas.

—Veo que eres nueva por aquí, cielo —dice Shawn, acercándose despacio a ella—. Te haré un resumen rápido antes de que te rodeen estos buitres. Yo soy Shawn y estos son mis hermanos: Logan, Theo y Nico. Hacemos dieciocho hoyos todos los domingos a las doce y nos terminamos las cervezas rápido, así que intenta venir a buscarnos cada media hora.

Mi vista baja de su cara a su suculento escote apretado contra un polo beige ceñido y sigue bajando hasta esas caderas redondas hipnóticas, muslos anchos y esas piernas largas y suaves. El top corto que llevaba anoche, y que dejaba a la vista su tez aceitunada, relampaguea por mi mente. No pude dejar de mirarla en toda la noche.

Y todo apunta a que hoy no me va a ir mucho mejor.

Un «regalo a la vista» es como llama Jared a las chicas de los carritos. Solo contrata a chicas guapas y jóvenes para tener contentos a los miembros. Está claro que con Thalia se ha superado.

Es exótica y su belleza atípica brilla como el puñetero faro de Alejandría.

—Me aseguraré de que estéis bien hidratados —responde ella y rodea el carrito para abrir el frigorífico al fondo—. ¿Qué os pongo?

—Agua, dos Bud Light y una Corona.

Se gira, concediéndome la oportunidad perfecta de admirar su culo. Es redondo, flexible… y apuesto a que soltaría un gritito si se lo mordiese. No es que se me pasase por alto su forma de corazón perfecta del revés tras ver cómo se sacudía cuando me hizo la demostración de cómo correr con tacones. No dejo de ser un hombre, a fin de cuentas, y la curva hipnótica de sus caderas capta mis miradas. Joder, mi cuerpo al completo se siente atraído por ella.

—Te veo demasiado bien para haberte tomado cuatro caipiriñas anoche —comento en tono informal.

—¿Alguna vez hasta probado el Ouzo? —pregunta ella, riéndose por lo bajo y con un indicio de complacencia en la voz cuando continúa—: Los griegos se lo suelen tomar a palo seco, y bebemos un montón. Con cuatro caipiriñas no me emborracho y mucho menos tengo resaca.

—¿Qué te está pareciendo Newport por ahora? —le pregunta Nico, aceptando la Corona que ella le pasa con el brazo bien recto como si no quisiese que invada su espacio personal—. Seguro que te gusta trabajar aquí. Las europeas siempre os forráis a base de propinas.

—Me encanta Newport y las propinas están genial —admite ella con tono reservado, dejando entrever que se siente incómoda cerca de Nico.

A la mayoría le pasa lo mismo.

Shawn también se da cuenta de su titubeo.

—Me supongo que Cassidy te habrá contado auténticas historias de terror sobre nosotros.

Thalia sacude la cabeza y se le ruborizan las mejillas con un levísimo tono de rosa.

—No, no me contó gran cosa. Solo que vosotros cuatro seréis quienes mejor se porten hoy.

Y una mierda. Pero tengo que reconocérselo, miente como una profesional: mantiene el contacto visual, usa un tono de voz

uniforme y no deja que el lenguaje corporal la traicione. Si no supiese lo que sé, la creería.

Pero sé que las historias de Cassidy van a degüello. La mayoría son inventadas, pero eso no importa. Nos odia con ganas. Se metió en mi cama una hora después de que nos conociésemos en uno de los muchos bares del pueblo y después fue a probar suerte con Logan una semana más tarde.

Se equivocó de cabo a rabo…

Habría conseguido mucho más de Logan que de mí. A mi hermano ella le gustaba de verdad, y no para un aquí te pillo aquí te mato. Salieron unas cuantas veces y la invitó a cenar, cosa que nunca antes había pasado. Es una pena que admitiese que Cassidy le interesaba para algo más que un revolcón *después* de que yo le dijese que ya me la había follado. Si me lo hubiese dicho antes, habría cerrado el pico para que pudiesen ver hacia donde iban las cosas.

Saber que tu hermano se acostó con la chica que te gusta te corta mucho el rollo.

Huelga decir que la cosa entre ellos no funcionó.

—Ay, cielo, no nos mientas —la regaña Shawn—. Conozco a Cassidy demasiado bien como para creerme eso, por más convincente que hayas sido. Strike número uno. Que no llegue a los tres. Sería una pena que te degradasen de puesto. Las propinas no son tan buenas durante la semana.

Thalia junta sus cejas espesas y entreabre un poco la boca. Parece a punto de arrancarle la cabeza a Shawn de un mordisco, pero cambia de parecer en el último segundo. Relaja los hombros y se estira para parecer más alta. El semblante de molestia se suaviza y transforma en lo que parece una expresión neutral bien ensayada. Nos deslumbra con una sonrisa bonita que hace que quiera ponerme a cantar a los putos cuatro vientos.

Es muy buena actriz.

El fuego que arde en su mirada delata que tiene una contestación bajo la manga, pero sabe que insultar a un miembro del club no es una sabia decisión.

—Haré lo que pueda. —Se sube tras el volante y se baja la falda corta—. Volveré en treinta minutos.

—Que sean veinte —dice Nico, que ya lleva la mitad de su cerveza —. Hoy hace mucho calor.

Él suele ser el primero en tirarle los trastos a bellezas altas de cabello oscuro, pero, por suerte para mí, anoche me confesó que Thalia no le hace tilín y no se las tira a menos que despierten su interés.

Retomamos el juego con un nuevo tema de conversación.

—Me la pido —suelta Logan con tono apremiante—. Me la he pedido yo primero.

Una risa burlona me burbujea en la garganta. Cabrón insolente. A él le gustan las rubias, así que no sé a qué está jugando ahora mismo. Además, llega demasiado tarde. Yo la vi primero.

—No es tu tipo, Logan. Y las reglas de la casa son nada de pedirse a chicas.

—«Nada de pedirse a chicas» —se burla, enseñándome el dedo corazón—. Si la quieres, tendrás que ganarme, hermano.

Es un animal, lo juro.

—Ojalá maduraseis. —Shawn deja escapar un sonido de disgusto desde el fondo de la garganta—. ¿No os aburrís del sexo sin sentido? ¿De llegar a una casa vacía con una cama vacía y nadie con quien hablar?

—Dice el tío que rompió con Jack cinco veces para «explorar otras opciones». —Logan hace el gesto de comillas, poniendo una mueca.

—Eso fue hace mucho tiempo. Nos va genial juntos desde hace cuatro años. No cambiaría lo que tenemos por ningún número de penes. Vosotros tres ya habéis visto suficientes vaginas para que os duren para unas cuantas vidas. ¿No creéis que es hora de madurar? ¿De buscaros a una mujer y empezar una puta familia? En un abrir y cerrar de ojos, vais a cumplir treinta.

Nico alza una ceja.

—Cuatro años no son un abrir y cerrar de ojos, Shawn. ¿Quieres ser nuestro chulo? —Señala a Logan—. Pues empieza por el mayor y ve bajando.

Tengo que reconocer que Shawn no se equivoca. Empiezo a cansarme con rapidez de pasar las noches solo. Pero no voy a admitir tal verdad delante de Logan y Nico. No me dejarían olvidarlo jamás, así que, cambio de tema.

—Voy a comprarme un perro.

—A menos que sea un rottweiler, y macho, además, no cuentes conmigo para hacerte de canguro —dice Logan, practicando su swing.

—Jamás te lo pediría. No tengo tan buena opinión de ti.

Vuelve a hacerme una peineta con una sonrisa.

—El sentimiento es mutuo.

Discutimos los pros y los contras de tener un perro hasta que Thalia llega un minuto antes del límite de tiempo impuesto por Nico.

Le toca a Logan pagar esta ronda. Rápido como un rayo, saca la artillería pesada como si fuéramos dos forajidos en una peli del salvaje Oeste y fuese a conseguir ganarme de este modo. ¿Acaso no sabe que siempre muere el primero en sacar la pistola?

—¿A qué hora acabas, bonita? —le pregunta, sacando a paseo ese carisma con el que cree a pies juntillas que alguien lo bendijo al nacer.

Yo no lo tengo tan claro. Es decir, acaba de llamarla «bonita». ¿Podía resultar menos obvio que quiere follársela y mandarla a paseo? No entiendo cómo consigue llevarse a nadie a la cama con tan poca labia.

—Ah, pues depende de qué humor esté —explica ella con tono alegre—. Normalmente suele ser nada más despertarme. Me carga de energías para el resto del día. —Le abre su Bud Light—. Otras, acabo justo antes de irme a la cama, así duermo mejor.

Logan se muerde el labio, procesando lo dicho. Creo que no pilla el doble sentido de «acabar» hasta que Nico y yo nos reímos. Ahí le ha dado, a Logan no le entusiasman las mujeres que derrochan confianza en sí mismas. A mí, por el contrario, ese fuego tras su mirada oscura solo me atrae más. Es ingeniosa… una cualidad que por lo visto encuentro atractiva.

—Por la mañana, ¿eh? —Le da un billete de cincuenta enrollado en su tarjeta de visita, todo un clásico de Logan. Sabe que la

mayoría de tías pierden la cabeza en cuanto ven *Architectural Digest* escrito en letras grandes y doradas. Los arquitectos ganan dinero a espuertas y Logan es uno de los mejores en al menos ciento sesenta kilómetros a la redonda—. Llámame si necesitas una mano extra, bonita. Quédate con el cambio.

—Deberías pensártelo bien, Logan. Tu número será oficialmente el segundo en mi lista de contactos y, cuando llegue el momento de tener que cargar con un sofá hasta mi piso, *te llamaré*.

A Logan vuelve a hundírsele el semblante. La capacidad de Thalia para volver en su contra sus frases de ligoteo no paran de desconcertarlo y no sabe qué hacer con ello. Nos echa una miradita a Nico y mí con una expresión de cervatillo acorralado enturbiándole los rasgos.

Y una mierda que «se la pide».

Me saco mi propia tarjeta y se la paso a Thalia.

—Si necesitas ayuda cargando con algo, llámame a mí. Logan se herniaría solo de pensar en hacer un trabajo físico.

—Gracias. En cuanto encuentre donde quedarme, te llamaré. ¿Vuelvo otra vez en media hora?

—Por mí, bien —la despacha Shawn, colocando la pelota en posición para practicar su swing hasta que dejamos de oír el motor del carrito.

Durante las siguientes tres horas, Logan se humilla a sí mismo con sus intentos bochornosos de conquistar a Thalia. Lo único que consigue es cavar más y más su tumba cada vez que abre la boca.

Es un espectáculo la mar de entretenido, eso sí.

Me medio esperaba que ya se hubiese rendido a estas alturas, pero está decidido a demostrar que puede ganársela. Y no puede. Sobre todo, ahora que ha cambiado de táctica y, en vez de tontear, se está esforzando en hacerla sentir incómoda. Debería haberse ceñido al flirteo. Thalia no solo esquiva todo lo que le lanza, sino que le devuelve unas contestaciones ingeniosas sin dejar de mostrarse educada y profesional. El carácter que tiene coge a Logan por sorpresa en cada ocasión.

A mí me tiene muy impresionado.

E intrigado.

No es solo una cara y cuerpo bonitos.

SEIS

Thalia

El grifo gotea día y noche. La tarima de madera cruje, la tapa del váter no se aguanta levantada y la ducha solo echa agua helada o hirviendo.

Ah, y no nos olvidemos del olor. Una peste a moho y rancio impregna el aire y es inmune a todos los ambientadores que he encontrado en la tienda de la esquina dos calles más allá.

Como me negaba a meterme en esa cama que con toda probabilidad está infestada de enfermedades de transmisión sexual, me gasté mis primeras propinas en un protector para el colchón, una manta y una almohada. Hasta ese entonces, dormía acurrucada en una silla de plástico completamente vestida.

Hoy y mañana son mis días libres y no puedo quitarme de la cabeza que estoy desperdiciando el tiempo estando aquí sin hacer nada en vez de ganándome un dinero extra para poder irme de este motel cuanto antes. Es con esa idea en mente que me paso por la tienda de la esquina antes de volver a mi cuarto, sentarme en el suelo e inspeccionar el periódico de esta mañana en busca de un trabajo de camarera o limpiadora. Los dioses griegos deben de estar cuidando de mí porque localizo un anuncio para un evento privado de una empresa de catering.

«Se necesitan camareros. Veinticinco dólares la hora. Disponibilidad para empezar de inmediato».

Bingo.

—Buenos días, he visto su anuncio de búsqueda de camareros para eventos. —Estoy sentada de piernas cruzadas en el suelo, con

la espalda apoyada en la pared y unos cereales a medio comer al lado de la pierna.

—Sí, siempre estamos buscando personal. ¿Puedes pasarte hoy por la oficina para rellenar el papeleo?

—Por supuesto. ¿Puede pasarme la dirección?

—Ahora te la envío por mensaje. Pásate cuando puedas.

Esperaba que antes me hiciese un par de preguntas, pero parece estar desesperada. Supongo que está falta de personal y eso funciona a mi favor. La oficina está en el centro del pueblo, a seis kilómetros y medio de distancia. En la calle brilla el sol y hay una temperatura de unos veintiséis grados, así que, a andar se ha dicho.

Después de darme una ducha rápida, amanso mis rizos mojados hasta que se convierten en un desastre más manejable, me pongo unos vaqueros cortos y una camiseta y estoy saliendo por la puerta en menos de cinco minutos. Estoy convencida de que el hedor del motel se adherirá a mí si tardo demasiado tiempo. Entonces, me vería obligada a darme otra ducha.

Una hora y veinte minutos más tarde, entro en un edificio alto y de cristal en el corazón de Newport Beach, donde me recibe un anciano sentado tras la mesa de recepción en mitad de un vestíbulo amplio y moderno.

Viste una chaqueta color burdeos que va bien con su pelo cano, pero que recuerda al uniforme de un botones.

—¿A quién viene a ver? —me pregunta, levantado la vista de un libro.

—A la empresa de catering.

Coge el teléfono y marca un número rápido.

—Hay alguien aquí que quiere verla. —Tamborilea con los dedos sobre la mesa mientras yo me balanceo de delante hacia atrás sobre los talones de mis deportivas—. Sí, no es problema. La mandaré arriba. —Me señala la puerta a mi izquierda y cuelga el aparato—. Tiene que ir por ahí. Tercera puerta a la derecha. Solo tiene que llamar antes de entrar.

—Gracias.

Empujo la puerta con ambas manos y me adentro con paso animado en un pasillo estrecho y largo. «Una, dos…». Llamo a la

puerta y entro, tal como me dijo el recepcionista.

—Hola, soy… —El final de la frase se queda colgando al límite de un acantilado y muere en la caída cuando mis ojos se detienen en una cara conocida—. Oh… —Retrocedo para comprobar el nombre de la empresa en la placa plateada pegada a la puerta—. Perdona, me he equivocado de puerta.

Baldas y más baldas de estanterías rodean las paredes del despacho, almacenando lo que creo que son cientos de DVD. Theo se encuentra sentado tras un largo escritorio equipado con cinco monitores, tres de ellos formando una fila y los otros dos encima. Una sonrisa le cuelga de los labios y hace que me aletee el corazón. Este hombre consigue que me convierta en una colegiala idiotizada. Mis hormonas se alteran cada vez que nuestras miradas se encuentran.

Cruza sus brazos musculosos y ladea ligeramente la cabeza, dejando a la vista la columna de porcelana que es su garganta. No puedo apartar la vista de cómo se le mueve la nuez de Adán cuando traga saliva y sus ojos curiosos se pasean por mi cuerpo de un modo lento e intenso. Al instante, vuelvo a sentir que me suben los calores y me siento dominada por él y su presencia.

Mis rodillas se convierten en gelatina y ese magnetismo innegable regresa con toda su fuerza. Me lo imagino como un lazo anudado con fuerza alrededor de mi cintura y cuyas tiras descansan en manos de Theo, que tira de la cuerda con lentitud, envolviéndosela en la muñeca y acercándome más a él.

Es como una buena llovizna, la peor de las lluvias. Lo salpica todo, te moja el pelo, la ropa y la cara, te rocía los ojos y se asienta sobre tus pestañas.

Theo se aparta de la mesa, haciendo rodar su silla antes de ponerse en pie cuan alto es. Admiro la vista: el metro ochenta y seis de pecho ancho y complexión cachas enfundada en unos pantalones de vestir negros y un polo elegante que apenas logra contener dicho pecho musculoso. El mismo pecho contra el que estuve acurrucada la noche del sábado cuando bailamos en Q.

—Hola, desconocida. —El timbre grave de su voz me retumba por todo el cuerpo—. ¿A quién vienes a ver?

—A la empresa de catering. El recepcionista me dijo que era la tercera puerta a la derecha. —Vuelvo a echar un vistazo y cuento las puertas del pasillo, aprovechando la oportunidad para apartar la mirada de la suya y recobrar la compostura—. Esta es la puerta, pero…

—Técnicamente, esta es la tercera puerta, pero la primera que has pasado da a una escalera, así que no cuenta.

Me reacomodo el bolso cuando se acerca, dejando poco más de medio metro de espacio entre nosotros. Su aroma, una mezcla profunda de madera, humo y cítricos, resulta tan embriagador que casi gimo en voz alta. El aroma cítrico es lima o bergamota. Y también tiene un toque de menta.

—Hueles muy bien… —Clavo la vista en su cuello, donde debe de haberse rociado la colonia esta mañana.

Siento el impulso repentino de hundir ahí mismo la nariz y respirarlo. ¿Igual esa fragancia oculta algo más? Algún otro aroma que se me escapa.

Como si respondiesen a una orden, las bragas se me mojan. No hay nada tan estimulante como un hombre que huele bien. Subo la vista para encontrarme con su sonrisa casi cruel que me deja dolorosamente claro que he pensado en voz alta. Tengo los ojos a la altura de su cuello y es tan grande y ancho, con una complexión que recuerda a la de un depredador, que me siento diminuta a pesar de que con mi metro setenta de estatura estoy lejos de ser baja. Lo que sí estoy, sin embargo, es completamente indefensa ante la energía masculina que lo rodea. Pero me es más fácil controlar mis deseos hoy que el sábado, cuando tenía cuatro copas corriéndome por las venas, este cuerpo suyo que huele tan bien meciéndose contra el mío en la pista de baile y nuestros dedos se pasaron la mayor parte del tiempo entrelazados sobre mi vientre.

Y sentía su aliento en el cuello.

El latir de su corazón bajo sus costillas.

Sus dedos largos clavándoseme en las caderas.

Me sentía febril. Y vulnerable y a salvo al mismo tiempo.

—Conque huelo bien, ¿eh? —La sonrisa de Theo se ensancha, arrancándome de un plumazo de mi ensoñación.

Retrocedo un paso.

—Perdón. Gracias y perdón por interrumpirte. De-debería irme. —Como si mi comentario no hubiese sido lo bastante humillante, ahora me da por tartamudear.

—¿Te han despedido del club de campo? —pregunta.

Me detengo con una mano en la manilla, agarrándola con firmeza como si fuese a mantenerme anclada en mi sitio y con los pies en la tierra y así evitar que me lance a hundir la nariz en el hueco de su cuello. Dios, tengo que dejar de comérmelo con la mirada como su fuese una piruleta a la que quiero lamer y chupar.

—No, ¿por qué?

Arquea una ceja escéptica y vuelve a cruzarse de brazos sobre el pecho.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A una entrevista de trabajo.

—Ya tienes un trabajo, Thalia. No vas a ganar ni la mitad de lo que ganas en el campo de golf trabajando para Sandra. ¿Qué ha pasado? ¿Los golfistas son demasiado plastas?

Ah, cree que voy a reemplazar un trabajo con otro. Pues claro, tener *dos* empleos debe de ser un concepto desconocido para Theo Hayes. Solo llevo aquí una semana, pero una semana es tiempo más que suficiente para enterarte de los pormenores de este pueblo si prestas atención a lo que dice la gente.

En Newport Beach, los cotilleos son el pan de cada día de la élite. El apellido Hayes sale un montón a colación. Robert Hayes es el estimado alcalde del pueblo y su mujer, exganadora del premio Miss California, está muy involucrada en obras benéficas, organizando bailes, subastas y galas para recaudar dinero para causas nobles.

Son LA pareja de Newport Beach.

Han traído a este mundo a *siete* hijos, unos gamberros de primera clase.

Privilegiados.

Malcriados.

Arrogantes.

Atractivos.

Follables.

Al menos, ese es el consenso entre las chicas de los carritos. El personal del bar tiene una opinión diferente de los hermanos Hayes, igual que los miembros del club de campo. La mayoría les tiene un gran respeto. Y también los envidian. Por lo que he visto hasta ahora, toda descripción de ellos es válida hasta cierto punto, pero no a todos los hermanos se les pueden adjudicar las mismas etiquetas.

Theo es atractivo, follable y un poco malcriado, pero no es arrogante. O, por lo menos, yo no he visto tal cosa por el momento.

—No ha pasado nada. No quiero dejar el golf, solo un segundo empleo. Tengo las tardes libres y no trabajo los miércoles y jueves. Tengo tiempo de sobra —le echo un vistazo a mi reloj de pulsera y me muerdo el labio inferior—, aunque no ahora mismo. Perdona, pero tengo que irme. Nos vemos el domingo. Tú bebías agua, ¿verdad?

Esboza una sonrisa y me sujeta la puerta cuando retrocedo hasta que mi espalda se encuentra con la pared al otro lado del estrecho pasillo.

Está claro que no soy *nada* patosa.

—A menos que Nico se compre otro juguetito que quiera probar a conducir, beberé Bud Light. Vuelve por aquí cuando termines con Sandra y te invito a un café.

—¿Café? —repito, juntando las cejas.

—Sí. —Deja escapar una risita a medio gas—. Es marrón, amargo y delicioso. Tenéis café en Grecia, ¿verdad?

—Sí, y mucho mejor que el que he probado aquí hasta ahora. —Considero su invitación durante un total de tres segundos. ¿Qué persona cuerda le diría a Theo que no?—. Un café suena bien.

Una parte racional de mí, la que no está gobernada por las hormonas ni impulsada por mi prolongado celibato, analiza la situación. No tengo ningún amigo y encerrarme en mí misma no forma parte de mi naturaleza. Hasta hace poco, siempre estaba rodeada de mucha gente y lo echo de menos. La parte de mí gobernada por las hormonas sabe que solo me engaño a mí misma.

Theo y yo no vamos a ser amigos. Nos acostaremos y pasaremos página. Yo no tengo la fuerza de voluntad de resistirme a este

hombre y hay una etiqueta que sí comparten todos los hermanos: la de ligones.

La entrevista con Sandra me lleva diez minutos, aunque no se le puede llamar entrevista de verdad. Aparte de preguntarme si tengo edad legal para servir alcohol y si puedo manejarme con una bandeja llena de bebidas sin que se me caiga, se centra en medirme y buscarme un uniforme. Por lo menos este es mucho más discreto que el del club de campo: camisa blanca, chaleco negro y una falda negra de tubo por debajo de la rodilla.

—Atendemos a las clases altas. Cualquier razón vale para que la élite haga una fiesta, así que estamos hasta arriba en verano. —Habla más rápido de lo que se mueve, abriendo y cerrando cajones y armarios, correteando por el despacho en busca de un bolígrafo, comprobando su teléfono y rechazando llamadas—. ¿Cuándo puedes empezar? Tenemos una fiesta de sesenta cumpleaños mañana. ¿Podrás venir? Son trescientos invitados, seis horas.

—Sí, claro. ¿Dónde y a qué hora?

—Debes estar en el domicilio a las cinco y media. La fiesta empieza a las seis. Ven con el uniforme ya puesto y pregunta por George. Él te dará el resto de las instrucciones. —Me pasa un montón de papeles—. Cubre esto en casa. Es un contrato estándar y algunos datos que necesitamos. Entrégaselo a George mañana. —Escribe la dirección en el reverso de una tarjeta de visita dorada—. Esta es la dirección. Estate allí mañana a las cinco y media.

Acepto la tarjeta y, un segundo más tarde, Sandra está ya junto a la puerta. Esa es la señal para que me vaya. Me dedica una sonrisa radiante antes de cerrarme la puerta en la cara.

—Está chalada, ¿verdad? —comenta Theo, que está apoyando en la puerta de su despacho, móvil en mano—. ¿Has conseguido el trabajo?

—Sí. Empiezo mañana. —Me guardo el uniforme en el bolso antes de cerrarlo. La emoción me estalla en el pecho cuando me acerco a él—. Bueno, ¿vamos a por ese café?

Extiende la mano hacia la puerta que nos llevará de regreso al vestíbulo. Echamos a andar, pasando por al lado del botones, quien

nos dedica una mirada de curiosidad antes de que salgamos del edificio.

—¿Cómo está yendo la búsqueda de piso? —me pregunta Theo, avanzando por la acera—. ¿Ya has encontrado algo?

—No, aún no me he puesto a mirar. No tendré suficiente dinero ahorrado para un alquiler hasta dentro de un mes, por lo menos. Newport Beach es un sitio caro, pero los salarios son buenos y hay trabajo en todas partes.

Theo abre la puerta de la cafetería y me deja pasar a mí primero. El aroma agridulce a café le gana al perfume terroso de su colonia. Recibo con los brazos abiertos esta distracción para mis sentidos, inhalando profundamente para despejarme la mente de esta neblina lujuriosa e idiotizante. A lo mejor, dejaré de comportarme de una forma tan impropia de mí si no puedo oler ese aroma excitante.

Nos detenemos junto a la barra donde una joven barista vierte leche en un vaso alto para luego añadirle dos dosis de expreso antes de acercarse a la caja y tomarnos nota.

—Un café grande con leche y hielo y… —Theo se detiene y desvía la mirada hacia mí.

—Yo tomaré lo mismo. —Le echo mano a mi cartera, pero él me la aparta de un manotazo, sonriendo para sí.

—¿Puedes parar de hacer eso cuando estás conmigo? Me hace sentir de lo más ultrajado, Thalia.

—¿Ultrajado? —No lo pronuncio muy bien al primer intento, pero es que la palabra le es ajena a mis oídos—. Ultrajado…

—Quiero decir que me siento humillado y poco hombre cuando piensas que deberías pagar por tu propio café. Yo te invité a venir, así que pago yo.

Esta no es la primera vez que alguien me ayuda a comprender la definición de una palabra que jamás había escuchado, pero sí que es la primera vez que no me avergüenza desconocerla. No hay ningún rastro de burla ni sorpresa en el tono de Theo. Me relajo, sabiendo que mi escaso vocabulario no va a ser motivo de risas. Ya me acompleja bastante mi acento marcado y la erre que no consigo suavizar por más que me esfue*rrr*ce.

—Perdona. No era mi intención herir tu ego.

En cuanto la barista nos prepara nuestros cafés, nos sentamos en una mesa junto a la ventana con vistas a la calle principal. Hay coches caros y brillantes por todas las esquinas y la gente se pasea por ahí con gafas de sol oscuras y bolsos de diseñador en mano. Los escaparates de marcas de lujo de renombre reflejan la luz del sol, haciendo destacar los artículos expuestos e incitando a la élite de Newport a marcar el pin de sus tarjetas y darle al botoncito verde.

Theo toma asiento frente a mí con los antebrazos apoyados en la mesa. Sus dedos largos deslizan el vaso entre sus manos con aire distraído. Sus ojos oscuros se pasean por mi cara por millonésima vez desde que nos conocemos. Nunca me habían mirado del modo en que él lo hace, como si quisiera memorizarme. Como si estuviera buscando algo que perdió. Su vista baja de mis ojos a mis labios, mejillas y nariz antes de volver a mis ojos, provocando que una descarga de adrenalina me recorra las venas como cuando probé el alcohol por primera vez.

El polo que lleva se estira sobre su pecho y la tela parece a punto de reventarle por las costuras. Las líneas negras de un tatuaje en el hueco de su cuello acaparan mi atención. No había reparado en él antes, pero ahora que está ladeando la cabeza y tiene doblado el cuello de la camiseta, el tatuaje asoma la cabecita y despierta mi curiosidad.

—¿Qué tienes ahí? —Señalo su cuello.

Hace a un lado el cuello del polo con un dedo, dejando el dibujo a la vista. Son unas plumas muy detalladas que dan forma a una alas. Me imagino que siguen bajando, pasándole por el hombro y terminando bajo la manga. O igual le cubren la espalda.

—Qué bonito. —Cierro las manos en puños, revolviéndome en mi asiento y muriéndome por trazar esas líneas negras con los dedos—. Yo llevo pensando en hacerme un tatuaje desde hace años, pero tengo un umbral del dolor muy bajo y temo desmayarme.

—Hoy en día puedes pedir que te pongan crema anestésica, pero te aseguro que no es para tanto. Cuando estés lista para tatuarte, avísame y te llevaré al estudio de Toby. Es el mejor de la zona.

El diseño en el que llevo pensado desde hace por lo menos cinco años me relampaguea por la mente: un atrapasueños con flores en

el muslo. De momento, no me sobra el dinero como para gastármelo en un tatuaje, pero un día, cuando pueda permitírmelo, reuniré el coraje suficiente y tacharé «hacerme un tatuaje» de mi lista de pendientes.

—Bueno, ¿y qué haces en ese despacho? ¿Para qué necesitas cinco monitores?

—Diseño juegos. Sobre todo, para páginas web, pero llevo una temporada trabajando en un proyecto a gran escala.

Me habla de su idea y de cómo se ha pasado los último cuatro años desarrollando un juego de multiverso. Emplea muchos tecnicismos y tengo que pararle a menudo para que me dé un sinónimo o una explicación, pero se muestra paciente y no parece importarle tener que explicarme las palabras.

—Si quieres, puedo ayudarte con eso —le digo después de que me cuente que el juego está centrado en los dioses griegos—. A mi padre le fascinaba la mitología y daba clases sobre ello en una universidad de Atenas cuando yo era pequeña.

—Eso estaría genial. He investigado sobre el tema, pero sería estupendo que pudieras echarle un vistazo antes de que finalice el proyecto.

—Claro, cuando tú quieras.

Theo seca la condensación del vaso con el pulgar antes de llevárselo a sus labios color frambuesa. Mis ovarios retoman el tira y afloja, esa descarga de excitación primitiva alcanza niveles estratosféricos y siento que la entrepierna me cosquillea.

Puede que él no sea consciente de lo que está haciendo, pero yo me siento arder por dentro cuando se pasa el pulgar por el labio inferior.

Se pierde en sus pensamientos durante unos instantes antes de volver a rodear el vaso con la mano, felizmente inconsciente de mis pensamientos desbocados.

Nos pasamos una hora charlando y alargando el café. Hace mucho que se derritió el hielo del mío, pero voy saboreando pequeños sorbitos como si fuera el néctar de los dioses y preguntándole todo lo que se me ocurre.

Es agradable hablar con alguien. Es agradable no estar encerrada en esa habitación apestosa del motel.

Aún me estoy acostumbrando a volver a formar parte de la sociedad y no decir en voz alta todo lo que pienso después de pasar dieciocho meses hablando conmigo misma solo para escuchar una voz. Es un milagro que no haya perdido la cabeza, asilada como estuve en la diminuta cabaña del bosque que construyó mi abuelo antes de que naciese mi madre.

La heredé después de que muriese hace seis años y siempre adoré la tranquilidad del amplio lago y de esa zona apartada y desierta. Pero llegué a odiar esas cuatro paredes mientras me escondía allí, saliendo solo una vez a la semana a por provisiones.

—Retén ese pensamiento —dice Theo cuando estoy a punto de hacerle otra pregunta. Va hasta la caja y regresa con dos cafés más para llevar, haciéndome un gesto para que lo siga fuera—. Me apuesto lo que sea a que aún no has ido a la playa. —Me pasa un vaso y señala hacia delante—. Hay un restaurante muy bueno a la vuelta de la esquina con vistas al mar. Eres griega, así que me supongo que te gusta el marisco y ahí tienen unas langostas de muerte.

—Con el café me basta, pero el plan de la playa suena divertido. ¿Tú has vivido aquí toda tu vida?

—Sí, desde que nací. No me puedo imaginar viviendo en ningún otro sitio. Supongo que por eso te encuentro fascinante. Hace falta valor para empaquetar toda tu vida y empezar de cero aquí.

—A veces, no puedes hacer otra cosa más que cambiar de aires.

Y otras, no te queda más opción que huir y rezar porque tu pasado no te siga.

Cuando llegamos a la playa, me quito los zapatos y muevo los dedos de los pies, disfrutando de la suavidad y calidez de la arena bajo mis pies descalzos a medida que nos acercamos al agua. La gente toma el sol en toallas y sillas de la playa y los niños corretean detrás de una pelota o se dedican a construir castillos de arena. Los surfistas se sientan sobre sus tablas y niegan con la cabeza, insatisfechos con las olas bajas y apacibles.

Siento el culo cerca de la orilla, dejando que las olas se estrellen contra mis pies. Theo se queda atrás y se reajusta las gafas mientras que yo me hago sombra con la mano y ladeo la cabeza.

—Enséñame griego —me pide él, rompiendo el cómodo silencio—. ¿Cómo se dice «hola»?

—Dijiste que sabías algunas palabras. Cualquiera se pensaría que «hola» está entre ellas.

—Sé las palabras que tuve que traducir para el juego. Y usé «bienvenido» en vez de «hola».

—*Chaírete*.

—*Chaírete*. —Imita el acento a la perfección. Mi idioma nativo en su boca, sumado a su voz ronca, suena de lo más atractivo y sexy.

—Sí, bien. Ahora di: *antío*.

—*Antío* —repite—. Supongo que eso quiere decir «adiós».

Asiento.

—Se te da muy bien imitar acentos. ¿Hablas algún otro idioma?

—Italiano y un poco de español. Lo bastante como para poder defenderme, pero no como para mantener una conversación como es debido.

—Impresionante. Igual algún día de estos puedes enseñarme italiano.

Aunque francés sería mejor.

Más romántico.

Los hoyuelos se le marcan en las mejillas cuando sonríe y los ojos se le iluminan igual que el cielo con los fuegos artificiales del 4 de Julio. Dios, estoy empezando a ponerme poética, y sin dejar de imaginarme también subiéndome a su regazo como quien escala un árbol y hundiéndole la lengua en la boca.

—¿Dónde aprendiste a hablar inglés? Estoy seguro de que no fue en la escuela. Tienes un vocabulario más rico que muchos que nacieron aquí, créeme.

—Sí que recibía clases de inglés en la escuela, pero el plan de estudios era de lo más básico y, después de ocho años estudiándolo, a duras penas podía mantener una conversación decente. Aprendí casi todo lo que sé a base de escuchar música, ver películas y leer.

—¿Por qué te mudaste a Estados Unidos tú sola? —Le da un sorbito a su café como si nada, aparentemente relajado, pero puedo ver que está tenso y en vilo por mi respuesta, como si estuviera desesperado por saber más de mí, pero no quisiese que se le note.

Aprieto mi vaso tan fuerte que la tapa se le sale. Tengo la respuesta ensayada a esta pregunta en la punta de la lengua. Es simple, creíble y completamente inofensiva. Es la misma respuesta que le he dado a todo el mundo hasta ahora. La verdad es demasiado perturbadora y dolorosa, pero al encontrarme con la mirada curiosa de Theo, dudo de si mentir.

«La verdad te hará libre».

Pero no en este caso.

Ojalá pudiera contárselo a Theo. O a cualquiera, en realidad, pero una confesión de tal calibre necesita una confianza inquebrantable y no me puedo permitir confiar tanto en nadie.

Es una nueva vida.

Con nuevos amigos.

Y un nuevo comienzo.

El pasado se queda dónde debe.

—Por el sueño americano —digo con un suspiro y tragándome la vergüenza que me quema la garganta—. Grecia es un país precioso, pero no un lugar donde uno escogería vivir y trabajar. La mayoría llevan vidas mediocres, teniendo que apretarse el cinturón y preocupados por no llegar a fin de mes. Yo quería llevar una vida más estable.

—¿Y qué hay de tu familia? ¿No quisieron mudarse aquí contigo tus padres? ¿O tus hermanos?

Me recuesto hacia atrás, tendiéndome sobre la arena donde las olas se estrellan contra mis pies, alcanzándome más arriba, más abajo y después más arriba otra vez.

—Soy hija única y mis padres son muy tradicionales. Jamás se irían de Grecia.

Espero que no me haga otra pregunta. Ya estoy pisando terreno peligroso con él.

A juzgar por su expresión, por la reserva y duda que veo tras sus ojos, sabe que no le estoy contando la historia completa. Se gira

para mirar el mar en calma con una expresión firme que me sienta como una bofetada. Jamás quiero volver a verle tan… alejado.

—Háblame de tu familia —digo, rezándole a Dios para que esto le haga seguir hablando porque ahora mismo parece que vaya a levantarse e irse—. Tuvo que ser divertido criarse con seis hermanos.

Con toda la parsimonia, su mirada vuelve a encontrarse con la mía y la sonrisa que está intentando contener hace que mi corazón se salte unos cuantos latidos.

—¿Divertido? —Se toca la cicatriz de la mejilla—. Esto es obra de Logan. Me puso un palo en la rueda de la bici cuando tenía ocho años. Aterricé de cara contra el tronco de un árbol cuando estábamos pasando fuera el fin de semana con los abuelos. —Se señala el puente de la nariz—. Y esto es cosa de Shawn y de Nico. Shawn me lanzó una plancha cuando tenía once años y Nico me la rompió de un puñetazo hace cinco años.

—¿Te pegó? ¿Por qué?

Theo se encoje de hombros.

—Estaba borracho y dije cosas que no debía… Me lo merecía. Esto también me lo hizo él. —Se señala la cicatriz diminuta del labio, esa que quiero repasar con la lengua para comprobar si se nota alguna diferencia—. Fue la misma noche. Solo le hizo falta un puñetazo para romperme la nariz y partirme el labio. —Una risita suave se escapa de sus labios—. Criarme con ellos tuvo sus más y sus menos, pero no lo cambiaría por nada. Estamos unidos y, ahora que los trillizos se están haciendo mayores, también pasan más tiempo con nosotros.

Nunca quise tener hermanos, pero escuchar el cariño en las palabras de Theo hace que me sienta algo celosa. Igual si no fuera hija única, ahora no estaría sola. A lo mejor estaría tan unida a mi hermano o hermana como lo está Theo a los suyos. Me apuesto lo que sea a que siempre están ahí para apoyarse sin importar la situación. Me apuesto a que sus padres los quieren y cuidan y también están ahí para lo que sea.

No como mis padres.

El sol empieza a esconderse tras el horizonte, pintando el mar de un caleidoscopio de naranjas, amarillos y lilas, mientras nosotros

charlamos y reímos sentados en la playa y el mundo va pasando a nuestro alrededor. Podría pasarme así unas cuantas horas más, escuchando sus anécdotas, pero Theo tiene otros planes.

—Me estoy muriendo de hambre, Thalia. Y estoy seguro de que tú también —dice un rato después, provocando que consulte mi reloj de pulsera.

Me yergo, sobresaltada, al comprobar que la playa está desierta. Son las seis de la tarde y nuestros cafés hace rato que desaparecieron, después de que Theo tirara los vasos y me contase que odia volver del trabajo a una casa vacía y se está planteando comprarse un perro.

Desde entonces, hemos hablado de tantos temas que siento que lo conozco desde hace mucho tiempo. Y siento que no han pasado más de dos horas desde que entré por error en su despacho.

—Gracias, pero debería volver al motel. —Me pongo de pie y me sacudo la arena de la ropa—. Siento haberte robado la tarde. Bueno…, en realidad no lo siento. Me lo he pasado bien.

—Te echaré sobre mi hombro y te llevaré a cuestas hasta el restaurante si hace falta. No estoy de broma. —Señala hacia la calle, instándome a que empiece a andar—. Te acercaré en coche hasta el motel más tarde.

No debería haber dicho eso.

Mi mente es un espacio gráfico y colorido. No me cuesta imaginarme la escena que ha descrito, y mucho menos hacerla más picante. Me lo imagino haciendo eso mismo: echándome sobre su hombro y llevándome hasta su cama, donde pueda gritar su nombre. No tengo ningún asomo de duda de que Theo Hayes sabe cómo hacer gritar a una mujer.

No por primera vez estando en su presencia, aprieto los muslos para conseguir algo de fricción y respiro hondo con disimulo. Que me lleve en coche suena mejor que recorrer los más de seis kilómetros de vuelta al motel. Además, ahora que estamos casi a las puertas del restaurante, el delicioso aroma a pan de ajo y marisco recién preparado que impregna el aire me recuerda lo hambrienta que estoy.

—De acuerdo, pero esta vez invito yo. —Abro la puerta sin darle tiempo a protestar, pero enseguida llega a mi altura. Me agarra del antebrazo y me pega a su pecho. Mi mejilla se roza contra su camiseta y veo las estrellas.

Por el amor de Dios, esto es humillante. «¡Aprende a controlarte, chica!».

—Ultrajado —murmura por lo bajo. La diversión de su tono se entrelaza con algo más cargado e intenso—. ¿Recuerdas su definición, *omorfiá*? Tú no invitas. Nunca.

—*O Theé mou*[5].

—Me gusta cuando hablas en griego. —Su mano va a parar a mi espalda y me conduce hasta una mesa en medio del restaurante—. ¿Qué acabas de decir?

—Tendrás que aprender griego si quieres saber qué murmuro para mis adentros. Lo hago muy a menudo.

—Entonces estoy de suerte —me susurra al oído—. Conozco a la chica perfecta para que me dé unas clases.

SIETE

Theo

A ojos de cualquier desconocido, a Thalia y a mí podrían confundirnos con una pareja en plena cita. No es así, pero, aunque lo fuese, no me arrepentiría de prácticamente obligarla a cenar conmigo.

Abandonamos mi despacho a la una y pocos minutos de la tarde y hemos pasado *cinco* horas charlando. Cinco putas horas. El tiempo vuela cuando te lo pasas bien, y vaya si me lo estoy pasando bien. Es fácil hablar con ella; es ingeniosa, inteligente y curiosa.

Y sexy…

Muy sexy. Con esas curvas y carne de sobra para agarrar. Tiene un pecho generoso, caderas amplias y una cintura notable. Es la definición de figura de reloj de arena; no se la puede considerar gorda ni flaca. «Está sana», diría mi abuela. Yo diría que es pura «perfección».

Tenemos más en común de lo que esperaba, pero su positividad es el rasgo más impresionante que le he descubierto hasta ahora. Irradia alegría como una varilla luminosa. Rara vez deja de sonreír y los ojos le centellean de auténtico regocijo a pesar de estar sola en un país extranjero, haber aceptado un segundo empleo y vivir en un motel. Se siente agradecida por la oportunidad de empezar de cero, desde abajo, y está lista y dispuesta a trabajar para alcanzar la cima.

—¿Qué clase de perro quieres? —me pregunta con ese acento griego suyo tan vivaracho que no me quito de la cabeza. Los ojos le bailotean, vivos, brillantes y preciosos que te cagas.

Sinceramente, no puedo dejar de maravillarme ante lo preciosa que es. Me desorienta cada vez que le echo un vistazo a su rostro y

apartar la mirada me cuesta mucho más de lo que debería. Claro que mi cara de póquer no tiene rival y la mantengo en posición en todo momento.

Estudia la carta con concentración mientras juguetea con un mechón de pelo. Es un gesto que me ha molestado desde siempre, pero Thalia no lo acompaña de miraditas seductoras ni sonrisas, sino con un ceño fruncido…

En vez de molesto, es la hostia de sexy.

Estoy segurísimo de que, si le dejo escoger a ella, se decidirá por el plato más pequeño y barato de la carta, por eso, cuando regresa el camarero, pido unos langostinos de entrantes, dos langostas como plato principal y una botella de vino, haciendo callar a Thalia cuando intenta interrumpirme.

—Estaba pensado en un pastor alemán, pero no lo voy a peinar y terminará pareciendo un vagabundo en menos de un mes.

—No, un pastor alemán no te pega. Necesitas un perro más varonil…, como un pitbull o un dóberman.

—¿Un pitbull, en serio? Tendría un yorkshire antes que un pitbull, Thalia. Lo vestiría con un abriguito rosa y me lo llevaría de paseo por el puerto antes de mirar dos veces a un pitbull.

El camarero nos trae una copa de vino tinto y nos llena las copas mientras Thalia se ríe de una forma melódica y ligera y se le ilumina el rostro por entero. Debe de estar imaginándome paseando por el centro con un cachorrito de yorkshire tamaño bolsillo.

Y que conste que lo haría. Un perrito adorable y vestido de rosa no me restaría ni un poco de masculinidad.

—¡Ya sé! —exclama y enseguida se tapa la boca con la mano y echa un vistacito alrededor con ojos llenos de diversión—. Deberías hacerte con un bóxer —añade prácticamente en un susurro.

Cuanto más la miro, más detalles noto. Sus pestañas son largas y oscuras, tiene unas pequitas casi imperceptibles en la nariz y un lunar justo en el lado izquierdo de su labio superior, igual que Marilyn Monroe. Quiero tocarlo, besarlo y besar esos labios carnosos y seductores que me están pidiendo a gritos que los muerda.

Me remuevo en mi asiento, ajustándome la erección con disimulo. *Yo* sé que no me voy a follar a Thalia, pero mi pene no parece haber

recibido el comunicado.

Esto es un putadón…

No termino de entender del todo por qué no me lanzo. Estoy casi seguro al cien por cien de que Thalia no me diría que no, pero por más que me gustaría ver cómo se retuerce de placer debajo de mí, el pensar en usar mis tácticas estúpidas y habituales con ella hace que me entren putos escalofríos. Me la imagino vistiéndose cuando terminemos, yéndose de mi casa y… No, eso no va a pasar. Thalia se merece algo mejor. Se merece a alguien mejor que yo.

—Conque un bóxer, ¿eh? —inquiero, centrándome en ese tema antes de que el cerebro se me derrita y empiece a gotearme por los oídos—. No es mala idea. Se llevan bien con los niños, ¿no?

Su sonrisa se esfuma y yo me pongo loco de contento al ver la confirmación retratada en su cara: le gusto.

—No sabía que tuvieras hijos —sisea con un tono risueño y encantador y alzando la barbilla bien alto. De pronto, parece haberse cerrado en banda—. Pero sí, la raza bóxer se lleva genial con los niños.

—No tengo hijos. Tampoco tengo mujer ni novia, por lo que no tengo planes de convertirme en padre en un futuro próximo, pero Shawn está comprometido —digo, observando cómo se relaja y se le ruborizan las mejillas—. Querrán adoptar en cuanto se casen, por lo que preferiría no comprarme un perro que vaya a espantar a mi sobrino o sobrina.

—¿No pueden tener hijos o es que prefieren adoptar?

—Estoy seguro de que no le harían ascos a tener un hijo biológico, pero siendo dos tíos es imposible. Shawn es gay, Thalia. ¿Cómo es que no te has dado cuenta?

Le hablo del camino largo y truculento que recorrieron Shawn y Jack hasta llegar a su compromiso actual mientras no llega nuestra comida. El tiempo vuela y se detiene al mismo tiempo. Ella me enseña más palabras en griego mientras cenamos, pero solo después de comprobar que todavía recuerdo cómo se dice «hola» y «adiós». En cuanto me termino mi copa de vino, me contento con rellenarle la suya y disfrutar de cómo las mejillas se le van poniendo cada vez más rosas con cada sorbo.

Ahora es mi turno de hacer las preguntas, pero Thalia me describe su infancia y adolescencia de forma vaga. Evita tocar el tema de sus padres y amigos, no menciona ningún nombre y se va por las ramas cuando le pregunto de qué parte de Grecia es.

Su reticencia a abrirse, su sonrisa débil y las respuestas cortas y ambiguas confirman mis sospechas: oculta algo. O eso o aún no confía en mí lo bastante como para compartir ningún dato relevante.

Cambio de estrategia y le pregunto cosas sobre ella como persona. Son la clases de preguntas trilladas que nunca me he molestado en hacer antes: gustos y tirrias, esperanzas y aspiraciones. Las típicas tonterías que pregunta uno en una primera cita.

Pero esto no es una cita, ¿queda claro?

No noto que la gente empieza a abandonar el restaurante ni que el personal está limpiando las mesas de lo entretenido y ocupado que estoy con esta morena ingeniosa. Ella es el centro mi atención hasta que un camarero se nos acerca con una mirada de disculpa y la cuenta en la mano.

—Lamento muchísimo importunarle, señor, pero cerramos hace una hora.

Dos líneas me arrugan la frente cuando compruebo la hora. Son las once en punto. Sin duda, mi reloj debe de haberse quedado sin pila…

Pero las agujas que se mueven disienten de esta teoría.

¿En qué momento pasamos todo el día juntos?

¿Cómo es que no estoy aburrido de ella todavía?

Normalmente, no paso tanto tiempo con las mujeres. Pasar un tercio de este tiempo con ellas ya es inusual, e incluso cuando eso ocurre, lo que vamos a hacer está claro: follar. Pero eso no es lo que está pasando hoy porque la semana pasada decidí desinteresadamente que mi polla no podía acercarse a Thalia.

Thalia jadea, deja escapar una risita tonta y se termina lo que le queda de vino mientras yo pago la cuenta. Además del brillo en sus ojos marrones, el chute de alegría y sus sonrisas más amplias, parece sobria pese a haberse terminado una botella de vino prácticamente sola.

—Vamos —le digo, sujetándole la puerta como si fuera un puto caballero medieval—. Deja que te lleve a casa.

—Al motel —me corrige con firmeza—. No tengo casa. Todavía.

No lo voy a reconocer en voz alta, pero cada vez que menciona el motel una sensación de ardor, como si me acabase de tomar Tabasco, me nace en la boca del estómago. Ese tugurio de mala muerte es donde está el meollo de los negocios turbios de Newport Beach. Es un lugar donde las putas obran su magia y los camellos mueven mercancía.

Thalia es joven, guapa y testaruda. Basta que diga la palabra equivocada a la persona equivocada para que acabe metida en un buen lío.

—Es aquí. —Señala el viejo edificio que se está cayendo a cachos cuando me meto en el aparcamiento.

La pintura azul cielo se está descascarillando de las paredes y la celosía rota y descolorida unida al pasamanos del pasillo de la segunda planta recuerda a una película de terror. La planta trepadora de la celosía que en algún momento debió de estar en la flor de la vida, ahora cuelga olvidada, seca y muerta como los sueños de muchos de los drogadictos que frecuentan este establecimiento.

Thalia y yo hemos pasado diez horas juntos, pero ahora que está a punto de bajarse de mi Camaro, desearían que fuesen diez más.

—Quiero que me des tu número, *omorfiá*.

Sin dudar un segundo, se saca el teléfono y da unos golpecitos a la pantalla. Un segundo después, me vibra el móvil.

Número desconocido: Sas efcharistó gia ton kafé kai to deípno. Elpízo na niótheis arketá arrenopós, allá an den to káneis, boreís na ftiáxeis ton nerochýti pou échei diarroí sto domátió mou. Kalinýchta, Theo.

Me quedo sin palabras de forma temporal cuando se inclina por encima de la consola y me planta un beso delicado en la mejilla con sus labios suaves y cálidos. Es un besito ligero, apenas una

insinuación, pero lo bastante intenso como para prenderme fuego al cerebro.

Abre la puerta del pasajero y se aleja antes de que yo recupere los sentidos. Puede que sea así mejor… porque siento el impulso de ir tras ella, arrancarle la camiseta holgada y los pantaloncitos de su tez aceitunada, lanzarla a la cama y cubrir su cuerpo desnudo con el mío.

En cuanto desaparece tras la puerta número trece, me guardo su contacto, copio su mensaje y dejo que el traductor de Google haga todo el trabajo duro.

Thalia: Gracias por el café y la cena. Espero que te estés sintiendo como todo un macho, pero si no, tengo un grifo que pierde en mi habitación que podrías arreglar. Buenas noches, Theo.

—Buenas noches, *omorfiá*.

OCHO

Theo

¿De quién fue la brillante idea de que yo me comprase un perro?

Regreso a mi piso después de ausentarme solo dos horas para tomarme unas cañas con amigos. Es sábado. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Quedarme en casa toda la tarde?

Sí, esa habría sido la decisión correcta.

Este mierdecilla de cuatro patas que de momento no tiene nombre ha usado uno de los cojines del sofá como mordedor. Hay pelotitas de lana por todas partes y el culpable está acostado sobre la alfombra, medio escondido bajo la mesa de centro y mascando mi zapato nuevo.

Lleva aquí menos de veinticuatro horas y ya he perdido dos pares de zapatos, un cojín y un felpudo. Y no nos olvidemos de cuando pisé un charco de su pis antes. Esa sí que fue una manera cojonuda de empezar la mañana.

Durante su estampida libre de supervisión, tiró una planta que me compró mi madre para darle un toque de alegría al espacio. No tengo ni idea de qué hacer con la planta, así que, como el inútil que soy, la dejo tirada en el suelo. La próxima vez que mamá venga de visita ya la trasplantará, remacetará, replantará o como se diga. Desde aquí, hasta da la impresión de que el mierdecilla le haya meado encima también.

Destrucción.

Me rodea pura destrucción.

Saco una foto de este caos y la envió al grupo de hermanos Hayes.

Yo: ¿Quién quiere un perro?

Shawn: ¡Me muero, es adorable! ¡Dámelo a mí!

Nico: Ya te dije que te pillaras un pastor alemán entrenado.

Logan: A mí me sobran algunos zapatos si los quiere morder. Es macho, ¿verdad? ¿Ya tiene nombre?

Me: Aún no, aunque «mierdecilla» empieza a gustarme.

Parece gracioso, pero no lo es.

Le envío también la foto a Thalia porque… Vale, no se me ocurre nada. Llevo desde el miércoles sin verla ni hablar con ella y me descubro pensando en esa belleza por lo menos veinte veces al día. Y lo que es más grave, ya no me la imagino solo desnuda. Anoche mismo, me pasé por un restaurante para picar algo antes de volver a casa y mi primer pensamiento fue: «este sitio mola, debería traerme a Thalia alguna vez».

Me rayó tanto que casi me largo sin pagar. Hasta me apetece más que de costumbre ir a jugar al golf con mis hermanos solo porque sé que ella estará allí mañana.

Es un hecho, jamás me había chiflado tanto el golf.

Yo: «Hazte con un bóxer», dijiste. Así que eso hice. ¿Te interesa tener un perro?

Sin una asistenta que pueda ocuparse de este desastre, me arrodillo sobre la alfombra mullida, rumiando sobre por qué no me compraría una puñetera tortuga.

El mierdecilla sin nombre me quita las pelotillas de lana de las manos, pensándose que quiero jugar con él.

—Para ya. ¡*Sit*! —Bien podría estar hablándole en chino para el caso que me hace. Menea la cola cuando dobla las patas delanteras y sale escopetado al otro lado de la sala, ladrando y saltando—. Es tarde. No vamos a jugar, chico. *Sit*. Déjame adecentar esto. —Le doy

unos golpecitos suaves en el hocico con el zapato a medio comer—. No te comas eso, no es comida.

No me hace caso, demasiado ocupado en perseguir su propia cola. Debería haberme informado más antes de comprar un cachorro.

El teléfono me vibra sobre la mesa de centro.

Thalia: Pero qué monada. No lo dejes solo ni dejes que se pasee a sus anchas por la casa. Que se quede en un solo cuarto. ¿Cómo se llama?

Me: De momento, lo llamo «mierdecilla». Y así se quedará a no ser que aprenda a comportarse pronto.

Me envía un emoticono riéndose antes de que los tres puntos suspensivos parpadeen en mi pantalla.

Thalia: Tengo que estar presente para ver cómo lo persigues por la playa al grito de «ven aquí, mierdecilla».

Me entra la risa al imaginarme la situación: Thalia y yo disfrutando de una tarde tranquila paseando por la playa y tomándonos un helado cuando el perro sale disparado y yo tengo que ir detrás del muy idiota gritando «mierdecilla» con todas mis fuerzas.

Yo: Vale, me has convencido. ¿Qué me dices de llamarlo «perro»? ¿Mejor?

Me abro una botella de Bud Light, me repantingo en el sofá y me estiro para ponerme cómodo. Mierdecilla me salta encima de la barriga, dejándome sin aire. Sí, es un cachorro de ocho semanas, pero ya pesa bastante. Se hace una bolita y termino rascándole la cabeza mientras intercambio mensajes con Thalia, quien hace una lista de nombres posibles y, joder, sin darme ni cuenta, casi se me echa la medianoche encima.

***

Logan apunta al primer hoyo y lanza la bola por los aires como si fuera Happy Gilmore. Pausamos esta ronda antes de que la bola toque el suelo cuando el sonido de un carrito que se aproxima con velocidad rompe esta apacible tarde de domingo a las tres.

Thalia abandona el asiento tras el volante con un moño enorme casi en la coronilla y unos mechones que se le escapan y le rebotan contra su rostro sonrojado.

—Hola, chicos. —Rodea el carrito y le quita la chapa a dos Bud Lights mientras los cuatro le devolvemos el saludo—. Os preguntaría cómo os está yendo, pero acabáis de empezar, así que os preguntaré esto otro —me mira y se muerde el labio por dentro para contener una sonrisa—: ¿quién va a conducir?

—Nadie —digo, acercándome más a ella y subiéndome las gafas de sol a la cabeza—. Nos trajo Jack.

—Ah, vale. Pues en ese caso… —Coge una botella de Corona de la nevera y se la pasa a Nico, pero deja mi Bud Light a su lado, invitándome a que vaya a cogerla yo mismo—. ¿Qué tal Ares?

Sí…, ha bautizado a mi perro con el nombre del dios griego de la guerra. Dios de las travesuras le habría pegado más a ese mierdecilla, pero resulta que el dios griego de la ruina y la destrucción es en realidad una diosa y ni siquiera yo soy tan cruel como para ponerle nombre de chica a mi perro.

—Sigue bravo. —Me detengo a su lado, cojo mi cerveza y me paso el cristal frío de la botella por la frente. Hoy debe de haber por lo menos treinta y ocho grados—. Hoy me desperté con un rollo de papel higiénico hecho pedazos en mi habitación. Creo que hace esas gamberradas a posta. Lo he dejado encerrado en el baño por ahora.

—¿Ares? —Nico le extiende un billete de cien a Thalia para cubrir esta ronda y su propina—. Ponnos cuatro botellas de agua, las más frías que tengas.

Thalia nos lanza una botella a cada uno y después va a buscar una bolsa de regalo al asiento de pasajero del carrito.

—Con esto Ares debería mantenerse entretenido mientras no estás en casa. —Saca una pelotita de goma naranja y dos bolsas de

galletitas para perros—. Es un mordedor y un dispensador de comida, todo en uno. —Abre uno de los paquetes y me enseña cómo insertar las galletitas—. No es fácil sacarlas, así que tendrá que esforzarse para conseguirlo.

Siento que las miradas abrasadoras de mis hermanos me queman el cráneo, pero los ignoro a los tres cuando Thalia intenta darme el juguete.

—Gracias, pero tendrás que darle eso tú misma o se pensará que soy majo. No me lo puedo permitir, me pisoteará si se huele mi debilidad.

No añado que ya me pisotea bastante, literalmente.

Ese mierdecilla…

Sí, no creo que lo de Ares dure mucho.

—Llevas razón. No querría que te sintieses «ultrajado».

—¿Ves? Empiezas a adaptarte. ¿Tienes tiempo para conocerlo esta noche? Igual podrías ayudarme con el juego mientras malcrías a mi perro.

—No, lo siento. —Vuelve a dejar el juguete en la bolsa—. Esta noche curro de camarera. ¿Y mañana?

—Por mí, bien. Te llamaré.

Una sonrisa y un bip del carrito más tarde, ya está de camino a atender al siguiente grupo de golfistas.

Me hago el longuis, ignorando los aullidos ostentosos y los codazos directos a las costillas de Shawn.

—Me parece que aquí nos falta información, tío. ¿En qué momento os hicisteis tan amigos? —Menea las cejas.

Me cuesta la hostia reprimir mi sonrisa de comemierda.

—Nos tropezamos el miércoles. Bueno, más bien se presentó en mi despacho por error.

Les hago un resumen de lo sucedido, pero no importa cuantas veces les repito que Thalia es divertida y solo una amiga, no se lo tragan. Pues allá ellos.

No tengo por qué demostrarles nada.

NUEVE

Thalia

Agarrando con fuerza el bolso pesado que llevo al hombro, llamo a la puerta del piso de Theo a las siete menos cinco de la tarde. Este vecindario es uno de los más lujosos del pueblo, de clase media alta, por lo menos. Igual hasta de clase alta-baja. El edificio blanco como la nieve ofrece un aspecto limpio y cuidado, como si no llevase aquí mucho tiempo. Cruzo el espacioso vestíbulo y llamo a la puerta de la planta baja.

Dentro se escuchan unos pasos apresurados y pesados antes de que Theo abra la puerta y yo tenga delante de la cara su pecho ancho enfundado en una camiseta negra.

—Eh, hola. —Se hace a un lado para dejarme pasar—. ¿Has encontrado bien la dirección?

Asiento, adentrándome en una entrada espaciosa con unos suelos de parqué castaño claro y paredes blancas. Se funde con gracia con el salón de espacio abierto que da a una puerta corredera de cristal que lleva a una terraza privada y apartada.

Lo que me llama la atención es que el piso está de un impoluto estéril.

No se ve ropa sucia, cajas de pizza ni botellas de cerveza por ahí tiradas. De hecho, desprende un aire de sofisticación informal con sus techos altos, estilo minimalista y contemporáneo y muebles de alta gama.

El calzado de Theo está organizado con esmero en la entrada, una tele grande de pantalla plana cuelga de una pared de mármol en el salón, donde una alfombra mullida de un tono blanco roto descansa bajo una mesa de centro. Hay hasta una planta en su

maceta correspondiente delante de los ventanales orientados al sur; verde, sana y vivita y coleando.

—Vale, tengo esperanzas —digo, quitándome las deportivas blancas—. No has matado a la planta, así que Ares también debería sobrevivir. Al menos él te hará saber cuándo tenga hambre.

—Gracias por tener tan buena opinión de mí. Aunque no soy yo quien se merece el mérito por la planta. Ares tiró con ella el viernes y se quedó en el suelo hasta que se pasó mi madre anoche a trasplantarla.

Me conduce hasta la cocina, equipada con una isla, unos armarios azul grisáceo y unos electrodomésticos de alta gama que parecen recién comprados, como si nadie les hubiese dado uso aún.

No es que sea ninguna sorpresa. Theo es un hombre de veintitantos años al que salta a la vista que no le falta el dinero. Estoy segura de que no tiene necesidad de cocinar para sí mismo. Estaría dispuesta a apostar que su dieta consiste en comida para llevar y cereales, o que vive a base de esas cajas de comida preparadas por algún nutricionista *new age*. Eso explicaría porque no tiene ni un gramo de grasa en el cuerpo.

Puede que adaptarme a la vida en los Estados Unidos no sea complicadísimo, pero sí que difiere de mi cultura. Es posible que haya metido la pata esta noche con lo que tengo pensado, pero ya es muy tarde para cambiar de parecer.

Los norteamericanos no son tan despreocupados como los griegos. Nosotros somos ruidosos, orgullosos y familiares y disfrutamos de una comida sabrosa, buena compañía y de cocinar. Empecé a ayudar a mi madre en la cocina desde que tuve edad para saber agarrar una cuchara, por lo que domino el arte culinario desde bien pequeña. Más tarde, pulí dichas dotes en la escuela culinaria y sueño con tener mi propio restaurante desde entonces.

Por lo que he podido observar hasta ahora, los estadounidenses son un pelín más reservados; por lo tanto, mi idea brillante ya no me lo parece tanto ahora que estoy aquí de pie en la cocina de Theo.

Ares sale disparado de uno de los cuartos del pasillo y, meneando la cola, me cubre la cara de babas con sus besos cuando me agacho para acariciarlo.

—Hola, muchachín. Te traigo un regalito. —Le rasco las orejas, abro la cremallera de mi bolso lo justo como para colar la mano dentro y coger la pelota de goma cargada de galletitas, pero no lo bastante cómo para que Theo pueda ver que más hay dentro—. Toma. Divierte con esto y deja de mordisquearle los zapatos a tu papi.

Recoge la pelota y enseguida la escupe para olisquearla y darle unos golpecitos con el hocico antes de volver a llevársela a la boca. Meneando el rabo de izquierda a derecha, corre hacia la cama grande de perro en la sala de estar y con aspecto de ser muy cómoda.

—¿Papi? —repite Theo con un tono cargado de diversión—. No sé yo si me convence. ¿Te apetece una cerveza?

—Claro. —Dejo mi bolso sobre la isla de la cocina—. Ahora ya no me parece tan buena idea, pero… —Deslizo la cremallera y agito los dedos—. ¿Alguna vez has probado la comida griega?

Los ojos de Theo saltan de mí a los ingredientes que estoy apilando en la encimera y la ceja se le curva en una interrogante.

—¿Quieres cocinar?

No sabría decir si le sorprende, le molesta, le causa curiosidad o si cree que he perdido la cabeza.

—Dijiste que hablaríamos de tu juego. Estoy segura de que nos va a llevar un rato y no quiero que pidas comida a domicilio porque sé que no me vas a dejar pagar a mí —resoplo, dejando el bolso en el suelo una vez que las verduras, la carne y los condimentos están ya fuera—. Confiaba en que cocinar para ti no fuese un «ultraje».

Me pasa una botella de Budweiser y se apoya contra la encimera, con los brazos rectos y cuadrando los hombros.

—Quieres cocinar para *mí*. Comida griega.

—Sí. ¿Hay algún problema?

—¡Es la leche! —Esos ojos suyos penetrantes y firmes se encienden de emoción y un escalofrío de placer me recorre. Tratar de encajar aquí es como jugar a la lotería—. ¿Puedo ayudarte?

—Esta noche, no. Igual en otra ocasión. Esta noche, yo cocino y tú me haces preguntas y tomas apuntes.

—Vale, dudo que seas lo bastante valiente como para atreverte a comer nada que prepare yo. Terminaríamos los dos en el hospital, fijo. —Señala los armarios de cocina—. Coge todo lo que quieras, como si estuvieras en tu casa. Eso sí, si tú cocinas, yo friego los platos.

—Eso sí que no te lo voy a discutir. ¿Dónde guardas los cuchillos?

Apunta a la izquierda y, después de tres preguntas más sobre dónde están los cuencos, las sartenes y las tablas de cortar, lavo las verduras y empiezo a cortar mientras Theo toma asiento en la barra y empieza a bombardearme a preguntas. Durante la hora que tardo en preparar el plato, cubre cinco hojas de apuntes con una letra cuidada y escuchando atentamente a cada palabra que digo sobre la mitología griega.

Abre dos cervezas más cuando yo empiezo a servirnos la comida y noto que se me encienden las mejillas. No soy precisamente ordenada cuando cocino. Algunas mujeres van limpiando a medida que cocinan, pero yo no. Yo soy demasiado impaciente y me centro demasiado en la preparación como para lavar lo ensuciado. La encimera está a rebosar de boles, tenedores, espátulas y sartenes. La cocina de Theo jamás ha estado de esta guisa, de eso estoy segura.

—Huele que alimenta —dice Theo, bajando la cabeza para inhalar un poco más cuando le sirvo el plato de *souvlaki* con un acompañamiento de ensalada griega y patatas con salsa de *tzatziki* —. Si sabe tan bien como huele y se ve… —Le da un mordisco a la brocheta de pollo, mastica lento y pone los ojos en blanco. Hincha el pecho de repente y deja escapar un gemido.

—¿Está bueno? —pregunto, sintiendo que me arden las entrañas mientras ese gemido bajo y satisfecho se repite en bucle en mi cabeza y… No puedo. Dios, no puedo ni pensar a derechas. Me lleno la boca de ensalada, rebajando mi nivel de euforia y completamente perpleja con que pueda ponerme cachonda con solo un ruidito.

—¿Si está bueno? —masculla—. ¿Dónde demonios aprendiste a cocinar así? Está delicioso.

—A los griegos nos encanta la comida, Theo. Te costaría encontrar a una mujer griega que no sepa cocinar y, además, yo fui a la escuela culinaria. Eso también ayuda.

He cocinado para mucha gente, pero ver cómo Theo deja limpio su plato con una sonrisa de dicha infantil, que resulta sexy pero fuera de lugar en un hombre de su tamaño, es de lo más satisfactorio. Sentarme con él a la mesa, hablar, sonreír y reír mientras Ares me araña las piernas, rogándome por unas sobras, se acerca mucho a la felicidad.

Un sentimiento que me lleva eludiendo desde hace casi dos años.

—Dios, estaba de rechupete. —Hace a un lado el plato vacío y se limpia los labios con una servilleta—. Gracias.

En cuanto termino yo también, se pone a recoger el cristo que monté. Paso las sobras a un plato limpio que envuelvo con papel film para que tenga la comida lista ya para mañana; después, seco los platos y los guardo en su sitio mientras Theo le pasa un trapo a la encimera y coge dos cervezas más.

Ares está dormido en su camita, pero se le levantan las orejas cuando pasamos al salón. Salta al sofá y se acomoda en mi regazo mientras Theo abre su portátil y me enseña los gráficos de su juego.

—¿Qué te parece? —Se pone cómodo a mi lado y el aroma embriagador de su colonia vuelve a hacerme cosquillas en la nariz.

—Perséfone tiene una pinta increíble, igual que Hades, pero, y no pretendo ofenderte, Zeus parece un vejestorio con ese relámpago. Es el dios del trueno, así que, ¿por qué no tomar inspiración de su equivalente en la cultura pop?

—¿Te refieres a Thor?

Cojo una libretita y boli de la mesa de centro y hago un boceto rápido de lo que tengo en mente: un hombre alto y ancho con cabello y barba blancos. La electricidad irradia de sus palmas y los ojos le brillan con la misma blancura en estado crudo.

Theo permanece en silencio como si no quisiera interrumpirme. Se dedica a rascar a Ares detrás de las orejas con su brazo apoyado en mi muslo. Mi cuerpo entero se ve anegado de un calor intenso

ante su contacto. Ha pasado mucho desde que alguien me tocó de este modo.

—Nunca me has mencionado que fueras una artista —se queja cuando le paso el bloc de notas—. Tienes mucho talento.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. —Acurruco al cachorro contra mi pecho. En cuanto tenga mi propia casa, decido que yo también me haré con un perro—. Así es como me imagino a Zeus. Como una encarnación moderna.

Theo estudia el dibujo durante un buen rato antes de cerrar la libreta y dejarla sobre la mesita auxiliar junto al sofá.

—Eres la leche cocinando, dibujas y está claro que se te dan bien los perros. —Señala la pelotita de goma naranja a la que ya no le quedan galletitas y con la que Ares se entretuvo la hora que yo tardé en cocinar—. ¿Qué más?

—Ese tema es mejor dejarlo para otro día —digo, echando un vistazo por la ventana. El sol ya se ha puesto y el anochecer está al caer—. Se está haciendo tarde.

Él comprueba la hora en su móvil. Veo que en la pantalla le esperan varios mensajes sin responder de lo que creo que es un grupo de chat, pero no se molesta en leerlos.

—Son solo las nueve. Venga, una cerveza más y después te pido un taxi.

—No, gracias. Prefiero ir caminando.

—Ni de coña voy a dejar que te vayas andando, Thalia. El motel está a… ¿qué? ¿Unos seis kilómetros y medio?

—Ocho, en realidad.

El reconocimiento le nubla el semblante y casi se atraganta al darle un sorbo a la cerveza.

—No me digas que vas andando hasta el club de campo todos los putos días.

Me muerdo la mejilla por dentro y me río con suavidad.

—Vale, no te lo diré.

—¿Vas andando? —gruñe él y Ares alza la cabeza para mirarlo con ojos brillantes y curiosos—. ¿Por qué?

—No queda tan lejos y solo me lleva una hora y media. Por respirar aire fresco nunca se ha muerto nadie. —Le doy un

apretoncito en el brazo—. Puedo permitirme coger un taxi, Theo. Las propinas son estupendas, pero preferiría ahorrar ese dinero para poder irme del motel cuanto antes. —La peste a moho y polvo se me queda en el pelo y la ropa incluso nada más darme una ducha, como si yo misma estuviese empezando a descomponerme por vivir en la habitación número trece.

Los ojos de Theo taladran los míos y guarda silencio con la mandíbula apretada. Con un resoplido de exasperación, agarra su teléfono y marca un número.

—¿Estás libre? —Hace pausa para escuchar la respuesta de quien sea que esté al otro lado de la línea—. Necesito que me lleves en coche. Mueve el culo y vente para mi casa ya.

—Eres muy amab…

—No vas a ir andando —sisea y deja el teléfono sobre la mesa auxiliar con un estrépito, volviendo a asustar al perro—. Perdona, chico. —Le acaricia la cabeza con los ojos clavados en mí—. En una escala del uno al diez, ¿cuánto confías en mí ahora que ya me conoces un poco más?

El piso se queda en silencio y el corazón se me acelera porque de repente soy plenamente consciente de que estamos solos, una situación que me he imaginado muchas veces. En esas fantasías mías no llevamos ropa y estamos mucho, *mucho* más cerca.

A pesar de los cotilleos contradictorios sobre los hermanos Hayes que les he oído decir a muchas personas, no parece que gran cosa guarde relación con la realidad. De hecho, me decepciona que Theo no sea como lo describen: un mujeriego que se folla a todas las mujeres guapas que se le cruzan. Nunca me he considerado particularmente guapa, aunque ese haya sido siempre el consenso general entre mis amigos y familia

Por desgracia, Theo no parece opinar lo mismo. O es que yo no soy su tipo o es que no es tan putón verbenero como lo pintan.

Es una pena. Porque me hace tilín de un modo muy especial. Me siento atraída tanto por su interior como por su exterior. Empezando por su cara preciosa y de rasgos marcados y la seguridad en sí mismo que desprende su postura hasta su personalidad encantadora, sus iris de color del coñac y su voz baja y

ronca. Hasta la forma en que juguetea con su labio inferior con aire distraído siempre que se pierde en sus pensamientos me deja acalorada y sin aliento.

Pero, ¿confío en él?

No me ha dado motivos para desconfiar. De hecho, es la primera persona con la que me siento cómoda de verdad en mucho tiempo.

—Ocho, creo —digo después de una larga pausa.

—Ocho está bien. Hay dos cosas que tienes que saber: nunca hago nada a menos que quiera y nunca miento.

La conversación ha pasado de desenfadada a verse salpicada por un significado oculto. Un significado que no logro descifrar. Theo tampoco es que se muera por explicármelo y vuelve a sacar el tema de mis estudios culinarios.

Diez minutos más tarde, llaman a la puerta con fuerza y ésta se abre de par en par después de que Theo grite un «pasa». Un chico joven entra en el piso, llaves en mano y con el pelo tirando a largo recogido detrás de las orejas, quitando algún que otro mechón que le enmarca la cara bonita y de adolescente. Sobran las presentaciones. Saber su nombre estaría bien, pero me basta un vistazo para conocer su apellido.

Tengo delante de mí a uno de los tres hermanos Hayes más jóvenes. Su parecido con los cuatro mayores es innegable. Tiene el mismo cabello oscuro, ojos marrones, mandíbula fuerte y hombros anchos. Me muero de ganas por conocer a sus padres. Deben de ser las personas más guapas del planeta Tierra para haber engendrado a siete hijos tan atractivos.

—Este es Cody —explica Theo, desplazando su atención a su hermano—. Y esta es Thalia. Necesitamos que nos lleven.

Cody asiente y los labios se le curvan en una sonrisa amplia.

—Chófer Cody a su disposición.

Theo sonríe para sus adentros.

—Nico les regaló a cada uno un Mustang cuando cumplieron diecisiete, así que les flipa hacernos de chófer cuando lo necesitamos.

¿Nico les regalo *coches*?

Las chicas del carrito beben los vientos por Nico, aunque desde una distancia prudencial, como si la mayoría se cagasen por la pata de estar ni un poco cerca de él. Nunca desperdician la ocasión de sacar a colación el hecho ampliamente conocido de que está podrido en dinero, pero aun así estoy alucinando. Nico no me tiene pinta de ser considerado y comprarles unos choches a sus hermanos es tirar la casa por la ventana.

Theo coge a Ares en brazos. Parece que el perrito también se viene de paseo. Voy a por mí bolso a la cocina y después sigo a los hermanos fuera del edificio. Theo abre la puerta trasera del Mustang de un rojo cereza brillante y me deja pasar a mí primero, antes de pedirme que le haga hueco y subirse con Ares.

—Eres la nueva del club de campo, ¿verdad? —pregunta Cody, arrancando el motor y con los ojos puestos sobre mí a través del espejo retrovisor, en vez de en la carretera, mientras el coche acelera.

Cojo el cinturón de seguridad y me lo cruzo por el pecho antes de dejar la impronta de mi cara en el cuero del asiento del conductor cuando Cody tenga que dar un frenazo.

—Sí. Veo que las noticias vuelan por aquí.

—Vuelan cuando eres un Hayes —admite Cody, echando una miradita por el retrovisor—. ¿Adónde vamos?

—Al motel de Costa Mesa —le informa Theo.

Jamás escogería a Cody como mi chófer particular. Tiene muy poco cuidado. Siento que el estómago se me hace un nudo cuando acelera por la autopista a más del doble del límite permitido y aparca delante de nuestro temido destino en menos de diez minutos.

—Gracias. —Le estampo un beso en la mejilla a Theo con las piernas temblorosas y el corazón bajándome poco a poco de la garganta—. Si necesitas ayuda con el juego, ya sabes dónde encontrarme.

Le pasa el perro a Cody y me insta a que baje del coche.

—Coge tus cosas, Thalia. Todas.

Se me arrugan las cejas en el centro.

—Perdona, ¿qué?

—He dicho que recojas tus cosas. Tú necesitas un lugar en el que quedarte y yo tengo una habitación de sobra vacía. Mi casa queda a solo un kilómetro y medio del club.

—N-no… —Niego con la cabeza y lo observo con una perplejidad muda mientras retrocedo y agarro las asas de mi bolso con ambas manos—. Creo que has bebido una cerveza de más, Theo.

Me agarra por la muñeca y me frena en el sitio.

—Estoy más que sobrio. Recoge. Tus. Cosas. *Omorfiá*. Acabas de encontrar un sitio en el que quedarte y que no tiene un grifo que gotea ni imbéciles borrachos llamando a tu puerta a todas horas. Y, encima, gratis. Bueno, más o menos. Tú te encargarás de hacer la compra, cocinar y ayudarme con el juego.

No puede estar hablando en serio. Tiene que ser una broma, fijo. ¿Qué clase de persona en sus cabales le pide a una desconocida que se mude con él? Está de broma, ¿verdad? «Pues va a ser que no». Lo dice totalmente en serio y me está mirando con convicción y un deje en su mirada mientras aprieta la mandíbula y me agarra de la muñeca. Su contacto activa cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Eso… E-eso —tartamudeo, tropezándome con las palabras y notando cómo se me queda la mente en blanco. Pero, ¿qué se ha tomado?—. No puedo mudarme contigo.

—Sí que puedes. Y vas a hacerlo. Recoge tus cosas antes de que lo haga yo por ti.

—Theo, yo…

Me arrebata el bolso, mete la mano dentro para hacerse con la llave de mi habitación y pasa por mi lado con hombros tensos y la vena del cuello latiéndole con rapidez.

Yo me he quedado anclada al suelo y aún estoy intentando encontrarle sentido a qué coño está pasando cuando Theo irrumpe en la habitación trece, pero, en cuanto empieza a lanzar mi ropa dentro de la maleta que hay abierta junto a la pared, me pongo en marcha.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Durante un instante largo y confuso, creo que voy a darle una patada en los huevos y sacarlo de

aquí a la fuerza. La cabeza, no, qué digo, joder, el cerebro me ruge. Jamás me he sentido tan inquieta por dentro—. ¡Para ya! —espeto, tirando de su brazo.

—Ni siquiera intentes discutírmelo, Thalia. —Se sacude mi mano de encima y mete más ropa a presión en la bolsa—. Tengo una habitación de sobra que nunca usa nadie. Has dicho que confías en mí, así que dame un motivo por el que deberías quedarte aquí en vez de mudarte conmigo.

La boca se me abre y cierra, pero no se me ocurre ningún argumento. Al menos, ninguno razonable.

—¿Tenemos un trato? —insiste, sujetando mi neceser de maquillaje con una mano.

Mi raciocinio se divide en dos. Una parte me dice que me quede donde estoy, la otra me grita que me guarde el orgullo en el bolsillo trasero y acepte su generosa, aunque extraña y despreocupada, oferta.

«Este no es momento de dejar que te venza el orgullo. Dale las gracias. Sé agradecida».

—Hacer la compra, cocinar y ayudarte con el juego —recito con una exhalación—. Pero también limpiaré y te pagaré un alquiler. Al menos, un poco, tu casa es enorme. Debe de costarte…

—No me cuesta nada. La casa es mía. No pago alquiler. Limpiaremos juntos, pero puedes sacar a Ares de paseo de vez en cuando si quieres.

—Vale, vale —murmuro y, aunque tengo los ojos puestos en él, no lo estoy mirando, si no que más bien estoy tratando de calmar mi mente agitada—. Vale —resoplo de nuevo y, tras este tercer «vale» la mente se me aclara. El instinto de autopreservación toma las riendas.

Me cuesta imaginarme poder arrepentirme alguna vez de esta decisión cuando veo la expresión de determinación de Theo. No hace mucho que nos conocemos, pero estamos en la misma onda; conectamos como dos gotas de lluvia que caen en el mismo charco.

—Gracias. —Me acerco a él y envuelvo las manos alrededor de su cuello antes de presionar mis labios contra su mejilla y

acurrucarme en su pecho. Siento como me calmo sin esfuerzo en cuanto nuestros cuerpos se tocan—. Es solo que… *Gracias*.

Me rodea con sus brazos durante un segundo antes de hacerme a un lado y coger dos maletas cerradas. Las lleva rodando hasta el Mustang, donde Cody espera con el maletero abierto. Echo el resto de mi ropa en la última bolsa y cojo la almohada y la manta de la cama, dejando atrás el protector del colchón.

Abandono la habitación, sintiéndome diez veces más ligera y diez veces más pesada a la vez.

DIEZ

Theo

—¿Que vive contigo? —brama Logan, buscando una postura cómoda contra los cojines de adorno del sofá monstruoso en forma de U del salón de Nico.

Estamos viendo los ensayos del Gran Premio de Italia. No es que ninguno de nosotros sepa ni nos importen mucho los deportes de automovilismo. Nos encantan los coches, pero desde un enfoque más práctico: nos gusta conducirlos y arreglarlos, no ver cómo los conducen otros. Solo lo estamos viendo porque conocimos al director del equipo McLaren en el club de campo la semana pasada y nos picó la curiosidad.

Hasta ahora, está siendo un auténtico coñazo. Pero los trillizos se lo están pasando pipa y la tele los mantiene relativamente ocupados, por lo que no nos molestamos en cambiar de canal. Si lo hacemos, empezarán a sacar su sabiduría de adolescentes a paseo y casi que paso.

Hundo la cabeza contra el respaldo de sofá, apretando el cuello de mi botella de cerveza con los dedos.

Lo de pedirle, o más bien ordenarle, a Thalia que se mudase conmigo fue algo que se me ocurrió sin pensar. No ha sido mi mejor idea, lo reconozco, pero ahora ya no se le puede hacer nada.

Todos la cagamos de vez cuando.

Me quedó clarísimo que había cometido un error solo una hora después de meter las maletas de Thalia en la habitación de invitados. La susodicha salió de darse una ducha caliente, envuelta en una toalla y con la piel brillante por la crema o lo que fuese que se había echado y que olía la hostia de bien, como a algo comestible

tipo frutos rojos y nata montada. El aroma inundó el piso, pendiendo del aire con pesadez y volviéndome loco durante horas.

Al día siguiente, volví a ser consciente de mi error cuando la alarma de Thalia empezó a sonar a las cinco, arrancándome de mi letargo libre de sueños. Despertarme a la hora de las gallinas no era lo que me molestaba, no. Fue lo que vino después lo que hizo que me quisiera arrancar los pelos de la cabeza.

Me la encontré en la cocina, preparando café y con el pijama todavía puesto. Si es que se le puede llamar pijama a los pantaloncitos más cortos que ha visto la humanidad y a ese top raquítico de asas finas.

Ahora tengo las pelotas azules.

Y las voy a tener de ese puto color de por vida.

¿Y lo peor de todo? No logro convencer a mi cerebro hecho un lío de que tirarme a una tía cualquiera vaya a ayudarme. Dependo de mí mismo para aliviar la frustración acumulada bien hondo en mi columna. Cascármela solo me alivia durante un breve espacio de tiempo hasta que otro tropiezo inocente hace que me suba por las paredes.

Lo de anoche es un ejemplo buenísimo de ello.

Llegué a casa del trabajo alrededor de las siete. Como el piso se encontraba en silencio estaba convencido de que Thalia no estaba, seguramente por estar currando en alguna fiesta pija. Entré directo al baño para darme una ducha, solo para encontrármela a ella sumergida en la bañera…

Que Dios me dé fuerzas.

No importó que su cuerpo supersexy quedase oculto bajo una capa gruesa de las burbujas de jabón que llenaban la bañera, porque mi imaginación se ocupó de rellenar los huecos.

Pero, bueno…, va todo de lujo.

Solo odio estar cerca de ella porque mi polla parece tener mente propia siempre que Thalia está presente. Y, aun sabiendo la tortura que me espera al otro lado de mi petición, volvería a pedirle (perdón, ordenarle) que se mudase a mi habitación de invitados.

Cuando dejó caer que recorre a pie los ocho kilómetros que la separan del club de campo todos los días, más otros tantos de

vuelta, se me fue la olla. Como si no fuese ya suficiente que esté sola en Estados Unidos, sin familia ni amigos que puedan echarle un cable ni ofrecerle apoyo emocional.

No tengo palabras para describir el putadón que me parece.

Yo tengo seis hermanos, padres, abuelos y un ejército de amigos a una llamada de distancia que siempre están disponibles cuando necesito ayuda, apoyo emocional o compañía. Thalia está sola y aun así es la persona más optimista que conozco. Desde que llegó a mi vida, he estado replanteándome mi existencia porque estos últimos años me he dejado consumir por el dinero.

Siempre aspirando a ganar más; a conseguir algo mejor, más grande.

Es una estupidez, bien pensado.

Llevo una vida cómoda. Tengo un piso grande, un coche recién estrenado y dinero bastante para gastármelo en bienes necesarios, lujos y más. Es esta mentalidad la que me lleva a Nico y su capacidad de hacerme más rico. No me sentiré feliz ni realizado hasta que sea rico, ¿verdad?

Chorradas.

Thalia es feliz viviendo en mi cuarto de invitados, con dos curros y dejándose la piel en dejar mi casa impoluta entre medias.

Dejó mi piso como los chorros del oro la semana pasada…

Bueno, la mitad del piso porque estuvo haciendo una limpieza profunda de todo, ventanas, rodapiés y puertas incluidas.

Le eché una buena bronca cuando volví a casa tarde después de pasarme catorce horas en el despacho. Lo de limpiar no forma parte del trato, pero Thalia ignoró los improperios que salían de mi boca y limpió la mitad restante del piso al día siguiente.

Me prepara el desayuno, la comida y la cena. Saca a Ares a pasear por las mañanas y me prepara una cafetera para que no tenga que estar pasando yo ese trabajo cuando salgo de cama una hora después de que ella se vaya.

Y después están las notitas… ¿o debería llamarlas adivinanzas?

Me pega pósits en el termo y los recipientes de cristal que me compró para empaquetarme el almuerzo. La pregunta está en el anverso y la respuesta en el dorso.

¿Qué le dice una pera que persigue a otra?
—Espera.

¿Qué le dice un limón policía a un limón sospechoso?
—¿Ácido tú?

Trilladísimos.

Lamentables.

Y totalmente desternillantes.

—Sí, vive conmigo —respondo, despegando la pegatina de la botella—. Deberíais pasaros un día de estos. Le pediré que cocine algo y veréis por qué salgo ganando yo con este trato.

Son casi las ocho de la noche y Thalia está trabajando en un evento privado para estirados a la vuelta de la esquina de la casa de Nico, pero le envío un mensaje de todos modos.

Yo: ¿Mañana por la noche trabajas?

Thalia: No, ¿por?

Me: Quiero invitar a mis hermanos a casa. ¿Podemos preparar esas brochetas de pollo con ensalada?

Thalia: No eres digno de conocer la receta familiar. Cocinaré yo sola.

—¿Mañana os viene bien a todos? —Echo un vistazo por la sala. Cabemos de sobra los siete en el sofá de Nico y hasta queda espacio para siete más.

La casa entera es excesivamente grande y ostentosa. Tiene seis habitaciones, un garaje para cinco coches, una entrada en la que caben veinte más y un patio trasero del tamaño de un campo de fútbol. Todo ello decorado con los materiales más caros posibles: mármol, oro, seda, terciopelo y madera de ébano. Ya estaba todo aquí cuando compró la casa, pero aun así nos metemos con él por sus gustos opulentos.

—¡Nosotros vamos a tener que pasar en esta ocasión! —exclama Conor con los ojos clavados en la pantalla plana donde, sorpresa, sorpresa, los coches siguen dando vueltas a la pista—. Brandon va a montar una fiesta y no podemos perdérnoslo.

Gracias a Dios. Todavía son un pelín demasiado jóvenes para pasar el rato con nosotros cuatro. Se hacen demasiado chillones y pesados con sus actitudes de adolescentes, esos galimatías que ellos aseguran que es como hablan los jóvenes hoy en día y su insistencia en hablar de sexo.

Igual en un par de años…

Logan coge otra cerveza y da comienzo a su ritual de pelarle la pegatina. Menos mal que los trillizos están entretenidos o le ofrecerían para echar un polvo a una de sus amigas demasiado jóvenes del insti, cosa que solo serviría para cabrear a Nico.

—Espero que te la estés tirando —añade Logan.

La necesidad repentina de partirle la cara me invade. No soy ningún santo, pero tan poco es propio de mí que se me vaya la olla en un abrir y cerrar de ojos como a Nico o Logan. Ellos dos son los que tiene la mecha más corta y están listos para pelear a la primera de cambio.

Tomo una larga bocanada de aire, batallando con mantener a raya mi mal genio, pero me sale bastante convincente lo de actuar como si nada.

—Nah, es solo mi amiga. Y me está ayudando con el juego. Le he presentado la idea a unas cuantas empresas esta semana, así que crucemos los dedos por recibir noticias de ellos en un mes.

—Sí que has tardado. —Colt se ríe—. Quiero una copia gratis antes de su lanzamiento. Tiene pinta de molar.

Ay, ojalá volver a tener diecisiete años. No tienes responsabilidades, ni preocupaciones, ni te haces grandes preguntas existenciales. Lo único que te preocupa es tener pasta para gasolina, una pasta que en su caso suele venir de Nico. Es un blandengue en lo que a los trillizos se refiere; de hecho, es un milagro que siga pensándose lo de dejar que se muden con él y que no estén ya aquí todas sus pertenencias.

—Entonces, si es solo una amiga, puedo follármela yo, ¿no? —prosigue Logan, reajustándose la gorra de béisbol—. Es lo justo, tío.

—Ni de coña. —Sobre mi puto cadáver—. Impongo un veto para todo Hayes sobre Thalia. Vive conmigo. Crearía una situación incómoda si uno de vosotros se la tira y después se pira como siempre.

Es una trola. Impongo esta regla no porque fuese a ser incómodo vivir bajo el mismo techo si uno de mis hermanos se la folla, sino porque Thalia me gusta.

No sé cómo enfrentarme a ese conocimiento o a la repentina ola de posesividad que me recorre el cerebro. Ya me mosquea que haya una muchedumbre de golfistas depravados que le tiran los tejos todos los días.

Tengo que recordarme continuamente que somos amigos.

Solo amigos.

De hecho, somos unos amigos *estupendos*.

La semana pasada no pasamos mucho tiempo juntos, pero esta semana he empezado a reducir mis horarios y a llegar a casa sobre las cinco en vez de a las siete u ocho como de costumbre. Quiero estar en casa cuando vuelve del club de campo. De esta forma, podemos pasar dos o tres horas juntos antes de que tenga que irse a trabajar de camarera a algún evento.

Ella cocina, comemos, miramos algo en Netflix y sacamos a Ares a pasear. Jamás había sonreído tanto en toda mi vida como cuando estoy con Thalia. Ella también se siente cada vez más cómoda conmigo. Esta mañana mismo, me hizo arrastrarme fuera de la cama a las cinco y media cuando se puso a gritar a todo pulmón desde la ducha para que fuese a buscar una botella nueva de champú a su habitación.

Como el caballero que soy, ni siquiera eché una miradita detrás de la cortina de la ducha, pero ella sí que asomó la cabeza con una sonrisa, la cara mojada y el pelo húmedo pegándosele al cuello y los hombros. Fue suficiente para que mi erección matutina se pusiera más dura que un bastón de acero.

Volví a la cama y me hice otra paja.

Joder, es tan sexy y despreocupada, cantando en griego y bailando alrededor de la cocina mientras prepara algún plato. Me he imaginado follándomela de diez maneras distintas, pero mantengo esos instintos primitivos bajo raya. El sexo echaría a perder la amistad que estamos construyendo. Por más que desee reclamar su cuerpo y saber cómo sabe y qué se siente al tocarla, no quiero perderla.

Me he involucrado demasiado y la idea de hacerle a Thalia la típica gilipollez de aquí te pillo aquí te mato hace que el pulso me lata con furia en las venas. Y seguramente le daría una paliza a cualquier imbécil que intentase hacerle algo semejante.

ONCE

Theo

—Hostia puta —murmura Logan, devorando las brochetas que preparó Thalia—. Esto está buenísimo.

Me olvidé de que tenía lengua cuando llegó con un pibonazo del brazo. Alta, con unas piernas tan largas que le llegan a las axilas y preciosa: el tipo exacto de Logan. No es la primera vez que ocurre, pero es raro que alguno de nosotros se traiga a una acompañante. No se nos conoce por cortejar a una mujer más de una hora o dos en la discoteca. Unas cuantas copas y piropos y el trabajo está hecho, pero puede que esta chica necesite de más atenciones y adoraciones que las conquistas habituales de Logan.

A excepción de Cassidy, jamás ha invitado a salir a una mujer. Al menos no a salir *salir*. Se ha traído a algunas a mi casa a lo largo de los años, pero no a ningún sitio público. Joder, espero que haberme tirado a Cass yo primero no le haya costado a mi hermano la oportunidad de tener algo real.

—Sí que lo está —concuerda Jack, mojando su brocheta en la salsa *tzatziki*—. Estás desperdiciando tu talento, corazón. Deberías ser la jefa de cocina de algún restaurante.

Todos asienten en acuerdo, arrancándole una sonrisa luminosa a Thalia. Me encanta cuando sonríe como si hubiese logrado lo imposible; los ojos le brillan y las mejillas se le sonrojan con un tono rosado tan sutil que resulta casi imperceptible contra su tez aceitunada. He estudiado sus rasgos perfectos tantas veces que sé el tono exacto que suele tener su piel.

—Ares, ven aquí —canturrea ella, atrayendo al perro a la cocina para darle las sobras. Dejo de prestar atención un solo segundo y

empiezo a escuchar el ruido de ollas y sartenes y del agua saliendo del grifo.

—Ni se te ocurra —digo, mirando hacia atrás—. Ya conoces las normas, no te hagas la listilla conmigo, *omorfiá*. Los platos los lavo yo.

—Cómprate un lavavajillas de una vez y punto —bufa Logan, pero desplaza la mirada hasta Thalia, recostándose contra el respaldo de su silla—. Nuestra madre nos crio como es debido, encanto. Siéntate. Coge una cerveza. Nosotros recogemos.

La acompañante de Logan, Lucy, le araña el brazo de arriba abajo con sus uñas largas y blancas, dejando unas líneas pálidas a su paso. Logan hace su plato a un lado y le rodea los hombros con el brazo, la acerca más a él y le deja un beso rápido en los labios.

Ese piquito no tiene nada de tierno. Es una precuela de lo que se viene. Una promesa de más. Parecen unos novietes de universidad con el estilo deportivo y casi aniñado de él y los rasgos delicados de ella, pero sé que no se quedará con ella más allá de esta noche.

—Jared va a montar una fiesta de verdad inesperada en unas semanas —comenta Nico, recogiendo los platos—. El club de campo está reservado para todo el verano, así que esta vez la organizamos en mi casa. ¿Os apuntáis todos?

Ah, la famosa fiesta de verdad inesperada.

Por más estúpido que pueda sonar, es una pasada. Es una fiesta a la que solo se accede mediante invitación y es muy del populacho para los más pijos. Hay música escandalosa, alcohol mediocre y un código de vestimenta inusual: hay que ir todo de blanco. No sin motivo, claro. Para poder entrar, debes escribir una verdad inesperada sobre ti en la camiseta o lo que sea que te pongas. Y, uf, cómo se va animando la cosa a medida que avanza la noche.

La peña coge un rotulador negro y va añadiéndose más verdades a la ropa mientras el alcohol sigue rulando, envalentonándoles. Los borrachos son peña sincera.

—Joder que sí —vitorea Shawn, frotándose las manos—. No me cae bien Jared, pero hay que reconocerle que sabe montar una buena fiesta.

Mis hermanos ayudan a recoger mientras Thalia guarda las sobras y coge más birras de la nevera.

—Ah, yo no bebo cerveza. —Lucy arruga la nariz y mira a Logan —. ¿Me trajiste mi vino, osito?

Un sabor metálico me inunda la boca cuando me muerdo el interior de la mejilla lo bastante fuerte como para hacerme sangre en un intento de contener mis carcajadas.

Tengo diez contestaciones posibles en la punta de la lengua, pero a menos que Logan me provoque, no voy a joderle sus posibilidades de echar un polvo.

Logan hace una mueca ante el apelativo cariñoso y tiene cuidado de no establecer contacto visual con Nico, Shawn ni conmigo. Sabe que va a tener unas consecuencias catastróficas para él si se atreve.

—Pues claro, encanto —sisea entre dientes tan apretados que temo que vaya a partírselos—. Está en el maletero. Traje también un juego. —Llaves en mano, sale por la puerta para volver con una botella en una mano y una cajita naranja en la otra—. Compré esto en Amazon anoche. Es un juego de beber.

Thalia pilla un cojín del sofá, lo echa en el suelo y se sienta encima antes de darse unas palmaditas en el muslo, incitando con gesto silencioso a que Ares se suba a su regazo. Empiezo a pensar que la prefiere a ella por encima de mí, a pesar de que es mi perro.

—Ven aquí, chico —digo para poner a prueba esta teoría. Tal y como pensaba, no mueve ni una pestaña—. Me has robado a mi perro.

—Ya te cogerá cariño. —Me guiña un ojo y le da un trago a su Corona—. ¿Queréis jugar a un juego de beber con cervezas?

—No, cielo —dice Jack, levantando una botella de vodka del suelo al lado del sofá, donde la dejó hace una hora—. Con chupitos.

—En ese caso… —Thalia corre a su habitación y vuelve con dos botellas grandes de Ouzo—. Vienen directas de Grecia. Esperaba tener con quien bebérmelas cuando las compré en Tesalónica.

Mis hermanos se mueren por probarlo y el ambiente se anima más.

«Tesalónica». O sea, que de ahí es ella. Los ojos se le nublan durante un segundo cuando me echa una miradita para comprobar si he pillado ese pedacito chiquitito de información que salta a la vista que no quería compartir.

«Claro que lo he pillado, *omorfiá*. Pesto atención a todo lo que tiene que ver contigo».

A Logan le lleva un momento convencer a Lucy, que hace un mohín como una diva, negándose a probar el Ouzo. Sí que debe de querer tirársela para aguantarle estas chorradas.

—¿Estamos listos? —Le quita el precinto a las cartas, las baraja, escoge una y esboza una sonrisilla mientras la gira para que la veamos el resto—. Todos beben.

—Permíteme. —Thalia gatea hasta la mesita con el culo respingón a la vista de todos, coloca en fila los chupitos y los llena con un gesto de muñeca—. Salud.

—Oh, oh… Parece que nos enfrentamos a una profesional —comenta Jack, maravillado—. ¿Dónde aprendiste ese truco?

—Trabajé en un bar unos meses.

El líquido me quema la garganta. El sabor dulce del anís me resulta agradable y raro a la vez.

Shawn coge la siguiente carta y escanea las pocas líneas impresas.

—Y yo que me pensaba que iba a ser un juego para todos los públicos. Vale, haz una demostración de tu postura sexual favorita con una persona de tu elección. Si fallas, tú bebes, si lo realizas con éxito, bebe la otra persona. —Sus ojos aterrizan en Thalia—. Venga, tía. Veamos de qué pasta estás hecha.

Thalia retira a Ares de su regazo sin una pizca de duda ni vergüenza en la cara. Siempre se apunta a todo y está dispuesta a probar cosas nuevas. La semana que viene nos vamos a hacer paracaidismo y no me costó nada de nada convencerla. Ni siquiera me hizo falta explicar que no me morí ninguna de las sesenta y nueve veces que lo hice antes. Es una pena que no siguiese el ejemplo de Nico cuando se formó para ser instructor. Ahora tener la licencia me vendría al pelo porque Thalia podría saltar en tándem conmigo, pero completar los más de quinientos saltos necesarios

para conseguir el título no formaba parte de mi lista de prioridades por aquel entonces.

Shawn coge a Thalia de la mano con ojos centrados y ensanchando las fosas nasales. Le da la vuelta, la pega contra la puerta de la terraza tanto como se lo permiten las tetas de ella y le sujeta las manos por detrás de la espalda con una sola de las suyas

Thalia ha quedado mirando hacia la terraza y los rizos gruesos y oscuros le ensombrecen el perfil, pero su lenguaje corporal lo dice todo. El modo en que traga saliva con fuerza, se le encapota la mirada y la sombra de un jadeo le asoma a los labios deja claro que le gusta que le den caña.

Shawn la agarra del pelo con una mano y tira de él hasta dejar expuesto su cuello.

—¿Qué te parece, nena? —le susurra al oído, meneando las caderas una sola vez—. Te toca beber.

—¿Jack? —murmura Thalia, aún en la misma posición y con tono juguetón, aunque sin aliento—. ¿Puedo tomarte prestado a tu prometido un ratito? Será media hora como mucho.

—Te retirarías después de dos minutos, nena. —Shawn le suelta las muñecas y se aleja para llenarle el chupito.

Yo intento borrar de mi mente este último minuto como haría con los datos de un disco duro, pero lo presenciado le da alas a mi imaginación y me imagino que esta vez soy yo quien tiene apretada a Thalia contra el cristal. Me masturbo todos los días con ella en mente, pero no es suficiente.

Tengo que salir por ahí de marcha con Logan y echar un polvo antes de que cometa alguna estupidez y Thalia se largue despavorida.

—Todos tienen que quitarse toda prenda de ropa del color de mi elección. Quien se niegue, bebe —lee Nico y echa un vistazo por la sala con el rabillo del ojo—. Vamos con negro.

—Cabrón —gruñe Logan, pero se quita la camiseta y los vaqueros. Es todo músculo americano, perfecto como un Ken. Deja escapar un resoplido de molestia cuando su Barbie niega con la cabeza con firmeza, negándose a perder la falda.

Nico se pasa la camiseta por la cabeza y lo mismo hace Jack, pero ninguno de ellos me importa una mierda. Yo voy vestido de azul y blanco, así que me quedo como estoy y miro a Thalia. La chica ya está en pie, con los brazos a la espalda y por debajo de su top azul marino, trasteando con el cierre del sujetador.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta Jack, quitándose los pantalones de pinzas.

Ella niega con la cabeza y se baja las tiras por los brazos. Ni cinco segundos más tarde, un sujetador de encaje negro aterriza en el reposabrazos del sofá, a unos centímetros de mi codo.

Me cago en la puta.

Huele igual que su perfume y su crema corporal. Las copas grandes están ahí mismo, en mi visión periférica.

—¿Llevas las bragas a juego? —inquiere Nico.

Thalia abre el botón de sus vaqueros de cintura alta, baja un extremo y enseña una tira blanca transparente de lo que debe de ser un tanga.

—Hoy no.

Nico comprueba quien sí y quien no se ha quitado toda prenda negra antes de llenarle los chupitos a los perdedores.

—Que todos confiesen cuanto tiempo hace desde la última vez que practicaron sexo —leo yo. La polla me late para recordarme que hace casi dos meses que no cata un coño—. Quien lleve más tiempo sin tener relaciones sexuales, bebe y escoge a otra persona para que beba también.

—Ay, mierda —salta Thalia con un suspiro—. ¿Alguien supera diecinueve meses? —Gatea hasta la mesa de centro para coger la botella—. ¿Nadie?

—¿*Diecinueve* meses? —exclama Jack con ojos como platos y las cejas tan altas que casi le tocan el pelo—. Madre mía, pobrecita… He cambiado de opinión. Puedes quedarte con Shawn esta noche.

Nos reímos cuando Shawn pone una mueca ante la idea de meterle el pito a una mujer.

—¿Por qué tanto tiempo? —Lucy, que habla arrastrando las palabras, pregunta justo lo que yo estaba pensando.

—Es una larga historia… —Thalia esquiva responder, sirve dos chupitos y me pasa uno antes de coger una carta—. Escoge a una persona para que se lo quite todo menos los accesorios. Si se niega, bebes tú. Si accede, beben todos. —Escanea la sala, preguntándose quien tiene más papeletas de acceder a quedarse en pelotas.

De repente, estamos todos muy interesados en observarnos los unos a los otros, el suelo, el techo y el perro con tal de eludir la mirada escrutadora de Thalia mientras decide quien de nosotros va a tener que enseñar el pene. Tengo claro que no va a escoger a Lucy, que es casi transparente, escondida tras la espalda de Logan.

Entonces, y sin previo aviso, Thalia se levanta el top con un bufido quedo. Unas tetas del tamaño de mi puta cabeza se salen de su confinamiento, rebotando con orgullo. Las areolas rosas y los pezones duros como caramelos me vuelven loco al instante.

Me noto caliente.

Febril.

Duro.

La puta cabeza me da vueltas.

Me lleva una décima de segundo entender lo que está a punto de pasar cuando engancha los dedos en la cinturilla de sus pantalones. Lo próximo que sé es que la tengo en brazos.

Cómo me puse en pie de un salto, di cinco pasos y la apretujé contra mí siempre será un misterio. La abrazo contra mi pecho, resguardando el cuerpo más sexy que he visto en mi vida con el mío propio. Me aseguro de que nadie pueda echarle otra ojeadita o me empezaré a liar a hostias con todo el mundo.

—Estás como una cabra, Thalia —digo con voz áspera. La polla se me sacude cuando me permito sentir sus pechos desnudos presionados contra mí.

Un milímetro.

Eso es todo.

Un milímetro de tela de mi camiseta separa mi piel de la suya. Ser consciente de ello hace que el estómago se me dé vuelta como un trapo retorcido.

—Tú ganas. Bebemos todos. Se supone que tenías que escoger a alguien, no desnudarte.

—Y me escogí a mí. Ninguno de vosotros tenía huevos a hacerlo y este juego va de que se emborrache todo el mundo.

Shawn se planta a mi lado con la camiseta de Thalia en la mano y se la pasa por la cabeza. Yo le tomo el relevo, con los ojos clavados en los de ella cuando mete las manos por las mangas. Por algún motivo que no logro comprender, deslizar ese trozo de tela por su cuerpo, y que las yemas de mis dedos le acaricien las costillas, es lo más erótico que le he hecho jamás a una mujer.

—Los americanos estáis hechos unos mojigatos. —Se ríe y coloca los vasos de chupito en fila para llenarlos.

Cada vez que pestañeo, el fragmento de sus tetas rebotando con alegría se reproduce en el interior de mis párpados como si fuese una peli porno, empeorando la situación de empalme que tengo entre los pantalones. Consigo mantenerlo bajo control durante las siguientes rondas a medida que nos vamos emborrachando más y más.

Lucy se está acercando a su límite, se le escapan risitas tontas y arrastra las palabras. De pronto, recuerda lo de sacarse las prendas de color negro y se quita la falda siete rondas más tarde.

—Escoge a dos personas —comienza Jack—. Ambas tienen que decir o hacer algo que crean que convencerá al otro de decir que sí a lo que sea. Sin tapujos. Niégate, y te tocará beber. Lógralo, y beben todos. —Echa un vistazo por la sala de estar, tratando de decidir a quién elegir—. Nico y Thalia.

Se me tensan los músculos de hombros y cuello cuando ambos se ponen de pie en sincronía. Ninguno de los dos está dispuesto a perder ni a rendirse. Llevarán a cabo lo que sea que crean que dejará al otro cachondo y molesto.

—¿Quieres empezar tú? —pregunta Nico. Mis pensamientos hacen un alto cuando su metro noventa de estatura se alza sobre ella—. ¿O debería empezar yo?

—Déjame a mí. —Su semblante y postura se tornan indefensos. Como si estuviera despistada. Es una buena actriz, pero se le da de pena calar a la gente. A Nico le gustan las mujeres seguras de sí mismas. Podría decirse que demasiado seguras, incluso. Chulas y maliciosas.

El silencio desciende sobre la estancia, a excepción de la música suave que sale de los altavoces. *Temptation* de WYR GEMI llena el ambiente de forma ininterrumpida por lo que se me antoja una semana mientras Thalia acerca una mano al abdomen al descubierto de Nico, fingiendo incertidumbre.

Recorre sus músculos con el tacto de una pluma mientras se acerca más y dobla la cabeza para toparse con los ojos de él. Los de ella están agrandados como los de un cervatillo. Su caricia es demasiado íntima para el gusto de Nico. Demasiado precavida. Desliza los dedos más arriba, desde su hombro hasta su nuca, y se los enrolla en los pelos de la nuca, acariciándole el cuero cabelludo con suavidad.

Los hombros tensos de Nico se hunden. La mirada se le encapota.

Entonces ella se pone lentamente de puntillas, como si dudase de sus acciones. Acerca los labios hasta que quedan a un palmo de los suyos, a una respiración de darse un beso.

—Por favor —susurra ella, rozándole la mejilla con la nariz—. Te… te necesito.

¿Qué coño está pasando aquí?

Ahora mismo, Nico sería capaz de hacerle una reverencia tan pronunciada como para que su frente tocase los pies de ella si Thalia se lo pidiese.

¿Cómo demonios ha conseguido camelárselo?

Quiero apartarlo de un empujón, arrastrar a Thalia a mi cuarto y atrancar la puerta, pero siento curiosidad por cómo acabará esto. Confío en todos mis hermanos, pero si llegase la ocasión de tener que confiarle mi vida a uno, escogería a Nico. Tiene más honor que todos nosotros juntos y jamás quebrantaría la regla de «no tocar».

Además…, es solo un juego.

Es solo un puto juego.

El ambiente cambia al otro extremo del espectro cuando Thalia se aparta y Nico se mete en personaje.

Pasamos de una delicadeza sublime a un control descarnado.

Nico cierna los dedos en torno a la columna del cuello de Thalia, la arrincona contra la pared y después le agarra las muñecas y se las

alza por encima de la cabeza. La otra mano de él se clava en su cadera con los nudillos blancos del esfuerzo, un segundo antes de trazar la curva de su cintura y detenerse en su caja torácica, con el pulgar bajo su pecho.

Agacha la cabeza, posa la boca bajo su oreja y le roza la piel suave con los dientes.

—Ponte. De. Rodillas —le ordena. Cada palabra es más queda, pero más fuerte que la anterior. Afloja las manos con las que le agarra las muñecas como si esperase que obedezca.

Y cuando Thalia se hunde en el suelo, no sé si quiero matar a Nico o ser Nico. Quiero tener su misma confianza en sí mismo porque ni de coña sería yo capaz de conseguir esto.

Nico dobla los dedos bajo la barbilla de ella antes de que sus rodillas toquen el suelo.

—Buena chica —dice por lo bajo, acariciándole la línea de la mandíbula antes de romper el hechizo al agarrarla por los hombros para ayudarla a levantarse—. No eres sumisa. Te gusta tener el control tanto como te gusta que lo ejerzan sobre ti, ¿verdad?

Thalia asiente, dándole un codazo en las costillas.

—Y tú no eres dominante de por sí. Al menos, no en el sentido tradicional. No buscas nada pervertido ni estrafalario, pero te gusta tener el control dentro y fuera de la cama.

Mi hermano no responde. Estoy seguro de que es porque no tiene ni puta idea. Thalia le ha mostrado una parte de su personalidad que ni él mismo sabía que existía. Necesitará un tiempo para reflexionar sobre ello.

Nos pimplamos los chupitos. Después, nos bebemos dos más. El primero porque la carta de Logan dice «Tú escoges quien bebe», y nos escoge a todos; y el segundo porque cuando Lucy lee «Todos beben si les enseñas tus partes nobles», está tan borracha que no duda.

Ella y Logan se marchan unos minutos más tarde. Teniendo en cuenta que no se han pedido un taxi, seguramente vayan a follar en su coche. No me extrañaría que usase mi baño para echar un polvo rápido, pero la presencia de Thalia debe de haber puesto freno a su sinvergonzonería.

Está bien saberlo. Puede que me aproveche de ello.

En la siguiente media hora, Connor, el chófer de esta noche, llega para llevarse a Shawn, Jack y Nico a casa. Thalia recoge las botellas de cerveza y los vasos de chupito vacíos de la mesa cuando nos quedamos solos.

—Todavía queda para unos cuantos chupitos más. —Señala la botella de Ouzo. Tiene razón, quedan como unos cuatro dedos—. ¿Quieres que sigamos jugando hasta terminarla?

De acuerdo a mis cálculos desganados de piripi, ella es quien más ha bebido, pero está tan dicharachera y sobria como una urraca azul una mañana de domingo.

—Sí, guay. ¿Quieres otra birra?

—Ya la cojo yo. ¿Tienes hambre?

—No, estoy llena. —Ahora que Thalia se ha puesto en movimiento, Ares se sube al sofá y se acurruca a mi lado con la cabeza sobre mi regazo—. Mira quien ha recordado quién es su dueño. —Sonrío, acariciándole la cabeza.

—Me ve a mí más que a ti. —Thalia me pasa una botella de Budweiser y un vaso de chupito; ella lleva el mismo set en sus manos.

—Es un tío y le gustan las mujeres. Eso es lo que pasa. —Hago un gesto hacia las cartas—. Tú empiezas.

Coge una carta, luego coge otra y otra más antes de hacerlas a un lado con un resoplido.

—No va a molar tanto ahora que solo somos nosotros dos. La mayoría están pensadas para grupos. Juguemos a decir verdades. ¿Por qué me impediste quitarme los pantalones?

Porque habría tenido que dejar inconscientes a cuatro tíos y no estoy tan cachas.

—De haber sabido lo que ibas a hacer antes de que te quitases el top, te habría parado antes.

—Eso no responde a mi pregunta, Theo. —Se inclina para servirme un chupito—. Espero no haberte avergonzado delante de tu familia.

—¿Avergonzarme a mí? Te quedarías de piedra si supieras las cosas que hemos hecho nosotros a lo largo de los años. Tus *chicas*

no tienen nada de lo que avergonzarse, créeme. —Le doy un trago a la botella con una pregunta acerca de su pasado en la punta de la lengua. Ahí se queda, sin realizar. Thalia se cierra en banda cada vez que empiezo a indagar, y no estoy listo para dar por terminada la noche—. ¿Cómo sabías que podías camelarte a Nico a base de ternura?

—No tenía ni idea. No te rías, pero me da un poco de miedo. Me daba miedo cómo reaccionaría si hacía algo que no le guste. —Junta las cejas en el centro—. Ni siquiera tengo claro que es lo que pasó. Me da la impresión de que es un hombre al que le gustan las mujeres seguras y sexis, y esperaba que se riese en mi cara.

—Yo también. No tienes por qué tenerle miedo, ¿sabes? Es intenso, precavido y arrogante la mitad del tiempo, pero es buen tío una vez que lo conoces. Quiero que me hagas a mí ese truco mental que usaste con él. Quiero ver cómo me ves a mí.

He marcado un límite en lo que nos compete a Thalia y a mí. Me aseguro de quedarme en el lado correcto de ese límite, en el seguro, pero lo que le acabo de pedir… está claro que se encuentra en el otro lado, en la zona de peligro. Estoy tentando a la puñetera suerte, pero mi propia curiosidad me deja indefenso.

—¿Ahora nos pasamos a los retos? —Se ríe y deja la de cerveza a un lado. La diversión se esfuma de su rostro cuando se mordisquea el labio inferior con sus dientes blancos y perfectamente rectos—. Para ti el sexo es una aventura. —Se echa la masa de rizos sobre un hombro y el aire que nos rodea se carga de tensión sexual cuando gatea hasta donde yo estoy sentado. Nuestras caras quedan a la misma altura, a apenas unos centímetros de distancia—. Te gustan las chicas alocadas —afirma, agarrándome la camiseta con un puño.

En un movimiento lento y sensual, pasa una pierna sobre la mía, hunde las rodillas en el sofá a ambos lados de mis caderas, arquea la espalda y me roza la oreja con los labios. Me coge las manos y las posa sobre sus caderas, y yo no puedo evitar agarrárselas con fuerza.

Estoy perdido. Me envuelve un manto pesado y grueso de lujuria, que se aprieta en torno a mi piel con tanta fuerza que me

cuesta respirar.

—Quieres que te cabalguen y que giman tan alto que prácticamente estén gritando. Quieres que luchen contra la punzada de dolor de los músculos que les escuecen del esfuerzo. Quieres que luchen contra el agotamiento hasta que te hagan correrte.

Pronuncia las palabras sin aliento, casi tirantes. Creo que las imágenes que está poniendo en mi cerebro le afectan tanto como a mí. Estoy seguro de que siente cómo se le clava mi erección cuando restriega las caderas, presionando su clítoris contra la cremallera de mis vaqueros, con las pupilas dilatadas y la excitación a flor de piel.

Madre del amor hermoso…

Sí, voy a tener las pelotas azules de por vida.

Esta ha sido una idea malísima. Estoy tan empalmado que podría partir cemento como Thor con su martillo.

Aprieto la cerveza y me imagino lanzando la botella al otro lado de la habitación para tener las manos libres y poder acunar la cara de Thalia. Me imagino hundiendo los dedos en esos rizos gruesos y oscuros y hundiendo mi lengua en sus boca caliente y sedosa, pero no lo hago.

Sigo apretando la botella con tanta fuerza que me duelen los dedos mientras ella me mira desde su altura durante tres latidos. Y, después, esa mirada retadora y silenciosa se transforma en una amplia sonrisa mientras se escurre de mi regazo.

—¿Qué tal he estado? —pregunta con una exhalación y los ojos empañados.

—Casi toco el cielo —admito con la boca seca y el corazón desbocado—. Ahora me toca a mí.

«¿Por qué?». ¿Por qué cojones he dicho eso? Debería terminarme la cerveza, levantarme y encerrarme en mi dormitorio, pero no… Tenía que jugar con fuego.

Y no solo es que vaya a quemarme.

Voy a quedar reducido a cenizas.

Thalia retrocede hasta la esquina del sofá, esperando a que mueva ficha y removiéndose con impaciencia. Durante un instante, me quedo quieto, replanteándomelo, a pesar de que sé que no voy a echarme atrás.

Me permito recorrerla con una mirada larga y detallada; mis ojos bajan por su cuerpo, imaginándola sin el top azul marino con facilidad ahora que sé las tetas celestiales que esconde debajo. Me muevo con rapidez, engancho los dedos en las trabillas de sus vaqueros y la acerco más a mí. Me encanta la imagen que ofrece despatarrada sobre el sofá y con las piernas abiertas.

Parece preparada.

Dispuesta.

Esto es una tortura…

Mi cara se cierne justo sobre su cremallera cuando me echo sus piernas sobre los hombros e inhalo su aroma dulce y embriagador. Le levanto la tela de la camiseta hasta que solo le cubre los pezones y le acaricio las costillas. Se retuerce cuando le rozo el abdomen con mis labios.

—Hay una diferencia entre «fuerte» y «rápido», pequeña.

Deslizo las manos más abajo hasta posarlas de nuevo en su cintura, agarro un puñado de su piel suave y le doy la vuelta. Mis acciones son rápidas pero precisas, y le arrancan de sus labios un sonido a caballo entre un jadeo y un gemido.

Sí, está claro que le gusta que le den caña.

En cuanto está recostada boca abajo, cubro su cuerpo con el mío y me arrastro sobre esta belleza. Mis labios se posan en su nuca y su pelo me hace cosquillas en la cara. Llevo una mano hasta su cabeza y se la giro hasta que su mejilla queda apoyada contra el cojín.

Mis pensamientos son un sinsentido. Cada vez que trato de dárselo a uno, se tropieza, ahuyenta al resto y mi cerebro queda reducido a una lujuria espesa y pegajosa. El instinto animal y primitivo de reclamarla, hacerla mía y enterrar mi polla en sus profundidades desbarata mi compostura.

—¿Crees que tienes aguante para algo «fuerte»? —susurro. Mis dedos se hunden en su pelvis y el pecho se me contrae.

Este es el juego más peligroso al que he jugado jamás. Estamos achispados y cachondos. La posibilidad de cometer un error pende del aire, presionándose sobre nosotros desde todos los ángulos… Y ese es el único motivo por el que convoco a mi raciocinio y me

retiro. Ni de coña voy a follármela cuando no puede darme su consentimiento claro y sobrio.

—¿Me he acercado? —pregunto, con cuidado de no dejar que se traspase a mi tono lo inestable que me siento.

—Te has acercado mucho al cielo…

Lleva sin practicar sexo desde hace diecinueve meses y se nota, su cara bonita refleja una necesidad abrasadora. Si no fuese por el alcohol en nuestros torrentes sanguíneos, pasaríamos una noche increíble juntos. Somos compatibles a tantos niveles que apostaría toda mi cartera de inversiones a que el sexo entre nosotros sería impresionante. Pero, en cierto modo, me alegro de que ahora mismo no estemos en nuestros cabales.

Aliviado, así es como me siento. Y es un sentimiento rarísimo. La tengo tan dura que me duele y la idea de liberar tensiones enterrándome en ella suena a fantasía hecha realidad, pero *no*. No vamos a ir por esos derroteros.

Hoy no, y esperemos que nunca…

Thalia se merece mucho más que un rollo de una noche.

DOCE

Thalia

Esta es una idea malísima.

¿Por qué accedí a salir con él? No me atrae en ningún sentido. Ni siquiera es que me guste particularmente. No hay química ninguna entre nosotros, así que... ¿por qué estoy haciendo esto?

Porque soy una retorcida, parece ser.

Me estoy rebajando a un nivel bajísimo. Estoy tocando fondo y desesperada por llamar la atención de Theo. Soy una niñata inmadura y francamente estúpida.

Estoy intentado ponerlo celoso.

Tomarme una copa con Dean, uno de los golfistas jóvenes y ricos que tontean conmigo, me pareció una buena idea cuando me lo pidió esta mañana… y no por primera vez. La idea ya no me parece buena. Es una estupidez en el mejor de los casos porque Dean no es el hombre que deseo.

Ese es Theo, pero él no quiere follarme y mucho menos salir conmigo.

Está en el salón trabajando en el juego cuando yo salgo de mi habitación con un vestido mono pero sexy que me llega hasta medio muslo y abraza mis curvas.

No estoy delgada en absoluto. Me vendría bien perder algún kilillo. Vale, puede que más que algún kilillo, pero soy una vaga y, a pesar del peso extra, me siento cómoda en mi propia piel. Las tetas grandes y mi buen culo son una ventaja innegable de evitar el gimnasio. A mi barriga flácida y mis muslos gordos les vendría bien un poco de ejercicio y tonificación, pero, como ya he dicho, soy una vaga.

Theo levanta la vista de su portátil y sus ojos me recorren con parsimonia antes de encontrarse con los míos. Su cara atractiva está desprovista de emoción.

—¿Adónde vas?

—Tengo una cita. Dean me ha invitado a tomar una copa. —Me odio a mí misma por ir a hacer esto de verdad—. Lleva insistiéndome desde que empecé a trabajar en el club de campo.

Theo deja el portátil a un lado y una sonrisa astuta y despectiva le curva los labios. El gesto va entrelazado con burla.

—Siento reventarte la burbuja, pero esa invitación a tomar una copa *no* es una cita. Lo que busca es follarte.

Balanceándome sobre mis talones, me reajusto el bolso. Su tono cortante y lo mucho que me escuece su comentario me pillan por sorpresa.

—Vaya, gracias. Está bien saber que eso es lo único que un hombre puede querer de mí.

La expresión de Theo cambia a una de dolor, como si acabase de darse cuenta de lo que estaba insinuando.

—No me refería a eso. Conozco a Dean y no quiere salir contigo. Ni contigo ni con nadie.

Me salta una notificación en el móvil, dejándome saber que el Uber que pedí me espera fuera. Derrotada y dolorosamente consciente de la gilipollez que es tener una cita con Dean, giro sobre mis talones.

—Buenas noches.

—Thalia, espera. —Corre para alcanzarme y me bloquea la puerta con ese cuerpo grande y que huele delicioso—. Cancela la cita. No pierdas el tiempo. Dean es un imbécil, *omorfiá*.

—Parece que todo el mundo en este pueblo es imbécil, pero correré el riesgo —mascullo entre dientes apretados, decidida a acudir a esta cita, sobre todo ahora que tengo algo que demostrar: Dean no solo quiere acostarse conmigo. Hay formas más fáciles de llevarte a una mujer a la cama que pidiéndole una cita—. No me habría pedido una cita si solo buscase sexo. Le gusto.

—No, no le gustas.

—Guau… —espeto, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Dos de dos. Hoy estás que te sales. —Lo empujo a un lado, agarro el pomo y abro la puerta de par en par antes de que intente insultarme de nuevo.

***

Newport Beach está plagado de bares de copas grandes y pequeños, restaurantes y discotecas pensados para complacer los gustos refinados de la élite. El bar que Dean ha escogido es uno de los más caros de la calle principal.

El lujo te abofetea en la cara nada más poner un pie dentro. Se desprende de los muebles de primera calidad y el esplendor sofisticado de su diseño interior.

Hoy es lunes, pero el local está lejos de estar vacío.

Un grupo de mujeres elegantes y en la cuarentena se sienta alrededor de una mesa larga; van vestidas para causar impresión, con los cuellos adornados de diamantes y unos peinados propios de una alfombra roja. Dos parejas jóvenes disfrutan de unas copas y unas tapas cerca de la ventana. Los hombres van trajeados. Y hay un grupo de amigos en una esquina junto a una pared empapelada con periódicos antiguos.

Dean también va en traje. Un blazer entallado y azul marino le abraza los hombros, lleva una camisa blanca debajo y el pelo repeinado hacia un lado. La conversación fluye sin fallas durante poco más de una hora. Hablamos sobre mi vida en Grecia, o la historia vaga que estoy dispuesta a contar, y de su trabajo. Es majo, a falta de una palabra mejor. Hablar con él es tan fácil como hablar con Shawn o Jack, pero ni saltan chispas ni se me acelera el corazón. Si soy sincera conmigo misma, me estoy aburriendo como una ostra. Esperaba encontrarlo atractivo en cuanto lo conociese mejor, pero no está pasando.

Me veo obligada a admitir mi derrota.

Y, para empeorar las cosas, las palabras de Theo resultan ser ciertas. A Dean no le gusto. No le interesa conocerme en profundidad. No le interesa conocerme en absoluto, de hecho. Cada

pregunta que sale de su boca suena forzada y no presta ninguna atención a mis respuestas. Quiere acostarse conmigo, pero el ceño fruncido que le afea las facciones indica frustración. Debió de pensarse que yo entraría en el juego.

Siento decepcionarle.

Se suceden unos largos minutos más. El ambiente se torna incómodo y su paciencia se va evaporando poco a poco, tal y como evidencian los golpecitos nerviosos de sus dedos largos y delgados contra la mesa. Comprueba la hora en su reloj como si se hubiese presentado aquí con un horario establecido en mente y no se pudiese creer que su plan se esté viniendo abajo.

—No estás aquí presente, Thalia. ¿Qué está pasando?

¿Que yo no estoy presente? Él ha ignorado mis dos últimas preguntas, echando un vistazo en derredor como para comprobar si hay alguna mujer más dispuesta junto a la barra, a la espera de su compañía.

—Estoy presente.

Resopla con frustración.

—Déjame adivinar. Esto —señala el espacio entre los dos, recostándose en su asiento— no va a pasar, ¿verdad?

Me muerdo el interior de la mejilla y pesco cubitos de hielo en el vaso alto con una pajita roja.

—Igual sí pasaría si no vinieses aquí con la única esperanza de meterme el pito.

En vez de tragar, inhala un trago de su whiskey dorado y rompe a toser.

¿Debería haberle dorado la píldora? ¿Inventarme una excusa plausible y políticamente correcta? ¿Fingir una migraña?

Pues va a ser que no.

—Me gusta esa boquita sucia tuya, nena. —Los ojos vuelven a brillarle—. Mira, eres preciosa y pareces ser una chica lista y divertida, pero no busco novia. Ambos somos adultos. Tenemos necesidades. Lo único que quiero es una noche.

—Te agradezco la sinceridad. Te habrías ahorrado tiempo y dinero si hubieses puesto antes tus cartas sobre la mesa y me hubieses preguntado directamente si me quiero acostar contigo.

—¿No quieres? —Las chispas se desvanecen de sus ojos como fuegos artificiales baratos—. Pues claro, no soy un Hayes. Debería haber sabido que eres el nuevo juguetito de Theo en cuanto supe que vivías en su casa.

—*No* me estoy acostando con Theo —siseo, aferrándome al filo de la mesa—. Somos amigos. De hecho, él es la única persona de por aquí en la que confío.

Un hecho que ha quedado invalidado por mi negativa a escucharlo cuando me dijo que Dean solo buscaba sexo, pero no voy a reconocer eso para hincharle el orgullo a mi cita.

Dios, sí que ha sido una pésima idea. Mi plan ha fallado miserablemente y, para colmo de males, estoy a punto de ganarme un enemigo entre los miembros del campo de golf, que puede terminar con una bronca por parte de Jared cuando Dean pida que lo atienda otra chica.

Resopla con una sonrisa socarrona, saca la cartera y tira un billete de cincuenta en la mesa.

—Si crees que él saldrá contigo, no eres ni la mitad de lista de lo que me pensaba. Te pondrá de patitas en la calle como a una puta barata en cuanto tus agujeros dejen de complacer sus altas expectativas.

Se me descuelga la mandíbula. Siento como si una horda de insectos me correteara por la piel, pero una especie de violencia indomable me silba en la cabeza y hace que la humillación se vaya escaldada.

Me abalanzo hacia delante, engancho la tela de su camisa en un puño y tiró de él hacia mí. El tornado de mis pensamientos chisporrotea como una señal de neón defectuosa.

—No me conoces muy bien, así que permite que te aclare un par de cosas. No soy una puta y no dejo que la gente me pisotee a su antojo. Ten algo de dignidad. Aprende a aceptar la derrota como el adulto que dices ser. —Lo vuelvo a apartar de mí de un empujón, me bajo del taburete y, echándome el pelo sobre un hombro, me alejo con la barbilla en alto y la espalda recta.

Hubo un época de mi vida en la que no tenía la valentía, la voluntad ni la fuerza de luchar mis propias batallas, pero la vida me

ha enseñado a hacerlo. La única persona que siempre te cubrirá las espaldas eres tú misma.

Los taxis forman fila junto al bordillo a ambos lados de la calzada, a la espera de que la gente salga de los muchos bares y restaurantes. Me subo en la parte de atrás del que está más cerca, le doy al conductor la dirección de Theo y aprieto la frente contra el cristal, mirando por la ventanilla. No estoy segura de qué me molesta y duele más: que Theo tuviese razón con Dean o que Dean pueda tener razón respecto a Theo.

No respecto a lo de «te pondrá de patitas en la calle», si no la parte de «no saldrá contigo» que pronunció con un tono tan degradante, como si yo no fuese lo bastante buena para un hombre como Theo.

Aparto a un lado el pensamiento antes de que eche raíces y crezca. No soy yo. Al menos, no se trata *solo* de mí.

Los hermanos Hayes le rehúyen al compromiso, ocupados en disfrutar de su juventud. Es perfectamente entendible, pero también quiere decir que tengo que enterrar este afecto en crecimiento antes de que termine dolida y llorando. Theo no se ha traído a ninguna mujer a casa desde que yo me mudé, pero eso no quiere decir que no vaya a pasar pronto. Será más seguro para mi corazón que le ponga un tapón a mis sentimientos antes de que sea demasiado tarde.

—¿Podría cerrar la ventanilla, por favor? —le pido al conductor. Tengo la piel de gallina—. Tengo un poco de frío.

El conductor me echa una ojeada por el retrovisor con las cejas en alto porque, ¿quién demonios tiene frío en pleno verano en el puñetero estado de California?

La falta de un sueño reparador de calidad está empezando a pasarme factura.

Diez minutos más tarde, el conductor aparca junto al bloque de apartamentos de Theo. Como si la velada aún pudiese ir a peor, veo al hombre en cuestión apoyado contra la pared con un cigarrillo en los labios. Dejo una propina generosa y salgo del taxi demasiado rápido. Me mareo y la vista se me salpica de puntitos negros,

mientras que el aire de la noche me provoca más escalofríos. Me agarro al coche, tambaleándome sobre mis pies.

—¿Cuánto has bebido? —interrumpe Theo, agarrándome del antebrazo y con unas arruguitas en la frente.

—No estoy borracha. —Enderezo la espalda y me zafo de su agarre—. Solo me tomé una copa. Me he mareado por levantarme muy rápido. —Los puntitos negros se van difuminando en gris—. No sabía que fumabas.

—Y no fumo. Llámalo un momento de debilidad. Lo dejé hace mucho tiempo. —Tira el pitillo al suelo y me señala el edificio con la barbilla, instándome a que lo siga dentro—. Estás disgustada. ¿Qué te hizo Dean?

—No estoy disgustada.

Vuelve a agarrarme, esta vez por la muñeca. El apremio de su contacto despierta un deseo enterrado bien hondo en mi centro, el mismo que lleva atormentándome todas las noches desde hace semanas mientras las fantasías eróticas se intensifican. Me da la vuelta y aprieta mi espalda contra la pared de ladrillos con su cuerpo musculoso invadiendo mi espacio personal.

Lo siento a él. Siento el calor que desprende en ondas palpables, el aroma excitante de su colonia y el firme contacto de sus dedos en mi cadera.

—No mientas. ¿Qué ha pasado?

—No estoy disgustada.

Para mantener a raya su mal genio, respira profundas bocanadas de aire. Yo espero, rezando por que cierre la distancia que nos separa y me bese, pero no lo hace. Casi puedo oír cómo estalla la burbuja de mi deseo; a ese sonido lo acompaña una nube de decepción cuando Theo da un paso atrás. Lo tomo como una señal para largarme, pero presiona el dorso de su mano contra mi estómago, manteniéndome en el sitio, y con un fuego bailándole en los ojos oscuros.

—Dime qué pasa. No me gusta verte disgustada.

¿Por qué tiene que decir todas las cosas correctas? Es como si alguien lo hubiese construido siguiendo mis instrucciones: guapo,

afectuoso y considerado. La garganta se me cierra de la frustración. Sería mucho más feliz si él no fuese tan cabezota.

—Tenías razón. Dean solo quiere follarme.

Una sonrisa le tira de las comisuras de los labios.

—Te dije que no perdieras el tiempo.

—Esto no tiene nada de gracioso. Parece que a los únicos hombres a los que atraigo son los que no buscan nada más que sexo.

—No se te da nada bien calar a la gente. Consúltalo conmigo la próxima vez que alguien te pida salir.

Una sensación de cosquilleo me inunda el pecho, intensa y casi insoportable, cuando Theo dobla el dedo bajo mi barbilla y me echa la cabeza hacia atrás para que lo mire a la cara.

—Pareces cansada, Thalia.

—Ese es un halago que toda mujer se muere por oír. Tres de tres. ¿Quieres soltarme algo más o ya has acabado de insultarme esta noche?

La sonrisa se le ensancha.

—Te he visto con y sin maquillaje. Te he visto con un pegote de máscara de pestañas bajo los ojos cuando te da demasiada pereza lavarte la cara antes de irte a dormir. Te he visto con un vestido sexy y te he visto con un par de pantalones de chándal y una camiseta manchada de salsa de tomate. Eres preciosas, pequeña. Siempre. Pero ahora estás cansada.

Impedir que una sonrisa me parta la cara es imposible después de escuchar esto. Una corriente fría y caliente me baja por la columna, como si mi cuerpo no pudiera decidir cómo reaccionar.

—Últimamente no duermo bien.

—¿Pesadillas?

Todo lo contrario. Tengo unos sueños muy buenos e intensos de la cara de Theo cerniéndose sobre la mía y sus ojos entornados y hambrientos. De su cuerpo desnudo y caliente al tacto a medida que embiste en mi interior a un ritmo acelerado. Unas fantasías vibrantes y eróticas me atormentan todas las noches y se interrumpen segundos antes de que alcance el orgasmo, provocando que me despierte frustrada.

—No, es solo que me acuesto tarde y me despierto temprano.

—Normalmente se te da bien mentir, ¿sabes? Pero hoy no es tu día. Si no quieres decirme lo que te molesta, no lo hagas, pero no mientas.

—Vale —resoplo, derrotada—. No quiero hablar del tema. ¿Podemos entrar ya? Hace fresco.

Guarda silencio durante diez segundos en los que me mira como si fuese a leerme la mente. Al fin, se hace a un lado y me sujeta la puerta para que pase primero.

—Me voy a cambiar de ropa y a prepararnos algo ligerito de comer —digo, dirigiéndome a mi habitación.

—¿Vemos otro capítulo de *Ozark*?

Empezamos a ver la serie la semana pasada, razón por la que he abandonado las siestas de la tarde. En vez de recargar las baterías entre trabajar en el club de campo y como camarera, estoy tirada en el sofá con Theo, viendo al menos un episodio al día.

—¿Hace falta preguntarlo? Ve encendiendo la tele. —Cierro la puerta a mis espaldas, me quito el vestido, me enfundo en unos vaqueros, me envuelvo en un cárdigan grueso y me recojo el pelo en una coleta antes de invadir la cocina—. Dale al *play* —digo diez minutos más tarde, apresurándome hasta el salón con dos cervezas y una tabla de embutidos.

A Theo le encanta cuando hago mini sándwiches con crackers salados mientras vemos la serie. Y a mí me encanta que, la mayoría de las veces, puedo ponerle yo esos bocaditos directamente en la boca.

TRECE

Theo

Thalia se aprieta el cárdigan a su alrededor por millonésima vez, yendo de puntillas hasta el baño y poniendo una mueca cuando sus pies tocan el suelo frío. Mis ojos la siguen con un ceño fruncido grabado en mi cara.

Yo estoy aquí sentado con una camiseta y me muero de calor, pero ella está envuelta en un cárdigan de lana gorda, temblorosa y con frío. También está un poco pálida, pero eso se lo achaqué al cansancio.

Ahora ya no estoy tan convencido.

Hemos visto dos capítulos y estamos a punto de ponernos con el tercero. Aprovecho este breve descanso para despejar la mesa e ir a por dos cervezas antes de que vuelva Thalia con la tez cenicienta y los ojos vidriosos.

—¿Estás bien?

—Sí, solo cansada. Debería ir a dormir un poco, pero necesito saber que pasó, así que veamos un capítulo más. Pásame la manta, por favor.

Le toco la frente con el dorso de la mano porque no me trago esa respuesta. Me acero más para posar los labios contra su sien a modo de termómetro; tengo las manos frías y no estoy seguro de si está caliente como creo.

Mamá siempre dice que los labios son más fiables.

—Mierda —murmuro, apartándome—. Tienes fiebre. Y bastante alta.

En vez de la manta fina que descansa en el respaldo del sofá, voy a mi cuarto a por la gris, grande y mullida, y envuelvo a Thalia

como un burrito.

—No creo que la tenga tan alta. Estoy bien.

—Tú siempre estás bien. —Cierro los armarios de la cocina dando portazos mientras busco las pastillas—. Estás ardiendo, por eso no lo notas.

Después de coger paracetamol y un termómetro, me siento a su lado y le alzo la barbilla con los dedos para poder apuntarle con la luz azul a la cabeza.

—Treinta y nueve coma tres. Vale, pues eso es todo, *omorfiá*. Vas a tomarte el paracetamol e irte a la cama.

—Solo tengo algo de frío. Me encontraré bien en cuanto las pastillas me hagan efecto. Veamos otro capítulo. —Me agarra de la muñeca, curva los labios en un puchero exagerado y remata la jugada poniendo ojos del Gato con Botas—. Porfi.

Ni hablar. Debería descansar; echarse un sueño reparador antes de que empeore la cosa, pero se pone de pie y se tapa las orejas con las manos para silenciar mis protestas sordas. Se traga dos pastillas y enciende el hervidor de agua para prepararse una taza de té.

La pierna me rebota contra el suelo. Joder, odio que no se encuentre bien. Me siento tan a gusto como una gallina mojada ahora mismo. Thalia debería estar metida en cama, dormida, a gustito y calentita bajo el edredón.

Me detengo a nada de convencerla de que se vaya a cama cuando recuerdo lo que pasó la semana pasada cuando volví a casa del trabajo y me la encontré hecha un ovillo en el sofá con una bolsa de agua caliente sobre el abdomen y una barrita de chocolate a medio comer en la mesita de centro. Se había tomado un ibuprofeno para aliviar los cólicos menstruales. Ni veinte minutos más tarde, estaba frita.

Igual el paracetamol surte el mismo efecto.

Thalia regresa con su té y toma asiento en la esquina del sofá cuando le doy al *play*.

—Ven aquí. —Le paso una mano por la espalda para acercarla a mi costado—. Desprendes más calor que un radiador.

—Y, aun así, tengo frío. —Descansa la cabeza en mi hombro con los ojos puestos en la pantalla.

La acurruco contra mí con la mano bajo la manta y el cárdigan, envuelta en torno a su centro. Le acaricio la cintura, subiendo los dedos de arriba abajo durante media hora antes de que la cabeza empiece a pesarle y el cuerpo se le relaje.

Ha caído rendida, pero sigo acariciándole la curva de la cintura hasta que estoy seguro de que no se despertará si la muevo. Tras maniobrar un poco, consigo alzarla en brazos y dejarla en la cama.

Thalia se agita y apoya la mejilla en la almohada. Hasta estando tan pálida que es casi transparente es preciosa. Ya no estoy tan tenso ahora que el paracetamol le ha bajado la fiebre.

Treinta y nueve de fiebre no es moco de pavo.

La arropo, admirando a esta bella durmiente como un pervertido de primera clase y sintiendo como me consume una ola potente de afecto. Dejo la lámpara de la mesilla encendida y regreso al salón para adecentarlo y coger las pastillas de Thalia y un vaso de agua.

Veinte minutos más tarde, sigue en la misma postura y tiene húmedo el pelo sobre la frente. Se está abrasando dentro de ese cárdigan de lana. Con cuidado de no despertarla, retiro el nórdico, le quito el cárdigan, le desabrocho los pantalones y se los bajo por las piernas. En vez de quedarme mirando el encaje blanco de sus braguitas, tiro de su camiseta para cubrirla y vuelvo a taparla con las sábanas hasta la barbilla.

Una parte de mí quiere meterse dentro con ella, pero me obligo a apagar la lámpara y retirarme a mi dormitorio. Me quito la ropa y la echo en el cesto de la ropa sucia antes de meterme en cama, pero soy incapaz de dormirme. Doy vueltas y vueltas durante veinte minutos, tratando de encontrar una postura cómoda y tenso como la cuerda de un tirachinas.

¿Y si le sube la fiebre en mitad de la noche y no se despierta para tomarse las pastillas? ¿Y si necesita más agua, pero está demasiado débil para salir de cama? O peor… ¿Y si sale de cama, pero se desmaya de camino a la cocina?

No podré oírla desde aquí dentro.

Saco las piernas por el borde de la cama, cruzo el pasillo y vuelvo a entrar en su cuarto. La cama se hunde bajo mi peso cuando me cuelo al lado de Thalia, reemplazando la almohada que está abrazando con mi cuerpo. Vuelve a agitarse, pero sigue dormida cuando sus dedos se estiran sobre mi pecho y entierra la cara en la curva de mi cuello.

Jamás había estado tan a gusto.

Thalia permanece en la misma posición durante toda la noche. Yo, por el contrario, me despierto constantemente para comprobarle la temperatura, llevando mis labios a su sien. Alrededor de las cuatro de la madrugada, vuelve a estar demasiado caliente.

—Thalia —susurro, rozándole la mejilla con los nudillos—. Thalia, despierta. —Le aparto el pelo húmedo de la cara y enciendo la lamparita.

Ella tiembla, traga con fuerza como si le doliera la garganta y abre los ojos lentamente, entornándolos contra la claridad de la habitación.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces tú aquí?

—Como es evidente, me estoy aprovechando de la situación. —La ayudo a erguirse hasta quedar sentada—. ¿A ti que te parece que hago? Te estoy cuidando. Vuelves a estar ardiendo.

Se aparta el sueño de los ojos, se toca la frente y sus ojos marrones me buscan, todavía con un ceño fruncido, como si su capacidad de procesamiento aún no se hubiese despertado.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la madrugada pasadas. —Observo cómo se traga dos pastillas de paracetamol con agua y deja el vaso a un lado —. ¿Dónde demonios has pillado un resfriado en verano?

Se acerca y me pasa una mano sobre el vientre mientras yo la arrimo a mí, sintiéndome ya adicto a sentirla así de cerca.

—No lo sé, igual fue por la tormenta de esta mañana. A algunos golfistas no les importa jugar bajo la lluvia —susurra, acariciándome el cuello con la nariz—. Qué bien hueles —murmura, ya medio dormida.

—Siempre lo dices.

—Porque es verdad… Hueles muy bien.

Le estampo un beso en la cabeza.
—Duerme, *omorfiá*.

CATORCE

Theo

Thalia no está en cama cuando me despierto por la mañana. No hay ningún reloj en su cuarto, pero a juzgar por la posición del sol en el cielo, mi alarma lleva sonando un buen rato al otro lado de la pared.

Aunque no pude poner a cargar el teléfono anoche, por lo que seguramente se quedó sin batería mucho antes de las siete.

Me arrastro fuera de la cama, a la espera de encontrarme a Thalia en la cocina con una taza de café o tal vez en la ducha, pero en cuanto pongo un pie fuera de su habitación, me asalta el silencio del piso. No hay rastro de Thalia en la cocina, el baño ni la terraza.

Mosqueado, voy a mi cuarto, enchufo el teléfono y espero a que se encienda. Son las ocho y treinta y dos. Ignoro la afluencia de notificaciones y marco el número de Thalia. Suena una, dos y más veces antes de que deje escapar una letanía de maldiciones cuando me llega un mensaje.

Thalia: No puedo hablar hasta el descanso.

Yo: ¿¡Qué cojones haces en el trabajo?!

Thalia: Estoy mejor.

Hace cuatro horas estaba más caliente que el infierno, ¿y ahora está perfecta? Ni de coña.

Yo: Pasaré a recogerte en diez minutos. Te vas directa a la cama.

Thalia: No puedo irme así sin más. Te prometo que estoy bien. Tengo paracetamol en la taquilla, por si acaso.

Vuelvo a maldecir. Para mis adentros, claro. Estoy soltando una sarta de tacos tan creativos que, si mis pensamientos se retransmitieran por radio, solo se oiría un largo pitido.

Yo: Llámame cuando estés en el descanso, y llámame si te empiezas a sentir peor. Te esposaré a la cama cuando vuelvas.

Thalia: Mucho prometer y poco cumplir.

Ahí me ha pillado.

En vez de corretear por casa como pollo sin cabeza para prepararme para ir a trabajar, monto el campamento en el salón y me ocupo del lado exasperante de ser dueño de una empresa, una tarea que suelo evitar a toda costa. Hoy, sin embargo, estoy dispuesto a hacer de tripas corazón en caso de que Thalia necesite que vaya a recogerla en cualquier momento.

Y es toda una suerte que decidiese quedarme.

Menos de dos horas más tarde, la puerta del piso se abre de par en par, sobresaltando a Ares, que se está echando una siesta en el felpudo.

—¡Eh, tío! —grita Jared con el brazo alrededor de Thalia.

Está casi tan pálida como un fantasma, tambaleándose sobre sus propios pies y apoyándose en la pared cuando Jared la suelta, cortesía de la mirada fulminante que le echo a la mano con la que le rodeaba la cintura.

—¿Qué ha pasado? —Cruzo la habitación, echándole un vistazo a su uniforme manchado y a su rodilla raspada y salpicada de sangre.

—Se desmayó en el campo —explica Jared con las manos en los bolsillos—. Creo que ha pillado una gripe. Tiene fiebre.

—No debería haber ido hoy —suelta ella en un murmullo que cuesta oír—. No me siento nada bien.

—Ya, no jodas. —Aprieto mi mano contra su cabeza con el pulso latiéndome en el cuello. Está demasiado caliente. Más que antes. Acabará en urgencias si no le bajamos la fiebre—. ¿Cuánto te tomaste el paracetamol por última vez?

—A las cuatro de la madrugada.

—Eres una puta irresponsable, Thalia. —Le quito los zapatos y la alzo en brazos—. Deberías haberte tomado otra dosis a las ocho. —Echo la vista atrás hacia Jared—. Gracias por traerla. No cuentes con ella ni mañana ni el jueves.

Él asiente y le da un apretón a Thalia en el brazo.

—No vuelvas hasta que te encuentres mejor, ¿entendido? Cassidy puede cubrirte el fin de semana si hace falta.

—Lo siento muchísimo —murmura ella con ojos pesados como si estuviera a punto de caer rendida.

Jared hace un gesto con la mano sin decir nada más, gira sobre sus talones y nos deja solos.

—Uno no se puede fiar de ti en lo referente a tu salud. —La siento en el sofá y le apunto a la cabeza con el termómetro. Se me entumecen las manos cuando leo el resultado en la pantalla—. Treinta y nueve coma siete. Me cago en todo, o te bajamos la fiebre en los próximos quince minutos o te llevo al hospital. —Cojo mi teléfono, llamo a mi madre y voy a por otro frasco de paracetamol.

—Buenos días, mi hijo perdido —saluda mamá, mitad contenta, mitad resentida—. ¿Qué podrá haber pasado para que recuerdes mi número de teléfono?

—Hola, mamá. Perdona por no haber ido de visita últimamente. Estoy trabajando todo el rato.

—Ya, trabajando… claro. La excusa preferida de todos mis hijos.

No puedo negar que he tenido a mi madre abandonada estos meses, de lo concentrado que estaba en perfeccionar el juego. Desde que se mudó Thalia, ni siquiera la he llamado para preguntarle cómo le va. Tengo motivos para estar avergonzado. En serio, soy un sinvergüenza. Mi madre es una santa y se merece algo mejor que esto. Tomo nota mental de ir a visitarla a ella y a papá en cuanto Thalia esté mejor. Lo que me recuerda que…

—¿Cómo hago para bajar rápido una fiebre muy alta? Y con muy alta me refiero a 39,7. El paracetamol no hará efecto hasta dentro de media hora y no puedo esperar tanto.

—¿Estás enfermo? —jadea y vuelve a ponerse en modo madre total—. Ay, cariño. Estaré ahí en un santiamén, ¿vale? Tú tómate el paracetamol y…

—Mamá, yo estoy bien. Mi… —¿Mi qué? Llamarla mi compañera de piso no le hace justicia a mi relación con Thalia y cada día me doy más y más cuenta de que «amiga» tampoco es una descripción adecuada, pero es lo único que me queda—. Mi amiga no se encuentra bien. Le está subiendo la fiebre demasiado rápido. ¿Qué puedo hacer?

Thalia está envuelta en una manta, con los ojos cerrados y la mejilla apoyada en el reposabrazos del sofá cuando vuelvo con dos pastillas y un vaso de agua.

—¿Una amiga? —canturrea mamá, ya puedo imaginarme cómo está meneando las cejas con expresión de resabidilla.

—Ahora no es el momento, ¿de acuerdo? Ya hablaremos cuando me pase por ahí este fin de semana. Tú solo dime qué hacer.

—Vale, vale. Métela en una bañera de agua templada durante unos minutos. Que no esté fría, Theo. Templada. Debería ayudar. Si no, tiene que ir a que la vea un médico.

—Gracias. Me pasaré por ahí el domingo, lo prometo.

—Por si acaso, no esperaré sentada —dice antes de cortar la llamada.

Me apuesto lo que sea a que ahora mismo está telefoneando a Shawn, Logan o Nico para hacerles mil y una preguntas sobre mi «amiga».

Thalia tiembla bajo la manta con ojos pesados y labios agrietados. Su piel cenicienta es exactamente del mismo tono que mi sofá color blanco roto. Informarla de que tiene que sumergirse en un baño fresco mientras está temblando como si estuviéramos en pleno invierno ártico no me va a servir de mucho. La dejo sola unos minutos para ir a prepararle el baño.

—Esto no te va a gustar —digo, levantándola del sofá al estilo nupcial—. Tienes que meterte en la bañera.

—Me gusta darme baños —murmura, demasiado débil como para enroscar sus brazos sin fuerzas en mi cuello.

—Este no te va a gustar, pero tenemos que meterte dentro. —La siento en el borde de la bañera y la ayudo a quitarse la falda y polo de tela escasa. Le dejo el sujetador y las bragas, si no acabaré sufriendo una puta aneurisma.

Dios, es perfecta. Tez aceitunada, caderas redondas y tetas grandes, que están más arriba que de costumbre porque se está abrazando así misma para calentarse.

—Métete dentro. Solo serán unos pocos minutos.

Me agarra de la mano para no perder el equilibrio cuando mete el pie derecho en el agua. Un gimoteo de angustia le brota de los labios.

—No, no puedo. Está demasiado fría. Con el paracetamol basta. Estoy bien, ¿ves? —Se frota los brazos, aplastándose la piel de gallina, pero no puede ocultar su cara anormalmente pálida, sus ojos vidriosos ni lo extremadamente caliente que está al tacto—. Por favor, no quiero meterme ahí dentro.

—Tienes que hacerlo. —Le apunto con el termómetro a la cabeza y le muestro la pantalla—. La fiebre te está subiendo muy rápido, Thalia. Métete.

Ya está en los 39,9 grados y, si no puedo bajarle la fiebre, aunque sea un poco, en los próximos diez minutos, la llevaré al hospital antes de que se convierta en un huevo cocido.

En vez de dar un paso adelante, Thalia da un paso atrás. El agua está a unos diez grados menos que su temperatura corporal, lo cual no puede ser agradable, pero o se mete en la bañera ya mismo o terminará en el hospital cubierta de mantas de enfriamiento.

No sé cuál de las opciones es peor.

Me arranco la camiseta de encima y me quito los pantalones de chándal, ignorando la boca abierta de Thalia a medida que sus ojos bajan por mi cuerpo, inspeccionado cada músculo. Sin darle tiempo a protestar de nuevo, la agarro del culo, la alzo en brazos y me meto en el agua.

Sisea y tiembla, arañándome los hombros cuando tomo asiento apretando los dientes. Mi temperatura corporal es mucho más fresca

que la de Thalia, pero el baño templado me pone los pelos de la nuca de punta igualmente.

—Date la vuelta —le digo, ayudándola a maniobrar en el espacio limitado hasta que queda sentada entre mis piernas, con la espalda contra mi pecho y los dientes castañeándole—. Respira, *omorfiá*. Piensa en otra cosa.

Lo intenta, pero en vez de distraerse, cuenta los segundos que faltan para que se acabe este mal trago. Pasan unos minutos antes de que vuelva a comprobar su temperatura. Dejo escapar un suspiro de alivio, la fiebre está bajando poco a poco.

—H-habla c-conmi-migo —tartamudea, envolviéndose con mis brazos como si eso fuese a mantenerla caliente—. ¿Te d-di pat-tadas ano-noche?

Sumerjo una esponja entre sus piernas y se la paso por cuello y hombros.

—No te moviste, pero sí roncas, ¿lo sabías?

—No. No, no, n-no, no. No ro-ronco. Ten… —Toma una bocanada, sacudiéndose como un cervatillo cuando le escurro más agua por su escote abajo—. Tengo mu-mucho frío.

Mis brazos se aprietan alrededor de su cuerpo en un reflejo automático como si lo hubiese hecho incontables veces antes.

—Lo estás haciendo genial. Cinco minutos más. Intenta relajarte, ¿vale? Cuanto más te tenses, peor es. En cuanto salgamos de aquí, podemos hacer una maratón de *Ozark*.

Ella jadea, clavándome las uñas en los antebrazos.

—¿Te-te…? —Toma una bocanada abrupta de aire antes de completar la oración— ¿Terminaste el capítulo sin mí? ¿Qué pasó?

—No te lo voy a decir. Lo volveremos a ver. Necesito verte la cara cuando… —Sonrío, dejando la frase en el aire—. No importa. Ya lo verás.

Cuando su fiebre baja a un 38,8 más manejable, ayudo a Thalia a salir de la bañera y la envuelvo en una toalla amarilla y gruesa. Ahora está un poquito menos pálida, y la dejo ir a vestirse sin mi ayuda.

—¿Has comido algo hoy? —le pregunto cuando se hace una bolita en el sofá, vestida con una sudadera gris y unos pantalones

de chándal a juego.

—No creo que mi estómago pueda digerir nada —se yergue y apoya en un codo—, pero puedo prepararte un *wrap* o pasta si…

—Me estoy planteando en serio lo de atarte con cinta a este sofá. No vas a mover ese culo bonito en todo el día, ¿entendido? Pediré algo a domicilio a menos que tengas hambre ahora mismo.

—No, estoy bien. —Se arrima y me planta un beso en la mejilla —. Gracias.

Ahora que la tengo a mi alcance, la acerco como hice anoche, nos doy la vuela para que ambos estemos tumbados y cómodos y le doy al *play*. Mi mano vuelve a estar bajo la manta, acariciándole el cuerpo con movimientos repetitivos y calmados. A mitad de episodio, los ojos empiezan a pesarle.

Ladea ligeramente la cabeza y sus labios me rozan la mandíbula.

—Tengo sueño.

—Duerme, *omorfiá* —susurro, le estampo un beso en el pelo y la aprieto más contra mí antes de que pueda ni ocurrírsele levantarse e irse a cama.

Con una sonrisa cansada y fantasmal, acurruca la cabeza bajo mi barbilla con una mano sobre mi pecho, agarrándome de la camiseta en un puño, y una pierna doblada por la rodilla y descansado sobre mis muslos.

Cambio de programa para que no se pierda nada y le acaricio el brazo de arriba abajo con los dedos. A pesar de la manta mullida con la que está tapada hasta la barbilla, tiembla de vez en cuando, aferrándoseme a mí como a una segunda piel. Se queda sopa en cuestión de segundos, pero pasa al menos otra media hora antes de que su fiebre baje a treinta y ocho grados. No creo que vaya a bajar más que eso.

Cinco episodios de *Big Bang Theory* después, se escucha que llaman a la puerta seguido de alguien (y sé perfectamente quien) que entra sin esperar invitación. Solo una persona hace semejante cosa, y un día se arrepentirá de estas invasiones de privacidad repentinas cuando pille a su hijo follándose a alguien en el salón.

—He venido tan pronto como pude —dice mamá, deteniéndose a media frase con un recipiente grande con sopa. Nos observa a Thalia y a mí enrollados en una manta, con su cabeza sobre mi pecho y su pelo haciéndome cosquillas en la barbilla—. ¿Cómo se encuentra tu «amiga»?

—Hola a ti también, mamá. —Reajusto la postura de Thalia, con cuidado de no despertarla mientras me desenredo de sus miembros —. He conseguido bajarle la fiebre. —Beso a mamá en la mejilla y me uno a ella en la cocina—. No tanto como me gustaría, pero bueno.

—He preparado sopa de pollo. —Sonríe y saca una tartera del armario.

Era la cura de todos los males cuando era pequeño. ¿Te moquea la nariz? «Sopa de pollo». ¿Tienes fiebre? «Sopa de pollo». ¿Te has raspado una rodilla? Tiritas *y* sopa de pollo. Hasta me hizo sopa de pollo cuando Shawn me rompió la nariz.

—¿Por qué tengo que llamar a tus hermanos para descubrir quién es esta misteriosa amiga tuya? —pregunta echando agua en el hervidor, seguramente para prepararle a Thalia un té con miel y limón—. He oído que es encantadora.

¿Encantadora? Estoy seguro de que esa es la descripción de Shawn. Logan habría dicho que es «enrollada» y Nico seguramente ni contestó al puto teléfono.

Mamá da unos golpecitos con el pie en las baldosas con los ojos puestos en mí y dos arrugas marcándole la frente.

—¿Podrías, *por favor*, contarme un poco sobre ella o tengo que arrancarte una confesión a golpes?

Como si fuese a poder conmigo con esos tacones de doce centímetros y ese vestido ligero con falda de tubo.

—¿Qué quieres que te cuente? Es una amiga.

—Una amiga que vive contigo.

Este dato es culpa de Logan y su incapacidad de cerrar el pico. No es que el hecho de que Thalia viva aquí sea un secreto, pero igual debería haber sido yo quien informase a mamá sobre mi compi de piso.

—Sí, necesitaba un lugar donde vivir. Yo tengo una habitación de sobra y un perro que no puede vivir sin ella. —Señalo el sofá, donde Ares está hecho una bolita a los pies de Thalia.

Mamá me somete a un interrogatorio, lanzándome pregunta tras pregunta durante unos buenos diez minutos antes de que Thalia se yerga en el sofá y me salve.

—Buenos días —dice, sonrojándose ligeramente y con los ojos soñolientos puestos en mi madre—. Yo soy Thalia.

—Lo sé, corazón. —Mamá cruza la habitación, pero deja una distancia de seguridad para no contagiarse de lo que sea que ha hecho enfermar a Thalia. Es una pena que no decidiese tener esa precaución conmigo; yo también estoy cubierto de gérmenes—. Soy Monica, la madre de Theo. Me dijo que no te encontrabas bien, así que he preparado sopa de pollo. Siempre les ha venido bien a mis niños cuando estaban pachuchos.

Sirvo la sopa y termino de preparar el té porque mi madre dejó la tarea a medio hacer. Siempre se distrae con facilidad y, ahora mismo, tiene las mejillas de un tono rosado y la emoción brilla en su mirada mientras interroga a Thalia de forma discreta (en su opinión) sobre su trabajo, vida y…

—Bueno, ¿y cómo os conocisteis?

Mátame.

Mátame, camión.

Les envío un mensaje a mis hermanos.

Yo: ¿Qué le contasteis a mamá?

Logan: Nada.

Shawn: Nada de nada.

Nico: Le dije que llamase y te preguntase a ti directamente.

Yo: Ya, muy bien, pues está aquí. Le ha traído sopa a Thalia y se comporta como si estuviera a punto de reservar iglesia para la ceremonia.

Shawn: Uf... buena suerte, tío.

Nico: Me piro.

Logan: Jajaja.

Me son de mucha ayuda estos tres. Qué don de la palabra tienen. ¿Qué cojones haría yo sin ellos?

—Deberías sentirte mejor pronto —asegura mamá cuando Thalia se termina el plato de sopa y le da las gracias por octava vez —. Necesitas descansar. Mis niños dicen que trabajas todo el tiempo.

«Nada de nada», y una mierda.

—No va a ir a ninguna parte hasta que no se encuentre mejor —interrumpo yo—. ¿Quieres algo de beber, mamá?

La quiero. Muchísimo. Más que a nadie. Pero ahora mismo quiero darle un café para llevar y cerrar la puerta con llave en cuanto salga. Pero ya puedo irme olvidando. Se queda más de una hora y pone ojitos cada vez que yo compruebo la temperatura de Thalia y me guardo unas cuantas maldiciones para mí cuando la pantalla se pone en rojo.

QUINCE

Thalia

Los meses de verano son una locura en Newport Beach.

Trabajo siete días a la semana entre el campo de golf y el puesto de camarera. También cubro los turnos de otras chicas del carrito siempre que Jared me lo pide. Estoy volviendo a ganármelo después de pasar cuatro días recuperándome de la peor gripe de todas hace dos semanas. Theo se tomó tiempo libre del trabajo para cuidar de mí, asegurarse de que me tomaba la mediación a su hora y me consintió como a una enana con comida a domicilio, chuches y abrazos. Se quedó a dormir en mi cama tres noches seguidas, afirmando que así corría menos riesgos.

Yo no me quejé. Me encantó tenerlo así de cerca.

Es una pena que tuviera que recuperarme en algún momento. Habría seguido enferma un ratito más de haber tenido yo el control sobre mi bienestar.

Puede que más que un ratito.

Ahora ambos estamos poniéndonos al día con las horas de trabajo perdidas, por lo que solo lo veo entre un curro y otro. Ya está dormido cuando vuelvo a casa de algún evento, demasiado cansada como para desvestirme, y aún sigue durmiendo cuando me levanto a las cinco de la mañana.

Estoy agotada, por lo que, de momento, decido no trabajar en ninguna fiesta los viernes y sábados. Todos necesitamos un descanso de vez en cuando.

Theo no está en casa cuando llego al piso el viernes por la tarde, pero Ares viene a mi encuentro en el pasillo y me ruega por unos achuchones. Le doy un puñado de galletitas y lleno sus

cuencos con agua fresca y comida. La puerta vuelve a abrirse unos minutos más tarde. Ares sale disparado de la cocina para ir a saludar a Theo.

—Hola. —Viene con un pack de cervezas en una mano y dos cajas de pizza en la otra.

—Hola. —Me estiro hacia él cuando se acerca a darme un beso en la mejilla—. ¿Van a venir tus hermanos?

—No. Esta noche no cocinas. Llevas sin tener un día libre desde que estuviste enferma. Pregúntame cuánto me debes por la pizza y te taparé esa cara bonita con una almohada mientras duermes y observaré cómo tomas tu último aliento.

Le doy un codazo en las costillas.

—Qué gráfico. Si esperas que diga: «oh, no hace falta, sabes que no me importa cocinar», ya puedes esperar sentado. —Le quito la chapa a dos cervezas antes de que nos sentemos y nos pongamos manos a la obra—. Gracias. Necesitaba una noche libre. Creía que podía con todo, pero he subestimado la cantidad de horas de sueño que necesita mi cuerpo.

—No paro de decirte que dejes el curro de camarera. Sé que quieres alquilar tu propia casa, pero no hay prisa ninguna porque te marches de aquí.

Ay, si él supiera que hace rato que tengo suficiente dinero ahorrado para alquilar un estudio. No tengo prisa ninguna por mudarme, a pesar de que probablemente debería irme. Mis sentimientos por Theo se están saliendo de madre, y él sigue manteniendo las distancias conmigo.

—Quiero que mañana vengas conmigo a la fiesta de verdad inesperada en casa de Nico.

—Ya hemos hablado de esto. Trabajo el domingo y la fiesta seguramente no terminará hasta bien entrada la madrugada. Estoy demasiado cansada como para saltarme una noche de sueño.

—En realidad, no trabajas el domingo. Le pedí a Jared que te diese el día libre. No te enfades, ¿vale? Es que pienso que te vendría bien una noche para relajarte, liberar tensiones y…

—¿Accedió a darme un día libre? —lo interrumpo, juntando las cejas en el centro—. Se lo pedí la semana pasada y me dijo que ni

hablar. ¿Cómo lo conseguiste?

Theo se encoje de hombros y salta a la vista que le alivia que no esté cabreada. La fiesta de verdad inesperada tiene pinta de molar y, desde que llegué a este país, no he tenido tiempo para divertirme más allá de la noche en que conocí a Theo.

—Soy muy convincente.

—Está claro. Gracias.

La sonrisa de su cara transforma mi sangre en agua carbonatada. Vivir con él se me hace más complicado cada día que pasa. Pienso en él las veinticuatro horas del día y me sorprendo imaginando cómo sería sentir sus manos y labios sobre mí antes de quedarme dormida, extrañando la calidez de su cuerpo.

—¡Ay, mierda! —Dejo caer la porción de pizza en la caja—. No creo que tenga ningún vestido blanco ni una blusa siquiera que ponerme. ¿Hay alguna tienda abierta a estas horas?

—Ya lo tengo todo cubierto. —Desaparece en su cuarto para volver con un vestidito blanco y fruncido—. Les pedí a Shawn y Jack que te escogieran el modelito.

—¿Acaso creen que he encogido en las últimas dos semanas? —Compruebo la etiqueta—. Pone que es una 40, pero parece una 36. —Tiro de ambos extremos para comprobar si la tela se estira—. Igual me sirve.

—Te servirá. ¿Te gusta?

—Me encanta. ¿Vas a intentar ahogarme con una almohada si te pregunto cuánto te debo?

Asiente con expresión seria.

—Desde luego.

—En ese caso —me pongo de puntillas y le estampo un beso en la mejilla—, gracias.

—De nada. Ahora ve a darte una ducha o un baño y yo iré poniendo en marcha el capítulo de *Ozark*.

***

La habitación está a oscuras cuando mi vejiga me despierta de un sueño profundo. Me lleva un momento que mis ojos se adapten y

otro más analizar donde me encuentro.

No estoy en cama.

Y no estoy sola.

Estoy en el sofá, envuelta en los brazos de Theo bajo una manta suave y con la cabeza apoyada en la curva de su cuello. El ritmo de mi corazón pasa a ser irregular en un instante. Las endorfinas se mezclan en mi pecho con un sentimiento de satisfacción aderezado con una pizquita de lujuria salvaje.

Vale, es mucha lujuria.

¿Por qué siempre tiene que desprender un olor tan sensual?

Debimos quedarnos dormidos viendo *Ozark*. Aunque…, si ese fuera el caso, ¿no debería estar la tele encendida?

Una calidez suave y absorbente me llena por dentro. Theo *escogió* quedarse en el sofá conmigo después de que me quedase dormida. Tengo que mear, pero desenredarme del confort de sus brazos sin despertarlo puede llegar a ser misión imposible. Estoy demasiado a gustito como para renunciar a los arrumacos. Y demasiado a salvo con su cuerpo presionándose contra el mío.

Echaba de menos esto.

Tengo la rodilla doblada, la pierna echada sobre sus muslos y estoy aferrada a su camiseta como si inconscientemente me negase a dejarlo apartarse. Tendré que irme a mi habitación si se despierta y quién sabe cuándo se me volverá a presentar una ocasión como ésta. Intento engañar a mi cuerpo haciéndole creer que no tengo que hacer pis y que puedo aguantar otras dos horas. Son las tres de la madrugada y la alarma no me sonará hasta las cinco para despertarme para ir al trabajo.

Mi vejiga se resiste. Tengo la barriga presionada contra el hueso de la cadera de Theo, cosa que no ayuda a la situación, y termino cambiando de postura.

Él se agita, abrazándome con más fuerza y enterrando la cara en mi pelo.

—Ni se te ocurra marcharte —dice con voz ronca—. Vuelve a dormirte.

—Eso intento, pero necesito mear.

Con un gruñido profundo, levanta su brazo izquierdo y aparta la manta por un extremo de una patada.

—Date prisa.

La oscuridad de la estancia oculta la sonrisa enorme de mi cara mientras voy al baño de puntillas. Theo sigue en la misma postura cuando me arrastro a su lado tres minutos más tarde, pero no consigo volver a enterrar la cara en su cuello. Me da la vuelta, dejando mi espalda contra su pecho con una mano bajo mi cabeza y la otra alrededor de mi vientre.

—Duérmete, *omorfiá*.

Lleva llamándome así desde el primer día, pero nunca falla a la hora de hacer que me derrita por dentro. Hago acopio de coraje y le agarro la mano, entrelazo nuestros dedos y le acaricio los nudillos con el pulgar mientras vuelvo a quedarme dormida. No pueden haber pasado más de cinco minutos cuando mi alarma empieza a sonar, pero la sala está más iluminada ahora, lo que prueba que ha debido de pasar más tiempo.

—Cinco minutos más —murmura Theo—. Dale a posponer.

Esta es su mejor idea hasta la fecha. Me estiro para coger mi móvil de la mesita de centro antes de volver a arrimarme contra Theo y cerrar los ojos.

—Yo te acerco al trabajo —resopla cuando la alarma suena de nuevo. Me quita el teléfono de las manos, programa otra alarma y deja el aparto en el reposabrazos antes de pegarme a él.

No puedo evitar que se me escape una carcajada cuando me arrima lo más que puede.

—¿Quién diría que a Theo Hayes le gusta acurrucarse?

—Nadie te creerá.

Vuelvo a coger el móvil para hacer una selfi de nosotros enredados el uno con el otro. Sus ojos se abren de golpe ante el clic de la cámara. Intenta arrebatarme el teléfono, pero no pienso permitirle que borre la única foto de los dos que existe.

Jugamos a las peleas durante unos instantes en los que intento que no me venza, pero es más fuerte que yo y termino bajo él y metiéndome el móvil en el sujetador.

—¿Crees que eso me detendrá? —murmura, aferrado a mi cintura—. Dame el teléfono. —Sus dedos desaparecen bajo el dobladillo de mi top, son suaves como plumas y provocan que me retuerza mientras traza la curva de mi cintura—. No me pongas a prueba.

Estamos en la postura más comprometedora posible. La presión de su erección matutina contra mi muslo hace que mi cuerpo se encienda de excitación. Estoy lista al instante, bragas mojadas y pezones duros. Theo no intenta ocultarlo ni reajusta su cuerpo para disimular lo empalmado que está.

Mis entrañas se anudan de anticipación con cada milímetro de piel que toca. El ambiente se carga, desprendiendo una tensión sexual lo bastante intensa como para vaporizar diamantes.

El corazón le late más fuerte contra las costillas que se presionan contra mi pecho y mi corazón acepta el reto, igualando su ritmo. Cada una de mis bocanadas se tornan superficiales, cortas y trabajosas.

Dios, ansío tanto estar con él que puedo saborear mi propio deseo.

El asombro en sus ojos se intensifica. Es como si estuviera bajo un hechizo, hipnotizado por el tacto de mi piel bajo sus yemas. Está mudo de asombro cuando sus ojos se encuentran con los míos. Tiene las pupilas dilatadas.

Pasará en cualquier instante.

Me besará.

Y será espectacular.

Llevo semanas imaginándome este momento, pero la realidad será mejor. Ya es mejor que los escenarios infinitos que ha conjurado mi imaginación. Estoy lista. A la espera. Llena de esperanza.

—Eres preciosa, pequeña —susurra, devorando mi cara con sus ojos.

La tetas me vibran.

Literalmente.

La alarma suena rompiendo el hechizo y alejándonos de la neblina rojo sexual y, justo cuando sus dedos están a punto de rozar

mi sujetador, Theo se aparta más rápido de lo que me gustaría.

Me escuece.

Saco el teléfono y me planteo estrellarlo contra la pared, pero tras una respiración profunda, desactivo la alarma y abro la galería para enseñarle la foto. Se le ve plácido en ella, con una expresión relajada y feliz. Nunca lo había visto así antes.

Los hermanos Hayes son unos profesionales a la hora de mantener un semblante impasible y carente de emoción. Aun así, conozco ya lo bastante a Theo cómo para interpretar su estado de ánimo prestando atención a los pequeños gestos: entornar los ojos, ensanchar la nariz, las comisuras que se le levantan cuando algo le divierte, pero no quiere que se le note…

—Tengo que prepararme para irme a trabajar.

Me quita el teléfono, pero no borra la foto. Al contrario, se envía una copia a sí mismo.

DIECISÉIS

Thalia

Mi pelo en el fondo es una suerte.

Es mi mejor atributo.

Muchas mujeres matarían por tener un cabello como el mío.

Ah, pero cambiarían de idea si supieran los frustrante y difícil que es hacer que se comporten estos rizos en espiral y tirantes.

El sábado por la noche, me encuentro de pie delante del espejo, gruñendo y resoplando como un chihuahua enfurecido cuando los rizos se me salen de la pinza, negándose a quedarse quietos. Mi intención es hacerme un recogido con clase, pero teniendo pelo suficiente para hacer dos, puede que tres, pelucas, con este recogido parece que tenga una segunda cabeza muy peluda encima de la que ya tengo.

La pinza del pelo sale volando por los aires y yo recurro a mi clásico y aburrido semirrecogido para así al menos quitarme el pelo de delante de la cara y lucir mi maquillaje no demasiado llamativo. He optado por algo simple: delineador, máscara de pestañas y pintalabios rojo. Modesto y no demasiado exagerado.

El vestido ya es demasiado exagerado, pero les agradezco a Shawn y Jack en silencio por escogerlo. Quiero que Theo me *vea* de la misma manera en que me vio esta mañana cuando casi nos besamos.

Ese hombre me vuelve loca. Desquiciada. Hace que sienta una necesidad furiosa cada vez que nos tocamos. Estoy más que segura de que me desea, pero por algún motivo misterioso, se está conteniendo y, desde que me desperté en sus brazos, he estado barajando la idea de dar yo el primer paso.

A veces, tienes que ser tú la que haga ocurrir algo. Debes coger el toro por los cuernos o arrepentirte para los restos de no intentarlo. Al fin y al cabo, cuando nos acerquemos al fin de nuestro tiempo en este mundo, cuando estemos viejos, solos y achacosos y ya no estemos tachando cosas por hacer de nuestras listas, nos arrepentimos de aquellas cosas que no hicimos, no de las que sí.

Theo no es algo de lo que me quiera arrepentir cuando se me pase la vida ante los ojos dentro de cincuenta años o los que sean.

—¿Estás lista? —Su voz viaja a través de la puerta cerrada de mi habitación, seguida de un golpecito de nudillos.

—Eso creo. —Me reajusto las asas del vestido sin espalda y con un escote modesto en el frente—. Puedes pasar.

La puerta se abre y observo por el espejo cómo entra Theo en el cuarto. Va vestido con unos pantalones de pinzas, una camiseta con escote en uve y un colgante con una cruz de plata que le cuelga por el pecho.

El aire se mueve con él y el aroma de su colonia terrosa me sopla en la cara. Lentamente, me giro sobre los tacones plateados, hiperconsciente y satisfecha conmigo misma al mismo tiempo, cuando toda la atención embelesada de Theo se centra en mi cuerpo.

—Estás… —El pecho le sube y baja más rápido y se le tensa un músculo en la barbilla cuando sus ojos se alzan de sopetón para encontrarse con los míos—. ¿Quieres que mate a alguien esta noche?

—Cualquier queja que tengas tendrás que presentársela a tu hermano y a su futuro marido. No fui yo quien compró este vestido. Además…, me tomaré eso como un cumplido.

—Pues claro que es un cumplido. Estás buenísima.

Cojo un bolso de mano de la cama y cruzo la habitación hasta quedar delante de él, tan cerca que nuestros pies casi se tocan.

—Hueles muy bien —resoplo, tomando una bocanada del aire que lo rodea.

—Siempre dices eso.

—Porque siempre hueles bien. Y tú también estás muy guapo. ¿Se supone que tenemos que escribir nuestra verdad ahora o

cuando lleguemos a casa de Nico? ¿De qué tipo de verdades estamos hablando?

—Lo que se te ocurra. Cualquier dato sobre ti que sea raro, divertido, arbitrario o sucio y que normalmente no proclamarías a los cuatro vientos. —Se saca un rotulador permanente del bolsillo—. Escribe el mío primero.

Le quito la tapa y le aliso la camiseta con la mano, hipnotizada por los músculos duros y bien definidos que noto bajo la palma. ¿Por qué tiene que ser tan exasperantemente perfecto? Incluso la cicatriz rugosa y profunda que le marca la mejilla es preciosa.

—Sé la diferencia —dicta él como si nada— entre fuerte y rápido.

La mano me tiembla y las mejillas me arden cuando los recuerdos de su cuerpo anclando el mío al sofá hace unas semanas invaden mi mente. ¿Lo está haciendo a propósito? ¿Sabe que hace que mi corazón se salte unos cuantos latidos con una sola mirada acalorada?

—Creo que «fuerte» y «rápido» deberían ir con mayúsculas —murmuro, centrándome en la tarea entre manos.

—Me parece bien.

No le veo la cara, pero noto que su tono desprende diversión. Sí que lo está haciendo a propósito.

Será cabrón.

Respiro hondo y le devuelvo el rotulador. Mi cuerpo se ve dominado por unos escalofríos y la necesidad entre mis piernas es insoportable, pero dos pueden jugar a esto.

—¿Sabes la diferencia entre «no pares» y «sigue»?

Sus ojos, oscurecidos y rebosantes de calor, deletrean la palabra travesura. Dios, sienta bien saber que yo también le estoy afectando.

—«Sigue» son palabras de aliento para el tío que no puede encontrar el punto clave. «No pares» es una alabanza para el tío que sabe muy bien dónde está ese punto. —Desliza la mano por mi costado hasta detenerse en mi cadera—. ¿Sabes tú la diferencia entre «aguanta» y «agárrate»?

—«Aguanta» es una orden. —Me humedezco los labios con la punta de la lengua—. «Agárrate» es una promesa.

Theo traga con fuerza y posa sus manos con firmeza en mi cintura, rotulador en mano.

—¿Qué te escribo?

Y puf, el momento ha pasado.

¿Es que acaso poseo alguna cualidad que me haga fundamentalmente infollable? ¿Por qué insiste tanto en mantener las distancias? La corriente eléctrica entre los dos cobra más fuerza cada día y también hace que aumente proporcionalmente su resistencia.

—Estoy teniendo mis dudas, puede que me pase de sincera —digo, intentando pensar en una verdad menos incriminatoria—. ¿Qué te parece: «este vestido es demasiado ceñido para llevar bragas»?

Sus ojos saltan hacia los míos y se abren como platos mientras rechina los dientes con una respiración agitada.

—¿Estás de puta coña? —Me agarra la cadera y clava los dedos en la tela delgada. Debe de estar palpando en busca de una ropa interior que no está—. No mientes.

—¿Por qué iba a mentir?

—No voy a escribir eso. Te estarán comiendo con los ojos toda la noche y acabaré matando a alguien, seguro. A muchos, más bien. A los doscientos invitados. Escoge una verdad diferente y ponte unas puñeteras bragas.

—No puedo… Es demasiado ceñido.

—Deja de provocarme, Thalia. Ya es bastante que tenga que verte así vestida —murmura, trazándome las clavículas con el índice antes de seguir bajando y repasar la costura de la tela blanca sobre mi pecho—. No me presiones. Hay una línea muy fina que no quiero cruzar. Escoge otra verdad.

¿Que no lo presione?

¿Es que no me conoce?

Si presionarlo, provocarlo, empujar sus límites y hacer trizas unas líneas que no se deben cruzar es la forma de hacer que se rinda de una vez, lo presionaré, lo provocaré y prenderé fuego al mundo.

—Me falta un collar de perlas —digo y sonrío cuando él se aparta y echa un vistazo por la habitación como si estuviese buscando dicho collar—. Escribe eso.

—¿Un collar de perlas? —Junta las cejas en el centro durante un segundo antes de pillarlo—. ¡Joder! Tienes una mente depravada. ¡No te voy a pintar eso encima! —Lanza el rotulador a un lado.

—No seas aburrido. Se supone que hay que escribir algo divertido, ¿no? —Le pongo el rotulador en la mano otra vez—. Tú ganas. Nada sexual. —Lo que quiere decir que tengo que usar mi idea original—. Escribe: «pasé un mes en la cárcel».

—¿Qué? —Boquea, frunciendo el ceño—. ¿Por qué? ¿Cuándo?

—Hace casi dos años. No podía permitirme pagar la fianza.

—Entonces…, ¿tuviste que esperar al juicio? —Sus ojos buscan mi cara—. ¿De qué se te acusaba?

Me pregunto cómo reaccionaría si le contase la verdad… Que me acusaban de *asesinato*. ¿Huiría? ¿Me echaría a la calle? ¿Estaría dispuesto a escuchar mi historia? Lo dudo. Nadie se molestó en escucharme en casa. Nadie me preguntó si lo maté. Todos asumieron que lo hice y, aun así, nadie me preguntó el motivo.

Ya habían sacado sus propias conclusiones: yo era culpable.

Vasilis Dimopoulos era un héroe griego de lo más querido. El mismísimo Robin Hood en carne y hueso. El hombre al que miles idolatraban. El candidato presidencial. Un filántropo.

Si lo maté o no, y bajo qué circunstancias, no importaba. La verdad no le importaba a la muchedumbre de gente que me escupía en la cara. Vasilis estaba muerto y alguien debía pudrirse en la cárcel.

Empezó la caza de brujas. La gente se apiñaba a las puertas del juzgado con carteles que rezaban en letras escarlata: «quemadla en la hoguera». Muchos pidieron que se realizase un juicio público.

—Eso no importa —digo con suspiro. Es egoísta de mi parte ocultar la verdad mientras cada día nuestra relación se vuelve más íntima, pero esta noche no es momento de soltar tal bomba que pondrá nuestra amistad patas arriba. Si alguna vez reúno el coraje de contar mi historia, Theo será a quien escoja porque lo que nunca

creí posible ha pasado: confío en él incondicionalmente—. Tú escríbelo y vámonos. Vamos a llegar tarde.

Agarra el rotulador con más fuerzas y un músculo se le marca en la mandíbula.

—¿Estás segura de que quieres que escriba eso?

—Sí. Ya te lo contaré todo algún día, pero no esta noche, ¿vale? —Las heridas aún están frescas; no creo que vayan a sanar nunca—. No estoy lista.

«No estoy lista para perderte».

Vuelve a ponerle la tapa al rotulador, se lo guarda en el bolsillo trasero y me acerca a él para darme un abrazo fuerte y besarme la sien.

—Cuando estés listas, te escucharé.

Me aferro a él, empapándome de la cercanía y paz que transmite. Es un gesto simple, un abrazo. No es nada extraordinario, pero cuando se te ha privado de contacto humano durante tanto tiempo como a mí, un abrazo significa más, te afecta de otra manera.

Despertarme en sus brazos esta mañana fue el momento más feliz, lleno de paz y sano de mi vida. Me he despertado a su lado en otras ocasiones, pero lo de hoy fue diferente. No lo hizo por pena o porque estuviese preocupado por mí. *Quiso* abrazarme durante toda la noche. En cuanto le cuente la verdad, puede que no vuelva a acercárseme nunca.

DIECISIETE

Thalia

La casa de Nico es gigantesca. Seis dormitorios, un jardín enorme y una sala de estar en la que podría caber el piso entero de Theo.

Está a rebosar de gente vestida de forma magnifica, cada uno de ellos con una verdad escrita sobre sus prendas de color blanco. Shawn y Jack, ambos con camisetas con cuello en uve a conjunto, se encuentran a un lado de la estancia, cervezas en mano y sonriendo mientras charlan con un grupo de hombres. No veo a Logan, pero estoy segura de que está por aquí en alguna parte. Es Nico quien se acerca a nosotros en cuanto entramos por la puerta. Él y Theo son como uña y carne; tanto que creo que deberían haber sido gemelos.

Aún no sabría decir qué es exactamente, pero a Nico lo rodea un aura desconcertante. Cada uno de sus movimientos y gestos están cargados de amenaza. Seguramente podría amedrentar a un bloque entero de presidiaros despiadados con una sola mirada.

También creo que podría convencer de montar una orgía a una casa de supermodelos con otra mirada diferente, pero eso no viene al caso.

Su forma de hablar y de comportarse hace que me sienta tan a gusto, calmada y cómoda como en un quirófano.

Me produce el efecto contrario a Logan, que me cayó bien desde el principio. Es un tío animado y un tanto ostentoso, pero es optimista y te recibe con los brazos abiertos.

Me alegro de que Theo no me dejase conformarme con «este vestido es demasiado ceñido para llevar bragas» porque una diosa rubia lleva una frase parecida escrita en el corsé que apenas le tapa

los pezones y, sorpresa, sorpresa… Logan se le ha echado encima como un pulgón sobre un brote nuevo de rosas.

Examino con detenimiento el mar de personas vestidas de blanco y me entra la risa ante algunas de las verdades que veo.

Tengo un problema con la bebida.

40, rico y soltero.

Puedo inmovilizarte con un coletero.

Mis tetas son falsas.

—¿Por qué no me sorprende? —dice Nico, deteniéndose a nuestro lado y leyendo mi verdad—. Eres todo un terremoto.

—«Presuntamente». —Guiño un ojo y leo lo que pone en su pecho. Las cejas se me juntan en el centro. «No te llamaré»—. Se supone que tenía que ser inesperada, Nico. Esto —señalo su verdad — es una evidencia. Apestas a miedo al compromiso.

—La mayoría de mujeres no tienen tu sentido del olfato — admite él, pero ya no me está prestando atención a mí. Sigo su mirada hasta una chica delgada y alta con una cascada de pelo castaño y liso recogido en una coleta alta—. Ella sí que lo tiene. — Esboza una sonrisita al leer su verdad: «si llamas, no contestaré».

Vaya, parece que son el uno para el otro.

Nico le da unas palmaditas a Theo en la espalda, le informa de que han montado una barra fuera y pica en el cebo para irse a navegar entre el mar de gente hasta la morena deslumbrante. Va en serio, es de una belleza arrebatadora; tiene unos pómulos altos y bien definidos, labios rojos como la sangre, un pelo y maquillaje impecables y una figura de reloj de arena envuelta en un vestido de satén.

Cassidy me saluda desde la otra punta de la sala, donde se encuentra con MJ al lado de un piano de cola precioso y de un negro reluciente. Se apresura a mi encuentro envuelta en un vestido con corte hasta la rodilla y una raja lateral que llega a la cadera. Me

abraza y arruga el entrecejo cuando ve mi verdad. Mi reacción es la misma cuando leo la suya.

Puede que necesites usar tu palabra de seguridad esta noche.

—Estás fantástica, Thalia —dice, antes de plantarse a mi lado para estar codo con codo y escanear la habitación—. He oído que mañana no trabajas. ¿Cómo lo conseguiste? Llevo rogándole a Jared que me dé un día libre desde que me enteré de esta fiesta.

Theo me rodea la cintura con el brazo, obligándome a pegarme a él; es un gesto tan inesperado como encontrar flores en un vertedero de chatarra. Creí que iría detrás de una de las muchas mujeres aquí presentes y me había mentalizado para mantener a raya mis emociones, pero aquí está él, tocándome en público de una manera íntima.

—¿Qué quieres beber?

—Me encantó la última copa que me escogiste, así que lo dejo en tus manos.

Los ojos de Cassidy se desplazan entre Theo y yo con los labios apretados en una fina línea. Hace lo que puede por no poner una mueca ni demostrar su sorpresa, pero en cuanto Theo se aleja me agarra del antebrazo.

—¿Te lo has follado? —suelta—. ¿Y sigue aquí?

—No hemos follado —siseo, echando un vistazo alrededor para comprobar si la ha oído alguien, pero nadie nos está prestando atención—. Somos amigos. Vivo en su casa, ¡por el amor de Dios!

Ay, mierda.

Me ha costado muchísimo que esta información no llegase a sus oídos durante todas estas semanas… Y todo para que yo acabe siendo la bocachancla.

Me clava las uñas en el brazo con las mejillas ruborizadas y los ojos como platos.

—Cuéntamelo tod… —Se atraganta con las palabras, la sonrisa se le esfuma y los labios se le abren para pronunciar un «oh» sonoro.

Escaneo la sala, buscando lo que sea que acaba de disgustarla, pero vuelve a tirar de mi mano para atraer mi atención antes de que sume dos más dos. Es demasiado tarde, ya he notado por qué sus ojos han perdido el brillo.

Logan.

Ahora se encuentra junto al piano, sujetando a una diosa rubia por la cintura con una mano y acariciándole la curva de la cadera con la otra. Tiene los ojos clavados en ella mientras habla con los hombros echados hacia atrás y el pecho musculoso a la vista.

Theo cree que Logan es el que menos habilidades tiene a la hora de seducir, pero se equivoca. Me apostaría mucho dinero a que la cama de Logan ha visto a más mujeres que las de Theo y Nico juntas. No es tan sutil como Theo, pero eso solo juega a su favor. De los siete hermanos, Logan es el más ligón de todos y el que más lisonjero es. Del mismo modo que los gestos de Nico van cargados de amenaza, los de Logan van cargados de insinuaciones sexuales allá donde quiera que centre su objetivo.

Cassidy vuelve a tirar de mi mano.

—Tienes que contármelo todo sobre Theo y tú. —Finge una sonrisa y traga con fuerza como para digerir el dolor que le atasca la garganta.

—¿Quieres que salgamos de aquí? —pregunto. Es evidente que siente algo por Logan que va más allá de la atracción sexual, y puedo imaginarme lo doloroso que debe ser verlo con otras mujeres —. Podemos ir a Tortugo a tomarnos unas copas y después ir a bailar hasta que se acabe la noche en Q.

—No digas tonterías —dice con suavidad y me dedica una sonrisa de agradecimiento—. Y no intentes cambiar de tema.

—¿Estás segura? No me importa marcharme.

—Estoy segura. —Me sacude la muñeca, pidiéndome que deje el tema o agradeciéndome ofrecerle una salida—. Venga, ¡habla! Quiero saber qué pasa entre tú y el señor Hayes.

Hasta que vuelve Theo con un vaso alto de líquido azul, me veo obligada a explicar mi situación de alojamiento y a responder preguntas ligeramente inapropiadas, pero en cuanto él se acerca, la expresión de Cass se transforma en una de la misma impasividad

con la que trata a todos los Hayes. Ni un minuto más tarde, se despide y va tras Mary-Jane.

Tomo nota mental de invitar a Cass a un café e ir de compras un día de estos para intentar ayudarla a superar su flechazo con Logan.

Theo me lleva al jardín trasero, donde cerca de una centena de personas charlan y disfrutan de la música que pincha un DJ profesional sobre un escenario improvisado. Esperaba que la fiesta tuviese lugar dentro, pero el salón es más bien un punto de encuentro y bienvenida y el meollo está aquí fuera.

Se parece a la típica fiesta de universidad que ves en las comedias americanas, pero aquí hay veinteañeros bebiendo whiskey y vino en vez de universitarios bebiendo cerveza en vasos de plástico rojos. Aunque sí se ve bastante desnudez. Muchas mujeres se han quitado el vestido, ahora se pasean por ahí en bikini o lencería de encaje y se han apropiado de un flamenco hinchable en la piscina. Hay unas cuantas parejas enrollándose aquí y allá; un par, en concreto, están metiéndose mano encima de una de las hamacas.

Dos porteros rodean el perímetro, seguramente para asegurarse de que nadie empieza a darse de hostias y rompa algunos de los caros muebles de terraza de Nico. Hay una mesa de *beer pong* a la izquierda del escenario y Theo me arrastra en esa dirección.

—¡Thalia! —grita Jack, acercándose con Shawn. Ambos me echan un vistazo de arriba abajo y me dedican sonrisas de aprobación—. ¡Estás increíble! Me alegro de que te sirva.

—Me sorprende que me sirva —admito—, pero gracias. Me ahorrasteis tener que ir hoy de compras a las prisas.

Ambos me dan un beso en la mejilla y Jack me hace dar una vuelta sobre mí misma para admirar el vestido. De algún modo, acabamos siguiendo el ritmo de la música y apartándonos de la mesa para bailar entre la gente.

Estoy tranquila, dejándome llevar por la música, y empiezo a pensar que igual aquí puedo pasar página. A lo mejor mi pasado no ha fastidiado mi futuro. A lo mejor puedo vivir mejor que nunca rodeada de nuevos amigos. Me siento incoherentemente feliz, y espero que dure.

—¡Tienes que contarme qué está pasando entre Theo y tú! Te prometo que no le diré nada a Shawn ni a nadie. —Jack me conduce hasta la barra unas cuantas canciones más tarde con ojos brillantes y la emoción brotándole de los poros—. Porfi… ¡Porfi! Veo la forma en que lo miras, tía. ¡Te mueres por él!

He pasado el tiempo suficiente con la familia de Theo como para saber que Jack y yo compartimos una conexión espiritual mutua. Es muy probable que le recite mis palabras textuales a Shawn sin dudarlo ni un segundo, pero ¿quién sabe? Igual me equivoco. Para construir nuevas relaciones debo abandonar mi naturaleza recelosa.

—¿Y puedes culparme? Lo has visto. Lo conoces.

La boca de Jack se abre en una sonrisita gigante y me da un codazo en las costillas.

—¡Lo sabía! —Da una palmada y le hace un gesto al barman para que se acerque—. Bueno, ¿y cuál es el plan? Theo es un hueso duro de roer, igual que todos, pero creo que a él también le gustas, ¿sabes? No te quita el ojo de encima.

Me arrimo más a él y bajo la voz.

—Eso es porque sabe que este vestido es demasiado ceñido para llevar bragas.

Jack abre los ojos como platos mientras me empuja hacia atrás con actitud juguetona y una sonrisa pícara.

—¡Serás calientabraguetas!

Echo una miradita hacia la mesa de *beer pong* donde dejamos a Shawn y Theo. La sonrisa se me esfuma y el estómago se me hunde como una bolsa de arena en el río. Está hablando con una mujer preciosa cuya verdad me indica que debería reservar una habitación de motel para esta noche si no quiero oír sus actividades sexuales.

Me gusta fuerte.

La cabeza se me llena con los zarcillos del inicio de un dolor de cabeza que amenaza con explotar en una migraña cuando Theo se ríe ante lo que quiera que la mujer acaba de decirle. Están cerca,

hay apenas unos centímetros de distancia entre ellos, y Theo no le está impidiendo que le acaricie el brazo con los dedos.

Aparto la mirada sintiendo cómo la bilis me quema la garganta.

Bueno, pues ahí se marcha mi esperanza, seguida de cerca por mi buen humor y mi seguridad en mí misma.

—Thalia. —Como si el hedor a decepción y vulnerabilidad que me rodea de pronto lo hubiese conjurado, Dean se acerca con una sonrisa babosa y hollywoodiense para lucir esas perlas blancas que deben de haberle costado un riñón—. Qué raro verte aquí.

—Hola, Dean —lo saludo con un suspiro—. Yo tampoco esperaba verte por aquí.

No ha solicitado que lo atienda otra chica del carrito, una clara señal de que el partido no se ha terminado. Estamos en medio tiempo y Dean se está preparando para batear de nuevo. Ha cambiado la táctica de ataque molesta e implacable por un coqueteo más sutil, pero ni siquiera eso va a convencerme después del fiasco de la última vez.

Jack frunce el ceño, preparado para intervenir, pero sus ojos se desvían hacia Shawn como si estuviese buscando respaldo, y debe de ver a Theo tonteando con la rubia porque sus labios forman un puchero.

—Os dejo a solas, cari —dice con tono teatral, con la intención de dejarle claro a Dean que es gay y yo no le intereso en absoluto.

Dean se apoya contra la barra improvisada, con un vaso de whiskey solo en la mano y el pelo repeinado hacia un lado.

—Conque en la cárcel, ¿eh? —pregunta, leyendo mi verdad—. Supongo que te retiraron los cargos.

Leo lo que pone en su camiseta blanca, limpia y bien planchada y arqueo una ceja, sintiéndome intrigada por este hombre por primera vez.

He matado a setenta y tres hombres.

—¿Eres soldado?

—Serví tres años en Afganistán.

—Creía que no hablabais de las bajas.

Asiente.

—La mayoría de soldados, sobre todo los que sufren estrés postraumático, no lo hacen. Es poco convencional compartir tu número, pero yo nací para servir y me crie en una familia militar. Me enorgullezco de haber servido a mi país y no lo oculto.

No estoy segura de si su descaro me intriga o me sorprende más. Mi padre sirvió en su momento y jamás hablaba de su época en el ejército.

Theo sigue ocupado con la rubia y la decepción me empuja a aceptar una copa de parte de Dean. No es una idea muy inteligente, teniendo en cuenta que la última vez sentí el impulso de romperle la nariz.

Por lo visto, no soy muy lista.

DIECIOCHO

Theo

La fiesta sofisticada y para estirados se transforma en una juerga salvaje. La gente aprovecha toda superficie plana para bailar y la mayoría de las chicas ya no llevan el vestido puesto. La mitad de los chicos están descamisados, flexionando los pectorales como pavos reales agitando sus colas y dejando que las mujeres les garabateen todo tipo de frases en el pecho.

Escaneo el mar de caras, localizando a algunos soplapollas arrogantes que se quedarán a una distancia de seguridad de Thalia de mano de su guardaespaldas, o sea yo. Vuelvo a echar un vistazo alrededor, rezando porque Jasmine capte la indirecta y me deje solo si ignoro su parloteo el tiempo suficiente.

Aunque parece ser que no es muy perspicaz, cosa extraña dado que es la ayudante de Nico. Su trabajo radica en prestar atención a los detalles y notar variaciones en los patrones. Es la administradora de todos los movimientos que hace mi hermano con mi dinero, y tiene mucho que decir al respecto, como si ella supiera lo que más me conviene y debiese ser la encargada de manejar mi cartera de inversiones.

Pasa una eternidad, pero su novia me salva diez minutos más tarde cuando arrastra a Jasmine a la barra.

Una morena alta con un bikini para nada recatado me coge del brazo al instante.

—Hola, guapo —canturrea con los ojos entornados y las pupilas dilatadas mientas se aprieta contra mi costado—. Creo que necesitas relajarte.

—Y yo creo que necesitas una taza de café.

Suelta una risita, deslizando los dedos arriba y abajo por mi pecho.

—Preferiría tener la boca llena de tu polla.

Hace un mes, después de oír tal frase, estaría arrastrándola al interior de la casa para darle lo que quiere y más. Pero esta noche, la idea de metérsela a una tía cualquiera hace que se me revuelva el estómago.

La cojo de la muñeca y la aparto de mí para que deje de restregarme las tetas contra el brazo.

—Te equivocas de chico, monada. Ve a buscar a uno que esté interesado.

Un puchero propio de una cría le adorna los labios y vuelve a ponerme las tetas en la cara como para provocarme.

—¿Qué? ¿No soy lo bastante guapa para usted, Sr. Hayes?

Pues claro que sabe quién soy yo. Ser el hijo del alcalde con seis hermanos, de los cuales tres son trillizos, implica que todo Dios en este pueblo sabe quiénes son los Hayes, lo que hacemos y qué aspecto tenemos.

—No estás lo bastante sobria para mi gusto —le suelto, escaneando la multitud otra vez en busca de Thalia.

Las manos se me cierran en puños cuando la localizo hablando con Dean. Me lanza una mirada furibunda antes de pasar a mirar a la morena a mi lado con semblante contraído.

«Conque estás enfadada, ¿eh? Pues ya somos dos, *omorfiá*».

—¿Me has oído? —La chica aferrada a mi brazo intenta cogerme la cerveza, acariciándome el pecho con los dedos a propósito—. Te la chuparé como no te la han chupado nunca y no intentaré llamarte.

—Pírate —siseo y me alejo en dirección a la zona de asientos bajo la terraza.

Dean me mira con los ojos enfocados. La sonrisa arrogante se le borra durante un instante cuando intercambiamos miradas como si fuese un juego y el primero en apartar la vista, pierde. Está sentado con Thalia en un sofá de ocho plazas en forma de media luna, con un brazo reposado en el respaldo, las piernas separadas y actitud

total de creerse el rey del mundo. Apenas cambia cuando me acerco.

—Aquí estas. —Me inclino sobre el respaldo y le planto a Thalia un beso en la coronilla. Se tensa y gira la cabeza tan rápido que juraría que oigo un crujido. Me contengo, a pesar de que el ligero arqueamiento de su ceja me planta una sonrisita autoindulgente en la cara—. Es nuestro turno de jugar al ping-pong.

Dean se remueve en su asiento, tamborileando con los dedos sobre su rodilla durante un segundo antes de pasárselos por el pelo y despeinarse como si no tuviese claro que hacer con su propio cuerpo.

Lo clavo en el sitio con una mirada aguda que a grandes rasgos se traduce como: «date el piro, tío, o cumpliré con la promesa que nunca he pronunciado en voz alta y te extirparé las manos del cuerpo».

—Ah, vale. —Thalia se planta una sonrisa de disculpa en la cara cuando mira a Dean—. Perdona, no tardaré mucho.

Ya, y una mierda. No va a volver al lado de este gilipollas.

La alejo, comiéndome el coco en silencio.

—¿Qué hacías con él? —pregunto en cuanto Dean ya no puede oírnos.

—Tú estabas ocupado. No quería interrumpir.

No puedo ponerle freno a la satisfacción arrogante y desoladora que se extiende por mi cuerpo ante el tono irritado de su voz.

Está *celosa*.

Bien. Yo también lo estoy.

Joder, estoy tan celoso que quiero moler a palos a Dean para que le quede claro de una vez.

—No estaba ocupado. Te habría agradecido que me salvases de Jasmine. Es la ayudante de Nico y está decidida a manejar mi dinero. —Señalo hacia la piscina—. Esa es su novia.

A Thalia se le calientan las mejillas con un levísimo tono de rosa cuando entrelazo nuestros dedos.

—Eres muy poco claro, Theo.

—No, lo que soy es prudente.

Soy un mentiroso. Sí que soy poco claro y nos estoy confundiendo a ella y a mí. No me decido. Soy como un péndulo que viene y va entre quererla en mi cama y no querer hacerle daño, querer que sea mía y no querer perderla.

—¡Eh tío! —me saluda Adrian, uno de los colegas de Nico, acercándose a nosotros a trompicones. Tiene pinta de que a él también le vendría bien una taza de café para serenarse. Se cruza en nuestro camino y mira a Thalia—. ¿Quién es tu amiga?

—Hola, tío. No esperaba verte aquí. —«Lárgate»—. Esta es Thalia. —«Ni se te ocurra acercarte a ella o te parto la cara».

—¡Eres la nueva chica del carrito! —brama—. Nico me habló de ti. Ahora que te veo, puede que yo también empiece a jugar al golf. —Se ríe igual que todos los borrachos, con ese sonido que es como si me clavaran agujas en los oídos—. ¿Puedo traerte algo de beber?

—Ya tiene una copa —digo yo y luego maldigo entre dientes porque en realidad no la tiene.

Nico se acerca e interrumpe a Adrian antes de que haga otra pregunta. Hace un gesto con la mano, fulminándome con la mirada y la mandíbula apretada.

—Ven, te necesito.

—Ahora mismo vuelvo. Ve a buscar a Shawn y Jack —le digo a Thalia antes de seguir a mi hermano—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Se encoge de hombros y le da un trago a su botella —. Parecía que necesitabas un rescate.

—Pues no lo necesitaba, pero igual sí que necesitas tú decirle a tu colega que ni se le ocurra acercarse a Thalia.

Nico alza una ceja y echa un vistazo a sus espaldas, donde su amigo aún sigue hablando con ella, poniendo todo la carne en el asador.

—Te gusta, ¿verdad?

—No digas tonterías. Te dije que somos amigos. Solo la estoy cuidando. Los dos sabemos que Adrian solo quiere follársela y se merece algo mejor que eso.

—Es una chica lista, Theo —dice con tono de director de colegio —. No te pongas en plan hermano mayor. Puede cuidarse sola.

Vuelvo a mirar en la dirección de Thalia un instante más tarde, pero ya no se la ve por ninguna parte. Shawn y Jack están jugando al *beer pong* contra Jasmine y su novia, pero Thalia tampoco está con ellos. Joder, me sería mucho más fácil estar tranquilo si se quedase a plena vista.

Nico esboza una sonrisita.

—Déjalo estar o éntrale.

—¿Que le entre? Vivimos juntos. No puedo acostarme con ella sin que me explote en la cara.

—¿Lo único que quieres es sexo? —Sacude la cabeza como si le divirtiera la idea—. Eres un puto mentiroso, pero como tú quieras. Si no quieres estar con ella, deja de tocarla todo el rato y relájate. Si quiere acostarse con Adrian, no puedes impedírselo.

Ignoro su comentario con un gesto porque ¿desde cuándo se convirtió mi hermano en un puto sabelotodo? Thalia no es mía. No tengo derecho a ponerme como un energúmeno, pero no puedo sacudirme de encima la preocupación y posesividad que me florecen en la boca del estómago.

Diez minutos más tarde, entro en la casa con la esperanza de encontrar a Thalia y Adrian. También espero no encontrármelos besándose porque solo Dios sabe cómo cojones reaccionaría yo.

No sería nada bueno, eso seguro.

No están en el salón ni en la cocina, pero localizo a Thalia fuera, en la parte delantera. Aunque no está con Adrian. Está con Dean otra vez, que está fumando mientras ella se apoya contra mi coche con los brazos cruzados sobre el pecho.

Shawn entra en la cocina frotándose las manos y con una sonrisa de comemierda astronómica.

—Nico dice que necesitas que te hagan entrar en razón. ¿Qué es lo que pasa, tío?

Menudo zorro está hecho ese cabrón.

Aprieto los dientes y abro y cierro los puños.

—Estoy bien.

No estoy nada bien.

¿Qué está haciendo ella con Dean?

Shawn niega con la cabeza, descartando mis palabras igual que ignora uno a los niños cuando se ponen a hacer preguntas tontas.

—¿Qué es lo que te frena? A ti te gusta Thalia y a ella le gustas tú.

Los músculos de la nuca se me tensan hasta un extremo doloroso. Me aferro a la encimera con ambas manos y agacho la cabeza.

¿Por qué solo me siento perfectamente a gusto cuando ella está cerca? ¿Por qué siento como si estuviese batallando contra mi Hulk interior, tratando de luchar contra lo que quiero? ¿Por qué batallo contra ello siquiera?

Porque tengo miedo, por eso.

Thalia es divertida, extrovertida, lista y compasiva. A mí me fascina su positividad, su actitud y su seguridad. Es preciosa por dentro y por fuera, y eso me asusta.

Después de tenerla entre mis brazos toda la noche, lo de querer solo sexo se ha quedado muy atrás. Quiero más. Mucho más. Pero no quiero perderla. ¿Y si empezamos a salir y la cosa no funciona? No volveremos a ser amigos. Seremos desconocidos y no creo que pueda soportar la idea de no tenerla cerca.

«¿Y si sí funciona?».

—Ella es lo único en lo que pienso, Shawn, pero ¿qué sé yo sobre relaciones? Nada. Ya estoy fuerísima de mi zona de confort solo con pensarlo. No conseguiré que funcione, tío. La cagaré, le haré daño y la perderé.

—Tampoco hace falta una ingeniería, Theo. Ya irás descubriendo cómo hacerlo.

Guau, qué palabras tan inspiradoras.

Igual lo descubro. O igual no.

¿Por qué me decido?...

Thalia sigue fuera con Dean y, aunque puede que no sepa lo quiero *de* ella, sí sé lo que quiero *para* ella, y desde luego que no es Dean.

Dejo a Shawn en la cocina, abro la puerta principal y bajo los escalones de cemento con la mirada puesta en la entrada del garaje y el pecho contraído. Thalia está apostada contra mi Camaro, con los

brazos cruzados sobre su pecho generoso y los ojos entrecerrados en dirección a ese gilipollas. Me detengo cuando la voz de Dean, tan agradable como el zumbido de un mosquito a las dos de la madrugada, me llega a los oídos.

—No estás siendo justa. —Le da una patada a la gravilla—. Estoy intentando enmendar mis errores. No paro de pensar en ti, pero tampoco quiero perder el tiempo, así que, antes de quedar como un imbécil aún mayor, voy a hacerte una pregunta. ¿Qué es lo que pasa entre tú y Theo? Se comporta como si fueras suya.

—No lo soy —suelta Thalia, hundiéndome una espada de treinta centímetros en el pecho—. Como te dije, solo somos amigos, pero, sea como sea, no quedes como un imbécil. No va a pasar nada entre tú y yo.

—Bien, bien… —murmura él como si no hubiese oído ni una palabra de lo que ha dicho después de admitir que «*solo* somos amigos»—. Conozco a Theo y no es la clase de hombre a la que me gustaría *mosquear*.

«Bien pensado, amigo mío».

—Si dices que *solo* sois amigos, te creo. ¿Puedo recogerte mañana? Hay un bonito restaurante…

—Dean, para y escúchame. Eres un tío decente cuando quieres, pero ya no estoy interesada.

—Thalia —interrumpo cuando Dean vuelve a abrir la boca. Mi tono desprende territorialidad—. Vamos, *omorfiá*. Shawn y Jack nos están esperando.

No es verdad, pero tengo que alejarla de Dean antes de que él se le acerque demasiado y, en consecuencia, mi puño termine muy cerca de su mandíbula o nariz. O de ambas.

—Estaré con vosotros en un segundo —me dice. Supongo que quiere asegurarse de que Dean capta el mensaje de que no está interesada. Yo mismo estoy a nada de explicárselo sin palabras, pero seguramente sea mejor no montar una escena.

Debería marcharme. Debería dejarlos solos para que terminen con su conversación. Debería. Podría. Tendría que hacerlo.

Pero no puedo.

No lo haré.

Ni de putísima coña.

Bajo los escalones que me faltan e invado el espacio personal de Thalia, pegándola a mí como todo un cavernícola.

—Me estoy haciendo viejo aquí parado. Vamos a jugar.

Los ojos de Dean se centran el brazo con el que rodeo la cintura de Thalia como si nada, apretando y aflojando la mandíbula varias veces.

—Ya veo —murmura y, entonces… tiene los putos cojones de besarla en la mejilla para marcar su territorio igual que yo estoy marcando el mío.

Thalia se queda paralizada en mis brazos; el beso no es algo que esperase ni desease, estoy seguro de ello. Aprieta los labios mientras vemos cómo Dean se sube a su Porsche y hace todo un espectáculo de acelerar las ruedas, salpicando la gravilla por los aires que rebota contra el Range Rover aparcado detrás. Acelera por la larga entrada y las llantas le chirrían cuando se incorpora a la calzada y se le levanta el culo del coche antes de desaparecer tras una curva.

Sujeto a Thalia de la cintura, empujándola contra el lateral de mi coche.

—Le romperé las manos como vuelva a tocarte.

—Ah, ¿sí? —Se acerca más. Una pequeña sonrisa le curva los labios rojos. Unos labios que casi se rozan con los míos—. Menuda trola. ¿Te muestras así de posesivo con todas tus amigas o soy yo especial?

Clavo los dedos en sus caderas. Mi compostura pende de un hilo, el deseo chisporrotea dentro de mí, abriéndome un boquete en el estómago con su calor y subiendo a la superficie como burbujas en una copa de champán.

—Nunca he tenido una amiga mujer. Eres especial en todos los sentidos.

—Qué honor. —Noto cierto deje en su tono, una nota de resquemor que acompaña a sus ojos entornados.

No estoy listo para reconocer que sé por qué se está comportando de este modo.

—Venga, necesito beber algo.

DIECINUEVE

Theo

Me late el pulso en los oídos cuando la cara que más detesto del mundo aparece en la fiesta sobre las diez de la noche. Sabía que estaba en el pueblo. Vuelve todos los veranos para relajarse en su casa de la playa. Y todos los veranos, yo me largo de Newport Beach para evitar tropezarme con él.

Este verano es diferente. Conocí a Thalia y la idea de irme al piso que tiene Nico en Los Ángeles se me olvidó por completo.

Es a Logan a quien tengo más cerca, así que lo agarro del brazo y señaló a Kai, que está cruzando el césped convertido en una pista de baile improvisada para la fiesta. Está solo y su expresión muestra desasosiego.

—Sácalo de aquí antes de que lo mate, joder.

A Logan le lleva un total de tres segundos armar un plan de acción mientras yo concentro toda mi fuerza de voluntad en quedarme quieto donde estoy.

Logan agarra a Nico y le da unos toquecitos a Shawn en el hombro, con la espalda tensa y los puños bien apretados. Unos segundos más tarde, Jack se une a ellos. Son como una manada de lobos a la caza.

La cara de Kai ya no será tan bonita dentro de un rato.

Thalia está sentada junto a la piscina con Cass y MJ, caipiriña en mano. Mis pies se mueven por sí solos cuando cruzo el jardín, alejándome de la furia que Kai despierta en mí y hacia la cordura que provoca Thalia con un solo roce de su mano.

Alza la vista cuando casi estoy a su lado. Siento el cuerpo y la mente más ligeros con cada paso.

—¿Ha pasado algo? —Interpreta mi estado de humor a la perfección. Echa una miradita a su alrededor por el rabillo del ojo antes de echar un vistazo a mis espaldas, a la búsqueda de lo que me tiene de tan mala hostia.

Sus ojos se agrandan y los labios se le abren ligeramente. Giro sobre mis talones y me alejo notando cómo la rabia en mi cerebro ya no se puede controlar cuando veo lo que ella acaba de ver. Logan le está dando una paliza a Kai en medio del jardín; o bien no es consciente de la multitud de testigos o le importa tres cojones quien esté mirando.

Es probable que sea esto último. A Logan se le va la olla cuando pierde los papeles y reacciona atacando más rápido de lo que puede captar el ojo humano. Está en su salsa, asestando puñetazo tras puñetazo a la cara de Kai como si ese cabronazo fuese un saco de boxeo.

Saber que Thalia ha presenciado esto, que la ha alarmado y que la aparición de este imbécil ha provocado la inquietud que veo en sus ojos hace que me muera por hacerlo trizas.

Cinco dedos se cierran en torno a mi brazo, pero no están ni cerca de tocarse. Thalia me corta el paso y se presiona contra mi pecho como armando una barricada.

—¿Por qué aún no hay nadie bañándose en bolas?

—¿Qué? —Frunzo el ceño. Dios, a veces dice unas cosas rarísimas y, joder, me encanta eso de ella.

—¿No es eso lo que suele pasar en todas las fiestas americanas cuando ya van todos piripis? —continúa. Mueve sus manos pequeñas a mis costados, tamborileando un ritmo monótono sobre mis costillas con las yemas de los dedos. La sensación que me provoca es como la de un sedante potente. Todos los músculos se me relajan igual de rápido que cuando estoy en caída libre con el paracaídas.

—¿Quieres bañarte en bolas?

Asiente y los rizos oscuros le rebotan contra los hombros.

—Esperaba que te unieras a la diversión.

—O sea, ¿quieres verme desnudo?

—Estoy segurísima de que sería todo un regalo a la vista, pero tengo claro que no vas a dar tú el primer paso. Yo, por otra parte…

—Da un paso atrás y sus manos van a parar al bajo de su vestido.

Como en piloto automático, le envuelvo las muñecas y me las llevo al pecho, parándole los pies antes de que me dé una razón para aniquilar a los doscientos invitados.

—No me pongas a prueba, Thalia.

Esboza una sonrisa radiante, una auténtica y absurdamente hermosa.

—Tranqui. No soy tan atrevida.

Aflojo mi agarre, gesto que lamento enseguida cuando me rodea y veo cómo ese culo suyo perfecto se balancea de izquierda a derecha. No tiene ni idea de lo sexy que es. Totalmente vestida y todavía subida a sus tacones, no aminora la marcha ni duda antes de lanzarse a la piscina. No importa que no lleve bikini ni esté desnuda.

Conseguirá que me maten, de todos modos.

Vestido blanco, tez aceitunada y un halo de cabello oscuro, cuando emerge del agua, las luces de la piscina la bañan de un tinte anaranjado. Es la reencarnación de una diosa griega.

Me llama por señas, dobla el dedo índice y me guiña un ojo, poniéndose de espaldas para flotar en la superficie. El corazón se me hincha, el pulso me late como loco y… Joder. Creo que me estoy enamorando de ella.

Me arranco de encima la camiseta y lanzo los vaqueros a un lado antes de unirme a ella en el agua. Se aleja nadando para apoyar la espalda contra el borde de la piscina y poner los codos en las baldosas. A mis espaldas se suceden más salpicaduras seguidas de varias risitas femeninas, pero todo ello me suena distante y opacado, como si estuviese pasando tras una pared de cristal.

—Gracias. —Me aferro a su cintura con una mano y me paso la otra por el pelo—. Esto me ha ayudado.

—Eso espero. —Sus dedos trazan las líneas de mi tatuaje y la fascinación que veo en su rostro es tan sincera que no podría apartar la vista ni aunque quisiera—. De lo contrario, mi autoestima recibiría un duro batacazo.

—Eres perfecta. Jamás pienses lo contrario.

Más gente salta a la piscina completamente vestida, riendo y vitoreando; son un ruido de fondo para mi corazón acelerado. No les presto ninguna atención. Lo único que siento es el aire pesado y cargado que se asienta alrededor de Thalia y de mí, retrotrayéndome a esta mañana.

Solo haría falta un salto de fe… un segundo para cerrar la distancia que separa nuestros labios. Un segundo para tirar por la borda todas mis suposiciones y escuchar a mi corazón en vez de a mi cerebro.

Alzo una mano para acunarle una mejilla y le acaricio los labios con el pulgar, pensando y sopesando mis opciones.

—Me vuelves loco —susurro, mirando a sus ojos rebosantes de necesidad. ¿Quién diría que yo soy tan cobardica?—. Para.

Dios, la deseo. La deseo muchísimo, joder. Mis manos en su pelo, mis labios sobre los suyos, besando, mordiendo y rozando con mis dientes su labio inferior. Ese corto se reproduce en mi mente en bucle y el estómago se me retuerce de deseo intenso.

—Tú primero —susurra ella, acercándose más.

—¡Se ha ido! —brama Nico a nuestras espaldas, poniéndome en preaviso antes de que llegue junto con los demás a nuestra altura.

Me alejo un paso de la chica que me hace replantearme todo lo que sé sobre mí mismo y me giro hacia Nico, quien debe de haberle arreado también algún puñetazo. Tiene los nudillos ensangrentados y unas salpicaduras rojas manchan su camisa blanca inmaculada.

Jack les sigue de cerca con dos toallas de playa en mano.

—Pero volverá —añade Logan, lanzándome una mirada furibunda—. Tiene muchas ganas de hablar contigo.

Asiento, negándome a dejarme consumir de nuevo por la rabia.

—Gracias. Os debo una.

Me impulso fuera de la piscina, después ayudo a Thalia y envuelvo su cuerpo mojado con una toalla antes de que nadie tenga oportunidad de comerse con los ojos sus curvas perfectas.

—Venga, vamos a por algo de beber para que entres en calor. —Logan le pasa un brazo protector por los hombros, llevándosela lejos.

—¿Qué quería? —le pregunto a Nico en cuanto ya no pueden oírnos.

—Quiere reparar sus errores —dice con una expresión tan estoica como siempre—. Ha llegado a sus oídos lo del juego que estás presentándole a las empresas y cree que podría ser de ayuda.

¿De ayuda? Menudo chiste. Lo único que quiere Kai es echarle las manos a mi proyecto para después jugármela como la última vez.

—¿Qué estabas haciendo con Thalia? —Nico señala la piscina con la barbilla—. ¿Has cambiado de opinión?

—No lo sé… —Me estrujo la nuca para liberarme de la frustración—. Thalia intentaba distraerme. Iba de camino a matar a ese gilipollas.

—Dudo que tenga huevos a dejarse ver por aquí en un futuro próximo, pero no cuentes con que esto se haya terminado… Ahora mismo no me estás haciendo ni caso, ¿verdad? —suelta, siguiendo mi mirada clavada en Thalia—. Ríndete, macho. —Me da una palmada en la espalda—. Es una batalla perdida.

Creo que tiene razón.

Thalia está riendo y bromeando con Logan junto a la barra. Puede que a él ella le gustase en un principio, pero ahora su postura me dice todo lo que necesito saber: ya no está en su radar. Cogen sus bebidas y Logan echa a andar hacia nosotros, pero Thalia se queda en la barra sin quitarle el ojo de encima a un hombre a su derecha.

Estamos a casi quince metros de distancia, pero vemos a la perfección el cambio en su postura. Aprieta las manos en puños a los costados, yergue la espalda y alza la barbilla. Cuando el chico se aparta, le corta el paso y lo empuja con ambas manos.

—¿Qué cojones? —despotrica Nico.

Ya estamos en movimiento, con los ojos puestos en el hombre que ahora reconozco como el tipo con el que bailó Thalia la noche en que nos conocimos. Se abalanza delante de ella con la cara roja, pero Thalia no se achanta. Vuelve a empujarlo antes de quitarle de las manos una copa colorida.

—¿Es que se te ha ido la olla? —le grita él.

Mis pies titubean cuando Thalia le lanza la bebida a la cara y al instante se agarra de sus hombros, coge impulso y hunde la rodilla en su entrepierna. El hombre se pone de color lila y la boca se le abre en forma de O mientras se agarra el paquete con ambas manos.

Auch. Eso ha tenido que doler.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto, deteniéndome junto a ella—. ¿Qué te ha hecho?

—Nada. —Se tira del bajo del vestido para cubrirse los muslos mientras fulmina al tío con una mirada cargada de pura rabia.

—Tienes una oportunidad para explicarte —dice Nico, agarrándola del brazo—. ¿Por qué has hecho eso?

Las mejillas se le ponen de un escarlata abrasador y empuja con los dedos contra el pecho de Nico, zafándose de él.

—*De nada*. Pregúntale a Asher por qué le he dado una patada en los huevos.

La gente ha formado un corrillo alrededor de nosotros cuatro, murmurando tras sus manos y contemplando la escena tan confundidos como yo. Rápidamente, hago un repaso mental de cuantas copas se ha bebido Thalia desde que llegamos. Tres. Ni de coña es posible que esté borracha perdida y sea incapaz de pensar a derechas.

Asher se pone recto. El color púrpura ha empezado a desvanecerse de su cara.

—Pero, ¿a ti qué cojones te pasa?

—¿A mí? —Thalia se lanza hacia delante—. ¿A mí? ¿Qué cojones te pasa a ti? Podría señalar hasta a diez mujeres que estarían encantadas de follar contigo, así que ¿por qué vas a por las que no quieren nada contigo?

—Tú… déjame en paz de una puta vez. No estás bien de la azotea.

—Dice el capullo que le ha drogado la bebida a alguien —espeta ella, volviendo a empujarlo.

Un escalofrío me recorre la columna e intercambio una mirada con Nico.

—¿Viste cómo lo hacía?

Thalia se gira hacia mí, los hombros se le hunden cuando asiente despacio.

—Sí, junto a la barra. Echó una pastilla en esta copa. —Agita el vaso ahora vacío delante de mi cara.

—¡Eso no es verdad! —prorrumpe Asher, removiéndose en su sitio y mirando a todas partes como buscando la forma de huir más rápida.

Ni Nico ni yo necesitamos más confirmación, pero Logan es más rápido. Aparece de la nada, echa el brazo hacia atrás y lo manda volando por los aires hasta aterrizar en la mandíbula de Asher. La sangre empieza a manar de la boca del hijo de puta. Thalia consigue apartarse en el último momento, salvando a su vestido de verse manchado de salpicaduras de sangre.

Shawn se nos une tres puñetazos precisos más tarde, emergiendo de entre la multitud para parar a Logan antes de que deje sin dientes a Asher.

—Ya es suficiente. Mis chicos se encargarán del asunto a partir de aquí, ¿de acuerdo? —Toma el vaso en manos de Thalia—. Necesitarán que prestes declaración.

Ella asiente, habiendo abandonado su modo combativo cuando me la llevo aparte, lejos de los murmullos excitados de la multitud.

—Prométeme algo —digo cuando rodeamos el edificio para esperar a la policía—. La próxima vez que pase alguna mierda del estilo, dímelo a mí. No quiero que te enfrentes a nadie. Podría haberte hecho daño.

—Y entonces tú le partirías las manos, ¿verdad?

—Lo digo en serio. Búscame y deja que yo me encargue de ello.

Se presiona contra mí en busca de un abrazo como si fuese lo más natural del mundo.

—Lo prometo.

***

Son cerca de las dos de la madrugada cuando Thalia se acurruca contra mí en el sofá; su cabeza descansa cómodamente sobre mi hombro cuando empieza a quedarse sopa.

Todos los invitados abandonaron la casa hace rato. Los dos coches de policía que llegaron a escena enturbiaron el ambiente festivo, y todavía más cuando los agentes empezaron a tomarle declaración a todo el que aseguraba haber visto cómo Asher echaba algo en la bebida.

Se lo llevaron esposado a la comisaría, pero Shawn nos dijo que para cuando mañana saliese el sol era probable que estuviese ya en la calle y libre de cargos. Thalia lanzó la única prueba a la cara de Asher y la policía no le encontró ninguna droga encima.

Solo quedan tres hermanos Hayes, Jack y unos pocos amigos bebiendo, bailando o enrollándose en cualquier rincón donde crean que nadie los puede ver. Nico ya ha desparecido de nuestra vista. Se llevó a una morena alta arriba hace veinte minutos, no sin antes informarnos de que las habitaciones de invitados están a nuestra disposición.

Thalia y yo nos trajimos unos bolsos de mano para pasar la noche, conscientes de que ni de broma íbamos a molestarnos en llamar a un taxi a estas horas.

Le doy unas palmaditas en el muslo cuando deja de jugar con mis dedos, una señal clara de que se está quedando dormida.

—Venga, deja que te enseñe donde dormirás esta noche. Pero primero déjame ir a por los bolsos.

Mi intención es dejarla en la habitación de invitados, unirme a mis hermanos para tomar unas birras más y después irme a dormir al cuarto adyacente, pero cambio de opinión con solo una pregunta de sus labios. Sobre todo, porque me lo pregunta después de salir del baño adjunto con un top de asas y unos pantaloncitos cortísimos.

—¿Podemos acurrucarnos por lo menos?

«Sí, joder».

Espera…

—¿Por lo menos?

Se encoge de hombros ignorando mi pregunta.

Podría presionarla para que me dé una respuesta, pero, la verdad sea dicha, no estoy preparado para oírla. No estoy preparado para admitir que me desea tanto como yo la deseo a ella porque, si

lo hago, no habrá quien me frene. No habrá vuelta atrás ni forma de fingir que puedo mantener las distancias y conservar nuestra amistad.

A pesar del espacio estrecho del sofá, anoche dormí bien por primera vez desde que tuvo la gripe. Es una locura lo rápido que me volví adicto a abrazarla con fuerza por las noches.

Tres noches. Eso es cuanto hizo falta para que, cada noche que paso sin ella, dé vueltas en la cama como si me estuviese dando un ataque y me sienta incómodo porque su pelo no me está haciendo cosquillas en el cuello ni su codo se me está clavando en las costillas.

Thalia se mete bajo las sábanas mientras yo me desnudo hasta quedar en calzoncillos y me arrastro a su lado. Acerco su cuerpo cálido al mío e inhalo el olor calmante de su champú. Ella toma mi mano, que descansa de forma apacible sobre su vientre, y empieza a jugar con mis dedos. Cierro los ojos, sonrío como un gato a punto de darse un festín de pescado y apoyo la barbilla sobre su coronilla.

Esto es demasiado íntimo para dos amigos, pero, entonces, ¿por qué me gusta tanto?

—¿Puedo preguntarte sobre el tío al que pegó Logan? —susurra.

Sopeso sus palabras, sorprendido de que mis músculos sigan relajados y mi cerebro no conjure imágenes capaces de cabrearme mientras ella está presionada contra mí.

—En resumen, nos conocimos en la universidad y se nos ocurrió una idea guay para un juego. Yo me encargaba de la parte artística del proyecto, la animación y eso, mientras que Kai se ocupaba de programar. Nos pasamos tres años perfeccionando el proyecto y, cuando estuvo listo, hackeó mis servidores, borró toda prueba de mi participación y después le vendió el juego al mejor postor y ganó millones.

—Lo siento… —pronuncia, apretándome la mano—. Pero me alegro de haber sido de ayuda antes de que hicieras algo de lo que fueses a arrepentirte.

—Yo también. Aunque seguramente no me arrepentiría nunca. —Presiono los labios contra su coronilla—. Duerme. Debes de estar

agotada.

Menea su culo perfecto para arrimarse aún más hasta que estamos fundidos el uno con la otra; a continuación, sube nuestras manos y apoya la mejilla en mi palma con los dedos entrelazados.

—Buenas noches —susurra.

—Buenas noches, *omorfiá*.

Cae rendida en cuestión de minutos, pero a mí me cuesta mucho más quedarme dormido. Estoy pensativo.

Comiéndome la cabeza, en realidad.

Si el único paso que queda para tirar esta amistar rara por la ventana es besarnos y echar un polvo salvaje, ¿por qué no doy el paso? Hemos dormido en la misma cama, nos hemos dado un baño juntos y nos acurrucamos en el sofá todos los días. Básicamente, somos una pareja solo que sin la parte más satisfactoria…

Una hora más tarde, estoy relativamente seguro de que tengo las respuestas a mis preguntas, por lo que cierro los ojos y me permito dormir.

VEINTE

Thalia

Theo no está en cama cuando me despierto alrededor de las doce.

Pese a haber dormido diez horas seguidas, no me duele la cabeza, a pesar de que normalmente es lo que pasa si me quedo en cama demasiado tiempo. Supongo que, en esta ocasión, mi cuerpo necesitaba un descanso.

Cojo la bolsa de mano que traje para pasar la noche, me doy una ducha rápida y me visto. Me traje ropa interior para ponerme hoy, pero dejo las tangas de encaje en la bolsa.

Me he cansado de esperar a que Theo mueva ficha.

Lo necesito.

Lo deseo

Y estoy lista para averiguar si estamos en la misma sintonía porque la tensión es demasiado intensa. Él no tiene ni idea de que anoche sentí sus labios contra mi nuca mientras se pensaba que estaba dormida. No sabe que sentí cómo su pulgar acariciaba mi mejilla o cómo no dejaba de acercarme a él, plantándome un beso en el hombro en cada ocasión.

No sabe que me estoy enamorando de él en secreto.

Y no creo que ni él mismo sea consciente de lo que yo le importo.

Mi pelo mojado se me pega al cuello cuando salgo del baño adjunto. Las cimas de mis pechos asoman por el escote de mi vestido veraniego, azul y corto.

Theo está apoyado contra la puerta, móvil en mano. Se lo guarda y las pupilas se le ensanchan cuando recorre mi cuerpo.

—Buenos días, dormilona. Empezaba a preocuparme que hubieses caído en coma.

El corazón me salta en el pecho, pero cruzo la habitación hasta detenerme justo delante de él. Con parsimonia, muevo las manos a las trabillas de sus pantalones, cuelo los dedos bajo el dobladillo de su camiseta y los deslizo por los laterales de su cuerpo de ensueño. El aire a nuestro alrededor se espesa, demasiado pesado y caliente como para poder respirar. Sus ojos no se desvían de los míos mientras el corazón me martillea en el pecho, igualando el pulso acelerado de él que siento bajo mis yemas.

—Ya no quiero seguir siento tu amiga —hablo con voz queda.

Me agarra de la cintura, acercándome a él con apremio.

—Bésame —pronuncia con una voz ronca y baja que hace que me cosquillee la columna.

Sé lo que está haciendo.

Me está extrayendo un consentimiento no verbal, una confirmación de que queremos lo mismo, de que no está malinterpretando mis palabras ni mi lenguaje corporal.

Me arrimo más a él y retiro las manos bajo su camiseta, con nuestras bocas a unos milímetros de distancia.

—Si quieres un beso, tendrás que ir a por él. —Le toco los hombros y desplazo los labios hasta su oreja—. Sigo sin llevar bragas.

Theo nos da la vuelta y me empuja contra la puerta.

—Más te vale que eso no sea cierto. —Clava los dedos en mi cintura, luego los baja hasta mis caderas y toma una bocanada de aire temblorosa, tocando la zona donde debería estar el elástico de mis bragas, pero no está—. No tienes ni idea de lo que acabas de empezar.

—Le he quitado el seguro a una pistola cargada. —Me muerdo el labio y me aparto unos milímetros—. Aprieta el gatillo, Theo.

—Agárrate… —Me agarra de la mandíbula y sus labios quedan suspendidos sobre los míos—. Agárrate fuerte, *omorfiá*.

Sus dedos se enredan en mi pelo, su boca cubre la mía y su lengua se desliza con rapidez. Nada más tocarme, mi cerebro se sumerge en un estado de trance cargado de dicha. Sabía que sería

increíble, pero mi imaginación no es rival para la realidad. Mi cuerpo traicionero tiembla entre sus brazos y Theo profundiza el beso, mordisqueándome los labios y saboreándome una y otra vez.

Me aferro a sus hombros cuando barre con sus dedos desde mi sien, baja por mi cuello, sigue por el escote de mis pechos y continúa bajando hasta trazar la curva de mi cadera.

—De haber sabido que era esto lo que me estaba perdiendo, te habría retado a besarme antes.

Sonríe con satisfacción, me acuna la cara y me besa de nuevo, con su lengua explorando mi boca a un ritmo sensual y apremiante. La suavidad y plenitud de sus labios contradice el tempo demandante de nuestras bocas que batallan por llevar la voz cantante, por demostrar quien desea más al otro. El estómago se me contrae y me hormiguea a medida que presiona todo su cuerpo contra el mío.

—No me puedo creer que haya luchado contra esto todo este tiempo. —Me envuelve las muñecas y me mueve las manos para que descansen en su cabeza, pidiéndome en silencio que lo obligue a arrodillarse—. Joder, llevo imaginándome esto demasiado tiempo.

Abro más las piernas. La anticipación es como una niebla lechosa en mi cerebro cuando aplico un poco de presión en la cabeza de Theo. Se arrodilla, me sube la falda del vestido hasta la cintura y me engancha la rodilla sobre su hombro.

Su frente descansa contra mi abdomen y su aliento caliente me hace cosquillas cuando muerde la piel que está justo encima de mi hueso púbico. Inhala profundo, respirándome y volviéndome loca cuando sus dedos desaparecen en la carne de mis caderas. Dios, esto es lo más sensualmente erótico que nadie me ha hecho nunca. Theo saborea cada segundo como si hubiese estado viviendo en un mundo apocalíptico él solo y yo fuese la primera dosis de humanidad con la que se ha topado en años.

Y, entonces, sin previo aviso, sus labios se aferran a mi clítoris y arrancan un gemido entrecortado de mi boca. Se me ponen los ojos en blanco cuando empieza a darle pasadas con la lengua a ese botoncito sensible y desatendido antes de lamerme de delante hacia

atrás y gruñir en voz baja como si por fin hubiese conseguido lo que ansiaba.

—Cuánto te mojas por mí —susurra, empuja el dedo corazón en mi interior y casi me desmayo cuando empieza a doblarlo como quien hace una seña de «ven aquí».

—No pares —jadeo, tirándole del pelo—. No te atrevas a… Oh, Dios…

—Shhh, pequeña, tienes que guardar silencio.

Su dedo anular se une a la fiesta, acariciándome con delicadeza a un ritmo tortuoso y lento que es todo lo contrario a las lamidas y chupetones frenéticos que inflige con su boca caliente; es una sobrecarga sensorial. Una mezcla de lento y rápido, de suave y fuerte.

Mi mente es incapaz de seguirle el ritmo, pero mi cuerpo acepta lo que me ofrece y exige más. El orgasmo se acerca rápido, es un placer tan intenso que no me cabe duda de que el clímax será espectacularmente violento. Me llevo una mano a los labios y la muerdo para mantener los gemidos a raya, pero es inútil.

Nunca he sido de las que se contienen. Guardar silencio va en contra de mis instintos. Después de veinte meses de darme placer a mí misma con un pene de silicona, sentir el tacto de un hombre, de *este* hombre, hace que me acerque al precipicio en menos de dos minutos.

—Shh —vuelve a arrullarme, chupa ese manojo de nervios sobreestimulado y la respiración se me entrecorta.

Una ola de placer caótico erupciona entre mis piernas, se extiende a mi columna y pecho y me ilumina el cerebro. Se hincha, crece y, cuando creo que eso es todo, el orgasmo se estrella contra mí, corriendo por cada una de mis terminaciones nerviosas como un látigo caliente y sedoso. Unos puntitos blancos me nublan la vista cuando Theo me sujeta de las caderas con más fuerza para mantenerme erguida.

—Eso es… —Su aliento caliente me sopla en la piel y sus dedos prolongan mi orgasmo—. Eso es, *omorfiá*. Lo necesitabas, ¿verdad? Me necesitabas a mí.

Me muerdo el dorso de la mano; noto el cuerpo flojo, mis piernas ya no pueden soportan mi peso a medida que el orgasmo me abandona, dejándome sin fuerzas y más satisfecha de lo que logro comprender. Unos gemidos ahogados rebotan contra las paredes cuando Theo desengancha mi pierna y se pone de pie.

—*Naí. Naí. Kai páli, parakaló*[6] —jadeo, solo medio consciente de que he cambiado al griego.

Theo envuelve los dedos en torno a mi garganta, la otra mano la lleva a mi pelo cuando me besa y yo puedo saborearme de segunda mano en su lengua.

—Otra vez, ¿eh? La próxima vez que te corras, será sobre mi polla, pero tengo más que claro que no va a ser en la habitación de invitados de mi hermano.

Yo sigo flotando a tres metros del suelo cuando empuño su camiseta con ambas manos y lo empujo contra la cama sin interrumpir el beso hasta que queda tendido boca arriba y cubierto con mi cuerpo de la forma que llevo imaginando y soñando desde hace semanas.

Suelto el botón de sus vaqueros y se los bajo de un tirón junto con sus calzoncillos; no hay tiempo que perder. Su polla larga y perfecta se alza en el aire, rogando por que la toque. Sabía que la tenía grande desde que posé los ojos en él, y no me equivocaba. Tiemblo ante la idea de tener todos estos centímetros dentro de mí. Me relamo los labios sin apartar los ojos de los de Theo cuando lo envuelvo con la mano y empiezo a acariciarlo con movimientos cortos.

—¿Crees que ha estado bonito de tu parte ocultarme *esto* todo este tiempo? —Me elevo sobre él y hablo contra sus labios con mi pelo enmarcándonos las caras—. Compartir es de buen samaritano.

Gruñe mientras esboza una sonrisa.

—Thalia, de… —Las palabras se le atascan en la garganta cuando lo aprieto más fuerte, me escurro hacia abajo, agacho la cabeza y me lo llevo a la boca—. Joder… —masculla y me recoge el pelo con ambas manos para poder mirarme mientras subo y bajo los labios por su dureza—. Jesús, María y José… No pares, pequeña.

El control que tengo sobre él ahora mismo es vigorizador. Se encuentra a mi merced, perdiendo la cabeza cuando sincronizo el ritmo de mi mano con el de mis labios, succionándolo más fuerte con el deleite comedido de una ninfómana.

La cabeza de su polla hinchada me golpea el fondo de la garganta y le arranca otro gruñido bajo y satisfecho que me da alas. Muevo la mano que tengo libre por su estómago, lo agarro del cuello y aplico la presión justa en su garganta para intensificar el orgasmo inminente.

Cuando se corre, lo hace por todo mi cuello.

Alzo la mirada, hipnotizada por la vena pulsante que le recorre la columna del cuello, sus ojos entornados y sus labios entreabiertos. Se queda muy quieto durante unos segundos intensos, con los labios ligeramente abiertos mientras unos chorritos calientes de su semen me salpican la piel. Le suelto el cuello, satisfecha con el éxtasis que relampaguea tras sus iris excitados.

Me recuesto hacia atrás un poquito, apoyándome en las pantorrillas. Theo se sienta y pasa el pulgar por mi labio inferior sin apartar la vista de los hilos de su semilla que me adornan el cuello.

—Las perlas te sientan bien —dice, respirando con agitación—. Tendré que pintarte un collar de vez en cuando.

Le acuno la cara y le robo otro beso, enganchada como me siento del aleteo de mi corazón cuando su lengua provoca lentamente a la mía.

Es él quien se aparta primero y me planta un besito dulce en la nariz.

—Es oficial: nuestra amistad ha quedado arruinada.

—Nunca estuvimos hechos para ser amigos. Quisiste follarme desde el día uno, pero cambiaste de opinión a mitad de la velada, ¿recuerdas?

—Porque eres demasiado buena como para echarte un polvo y olvidarme de ti.

—Esto —nos señalo a los dos— ni se ha terminado ni está cerca de terminarse. Y tampoco se terminará en un futuro próximo, Theo. ¿Entendido? Te he lamido. Eres mío.

—Yo también te he lamido a ti. —Sonríe.

—Entonces soy tuya.

Vuelve a cogerme de la mandíbula y atrapa mis labios. Este beso es diferente a los otros… Es lento, sensual y está cargado de pasión. Es un beso pensado para demostrar que él piensa lo mismo: lo nuestro no se ha terminado.

Apenas hemos ni empezado.

—Tenemos que limpiarte. —Me da unas palmaditas el muslo, apremiándome a que me ponga en marcha—. Nos están esperando todos para comer.

—¿Comer? Cariño, si tienes hambre… cómeme a mí.

—Lo haré. —Dobla el dedo bajo mi barbilla—. En cuanto estemos en casa, tú serás todo lo que coma hasta que nos quedemos dormidos.

Salto abajo de la cama, me bajo el vestido y me dirijo al baño con la mente en calma.

—Mucho prometer y poco cumplir.

Theo suelta una carcajada detrás de mí.

—Estás pidiendo a gritos meterte en problemas.

Me quito el collar de perlas con una toalla mojada y sonrío cuando Theo se detiene detrás de mí, me aparta el pelo a un lado y me reparte besos fogosos del cuello al hombro.

—Vas a ser mi mayor debilidad, *omorfiá*.

Dejo la toalla en el lavabo y enredo las manos tras su nuca.

—Bien, tú hace rato que eres la mía.

VEINTIUNO

Theo

Solos. Por fin estamos solos después de tres largas horas sentados a la mesa con mis hermanos, quienes no pudieron contenerse de contarle a Thalia toda anécdota vergonzosa sobre su novio, o sea yo.

Sí, es oficial.

Soy el novio de alguien y, ¿mi novia? Es una mujer alocada, apasionada y decidida. No se anda con miramientos y no tiene pelos en la lengua. Me siento casi avergonzado de que tuviese que ser ella quien le puso remedio a la lujuria ardiente que nos llevaba consumiendo a ambos desde que me acerqué a ella en Tortugo hace tantas semanas. Casi. Sobre todo, me siento agradecido que te cagas de que la parte más dura, la de dar el primer paso, haya quedado atrás.

Después de esa mamada que me voló la mente, me la llevé al piso de abajo y nos senté en el sofá extragrande de Nico. No podía contenerme de apretujar a Thalia contra mí, así que la senté en mi regazo.

Shawn y Jack sonrieron como idiotas, Nico me dedicó una media sonrisa poco habitual y Logan bramó un «ya era hora, coño» cuando envolví los brazos alrededor de Thalia, anunciándole al mundo mi nuevo estado de hombre en una relación. No había forma de ocultarlo ni de restarle importancia… aunque no es que quisiera restársela.

Thalia es mía. Lleva siendo mía desde el instante en que la vi. Solo necesitaba un empujoncito chiquitito para dar el paso, y ella

empujó, negándose a quedarse en esa *friendzone* tan rara y demasiado íntima.

Si ella no daba el paso, habría sido yo.

Anoche decidí que la quería para mí, Thalia simplemente se me adelantó.

Ares nos recibe en la puerta, saltando y ladrando. El piso está hecho un caos total. Supongo que no le gusta pasar la noche solo y ha demostrado su desagrado mordiendo mis zapatos y la esquina de la alfombra bajo la mesa de centro. Una alfombra en la que también se meó.

Da igual.

Tengo cosas más importantes en mente que limpiar este desastre.

—Deberías sacarlo a dar un paseo —dice Thalia, agachándose para rascarle las orejas y chafarme los planes.

—Lo que deberíamos hacer es desnudarte —contraataco, tirando de ella hacia mis brazos para capturar sus labios con los míos.

Ahora que puedo, seguramente me pase cada puñetero minuto del día besándola. Llevo pensando en hundirme dentro de ella tres horas seguidas y estoy a punto de explotar.

Thalia se aparta.

—Paciencia, cariño. Tú llévatelo a dar un paseo, yo limpiaré este desastre, y después nos desnudaremos y nos quedaremos en pelotas hasta por la mañana. —Me da un besito en la mejilla y se aleja corriendo antes de que pueda agarrarla e intentar hacerla cambiar de opinión.

—Vale —resoplo, cogiendo la correa del gancho junto a la puerta—. Media hora, ni un minuto más.

Me dedica un gesto de despedida con la mano cuando engancho la correa al collar de Ares y me lo llevo a dar un paseo muy, muy rápido al parque de al lado. El perro echa a correr tras la pelota a tal velocidad que se tropieza con sus propias patas un par de veces. No es un perro muy grácil y es culpa de Thalia. Pasan demasiado tiempo juntos. Ares está empezando a ser tan patoso como su mami.

Thalia se estrella contra los marcos de las puertas, se golpea la cabeza contra los armarios abiertos de la cocina y se le caen las cosas a todas las putas horas del día. Siempre lleva encima al menos una tirita, normalmente en los dedos donde se corta por accidente mientras cocina.

No hay modo de negar que Ares es nuestro y no solo mío. Thalia quiere a este a perro y él la quiere a ella. Sería estupendo que me quisiese más a mí, pero no caerá esa breva. Thalia es su favorita.

Sigo lanzándole la pelota durante veinte minutos más, después vuelvo a ponerle la correa y volvemos a casa conmigo caminando con más alegría que de costumbre. Thalia se encuentra en la cocina y el piso está inmaculado. Está apoyada contra la encimera con una taza de café en la mano.

—¿Por qué no estás desnuda? —pregunto, cruzando la habitación y sacándome la camiseta por encima de la cabeza. Se ríe cuando agarro el borde de la encimera y admiro sus mejillas ruborizadas—. Bésame y desnúdate.

Ella da un sorbo, saboreando ese líquido marrón y amargo, y armando todo un espectáculo cuando gime de placer.

—¿Quieres un café?

—No, no quiero un puto café. —Bajo la cabeza para besarle el cuello—. Te quiero a ti desnuda, temblorosa y gritando mi nombre lo bastante fuerte como para que toda la calle se lo aprenda. —Dejo su taza a un lado y la devoro.

Mi lengua barre el interior de su boca. Con un breve suspiro, me deja explorar más a fondo y lleva las manos a mi mandíbula para poder dirigir los movimientos de mi cara. Agarro su culo redondo y levanto a Thalia en el aire. Su sexo caliente y húmedo se presiona contra mi abdomen cuando envuelve las piernas alrededor de mi cintura y se aferra a mí.

—He esperado con paciencia —susurra, resiguiendo los contornos de los músculos de mi espalda—. He esperado por ti, Theo. He soñado muchas noches con sentir tus caricias.

—Dios, Thalia, *moró mou* [7].

Ella tiembla y yo me siento aturdido por el calor que desprendemos los dos. Nuestro beso se intensifica con cada paso que nos acerca a mi cuarto. No puedo ver por dónde voy con mis labios posados con firmeza sobre los de ella, pero he hecho este mismo recorrido a oscuras muchas veces.

—Dilo otra vez —murmura cuando la tiendo en la cama, necesitada, mojada y lista para mí.

—*Moró mou* —susurro. Le paso el vestido por encima de la cabeza antes de desabrocharle el sujetador y sentarme hacia atrás para admirar las vistas: piel aceitunada y suave, labios rosados y unos ojos marrones colmados de excitación—. Dios, eres preciosa, pequeña.

Tira de mí hacia abajo y yo trazo una línea de besos por su cuello, acunándole los pechos. La yema de mi pulgar juguetea con su pezón erecto antes de continuar con el recorrido, bajando por su cuerpo cálido. Thalia entreabre los labios y arquea la espalda cuando extiendo una mano entre sus piernas para acariciar su carne caliente y mojada.

Me siento paralizado e hipnotizado por el éxtasis puro en su preciosa carita cuando los ojos le aletean hasta cerrarse. ¿Cómo he podido contenerme todo este tiempo? ¿Y por qué?

¿A quién cojones intentaba engañar?

Deja caer sus manos sobre la almohada, entregando su cuerpo y su mente a mí, mis caricias y mis exigencias. Bajo los labios por la curva sedosa de su cuello, muriéndome por saborear sus pezones rosa caramelo. Envuelvo uno con la lengua, succionando y pellizcándolo, arrancándole unos gemidos. Thalia estira los brazos, entrelaza los dedos en mi pelo y me retiene en el sitio, rogándome por más en silencio.

Y más que le daré.

Dejo que mi hambre por ella asuma las riendas. Ni de broma puedo tratar de controlar esta lujuria candente cuando cada contacto de mis manos con su cuerpo la sume en un frenesí. Está famélica, desesperada por sentir contacto humano, besos y la cercanía de alguien después de veinte meses de cero intimidad.

Me araña la espalda en largos trazos desde mi nuca hasta mis omóplatos y pasando por mis costados hasta alcanzar la banda elástica de mis pantalones de chándal. Cuela su mano pequeña dentro de mis calzoncillos y me envuelve la polla.

—Quiero volver a saborearte —dice, acariciándome y apretujándome con caricias cortas y controladas.

Puede que esa sea la frase más sexy que haya oído nunca. Un hombre sabe decir si una mujer disfruta haciéndole una mamada o si solo se la chupa porque es lo que toca. Está claro que Thalia disfruta llevándome al límite con solo sus labios. Joder, se le da tan bien que medio me espero que haya ido a clases sobre «cómo tener contento a un pene».

He ganado la lotería con esta chica…

La alzo, maniobrando hasta que es ella la que queda encima y yo estoy acostado con la cabeza en la almohada. Lanza mis calzoncillos por los aires y se relame los labios como si estuviese a punto de hincarle el diente a su postre favorito, pero entonces arruga el entrecejo y se baja de la cama de un salto.

—¡Un segundo! —Sale pitando de la habitación con las tetas rebotándole a cada paso.

Yo estoy acostado boca arriba y mi polla está firme como un general de armas tomar y mala uva. Lo único que falta es una musiquita de espera, pero, por suerte, no soy el número once a la cola de que un teleoperador esté conmigo. Thalia se ausenta solo diez segundos antes de volver con el pelo recogido en una coleta desordenada.

Dios, has creado la perfección.

—Lista. —Sonríe, pasándome las manos por los muslos antes de que su aliento caliente me sople contra el glande. Saborea la primera gota de líquido preseminal mientras unos dedos gráciles se envuelven con fuerza en mi manubrio para acariciarme con parsimonia. Lame la cresta hipersensible antes de que sus labios rosas se cierren alrededor de la cabeza y me succione dentro de su boca.

Por poco me corro al momento.

Un gemido suave vibra contra mi erección, es una sensación que no tiene ni punto de comparación con nada que haya sentido antes. Se la mete más y sus movimientos se tornan precipitados cuando mi polla le golpea el fondo de la garganta.

—Joder, esto se te da muy bien, *omorfiá* —gimo, apenas capaz de cerrar los dedos en torno a su coleta voluminosa.

Es toda una profesional, alternando entre masturbarme y juguetear con mis pelotas y no perder el tempo exigente de sus labios. No aguantaré mucho más. Ya puedo sentir cómo se forma el orgasmo en la base de mi columna y ni de coña voy a derramarme en ningún otro sitio que no sea su interior en esta ocasión.

El murmullo erótico de Thalia me embota el cerebro, la suavidad de su lengua casi hace que me caiga por el precipicio unos segundos antes de que libere mi polla con un suave «pop».

—Ahora te toca saborearme a mí —dice, mordiéndose la yema del dedo índice y escalando por mi cuerpo con una sonrisa traviesa antes de posar las rodillas a ambos lados de mi cabeza—. Respira hondo, cariño.

—¿Dónde coño has estado toda mi vida? —Engancho los codos bajo sus muslos cuando está lo bastante cerca, la agarro por la cintura y tiro de ella hacia abajo, presionando su sexo caliente contra mis labios.

Sabe a gloria bendita, rayos de sol, lluvia primaveral y todo aquello que me sienta bien. Me pasaría un montón de tiempo entre sus muslos. La cabeza me da vueltas cuando la lamo de atrás hacia delante, dando pasadas con la lengua sobre su capullo hinchado. Cada vez que lo hago, embiste contra mí y sus jadeos suben de volumen.

—Por favor… —consigue pronunciar, restregándose contra mi cara—, *mi stamatás*.

No necesito un diccionario para traducir esas palabras: «no pares». Sexy… Está tan sexy cuando juega con sus senos y se concentra solo en el placer que le recorre el cuerpo.

Es la imagen más erótica que he contemplado en mi vida.

Atormento su entrada con mi lengua, pero no llego a penetrarla. Esta vez, no. Sucederá pronto, pero no todavía. Mi polla necesita

hundirse en ella ya mismo o me dará un patatús.

Sus gemidos se suceden con más frecuencia y cabalga mi cara con más velocidad mientras el orgasmo se eleva, cobrando impulso. Me siento dividido entre querer saborearla mientras se corre y querer sentir cómo late a mi alrededor, pero la necesidad de reclamarla gana.

La sujeto por los muslos, deteniendo sus movimientos.

—Aún no.

—Por favor, Theo…

—Shhh. —Le doy la vuelta y le abro los muslos con la rodilla, hipnotizado por su cara sonrojada, sus ojos brillantes y sus labios hinchados cuando deslizo mi polla entre sus pliegues, poniendo a prueba mi propia paciencia—. Esta vez, te correrás conmigo.

Aparto la vista de la chica preciosa en mi cama durante un segundo cuando me echo hacia atrás para abrir el cajón de la mesilla de noche, pero es tiempo suficiente para que sus dedos hábiles encuentren su clítoris.

La polla se me hincha y siento los testículos tan cargados que duele mientras mi morena atrevida se lleva a sí misma a las puertas de un clímax impresionante. Desgarro el envoltorio del condón con los dientes, me lo enfundo y atrapo las muñecas de Thalia, interrumpiendo sus esfuerzos por fastidiarnos la diversión a ambos.

—Aún. No. Te correrás cuando yo me corra. —Mis rodillas se hunden en la cama y la cabeza de mi polla se acomoda entre sus pliegues—. Agárrate, pequeña —hablo con voz ronca, hundiéndome lentamente mientras su calidez y humedad me envuelven centímetro a centímetro.

Me empujo hacia delante con los ojos pegados a su calor apacible mientras ella jadea y tiembla, arquea la espalda y los ojos le aletean al cerrarse. Bajo la cabeza y le mordisqueo el hombro a medida que la penetro con el último centímetro.

—Ahí estamos… Joder, eres perfecta.

Entrelazo nuestros dedos, sujetándole las manos cerca de su cabeza y la penetro más hondo, observando cómo hunde los dientes en su labio inferior. La lujuria nos consume, salvaje y feroz, cuando me retiro y adopto un ritmo intenso y acelerado. Me encanta cómo

su sexo me succiona. Sus tetas grandes y respingonas rebotan en sincronía con mis embestidas y una bruma de sudor cubre nuestros cuerpos en cuestión de minutos. Las bocanadas entrecortadas, jadeos suaves y gruñidos bajos llenan la habitación.

Thalia sube las rodillas, me envuelve la cintura con las piernas y arquea las caderas para ir al encuentro de mis embestidas aceleradas. Me hundo aún más, tocando ese punto vital que la hace temblar y gemir.

—Déjame tocarte —susurra, resistiéndose contra mis manos que aprisionan las suyas. En cuanto la suelto, me acuna la cara y tira de mí hacia abajo para rozarme los labios con besos exigentes. Descanso el peso de mi cuerpo en un codo, me aferro a su culo y la penetro más hondo y fuerte cuando sus paredes se encojen a mi alrededor. Nunca me preocupó si la mujer en mi cama llegaba al clímax, pero quiero que Thalia se corra.

Necesito que se corra.

Quiero que se abandone entre mis brazos, pero todavía no ha llegado ahí. Casi, está muy cerca…, pero aún no lo ha alcanzado del todo.

—Dime qué necesitas —digo cuando me muerde el labio, restregándose debajo de mí—. Dime qué tengo que hacer, pequeña.

Empuja mi mano entre nosotros, obligando a mis dedos a posarse en su clítoris. Trazo círculos pequeños durante unos segundos antes de que Thalia empiece a respirar con resoplidos desesperados y cortos. Busca mi cara con ojos desenfocados y cada sonido que escapa de su boca es más alto. Mis acciones se aceleran con cada acometida. La comprensión de que al fin es mía me sorprende de la nada y el cuerpo entero me tiembla, viéndose inundado por una ola de calor intenso que se extiende en todas direcciones.

—Joder —tartamudeo—. Ver cómo me aceptas en tu interior… tu preciosa carita… saber que eres mía… —Otra oleada de calor abrasador se desparrama por mi pecho—. Me he imaginado este momento miles de veces, pero…

—La realidad lo supera con creces —termina ella por mí—. Dios, e-estoy… Estoy muy cerca, creo que voy a…

—Córrete —suelto, frotándola con más ansia—. Ahora, *omorfiá*.

Se mueve conmigo, buscando desesperada el clímax.

—Th-Theo —tartamudea, perdiendo la cabeza. Su espalda se separa de la cama mientras tiembla, gimiendo tan alto que estoy seguro de que pueden oírla en todo el puto edificio—. Ay, Dios… ¡Theo, sí!

Sus piernas se aprietan contra mi espalda y yo me caigo por el precipicio con ella, incapaz de contenerme cuando veo el éxtasis puro y en estado crudo pintado en su rostro. Mi orgasmo me golpea como un relámpago, avasallador y poderoso, suficiente para nublarme la vista con unos puntitos blancos. Me detengo bien dentro de ella, aferrándome a su cadera y clavándole los dedos en su carne suave como para anclarme al lugar, a riesgo de salir flotando si no lo hago. Ambos estamos agotados y respiramos con dificultad. No creo haber tenido jamás un orgasmo así de fuerte.

—La hostia —resoplo con una exhalación profunda—. Ha sido…

—Maravilloso —termina ella con una sonrisa de placer brotándole en sus labios hinchados y del color de las cerezas.

—No te muevas. —Le acaricio la nariz con la mía y le estampo un beso en la cabeza—. Quédate aquí, vuelvo ahora mismo.

Me pongo de pie sobre piernas inestables, los músculos me arden más que si acabase de completar un entrenamiento durísimo y el corazón me late con la fuerza de un tambor en el pecho. Me encierro en el baño y contemplo mi reflejo: pelo despeinado, ojos brillantes y unos largos arañazos en la espalda. Tiro el condón, me limpio y me sujeto del lavabo de porcelana.

Normalmente, para cuando salgo del baño, la mujer que acabó entre mis sábanas ya está vestida o casi, pero eso no será lo que pase hoy. Thalia vive aquí. No va a darme un beso de despedida y marcharse.

No podría hacerlo ni aunque lo intentase.

Es mía y no se va a ir a ninguna parte. Es confuso de cojones que me sienta aliviado en vez de ansioso. Hace veinticuatro horas, la idea de estar en un relación me provocaba dolor de cabeza porque, ¿qué sé yo de cuidar de una mujer de la forma en que se merece?

Ahora que estoy con Thalia, las dudas se disipan.

Puedo hacer esto.

Y puedo hacerlo bien.

Llevo cuidando de ella desde que se mudó aquí. No mucho va a cambiar y, lo que sea que sí cambie, será una añadido más que bienvenido: sexo increíble y mi nuevo estatus como novio.

«Tengo una relación».

Thalia sigue en cama, con el cuerpo desnudo cubierto por una manta y la cara medio enterrada entre dos almohadas. Se ha soltado el pelo y su masa de rizos le tapa un hombro.

Me meto dentro junto a ella, sintiéndome extrañamente en paz cuando sus labios recorren mi cuello. Me empuja hasta que quedo bocarriba y se acurruca a mi lado, obligando a mis brazos a envolverse alrededor de su cuerpo caliente y exhausto. Yo no dudo ni un instante, la arrimo a mí y abrazo a esta morena preciosa como si mi vida dependiera de ello.

Esto es solo el comienzo. El principio de lo nuestro.

—Supongo que tengo que mudarme —susurra, deslizando los dedos arriba y abajo por mi torso, trazando cada curva.

—Sí, supongo que sí. —Le beso la sien antes de cogerla de la mandíbula y girarle la cara para encontrarme con esos labios perfectos. Se tensa un poco, sin sentirse segura sobre si bromeo o no—. Tienes que vaciar el cuarto de invitados y trasladar tus cosas aquí, *omorfiá*.

VEINTIDÓS

Thalia

—¡Noche de chicas! —exclama Cass el viernes cuando se termina nuestro turno—. Quiero que me cuentes hasta el último detalle jugoso sobre Theo y tú.

Las noticias se sobre lo nuestro corrieron como la pólvora el lunes, cuando Theo me trajo al trabajo y armó todo un espectáculo al besarme delante de la puerta, donde las chicas del carrito esperaban la llegada de Cassidy para que abriese el club.

A pesar de su elevada tasa de absentismo, es la única a quien Jared confía las llaves, aun siendo él quien tiene que salir a rastras de cama cada vez que ella no se presenta en el curro.

Me recorrió un calor placentero ante la voluntad de Theo de reclamarme como suya en público en vez de mantener nuestra relación en secreto.

—¿Adónde quieres ir? —pregunto, cambiando el uniforme por un vestido veraniego—. ¿Y quién viene?

—Las mismas de la última vez y Kaya. Fuimos a la uni juntas y ahora es la nueva jefa de marketing del club de campo. Puede que la vieras en la fiesta la semana pasada. —Baja la voz antes de arrojar más luz al asunto—. Es la que se acostó con Nico.

Ah, la morena preciosa.

—Vale, ¿a qué hora? ¿Nos encontramos en Tortugo?

—No. Nos vamos a preparar en tu casa.

—En casa de Theo, quieres decir. Creí que lo odiabas. —Guardo el uniforme en mi taquilla—. Sabes que tengo que preguntarle a Theo si le parece bien, ¿verdad?

—Sí, lo sé. ¡Ah, mierda! ¡Casi se me olvida! —Señala un ramo de rosas rojas obscenamente grande dentro de una jarrón en una de las mesas—. Son para ti. Yo misma firmé el recibí antes. —Menea las cejas—. Jamás habría dicho que Theo es la clase de hombre que le envía flores a su chica.

Yo tampoco.

—¿Estás segura de que son para mí?

—¿Hay otra Thalia que trabaje aquí?

—Supongo que no.

—Exacto. Deberías estar dando saltos y gritos de alegría y abrazando esas puñeteras rosas. Eres una zorra con suerte. —Vuelve a echarle un vistazo a las flores con ojos apagados y las comisuras ligeramente hundidas.

—Oye, escucha. —Le toco el brazo—. Si alguna vez quieres hablar de… —me interrumpo, sin estar segura de si mencionar a Logan es una buena idea— lo que sea, estoy aquí.

Vuelve a poner una mueca y se muerde el labio antes de curvar los labios en una sonrisa torcida y envolverme en un abrazo rápido.

—Gracias, cielo, pero no hay mucho que contar. —Suspira, derrotada—. Estoy bien. Simplemente me está llevando un tiempo extraordinariamente largo deshacerme de los sentimientos, ¿sabes? Logan y yo… creí que íbamos en la dirección correcta, ¿sabes? Pero la cagué y lo estoy pagando caro.

—Siempre hay algo que contar. ¿Qué te parece si quedamos para tomar un café la semana que viene y me lo cuentas todo?

Niega con la cabeza.

—No creo que hablar de ello sea lo que necesito. No te preocupes por mí, ¿vale? Soy más dura de lo que parezco.

—Ya sabes dónde encontrarme si cambias de opinión. Solo tienes que pedirlo.

—Gracias, cielo, significa mucho para mí. —Me da un beso en la mejilla—. Mándame un mensaje en cuanto recibas el visto bueno de tu chico. —Se pasa el bolso por el hombro y sale por la puerta trasera que conecta con el aparcamiento para empleados.

Igual no debería presionar a Cass en busca de respuestas, pero a pesar de sus sonrisas dulces y su actitud extrovertida, puedo ver

que está dolida por dentro y es por algo más que Logan y un corazón roto. Puede que aún no confíe en mí lo bastante como para abrirse dado que no hace mucho que nos conocemos, pero le he cogido cariño y espero que mi relación con Theo no afecte a nuestra amistad floreciente.

Con mi propio suspiro pesado, saco las flores del jarrón, las sujeto en la curva de mi codo y busco una notita entre las rosas.

Las rosas son rojas y las margaritas de color amarillo.
Cariño, estoy perdido. No paro de soñar contigo.

Las lilas son de color verde, igual que el romero.
Te haré mi reina, aunque hayas escogido a un caballero.

La intención es lo que cuenta, ¿no?

Odio las rosas y el poema da vergüenza ajena, pero saber que Theo se ha tomado la molestia, hace que mi corazón duplique su tamaño. No es de los que hablan de sus sentimientos y emociones en voz alta, pero se tomó el tiempo de escribir este poema, por feo que sea. Es su forma de decirme que le importo, que yo soy importante, y significo más para él que ninguna otra mujer.

Con el ramo en mano, abandono el edificio por la puerta principal y sonrío cuando mis ojos se topan con Theo. Me está esperando fuera con Ares atado a su correa.

—Aquí estás —dice, guardándose el móvil. Me agarra de la nuca y me acerca a él para darme un beso profundo.

—Gracias. —Le doy un beso en la mejilla y levanto las flores en el aire—. Son preciosas.

Theo da un paso atrás y me quita el ramo de las manos.

—No son mías. Sé que no te gustan las rosas. —Saca la notita —. ¿Qué mierda? —brama y avanza a zancadas hacia la papelera junto a la entrada—. Son de Dean, ¿verdad?

—No lo sé. Tal vez. Cassidy firmó el recibí cuando yo estaba en el campo de golf. ¿Importa? Son solo flores.

—¡Pues claro que importa! ¿Crees que voy a quedarme de brazos cruzados mientras un imbécil intenta robarme a mi novia?

Un fuego abrasador me quema las mejillas, igualando su enfado y el marcador.

—¿Crees que alguien puede robarme? ¿Crees que voy a dejarte por que alguien me envíe unas flores? —Lo empujo, resoplando, encabritada como un toro y con un tono de voz que roza el grito—. No te olvides de que eras tú el que no quería estar conmigo, no al revés. No tienes ningún derecho a dudar de mí, y más te vale que esta sea la primera y última vez que lo haces.

Los labios de Theo se curvan en una sonrisa, apagando las pequeñas antorchas que se arremolinan en sus ojos oscuros. Me agarra de la muñeca, tirando de mí hacia delante para besarme.

—¿Que yo no te quería? —resopla divertido, casi fascinado ante la idea—. No deberías haber dicho eso, pequeña. Espérate a que lleguemos a casa. —Agacha la cabeza para susurrarme al oído—. Te follaré hasta que se esfumen esas tonterías y entiendas que tú eres lo único que quiero.

Una sola frase y el pecho se me contrae de una anticipación jadeante e inquieta. Los pezones se me endurecen bajo la fina tela de mi vestido veraniego y la boca se me seca y calienta.

—Será mejor que nos demos prisa. —Enredo los dedos en el pelo de su nuca y tiro con suavidad—. Cass me ha invitado a una noche de chicas esta noche y quiere que nos preparemos en tu casa.

—Nuestra casa —me corrige—. Tú también vives ahí. No veo ningún problema, pero —desliza los dedos a lo largo de mi mejilla— estás interfiriendo con mi plan de tenerte desnuda toda la noche, así que tengo una condición.

—¿Quieres que esté desnuda antes de que lleguen las chicas?

—Eres muy lista.

—Eso he oído. —Bajo más la mano y le acaricio la polla a través de la tela gruesa de sus vaqueros. Ya está empalmado. Me muerdo el interior de la mejilla y lo miro por debajo de las pestañas—. Alguien está contento de verme.

—Éste siempre está contento de verte —habla entre dientes, presionándose contra la palma de mi mano, atrapada entre nuestros cuerpos—. Me haces sentir diez años más joven. —Voy ascendiendo con los dedos y le doy un tirón a su cremallera, pero me agarra de la

muñeca—. Ten cuidado, pequeña. Si no quieres que te arranque ese vestido tan bonito y te folle contra este edificio, será mejor que no me metas mano en público.

Se me escapa una carcajada y le doy un último apretón.

—Es tentador, pero no puedo perder este trabajo, así que tendremos que encontrar otro rincón donde comportarnos de forma indecente.

—Conozco el sitio perfecto.

Echamos a andar, cruzamos el aparcamiento y tomamos un atajo por unas callejuelas laberínticas hasta un parque donde Theo suelta a Ares para que corra libre, persiguiendo ardillas.

—¿Seguro que no te importa que vengan las chicas? Siempre puedo decirle a Cassidy de quedar en su casa.

—Seguro. ¿A qué hora vienen?

Saco mi teléfono para mandarle un mensaje.

Yo: ¿A qué hora vais a venir?

Cass: Sobre las seis.

—Cassidy dice que a las seis.

Nada más volver al piso, Theo me alza en brazos de inmediato y me lleva al baño. No tengo ocasión de desnudarme antes de que me deje sobre el plato de ducha y encienda el agua, mojándome el pelo y el vestido.

Soy adicta a sus caricias.

Cada vez que me embiste, mi mente se apaga. No hay monólogo interior ni fantasías pensadas para ayudarme a llegar al orgasmo como hacía con otros hombres. No, cuando estoy con Theo, estoy viviendo en esa fantasía. No es delicado, pero nunca he disfrutado del sexo romántico. Se muestra duro, hambriento de mi cuerpo y exigente.

El único obstáculo con el que batallamos y que nos esforzamos en superar es mi incapacidad de alcanzar el orgasmo sin la ayuda de sus dedos sobre mi clítoris. Sencillamente, no va a pasar. Theo me golpea ese punto perfecto una y otra vez y el orgasmo está ahí, a las

puertas… casi lo puedo tocar, pero, a menos que me rodee el clítoris unas cuantas veces, no consigo caerme por el precipicio.

Pero seguimos sin ondear la bandera blanca. Theo se está poniendo de lo más creativo con nuevas posturas, en busca de la que pueda catapultar mi orgasmo, pero hasta ahora no hemos hecho grandes progresos.

Aun así, el sexo con Theo es *increíble*.

Es algo hecho con ahínco. Un ritual. Me muero por sentir sus caricias, sus besos y el placer potente que me recorre cada vez que me sujeta contra la cama, la pared o cualquier otra superficie que considere idónea. Me encanta que a ambos nos pirre el sexo hasta cierto punto, que seamos incapaces de estar sin tocar al otro más de unas cuantas horas seguidas. Llevaba veinte meses sin acostarme con nadie y le estaba poniendo empeño a recuperar el tiempo perdido.

—Ya que tú vas a salir, le diré a los chicos que se vengan a tomar unas cervezas —dice cuando nos estamos vistiendo en el dormitorio media hora más tarde. El agua le gotea del pelo y las gotas brillantes le adornan el pecho ancho y bronceado. Todos los Hayes tiene una tez unos tonos más morena que el estadounidense medio, un hecho que pueden agradecerle a su abuela brasileña—. Deja de mirarme así —añade.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras lamerme.

Hundo los dientes en mi labio inferior.

—¿Es culpa mía que seas tan increíblemente guapo?

Me rodea las costillas con el brazo, mis pechos descansan sobre su antebrazo cuando nos gira para que quedemos de cara al espejo.

—Hacemos una pareja de lo más atractiva… Sobre todo, cuando tú estás desnuda. —Me mordisquea el cuello y calma el escozor con un beso—. Eres muy sexy.

—Ya basta —me río, zafándome de él.

Theo abre el armario para coger un traje rojo de dos piezas de la percha.

—Ponte esto. Disfrutaré quitándotelo más tarde.

Ojeo la falda corta y ceñida con su blusa a juego de asas y un escote en uve pronunciado. Es un atuendo revelador, por decir poco.

—¿No te molesta que salga con esto puesto cuando tú no vas a estar cerca?

Esboza una sonrisita satisfecha y echa las prendas sobre la cama.

—Puedes ponerte lo que quieras. Puedes apañártelas con los imbéciles como nadie, pero… —Agarrándome de la garganta, me empuja contra el espejo. Estoy segura de que pretende intimidarme, pero la travesura que bailotea en sus ojos y su caricia tierna fastidia tal efecto—. Si algún gilipollas con ganas de morir se atreve a tocarte, sé pelear.

—Tienes que soltarme —susurro con un suspiro—. Estás haciendo que vuelva a entrarme el calentón y no tenemos tiempo para otro asalto. —Le doy un piquito antes de agacharme bajo su brazo.

En vez de ponerme la ropa que él eligió, vuelvo a abrir el armario para coger unos pantalones de chándal y una camiseta.

—Prepararé pasta antes de ponerme esa ropa tan provocativa que has escogido.

—No vas a cocinar. He pedido a domicilio.

—¿Por qué? —resoplo, girando sobre mis talones para clavarle el dedo en el pecho—. Tengo tiempo. Iba a hacer unos *wraps* fríos.

—Las chicas estarán aquí pronto y quiero comerme tu coño como postre, así que no, no tienes tiempo para cocinar esta noche.

***

El timbre suena cinco minutos más tarde de que me sirviesen a mí como postre sobre la isla de cocina. Apenas me dio tiempo a embutirme en el conjunto rojo elegido por Theo y apurar el paso hacia la puerta con el pelo hecho una maraña donde las ratas podrían anidar.

Hay ya cuatro chicas en la sala de estar, vestidas y maqueadas a la perfección, listas para salir de fiesta. Cass nos presenta a Kaya mientras toman asiento en el sofá. Una mezcla dulce y acre de

cuatro tipos de perfume se expanden por el piso, cubriendo el leve olor aromático de la comida a domicilio.

—Creía que íbamos a prepararnos aquí —digo, echándole una ojeada a sus maquillajes y peinados—. Dijiste que…

—Me entendiste mal, cielo. —Cassidy se ríe y le pasa a Theo una botella de vino espumoso con una expresión ensayada de niña mimada contorsionándole las facciones—. Sé bueno y ábrenosla —dice. Ha guardado las garras y el desdén que desprendió su voz cuando le dijo que se atragantase con su cerveza en Tortugo ahora se encuentra ausente.

—¿Que te entendí mal? —repito, juntando las cejas en el centro.

—Con lo de que os preparaseis juntas para la fiesta se refería a beber antes unas cuantas copas y rajar sobre los hombres —explica Theo, sacando cuatro copas de champán del armario.

—Vale, yo eso no lo sabía, así que aún tengo que prepararme.

—¡Ay, genialísimo! —prorrumpe Amy, saltando en su asiento con Ares en el regazo. Puede que necesite retocarse el maquillaje en un minuto porque Ares se lo está borrando a base de lengüetazos—. ¡Me pido maquillarte los ojos! No tengo ni idea de qué hacer con tu pelo.

Theo abre el vino, nos rellena las copas y nos las pasa como un camarero profesional. Antes de entregarme la mía, me agarra de la mandíbula y me roba un beso rápido y fogoso.

—Voy a sacar a Ares a pasear. No te vayas antes de que vuelva.

En cuanto las palabras «Ares» y «pasear» salen de su boca, el perro abandona el regazo de Amy, sale corriendo hacia la puerta y salta tan alto que llega a la cintura de Theo. Está superemocionado para ser su tercer paseo del día. Theo solo lo saca para escapar del momento en que «rajemos sobre los hombres».

—Creo que a mí sí se me ocurre qué hacer con tu pelo —anuncia Kaya, acercándose.

No consigo entender cómo alguien puede ser tan perfecta. Lleva un maquillaje tan precioso que parece hecho con Photoshop. Si alguna mujer pudiera convencerme de cambiarme de acera, sería ella. No tiene ni un solo mechoncito fuera de lugar. No hay ni un solo

granito en su rostro simétrico con unos pómulos esculpidos en piedra. Qué injusto, coño.

—¿Me dejas? —insiste, haciendo que caiga en que llevo escudriñándola a saber cuánto tiempo.

—Ah, sí, claro. Perdona, tenía la cabeza en otra parte.

Durante la siguiente media hora, recibo las atenciones de una estrella de cine mientras cuatro chicas se ocupan de mi pelo y maquillaje, lanzándome pregunta tras pregunta sobre mi relación con Theo.

—Debes de tener un chocho con poderes mágicos. —A Mary-Jane le entra la risa mientras me delinea los labios—. Creo que jamás he oído que Theo saliese con nadie.

—*Coñio irresistibilis* —Kaya se ríe ondeando una varita imaginaria—. *Calzonazus inminentus*.

Justo en ese momento, Theo vuelve y junta las cejas, pero los labios le tiemblan, divertidos.

—Solo llevo media hora fuera. ¿Cuánto habéis bebido?

Kaya se gira hacia Theo, esforzándose en mantener cara de póquer mientras las chicas se ríen con tanta fuerza que a MJ se le saltan las lágrimas. Alza una mano, apuntándole al pecho con su varita invisible.

—¡*Orgasmus eternus*!

Theo le quita la correa a Ares, riéndose entre dientes.

—¿Vas a necesitar un cubo cuando vuelvas, *omorfiá*?

—*Thalius novomitus* —anuncio. Debería dejar el vino espumoso ya—. Me pediré solo caipiriñas en la discoteca.

—Sí, buena idea. Si vuelves muy borracha, no habrá *orgasmus* ninguno, pequeña. ¿Cuándo os vais?

Cass comprueba su reloj.

—Pronto. Pediré ya un taxi.

—No hace falta. Ya os llevan Colt y Connor. —Saca el móvil para llamar a sus hermanos.

Quince minutos más tarde, tengo el pelo en un recogido y mi maquillaje jamás había lucido mejor; no es tan impresionante como el de Kaya, pero no soy ni la mitad de arrebatadora que ella, por lo que tampoco se pueden esperar milagros.

Se abre la puerta del piso con Nico encabezando el pelotón con un pack de cervezas en mano y los demás hermanos Hayes, salvo Cody, detrás. Jack y unos cuantos chicos que recuerdo de la fiesta les siguen.

Se produce una pequeña conmoción cuando las chicas se abren paso entre la multitud para llegar a la puerta. Cassidy se mantiene a un lado, callada e insegura de repente, pendiente de cada paso de Logan.

Él no le presta ninguna atención y me hace dar una vuelta sobre mí misma con una sonrisa ligeramente traviesa grabada en el rostro cuando se gira hacia Theo.

—Tienes que tener unos nervios de acero para dejar salir así vestida a tu chica, tío.

—Pueden mirar, pero no tocar —digo, dándome unos golpecitos en la mejilla para que me dé un beso.

—Pues claro que no —coincide después de darme el beso habitual—. Todos saben que eres de Theo, nadie va a correr el riesgo. Diviértete esta noche.

Shawn y Jack son los siguientes en pasarme inspección y dar su visto bueno, mientras que los ojos de Nico apenas se apartan de Kaya. Tiene los hombros echados hacia atrás y desliza la vista por su cuerpo. Le late una vena en el cuello al ver su vestido corto, y no sabría decir si está cachondo o cabreado. Sea como sea, todo apunta a que no soy la única con un chocho mágico. Al fin y al cabo, Nico Hayes no es de los que miran a una mujer dos veces después de que ya pasó por su cama. Al menos, eso dice Theo.

—Llámame cuando estés lista para volver a casa. Cody te recogerá. —Theo me pega a su costado—. Estás buenísima, cariño. —Me respira contra la oreja—. No dejes que nadie te toque.

—Me portaré bien. —Le doy un pico—. Diviértete.

VEINTITRÉS

Thalia

Nuestro grupito de cinco pasó a ser de doce menos de una hora después de llegar a Q. Las chicas votaron por saltarse el ir a Tortugo a favor de ir a bailar a la discoteca, donde MJ vio a unas cuantas amigas de la universidad, y Kaya arrastró a dos completas desconocidas a nuestro reservado.

Me tomo con calma lo de beber caipiriñas mientras las chicas se beben su espumoso, charlando, riendo y puntuando a los chicos que nos miran desde la barra en una escala de posibles.

El uno es «ni aunque fuera el último hombre de la Tierra», y el diez «dejaría que me echase un polvo encima de esta misma mesa».

Nos movemos a la pista de baile cuando un DJ de la zona empieza a pinchar a las nueve. La mayoría de las chicas se ponen a bailar con el primer chico que se cruzan y en un abrir y cerrar de ojos ya solo quedamos Amy y yo bailando solas. Al segundo siguiente, ella también ha conseguido pareja.

Ahora que estoy con Theo, no voy a permitir que ningún hombre invada mi espacio personal, por lo que me retiro a la barra y me muevo al ritmo de la música mientras espero a que me sirvan.

—Un caipiriña, por favor —le grito al barman sobre la música atronadora—. Y un vaso de agua.

Me giro, observo cómo bailan mis amigas y localizo a Kaya retorciéndose en torno a un hombre alto y mayor, que tiene las manos bajo su vestido y le está tocando el culo. Ella sonríe con movimientos patosos mientras se balancea sobre sus propios pies con ojos entrecerrados y distantes.

Le pido al barman que guarde mis bebidas detrás de la barra y cruzo la pista de baile para salvar a Kaya de dejar que ese hombre se la folle al fondo de la discoteca. La idea de dejarla para que se las apañe sola hace que me rechinen los dientes.

—¡Estoy bien! —grita cuando la agarro de la mano. Tiene la mirada perdida. Se bebió tres copas hasta arriba de espumoso mientras me peinaba y ya se ha pimplado dos copas desde que entramos en Q hace media hora—. ¡Tócale la polla! —Me coge la mano y la guía hacia la entrepierna del hombre—. ¡La tiene enorme!

Retiro mi mano antes de que establezca contacto.

—Estás borracha, tía. Venga, necesitas aire fresco y un vaso de agua.

Me ignora y se pone recta, con los ojos puestos otra vez en el hombre maduro y atractivo a su lado, quien ahora parece realmente molesto conmigo. Cuela una mano alrededor de su cintura y la arrastra más hacia las profundidades de la muchedumbre.

Ni loca dejo a Kaya sola. No está pensando con claridad, lo que le da a este tipo la oportunidad perfecta de aprovecharse de la situación. Le guste a ella o no, no voy a dejarla sola mientras no pueda hilar una frase coherente. Cassidy está cerca, completamente desinteresada en el chico con el que está bailando. No hace falta más que establecer contacto visual y formar un «ven aquí» con los labios para que lo deje plantado.

—¿Qué pasa? —me grita al oído.

—Kaya está pedo. Prácticamente le está follando la pierna a ese tío. —Los señalo y el estómago se me encoje. La mano de él ahora está bajo su vestido y, por la pinta que tiene, le está metiendo los dedos en plena discoteca—. Tenemos que sacarla de ahí, Cass.

—Ya… —Arruga la nariz y hace un gesto despreciativo con la mano—. Ignóralo, no te preocupes por Kaya. Seguro que ya le ha pedido diez veces que se la folle. Siempre hace estas tonterías cuando está borracha.

—¡Eso no quiere decir que debamos dejarla sola!

Cass resopla, pero termina llamando a Mary-Jane y Amy. Las cuatro separamos a Kaya del hombre asqueroso, usando nuestros cuerpos como una jaula para la morena borracha. Él intenta

protestar, su erección resulta claramente visible bajo la tela de sus vaqueros, pero se rinde cuando lo encaro y amenazo con llamar a seguridad.

—¿Deberíamos pedir un taxi? —pregunta MJ en cuanto depositamos a Kaya con cuidado en el reservado de la planta de arriba—. Va pedo.

—Nada de taxis. No sabemos si el conductor se aprovechará de ella. Dadme un minuto. Le pediré a Theo que nos mande a uno de los trillizos. Mientras, traedle a Kaya un vaso de agua. —Salgo por la puerta trasera que da la amplia terraza para fumadores y me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Ya habéis terminado?

—No, pero ¿podrías pedirle a uno de los trillizos que lleve a Kaya a casa? Está muy borracha. Acabamos de quitarle de encima a un tío muy sobón. —Le doy la espalda a los pocos que se están fumando un pitillo—. Debería irse a casa mientras todavía puede tenerse en pie.

—¿Tú estás bien? —pregunta y la cháchara de fondo reduce su volumen como si todos estuvieran atentos a nuestra conversación—. Ese tío no te puso la mano encima, ¿verdad?

—No, yo estoy bien.

—Bien. ¿Qué hay de Kaya? ¿Ella está bien?

Bajo la voz a un susurro.

—Estoy bastante segura de que le estaba metiendo los dedos en medio de la pista de baile, pero dudo que vaya a acordarse de nada mañana.

—Menuda fiesta. Mandaré a Cody. ¿Tú te quedas?

—Eso creo. A menos que las chicas se quieran ir, pero no parece que les importe mucho. Ya te informaré de lo que decidamos.

—Sí, vale. Cuídate, *omorfiá*.

Apretando con fuerza el móvil entre las manos para no perderme la llamada de Cody, vuelvo dentro. Los minutos pasan y mis ganas de fiesta se deterioran igual de rápido. Y todavía más cuando Kaya le roba la copa de champán a MJ y se la termina de un solo trago, discutiendo con Cassidy. Hace aspavientos con las manos y no le arrea a MJ en la cara por los pelos.

—Te lo dije —me susurra Cass—. No me malinterpretes, a todas nos gusta salir de marcha, pero Kaya se pasa de la raya.

—No actúes como si fueras su mejor amiga —suelta Kaya, arrastrando las palabras—, ¡te follaste a su novio!

Noto que las mejillas se me enfrían al instante como si toda la sangre hubiese abandonado mi cara. Miro a Cassidy con la boca abierta esperando a que lo niegue, pero se muerde el labio y sus ojos azul aciano evitan mi mirada. Sabía que se había acostado con uno de los hermanos Hayes, pero teniendo en cuenta cómo se comporta cuando Logan está cerca, estaba segura de que fue con él.

Que pudiese ser Theo ni se me pasó lo la cabeza.

Ahora entiendo a qué se refería antes cuando me dijo que la cagó y por qué no quería compartir conmigo la historia que hay detrás.

El pasado de Theo es solo eso, el pasado. Nunca se lo reprocharía, sobre todo, porque yo misma tengo unos cuantos trapos sucios de los que él aún no tiene ni idea, pero si se acostó con ella después de que nos conociéramos, es otro asunto.

—¿Cuándo? —pregunto, sintiéndome enferma por dentro—. Creí… creí que había sido con Logan.

—Ya. —Kaya se ríe, con los brazos cruzados y una cara de zorra entremezclada con desdén a la vista—. Se los folló a los dos.

Me cago en mi putísima vida…

—¿A los dos? —repito, saboreando las palabras en mi boca. Conozco bien la definición, pero… Mierda, la cabeza me late, las manos me hormiguean y no puedo dejar de pensar en «¿cómo es eso posible?»—. ¿A los *dos*?

A Cass le tiembla la barbilla, pero consigue controlarse antes de derramar ninguna lágrima.

—Fue el año pasado. Theo y yo… Dios, no fue *nada*, Thalia. Lo juro. —Me agarra de la mano como si tuviese miedo de que fuese a levantarme e irme. O igual intenta retenerme por miedo a que le estampe un bofetón. Todavía no lo descarto—. Una sola noche —continúa—. Dos extraños. Fue solo para divertirnos. Nos conocimos como una hora antes en el bar, Thalia. Por favor, no me odies. Siento

no habértelo contado, pero fue hace mucho tiempo y no significó nada para ninguno de los dos, te lo prometo.

—¡Pues desde luego no te comportas como si Logan no significase nada! —Aparto mi mano—. ¿Por qué tendría que creerte?

Los ojos se le apagan, se le empaña la mirada y las mejillas se le sonrojan.

—Lo de Logan es distinto. Estábamos unidos, salimos unas cuantas veces a tomar algo y a cenar, y no conocía a Logan cuando me enrollé con Theo y tampoco sabía que fueran hermanos cuando le conocí unos días más tarde. Todo ocurrió muy deprisa. —Traga saliva con fuerza y se seca los ojos con el dorso de la mano—. Es distinto, ¿vale? Logan me importaba. Theo fue un error, lo juro.

Esta actitud de cachorrito pateado no le pega a Cassidy, pero me creo que está siendo sincera. Está disgustada y le asusta mi reacción, cosa que me indica que le importamos yo y mis sentimientos.

Respiro hondo y analizo las situación con raciocinio. Theo lleva viviendo aquí toda su vida. El pueblo está repleto de mujeres que han estado debajo o encima de él en algún momento dado, pero no se quedó con ninguna más allá de una noche.

Saber que mi amiga se acostó con el hombre del que me estoy enamorando no es una imagen que quiera en mi cerebro, pero echar por la borda nuestra amistad por algo que ella misma llama un error que ocurrió mucho antes de que yo conociese a ninguno de los dos es irracional en el mejor de los casos. Theo es mío. Está conmigo y Cassidy no me ha dado ningún motivo para estar celosa las pocas veces que la he visto cerca de él.

—¿Está todo bien entre nosotras? —pregunta, recorriéndome la muñeca con sus dedos delicados—. ¿Quieres que me vaya?

—No… Estamos bien, pero no vuelvas a sacar el tema. —Bajo la voz—. Y tienes que contarme qué es lo pasa entre Logan y tú. Sé que no lo has superado, Cass.

—No volveré a sacar el tema, lo prometo. Gracias. —Me acerca a ella para darme un abrazo—. Algún día, te lo contaré todo sobre Logan. —Se aparta y se toquetea las uñas con gesto distraído, pero las mejillas le arden de un rojo más intenso cuando fulmina a Kaya

con la mirada—. Eres una zorra, ¿lo sabes? Si quieres tocar fondo, adelante. Pero deja de intentar arrastrar a todo el mundo contigo.

No sé para qué se molesta en soltarle esta reprimenda, Kaya está demasiado ocupada sorbiendo de la pajita, tratando de beber de una copa vacía, como para prestarle atención.

Me remuevo en mi asiento, impacientándome y comprobando mi teléfono cada pocos segundos, pero Cody no me llama. No es hasta que pasan otros cinco minutos que una cara conocida y visiblemente molesta se detiene junto al reservado. Solo que no es la que me esperaba.

Nico agarra a Kaya, levantándola del asiento a sus brazos. Ella le lanza una mirada furibunda durante un segundo antes de que sus rasgos deslumbrantes se retuerzan con reconocimiento. Como si hubieran accionado un interruptor en su cerebro, rompe en sollozos, le agarra la camiseta con un puño y apoya la cabeza en su pecho como una niñita perdida. No logro oír lo que dicen, pero Nico vuelve a empujarla al reservado y se acuclilla a mi lado.

—¿Qué le hizo ese hijo de puta?

—Estaba muy sobón, pero…

—¿Recuerdas qué aspecto tenía?

—Sí, pero…

Me sujeta por el antebrazo, con fuerza suficiente como para dejarme marca, y me pone en pie para arrastrarme tras él como un perro travieso atado con correa. Nos detenemos junto a la barandilla que rodea la sección VIP y que ofrece unas vistas a la pista de baile de abajo.

—Señálamelo.

No estoy de acuerdo con su tono de voz ni con la forma en que me ha arrastrado a la fuerza, pero he oído historias bastantes sobre la furia incontrolable de Nico como para atreverme a discutir con él cuando sus gestos claman sangre.

Escaneo el mar de gente, buscando al hombre que le metió los dedos a Kaya. Está junto a la barra con otra chica igual de borracha y que se apoya en él para tenerse en pie.

—Allí. Camiseta azul celeste, gafas y vaqueros claros.

—¿Al que se le está durmiendo encima esa rubia?

Asiento y, sintiéndome impulsada por la locura que veo en sus ojos y temerosa de lo que pueda hacer, actúo en contra de todos mis instintos e intento decirle a Nico que no puede culpar al hombre por probar suerte. Sobre todo, si Kaya estaba dispuesta, pero se gira sobre sus talones antes de que yo pueda abrir la boca.

Igual es mejor así.

El madurito sin duda se merece un buen puñetazo por intentar aprovecharse de la borrachuza de Kaya. Solo espero que Nico no se pase de la raya. Theo dijo que no hay quien lo pare cuando empieza. Va a por Kaya y se la lleva abajo, cruzando la sala hasta el hombre que no sabe lo que le espera.

En un gesto protector, Nico empuja a Kaya detrás de él. Sin un aviso previo ni pronunciar palabra, le clava el puño en la cara al hombre, haciendo que éste pierda el equilibrio. MJ y Amy acuden a mi lado cuando Nico coge al tío por el cuello, le escupe algo a la cara y vuelve a pegarle.

Ni un minuto más tarde, está guiando a Kaya fuera de la discoteca, con el brazo enrollado con fuerza alrededor de sus hombros.

—¿Puede explicarme alguien qué coño acaba de pasar? —grita MJ con los brazos cruzados—. ¿Desde cuándo se pone Nico en plan Rambo por una chica?

Ninguna tiene respuesta, pero Amy rompe la tensión.

—*Calzonazus inminentus*. —Se encoge de hombros y regresa al reservado donde Cass espera con dos bandejas de chupitos.

—Salud —me dice, chocando su vasito con el mío.

Nos olvidamos de este incidente y enseguida recuperamos el ambiente fiestero, volviendo a la planta de abajo.

***

Cody me lleva a casa pasada la medianoche.

El resto del grupo se quedó en la discoteca, a pesar de que Cassidy mañana entra a trabajar a las siete, igual que yo, y debería ir dejando ya los chupitos. Se está acercando peligrosamente al nivel

de borrachera de Kaya. Fijo que mañana falta al trabajo por estar indispuesta.

Genial.

Jared nos ladrará a todos cuando venga a abrir el club de campo.

A pesar de su temeridad al volante, Cody es un chico encantador. Me entretiene hablando casi todo el trayecto de vuelta a casa de Theo. No lo interrumpo para decirle que no comprendo la mitad de los tecnicismos que usa al detallarme los aspectos técnicos de su Mustang, ya que parece que se siente muy orgulloso de su coche. Theo mencionó que a los trillizos les flipa todo lo automovilístico y que les encantan sus coches. Cody me lo confirma al decirme que le hace una limpieza profunda a su vehículo todos los fines de semana.

—¿Siguen los chicos en casa? —pregunto cuando gira a la derecha y sigue por la calle del edificio de Theo.

—No, me llevé a los últimos a casa antes de venir a por ti. En cuanto Nico salió por la puerta echo una furia, la fiesta se volvió una mierda.

—Ya, mi fiesta también se volvió una mierda cuando él apareció en la discoteca.

—Me imagino. Estaba que echaba humo cuando volvió al coche con Kaya. —Aparca junto a la acera—. Chófer Cody a su servicio —bromea—. No tienes que pedirle a Theo que me llame, ¿sabes? Guárdate mi número.

—Lo haré. Gracias. —Me echo hacia delante para darle un beso en la mejilla y salgo del coche, sintiendo las piernas débiles de bailar sobre unos tacones de doce centímetros.

Para cuando le relato a Theo todo lo sucedido esta noche, me lavo y me pongo el pijama, tengo tanto sueño que ninguna cantidad de besos podría convencerme de practicar sexo, pero lucho contra mis párpados pesados, esperando a que Theo salga del baño para hacer la cucharita con él. No lo consigo y lo siguiente que sé es que la alarma empieza a sonar de forma atronadora a las cinco de la mañana.

VEINTICUATRO

Theo

Me había olvidado de lo que se siente al estar pilladísimo por alguien. La anticipación de ver a Thalia después del trabajo hace que vibre por dentro como una colmena de abejas en un día de calor. Pasamos todo nuestro tiempo libre juntos, pero aun así no me canso de ella.

Vuelvo a tener diecisiete: estoy salido, encoñado y emocionado. Soy como un adolescente en celo. Aunque mis sentimientos actuales por Thalia son mucho más maduros e intensos. Cuando era adolescente, perdía la cabeza por cualquier chica dispuesta a abrirse de piernas; las ventajas de ser un chaval obsesionado con el sexo.

Ya he tenido más que mi cuota justa de polvos vacíos. Ahora, el deseo es diferente y más difícil de convocar. Hoy en día no es tan fácil despertar mi interés, pero Thalia no sale de mi mente desde el día uno.

Cuando vuelvo del trabajo, el clase G blanco de Nico está aparcado junto a la acera. Su dueño está apoyado contra el parachoques y unas nubes de humo flotan en el aire caliente.

—Otra vez, no. —Señalo el cigarrillo que tiene en la mano—. ¿Qué cojones ha pasado? ¡Lo dejamos juntos!

—Y ahora fumo yo solo —suelta con la mandíbula cuadrada y un aire a la defensiva constante rodeándole—. ¿Estáis ocupados Thalia y tú esta noche?

Cojo el paquete apoyado en el capó y me enciendo uno, dándole una larga calada. ¿Por qué lo dejé, para empezar?

—No, no tenemos planes. ¿Por qué?

—Kaya quiere que tengamos una cita doble.

El humo me entra por mal sitio y los pulmones me escuecen. Toso como si me estuviese fumando mi primer pitillo.

—¿Kaya? —pregunto cuando puedo volver a respirar—. ¿Ahora estáis juntos?

Se encoge de hombros como si el hecho de que el puto Nico Hayes *salga con alguien* no fuese la información más rara e inesperada que jamás llegó a mis oídos.

Siempre conté con sentar la cabeza cuando conociese a la mujer correcta, y cuento con que lo mismo pase con Logan. Aunque, como ya dije, seguramente siente cabeza un par de años, después cambie a su mujer por un modelo más nuevo y repita la misma operación hasta su lecho de muerte.

Los dos salimos con algunas chicas de forma no muy seria en el instituto, pero ¿Nico? Jamás ha tenido novia. No pensé que pudiese comprometerse con una mujer más allá de una noche.

—Llevamos viéndonos desde el día en que salieron las chicas —admite con la vista clavada en el suelo mientras le da una patada a una piedrita antes de alzar la mirada—. ¿Qué? —sisea cuando ve que aún estoy boquiabierto y mudo de asombro—. Tú y Thalia estáis muy bien juntos. Se me ocurrió que igual debería intentarlo yo también.

—Guau… Guau… ¡Guau! —Me aparto del coche—. Y yo que he estado evitándote estas últimas semanas porque me pensaba que no aprobabas lo mío con Thalia, y ahora resulta que…

—¿Qué? ¿De dónde cojones te has sacado tal cosa?

—Siempre estás diciendo que no hay mejor vida que la del soltero. Nunca has tenido novia y…

—Sí, nunca he tenido, pero eso no quiere decir que esté en contra de las relaciones. Por Dios, ¿de vedad te pensabas que no aprobaba que tuvieses novia? —bufa, a caballo entre divertido y ofendido—. Eres un idiota, ¿lo sabes? No nos estamos haciendo más jóvenes. ¿Crees que no sé que todos acabaremos sentando la cabeza?

—¿Acabaremos? ¿En plural? Ni de coña hablas en serio. ¿Quién coño eres tú?

—Pues claro que en plural. —Pone los ojos en blanco ante mi dramatismo—. No me conoces en absoluto, ¿eh? —Niega con la cabeza con tono amargo, causando que una punzada de culpa me baje por la garganta—. Quiero formar una familia en el futuro. Que haya alguien esperándome cuando llego a casa. No tengo *nada* en contra de Thalia y de ti. Me cae bien. Es divertida y te mantiene bajo control.

Si lo dice en serio, entonces tiene razón. No lo conozco en absoluto. Me estaba basando en suposiciones.

—Lo siento, tío. Ha estado feo de mi parte asumir cosas sin más.

Tira la colilla en la acera.

—Sí que ha estado feo. Y todavía más que lleves tres semanas evitándome. Eres un gilipollas como la copa de una pino, ¿lo sabes? No tengo ni idea de qué ve Thalia en ti, pero ese es otro tema.

—Imbécil.

—Ahora en serio, cita doble. Esta noche. Iremos a mi restaurante. Os recogeré a las siete.

Se sube tras el volante y yo me quedo intentando digerir que mi hermano pequeño, don inaccesible para las mujeres, esté saliendo con alguien. Me preguntó si a él también le explotó la cabeza cuando me vio besando a Thalia en su salón.

***

—Thalia acaba de salir de la ducha, así que no tardará mucho. —Abro más la puerta para dejar pasar a Nico y Kaya.

—«Acaba de salir de la ducha» y «no tardará mucho» no pueden ir en la misma frase, tío.

Entra en casa con pasos calculados porque Ares está ahí mismo, saltando y ladrando a sus pies.

—Nah, Thalia no necesita mucho tiempo para prepararse.

—Aprende de ella —le dice Nico a Kaya con un tono casi suplicante—. Te lleva una hora decidir con qué vestido cubrir ese cuerpazo.

—A lo mejor si dejases de intentar echarme un polvo cada vez que estoy desnuda, no tardaría tanto. —Le da unas palmaditas a Ares en la cabeza y se adentra en el pasillo—. Iré a ver si Thalia necesita ayuda.

—Sigue recto. —Le señalo.

Va vestida para causar infarto con un vestido ceñido y diminuto que acentúa su figura inmaculada de modelo y sus piernas largas. A mis hermanos les atraen un tipo de mujer concreto. A Logan le pirran las rubias. Puede que le eche una miradita a alguna morena de vez en cuando, como con Thalia, pero no creo que se haya tirado jamás a ninguna.

Nico, por otro lado, jamás ha mirado a una rubia dos veces. Solo le interesan las de pelo castaño. Altas, delgadas, con pelo lacio y una cara digna de portada.

Yo jamás he sido tan tiquismiquis. Mientras encuentre atractiva a la chica, jamás me ha importado su color de pelo.

Me preguntó que acabarán prefiriendo los trillizos. Siguen siendo un pelín demasiado jóvenes y gobernados por las hormonas para tener ninguna preferencia. Con que tenga vagina, esté viva y dispuesta a tocarles el pito, diría que les basta.

Nico y yo nos desplazamos a la cocina, donde nos cojo una cerveza a cada uno para matar el tiempo porque, ahora que Kaya ha ido en busca de Thalia, la ayudará a peinarse como la última vez y nos tocará esperar más tiempo del necesario.

Nico recoge a Ares del suelo, le rasca detrás de las orejas y se echa hacia atrás para impedir que el cachorro le lama la cara.

—Cada vez pesa más. ¿Ya has llamado al entrenador de perros?

—Sí, empieza las clases la semana que viene. Thalia le ha enseñado algunos trucos, pero se pasa de amistoso con los desconocidos.

—Gavin conseguirá que pare. —Le da unas palmaditas en la cabeza a Ares—. Cuando aprendas a comportarte, podrás quedarte conmigo de vez en cuando.

—No cuentes con ello. Shawn ya se ha pedido hacerle de canguro cuando lo necesite.

—Cambiará de idea cuando adopten a un bebé.

Cambiamos de tema para hablar del restaurante de Nico y Jared en el que se supone que vamos a cenar esta noche y nos terminamos media botella antes de que la puerta del dormitorio se abra cinco minutos más tarde.

Thalia sonríe, complacida con cómo me la como con la mirada, antes de bajar la vista para ver qué me gusta tanto. Se ha puesto el mismo atuendo que el día en que nos conocimos: una falda negra de cintura alta y un top corto.

—¿Voy bien o debería ir más elegante?

—Vas perfecta. —Le ofrezco mi mano, pidiéndole en silencio que se acerque para poder darle un beso. Así es como quiero tenerla todo el tiempo. Cerca. Mía.

—¡Venga, tortolitos! Me muero de hambre —grita Kaya y taconea hacia la entrada mientras yo me sumerjo más en la boca de Thalia.

—Si queréis seguir enrollándoos, hacedlo en el coche —dice Nico —. Pero que sea un magreo para todos los públicos, ¿entendido?

—No prometo nada —se ríe Thalia, empezando a andar.

Le doy un cachete en el culo, entrelazo nuestros dedos y sigo a mi hermano y su *novia* al coche. Joder, no creo que me acostumbre nunca a que Nico salga con alguien. Bien pensado, no creo que deba. Es un tío muy impredecible, feroz e intenso como para que le dure ninguna relación.

Aún no he tenido ocasión de visitar el restaurante de Nico, pero en cuanto cruzamos la puerta, me detengo para admirar el local. No se parece a lo que esperaba, teniendo en cuenta que Nico es el dueño. En vez de derrochar lujo por cada poro, es un espacio íntimo y elegante. Una sala tenuemente iluminada con mesas para dos y cuatro comensales, un piano de cola sobre una plataforma elevada en el centro de la habitación y un acuario tras la barra, con góbidos amarillos y peces payaso nadando de un lado al otro.

El camarero nos acompaña hasta una mesa redonda junto a la ventana, con vistas al puerto en la distancia y bañada bajo la luz naranja de las lámparas. El atardecer se acerca a marchas forzadas, los primeros rayos rosas y violetas ya cruzan el cielo sin nubes y se reflejan en las olas en calma.

Es romántico que te cagas.

Thalia se sienta frente a mí y al lado de Kaya, quien hojea con impaciencia la carta de vinos.

No es como me imaginaba esta cita doble, pero a lo mejor así es mejor. No creo que fuese a hacer mucho más que tocar a Thalia si la tuviese cerca. Estaba dormido cuando volvió a casa anoche después de currar como camarera y seguía dormido cuando se fue a trabajar esta mañana. Casi veinticuatro horas sin ella son demasiadas para mi gusto. Soy un calzonazos y no tengo reparos en reconocerlo.

En reconocérmelo a mí mismo…, en mi cabeza.

Thalia pide por los dos: colas de langosta a la parrilla de primero y salmón ahumado de segundo. Nico, como el *machote* que es, se pide un filete y Kaya se decanta por un plato de pasta mientras nos habla sobre la nueva estrategia de marketing en la que está trabajando para atraer a un público más joven al club de campo.

—A partir de ahora, celebraremos fiestas mensuales de verdad inesperada en el club de campo. La primera será en tres semanas. Será mucho más grande de lo que estáis acostumbrados.

—Deberías pensar en poner música en directo —aporta Thalia—. Empezar con grupos locales y, cuando empiece a correrse el boca a boca, pensar en invitar a alguien más famoso.

—Oh-oh. —Kaya se aclara la garganta y sus ojos van disparados a un punto encima de mi hombro y hasta mi novia—. Dean viene hacia aquí.

Thalia retira su mano de entre la mía, intentando fundirse con la silla. No me gusta esta reacción ni un puto pelo. Mi cabeza gira como un resorte hacia Dean, que se detiene junto a nuestra mesa con los brazos cruzados y las cejas juntas. Se balancea de un pie al otro, inestable sobre sus propias piernas como si calzase tacones en vez de unos zapatos de cuero marrones.

—¡Vaya! —murmura dirigiéndole una mirada furibunda a Thalia—. Ahora ya sé por qué ignoraste mis llamadas y dejaste de atenderme en el club. Sabía que había algo más. —Señala a Thalia y luego a mí —. Pero te creía más lista, nena. Te creí cuando me dijiste que no te estabas tirando a Theo.

Estoy en pie en menos de lo que canta un gallo y con la mano enrollada en su cuello.

—Y yo te creía lo bastante listo como para no hablarle mal a mi chica. Como me entere de que las has mirado siquiera, te vas a enterar —siseo, empujándolo.

—Pero, ¿tú qué problema tienes? —Se balancea sobre sus pies, retrocediendo—. ¡No hagas como si no te la sudase!

—Largo, Dean —suelta Nico, agarrándome del brazo para que no ataque a este mierdas—. Ya. No lo retendré si decide que es hora de darte tu merecido, y ambos sabemos que no saldrás de esta con la cara intacta.

Dean nos mira a los dos con una estupefacción cómica comparable a la de un taxista de Nueva York al que dan diez centavos de propina. ¿Qué cojones le hace pensar que no iré a por él si se atreve a decir una palabra más?

¿Tengo pinta de estar de coña? «No lo creo». De ser así, Nico no me estaría dejando un moratón en el bíceps.

Dean se reajusta la chaqueta de un tirón, se da la vuelta y avanza a trompicones entre las mesas con paso inestable. Casi se tropieza con sus propias piernas de camino a la barra. Nico le hace un gesto al metre para que se ocupe de Dean antes de tirarme con fuerza del brazo, obligándome a volver a tomar asiento.

La tez cenicienta de las mejillas de Thalia comienza a desaparecer cuando atrapo su mano y le acaricio los nudillos con el pulgar.

—¿Qué te dijo cuando saliste con él? ¿Y por qué ya no atiendes a ese imbécil?

—Dijo que me pondrías de patitas en la calle cuando mis agujeros dejasen de cumplir con tus expectativas —explica con tono desdeñoso—. Le planté cara, pero creo que le atraen las mujeres que no dejan correr sus tonterías. Me reconoció que las flores eran de él y lleva tirándome los trastos sin parar desde entonces. Le pedí a Jared que buscase a otra para atenderle cuando… —duda, las mejillas se le ponen de color escarlata— me dio un azote en el culo.

Nico vuelve a agarrarme del brazo para mantenerme en mi sitio, pero la sangre me hierve y en mi cabeza se desata un infierno, chisporroteando como una máquina vieja. Creo que a él le está pasando algo parecido, porque afloja la mano y el rostro se le contrae. Conozco esa expresión. La tormenta tras sus ojos es señal

de que ha cambiado de idea y ahora está preparado para ayudarme a darle a Dean lo que se merece.

—Lo siento —profiere Thalia.

—¿Que lo sientes? ¿*Tú* lo sientes? Mierda… —Me inclino sobre la mesa para presionar mis labios contra los suyos—. No tienes nada por lo que pedir perdón. Soy yo quien debería disculparse. Hice que esto se convirtiera en un juego para él cuando te aparté de él en la fiesta.

—Olvídate del asunto, ¿vale? Por favor. No vale la pena que te metas en un lío por él.

—Pero tú sí lo vales. Si te vuelve a tocar, le romperé las manos.

Tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no seguir a Dean, quien está ahora mismo en la barra, empinándose un vaso de whiskey como quien se toma té helado en un día caluroso de verano, e ignorando al metre, que intenta echarlo con educación.

Thalia no se ha terminado ni su primera copa de vino cuando la botella se queda vacía, todo su contenido ahora en el torrente sanguíneo de Kaya y afectándole a sus habilidades motoras. El camarero se apresura a traer otra botella, ansioso por impresionar a mi hermano. La comida llega después y casi nos terminamos la cena sin que se produzca otro incidente.

—Parece que mi restaurante es popular de cojones —gruñe Nico, rechinando los dientes mientras ceba a Kaya con dos postres para compensar la ingesta de vino. Dudo que azúcar sea lo que necesite —. Kai está aquí con su mujer.

Mi cabeza se gira de inmediato hacia la puerta y los músculos se me tensan. Debería haber sabido que volvería a tropezarme con él.

Debería haberme preparado mentalmente.

—¿Ese es…? —Thalia baja la voz a un susurro—. ¿Ese es el tío que te robó tu juego?

—Sí —digo, llenándole su copa y la de Kaya con más vino—. Termínatelo. Nos vamos.

Kaya se termina la copa de un solo trago, se come una ración de tarta de manzana caliente y coge su bolso en menos de treinta segundos desde que he dado la velada por terminada.

—Vámonos a Q —sugiere, dando botes en su asiento.

—No es mala idea —admite Thalia.

Llamo al camarero, echando un vistazo por la sala, y mis ojos se detienen en Kai. Está sentado unas mesas más allá y tiene la vista clavada en mí con una expresión decidida en su cara traicionera.

Cinco minutos más tarde, Nico paga la cuenta, demasiado terco como para dejarme hacerlo a mí.

—¿Quieres dejar el coche en casa? —pregunto en cuanto estamos a salvo fuera después de haber tomado el camino largo, navegando el perímetro de la sala para dejar una distancia de seguridad respecto a Kai (es decir, bastante distancia como para no acertarle con el puño)—. Después podemos pedirnos un Uber desde tu casa.

—No, yo conduzco. Esperad aquí, acercaré el coche.

Cuando llegamos, el aparcamiento estaba a rebosar, por lo que dejó el clase G en el parking de empleados, detrás del edificio. Se lleva a Kaya con él, o bien para tenerla vigilada o para echar un polvo exprés mientras Thalia y yo esperamos.

—¿Theo?

Los ojos se me cierran durante un breve segundo. Un resplandor caliente se abate sobre mí de cabeza a los pies como la mecha prendida de un bloque de dinamita ante el sonido de la voz de Kai.

—Escucha, tío, ¿podemos hablar? Es importante.

Thalia se hace a un lado para quedar detrás de mí, aun sujetándome de la mano y apretándomela con fuerza como si supiera que tengo probabilidades de mantener la calma si ella está cerca. La sangre me late en la cabeza, pero la rabia que normalmente me consume cuando pienso en Kai no llega.

Han pasado cinco años desde que me apuñaló por la espalda, pero el sentimiento de traición y el enfado absorbente siempre alcanzaban picos máximos cada vez que pensaba en él. Estaba resentido porque amasase una fortuna con nuestro juego, pero desde que Thalia llegó a mi vida, el dinero ya no es mi prioridad. Ella lo es.

La rabia sigue ahí, pero ya no es tan prominente como antes. Thalia me mantiene bajo control y el tacto de sus dedos envueltos en los míos tienen el efecto de un potente sedante.

—Tenemos que hablar —repite, parece fuera de lugar—. Venga, tío. Han pasado años. Lo siento, ¿de acuerdo? Olvídalo.

Me giro para encontrármelo más cerca de lo esperado, a menos de un metro. Puede que ya no me importe tanto el dinero, pero ver su estúpida cara hace que me ponga hecho una furia igualmente. La mecha se consume y la dinamita estalla. No hay cuenta atrás ni un aviso, solo una explosión instantánea.

Lo próximo que noto es que Kai está en el suelo y le brota sangre de la nariz.

—No tenemos nada de lo que hablar —rezongo, temblando como un muelle—. Sal de mi puta vista, Kai. —Me giro hacia Thalia justo cuando Nico detiene el vehículo a su lado y sale disparado de él antes de que las ruedas se hayan detenido del todo.

Kai se levanta del suelo con la espalda tensa como un tubo de acero ahora que el impredecible de mi hermano está cargando contra él.

—¡Súbete dentro, Thalia! —vocifera Nico pasando por su lado, embravecido—. ¡Súbete! —Thalia da un paso atrás, gira sobre sus talones y se une a Kaya en el asiento trasero del coche, cerrando la puerta tras ella—. ¿Yo qué coño te dije? —gruñe Nico, alzándose sobre Kai. Es más alto que el noventa y cinco por ciento de la población—. Que te mantuvieras alejado de él.

—Solo quiero hablar y explicarme, tío. ¡Joder! Cometí un grave error en el pasado, Theo. ¡Era joven! Y un puto idiota. —Se frota la cara antes de secarse las manos ensangrentadas en los pantalones —. Lo siento. De verdad. Venga, tienes que entenderlo. —Da un paso hacia mí, pero basta un vistazo a mi hermano para cambiar de idea.

No puedo culparlo por acobardarse. Da un miedo de cojones tener a Nico amenazándote en cualquier momento del día, pero cuando está cabreado de verdad, necesitas un búnker para sobrevivir. Parece un presidiario condenado a pena de muerte: loco de remate y sin nada que perder.

Kai se aclara la garganta y se balancea sobre los talones de sus zapatos elegantes.

—Mira, he oído que estás trabajando en un proyecto que mola mucho y quiero ayudar, ¿sabes? ¿Podemos quedar para tomar algo mañana y hablar? Mi empresa podría ayudarte a que tu juego le llegue a las personas correctas. Sería como en los viejos tiempos.

—¿Me estás tomando el pelo? —gruño y las cejas me llegan al nacimiento del pelo—. ¿Crees que puedes engañarme de la misma forma dos veces? Lo que sea que te estés esnifando, déjalo o reduce la cantidad.

—Hemos cambiado de idea —grita Kaya, bajando la ventanilla—. Thalia quiere ir a dar un paseo por la playa. Podemos parar a por vino de camino.

—Theo, venga, tío. Diversión en marcha, juguemos —me suelta la misma frase de mierda que en la universidad—. ¿Recuerdas? Hace años que somos amigos. Por lo menos, escucha lo que tengo que decirte. Estábamos en la universidad y…

—Me la suda. Ya sabes lo que dicen sobre tropezar dos veces con la misma piedra. Ya me engañaste una vez, y no vas a hacerlo dos veces.

Nico es el primero en alejarse, o bien confía en mi capacidad de mantener mi cabreo a raya o siente una necesidad imperiosa de largarse de aquí lo antes posible. Lo sigo, ignorando los ruegos de Kai.

Terminamos los cuatro en la sala de juegos media hora más tarde, donde nos gastamos nuestras monedas ganadas con esfuerzo en las máquinas tragaperras; después, nos pasamos un par de horas en la playa oscura y desierta. Kaya y Thalia beben vino a morro de la botella que compró la primera cuando Nico no estaba atento.

Estamos apoyados contra dos ositos de peluche de dos metros, viendo la fiesta que tienen montada unos críos de instituto en un yate a unos cientos de metros de la costa. Cabrones suertudos…

La medianoche se nos echa encima, el cielo oscuro sobre nosotros está espolvoreado con estrellas brillantes, pero la velada vuelve a irse a la mierda cuando Kaya, borracha perdida, empieza a discutir con Nico. Quiere salir de discotecas a pesar de no poder tenerse recta sin ayuda.

—¡Tú! —Arrastra las palabras, haciendo una pausa para hipar—. ¡No puedes decirme lo que puedo o —vuelve a hipar con los ojos llorosos— no puedo hacer! —Clava una uña larga y cuidada en el pecho de Nico con su otra mano apoyada en la cintura—. Que. Te. Den. Me marcho. —Emprende la marcha hacia el puerto descalza, aunque decir que va zigzagueando sería más acertado.

Nico se apresura a seguirla, la agarra por las caderas y la alza. Se la echa al hombro como un saco de patatas, con el pecho agitado.

—El único sitio al que vas a ir es directa a la cama.

—¡Eres un imbécil! —Deja caer una lluvia de pequeños puñetazos sobre su espalda, gritando y pataleando, pero es como intentar provocarle daños a un tanque con una pistola Nerf de juguete—. ¡Bájame!

Esbozo una sonrisita cuando obedece, deja de retener su cuerpo y ella se desliza por su frente y cae de culo sobre la arena.

—Cierra el pico —sisea él, poniéndose de cuclillas para poder mirarla a los ojos—. ¿Quieres ir a bailar? Adelante, coño, pero mañana no vuelvas a mí arrastrándote, llorando y rogándome.

Su bonita cara se retuerce de pura conmoción. Los labios se le abren y los ojos se le ensanchan durante un segundo antes de que se le empañen con lágrimas frescas. Se lo queda mirando con la barbilla temblorosa antes de romper en llanto. Llora desconsolada con unos riachuelos de lágrimas bajándole por las mejillas. Se abalanza a sus brazos, deshaciéndose en disculpas entre sollozos patéticos.

Esta es la escena más rara que he contemplado en mi vida. Y la cosa solo va a más cuando el humor de Nico da un giro de ciento ochenta grados en un abrir y cerrar de ojos. Su ceño fruncido desaparece, dando paso a una preocupación profunda de cojones que le arruga la frente.

—¿Deberíamos pedir un taxi? —me susurra Thalia. Está sentada entre mis piernas, con la espalda pegada a mi pecho y gira la cabeza para hablarme al oído—. Estoy cansada. Tendrás que darme un orgasmo para que pueda dormir como un lirón.

Le beso la sien.

—Me parece un plan estupendo.

VEINTICINCO

Thalia

Haciendo uso de mi día libre, subo el volumen de la radio del salón y abro todas las ventanas del piso para después pasarme el día limpiando todas las habitaciones, organizando el armario del pasillo y cocinándole a Theo su plato favorito.

Cuando termino, me doy un baño largo, consintiéndome a mí misma con exfoliantes corporales y mascarillas faciales, y hasta me cubro los ojos con dos rodajas de pepino. Me parecen una estupidez, pero estoy dispuesta a estar equivocada. ¿Quién sabe? ¿Igual sí que surten algún efecto? A lo mejor me dejan la piel más radiante. La música sigue sonando, pero ahora me llega desde el altavoz de mi móvil mientras yo descanso sumergida en el agua caliente, disfrutando de un momento de paz para mí misma.

Cuarenta minutos más tarde y envuelta en una toalla, cierro la puerta del baño y cruzo el pasillo de puntillas hasta la habitación, sintiendo el suelo de parqué frío bajo mis pies calientes y arrugados como pasas. Las ventanas siguen abiertas y una brisa fresca atraviesa el cuarto, pero no es eso lo que hace que se me pongan los pelos de punta. Pero, ¿qué…? Junto las cejas durante un breve instante mientras mi cerebro asimila lo que estoy viendo.

El miedo me aprieta la garganta, húmedo y pegajoso.

Las piernas se me congelan, pegadas al suelo junto al marco de la puerta.

El osito de peluche que Theo ganó para mí en la sala de juegos la semana pasada está sobre la cama, entre dos cojines. Sus patas envuelven un ramo grande de rosas rojas.

Su cabeza está desaparecida…

Está tirada en el suelo, con los ojos del osito mirando hacia el techo, y hay un papelito enrollado y atado con una cinta roja metido en su boca.

Una descarga de adrenalina me pone en acción. Vuelvo corriendo al baño, cierro de un portazo y echo el pestillo. ¿Qué demonios está pasando?

Compruebo la puerta para asegurarme de que esté cerrada con llave.

Y vuelvo a comprobarlo.

El pavor me inunda los pulmones como un manto pesado. Mi móvil sigue en una balda, una canción tranquila pende en el aire. Lo aferro con mis manos temblorosas mientras mi pulso caótico me dificulta concentrarme. Me lleva tres intentos conseguir marcar el número de Theo.

—Estoy saliendo ahora mismo de la oficina —dice, respondiéndome al segundo timbrazo.

Los labios se me abren, pero no brota ningún sonido. Dejo de respirar al oír pasos apresurados al otro lado de la puerta del baño.

—¿Thalia?

En vez de ayudarme a recobrar la calma, el sonido de su voz me produce el efecto contrario. Un sollozo patético y quedo me burbujea en el pecho y se vuelve más audible cuando alguien estrella una mano contra la puerta.

—Thalia, ¿qué pasa?

—Hay alguien en casa —susurro y me muerdo la lengua con tanta fuerza que saboreo sangre.

—¿Qué? ¿De qué…? —Se interrumpe como si necesitase un segundo para comprender lo que digo—. ¡Me cago en todo! ¿Dónde estás? —Escucho pasos apresurados y una puerta que se cierra en su lado de la línea, sobresaltándome—. ¿Estás bien?

—Estoy en el baño —hablo atragantada. Me muerdo el puño para guardar silencio cuando otro porrazo llega a mis oídos un segundo antes de que la manilla de la puerta empiece a moverse.

—Quédate ahí dentro. Pon el pestillo. Ya voy de camino, cariño, no te muevas. —El motor de su coche retumba de fondo—. Habla conmigo. No cuelgues. Sigue al teléfono.

El sonido de mi corazón retumbándome en el pecho se mezcla con el motor revolucionado del coche, la respiración trabajosa de Theo y mis gimoteos ahogados.

Siento que me vuelvo loca.

Los segundos pasan en lo que se me antoja una eternidad.

Otro golpe en la puerta del baño hace que me agache bajo el lavabo. Me cubro la cabeza con la mano, temblando de arriba abajo cuando empujan la nota enrollada en la boca del osito por debajo de la puerta.

—Alguien le cortó la cabeza al osito —le susurro a Theo.

Las llantas de su Camaro rechinan en mi oído.

—Ya estoy llegando. No te muevas. ¿Viste a alguien?

—No.

La nota está dentro del baño y quienquiera que esté ahí empieza a retirarse. Escucho con atención, conteniendo la respiración hasta que se cierra la puerta principal, las lágrimas me brotan con más fuerza y el alivio se mezcla con el miedo.

—Creo que se ha ido…

—¡No te muevas! —exclama Theo de inmediato—. No abras la puerta, cariño. Quédate donde estás hasta que llegue yo ahí.

—¡Ay, Dios! —Me pongo de pie de un salto, temblando de la cabeza a los pies—. Ares… ¡no lo oigo!

—¡No abras la puerta! —vuelve a gritar como si pudiese verme extendiendo la mano hacia la manilla—. Ares está con el entrenador, ¿recuerdas? No está en casa. Quédate en el baño. Ya casi estoy ahí.

Vuelvo a hundirme en el suelo, atenta a cualquier ruido, pero el piso está en silencio.

—Me estaba dando un baño —murmuro porque no soporto el pulso enloquecedor que me late en los oídos—. Tenía música puesta y de-dejé las ventanas abiertas y no eché el cerrojo en el baño. ¿Y si…?

—No vayas por ahí —me advierte Theo—. No pienses en eso. Estás bien. No te ha pasado nada. Voy a dejarte en espera veinte segundos, ¿vale? Tengo que llamar a Shawn. Quédate conmigo.

—Tengo miedo —protesto.

No creo que haya pronunciado jamás esas palabras en voz alta. Ni siquiera las he pensado antes. Ni siquiera cuando estaba confinada en solitario en la cárcel, porque los cargos contra mí podrían haber terminado conmigo muerta. Ni cuando mi abogado dijo que no lucharía para defenderme, ni siquiera cuando mis padres me echaron de su casa. El disgusto en la cara de mi padre cuando me dio un bofetón y me dijo que yo ya no era su hija me sigue atormentando en sueños hasta la fecha.

Pero jamás he experimentado un miedo tan paralizante como el de ahora y me pregunto si es porque soy verdaderamente feliz por primera vez en mi vida. Esa felicidad podría desaparecer si quienquiera que se ha colado me pusiese las manos encima. Solo Dios sabe lo que pensaba hacer.

—Lo sé, *omorfiá*. No estoy muy lejos. —El motor acelera aún más fuerte—. Voy a llamar a Shawn. Veinte segundos, cuéntalos.

«Su llamada ha sido puesta en espera; por favor, aguarde».

Me arrastro por el suelo de baldosas, apoyando la espalda contra la bañera y los ojos fijos en la manilla de la puerta.

«Su llamada ha sido puesta en espera; por favor, aguarde».

Bajo la cabeza y me agarro el pelo mojado en un puño, notando cómo las lágrimas amenazan con derramarse. «¡Cálmate de una vez!». Cierro los ojos con fuerza y respiro profundamente.

«Su llamada ha sido puesta en espera; por favor, aguarde».

Veinticuatro, veinticinco, veintiséis.

—Thalia. —Theo está de regreso junto con su Camaro que acelera por el pueblo—. Shawn está de camino. ¿Has tocado algo?

—No. ¿Dónde estás?

—Cerca. No te muevas hasta que esté ahí contigo, ¿entendido?

Me muerdo el labio. El despacho de Theo está en el centro del pueblo, no muy lejos del piso, pero aun así me parece que lleve horas al volante y no meros minutos. Ojeo la pantalla para comprobar cuanto hace que le llamé, pero no importa. El rugido del Camaro acelerando por las calles ya no se escucha solo en mi oído, sino que retumba contra las paredes del edificio.

—Estoy aquí. —Las llantas chirrían antes de que el coche se detenga del todo y la puerta se abre antes de que apague el motor.

Me pongo en pie de un salto, sintiendo que una oleada de valentía me recorre ahora que Theo está aquí. Giro el pestillo cuando la puerta principal se abre de golpe y choca contra la pared con un fuerte estrepito. Abro la puerta del baño de un tirón y me adentro en el pasillo.

Theo me agarra de los hombros.

—Se suponía que tenías que quedarte dentro —dice. El corazón le late más rápido que el mío cuando me arrastra a sus brazos y sus labios se posan en mi cabeza—. Estás bien, pequeña, estás bien. —Me envuelve con fuerza entre sus brazos, acunándome la nuca con una mano—. Estás a salvo. ¿Estás herida?

—No, estoy bien. Lo si-siento, me entró el pánico.

La vergüenza me quema las mejillas. Quienquiera que fuera la chica del baño de hace unos instantes, no era yo. A mí no me entra el pánico. No me escondo. Me enfrento a lo que sea que el mundo quiera echarme encima.

Pero hoy parece que no. Hoy el peligro me pareció demasiado real, tenía mucho que perder.

—¿Por qué te disculpas? —Me aparta lo suficiente para estudiarme y rozarme las mejillas con la yema de sus pulgares—. Estás bien. No pasa nada por tener miedo. Yo también lo tenía.

Vuelvo a hundir la cara en su pecho. Los ojos se me empañan, pero la cercanía de su cuerpo me calma más rápido de lo que podría ningún sedante…

Estoy enamorada de él.

Lo quiero y por eso entré en pánico. Él es la única persona que no podría soportar perder de ninguna manera.

Y lo perderé.

El peso de mis secretos me aplasta de dentro hacia fuera. Debería habérselo contado hace tiempo, antes de permitirme enamorarme de él, antes de que se convirtiese en la persona que más me importa, antes de que la idea de perderlo empezase a resquebrajarme por dentro.

—Han sido los cinco putos minutos más largos de mi vida —dice con suavidad, estampándome un beso detrás de otro en la frente

antes de levantarme del suelo y cogerme en brazos como a una niña pequeña.

—También han sido los más largos de la mía —admito, envolviéndole el cuello con los brazos.

Cruza el pasillo y me sienta en el sofá, reacomodándome la toalla.

—Iré a cogerte algo de ropa antes de que llegue Shawn. —Desaparece en el pasillo y mi cerebro se divide en dos.

Theo se merece saber la verdad. Se merece tener la oportunidad de tomar una decisión informada sobre mí, sobre nosotros y nuestro futuro, pero tengo miedo de contarle lo de Vasilis y los cargos de homicidio porque sé lo que hará.

Me dejará como todos los demás.

Volveré a estar sola, luchando por mantenerme a flote.

Theo no hace ruido durante un largo rato. Me lo imagino en el umbral del dormitorio y asimilando la escena ante sus ojos: el oso de peluche decapitado y las flores entre sus patas. Las puertas del armario se abren y cierran unos instantes antes de que vuelva con una camiseta de asas y unos pantalones de chándal en una mano y la notita enrollada del baño en la otra.

—Gracias —digo cuando me entrega la ropa.

—Dime que estás bien, Thalia.

No estoy bien. ¿Cómo podría estarlo? He bajado la guardia y ahora ya no me enfrento a perder a un amigo o al hombre que me gusta.

Me enfrento a perder al hombre que quiero.

Atrapo sus labios entre los míos en un beso lento y suave.

—Ahora estoy bien —miento. Este no es momento de contar la verdad. Hoy no. No de este modo, pero pronto. Theo tiene que saberlo, procesarlo y decidir qué quiere hacer conmigo después.

Me ayuda a vestirme a pesar de mis protestas. Ahora que él está aquí, los pensamientos paralizantes y fríos se hacen a un lado, haciéndome más fácil contener las horrorosas posibilidades de lo que podría haber pasado, impidiendo que se alimenten de mi consciencia.

Los lamentos de la sirena policial ahí fuera se acerca a cada segundo que pasa hasta que se apaga el aparato.

—No te muevas. Ahora vuelvo —me dice Theo cuando unos golpes fuertes sacuden la puerta.

Es la primera vez que veo a Shawn con el uniforme de policía, una pistola en su funda y unas gafas de sol oscuras que le recogen la melena. Es más bajo que Theo y no tan ancho, pero el parecido está ahí, como con todos los Hayes.

—Hola, cielo, ¿cómo te encuentras? —Rodea el sofá y se acuclilla delante de mí—. Le diste un susto de muerte a Theo. Y a mí también.

—Estoy bien. Es solo que… no sé. Me entró el pánico.

—A mí también me entraría el pánico si hubiese alguien en mi casa que no debe estar. —Se levanta y mira a Theo—. Enséñame qué tenemos entre manos, hermano. El equipo forense viene en camino.

Se dan la vuelta y desaparecen en el pasillo. Yo me voy hasta la cocina para servirme un vaso de agua. Los últimos treinta minutos han sido surrealistas, por decir poco. La nota que empujaron bajo la puerta está sobre la mesa de centro. La desenrollo con cuidado de tocar solo la esquina y después uso el mando a distancia y mi móvil para hacer de pisapapeles. Las palabras están impresas en una tinta de un rojo oscuro y una tipografía elegante.

Tuviste una oportunidad y la jodiste. Hora de jugar.

Lo leo tres veces, entiendo menos y menos de cada vez mientras unas ideas toman forma en mi cabeza.

—No deberías haber tocado eso. —Shawn se deja caer junto a mí —. Parece que le heriste el ego a alguien, cielo. ¿A quién has rechazado últimamente?

Theo se deja caer a mi lado y se acerca para leer el mensaje corto con el ceño fruncido.

—Voy a matarlo, joder.

—Ah, ¿o sea que sabéis quién es?

Sacudo la cabeza, sin estar segura de sobre quién sospecha Theo.

—Yo no tengo ni idea.

—¿No tienes ni idea? —resopla Theo, pasándose la mano por el pelo de la nuca—. Dean Striker.

—¿Crees que Dean ha allanado tu casa? ¡No digas tonterías! —digo con un susurro gritado.

—¿Quién más podría ser? Dean te envío flores, Thalia. Rosas rojas iguales que las del dormitorio. Estaba que echaba humo cuando se dio cuenta de que no tendría otra oportunidad contigo y esto —señala la nota— es una amenaza.

—¿Cuándo fue eso? —pregunta Shawn, sacándose una libretita del bolsillo delantero.

—Después de la fiesta de verdad inesperada. Casi le parto la cara en el restaurante de Nico la semana pasada.

Niego con la cabeza, la inquietud me carcome el estómago como un cubo de lombrices.

—No creo que fuese Dean. Es un tío decente. No me lo imagino decapitando a un oso de peluche. ¿Qué me decís de Asher? Está claro que me tiene cruzada.

Theo me abraza con más fuerza, los músculos de sus brazos y hombros se tensan.

—Fue Dean, *omorfiá*. Lo sé. Pero sí, claro, es un tío majísimo. Prácticamente te llamó puta a la cara, pero es un buen chico.

Shawn escribe en su libreta.

—Comprobaré la coartada de ambos. Necesito que me cuentes lo que hiciste durante este día, Thalia. ¿Cuándo viste el dormitorio intacto por última vez?

—Estuve limpiando la casa todo el día. Las ventanas estaban abiertas. Terminé sobre las tres, cerré las ventanas y cogí ropa nueva de la habitación antes de darme un baño. También iba a cerrar la ventana del cuarto, pero se me olvidó.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el baño?

—Cuarenta, puede que cincuenta minutos.

Theo saca su móvil y comprueba el historial de llamadas.

—Me llamó a las cuatro y diez.

—Digamos que fue una hora. De las tres y diez a las cuatro y diez —dice Shawn—. ¿Oíste o viste algo?

—No, tenía música puesta en el móvil. No había nadie en la habitación cuando salí del baño. Vi el osito y me encerré en el baño para llamar a Theo, pero quienquiera que estuviera aquí golpeó la puerta unas cuantas veces, coló la nota por debajo y se fue.

—¿Hay alguna cámara en el edificio?

—Sí, unas cuantas —responde Theo, tomándome de la mano para impedir que tire de un hilo suelto de mi top—. Llamaré al gerente del edificio y te conseguiré las grabaciones.

Shawn se pone en pie cuando un suave golpecito en la puerta resuena por el piso. Guía al equipo forense al cuarto y les hace un breve resumen de la situación mientras Theo telefonea al gerente del edificio.

—Para —me dice un momento más tarde, arrimándome a su costado—. Para de pensar. Te vas a provocar una migraña. Estoy seguro de que era Dean y, en cuanto Shawn me lo confirme, me ocuparé de ese pirado. No se va a volver a acercar a ti.

Me aprieto contra su pecho, tratando de acallar la tormenta de mi cabeza.

—Abrázame un momento.

Me envuelve en sus brazos, con una mano cruzada por mi espalda y la otra a un lado de mi cara. Los ojos se me cierran y el corazón se me hincha y me duele al mismo tiempo.

—Nos llevará alrededor de una hora buscar huellas en la habitación —nos informa Shawn y los ojos se me abren.

No me aparto de Theo. No podría importarme menos lo que Shawn opine de mí ahora mismo. Si me considera débil o dependiente, me da igual. En el fondo, quiero creer que Theo lo entenderá cuando le cuente la verdad sobre mi pasado. Quiero creer que no se irá, pero ¿por qué no iba a hacerlo?

Todos los demás lo hicieron.

—Vamos a detener a tu osito de peluche —dice Shawn—. No es un sospechoso. Solo necesitamos hacerle algunas preguntas. Tiene derecho a guardar silencio. Aunque debo decir que no espero sonsacarle mucho, ni siquiera en presencia de un abogado.

Mi boca se curva en una sonrisa cuando el pecho de Theo se sacude con una suave risa.

—La ausencia de cabeza podría ser un problema, pero yo llamaría al abogado de todas maneras.

Shawn suelta una carcajada, negando con la cabeza antes de centrarse en su hermano.

—No te inmiscuyas, ¿de acuerdo? Déjame esto a mí.

—Lo haré, por ahora, pero voy a ir a por ese hijoputa de todas formas.

VEINTISÉIS

Theo

El estallido agudo del detector de humo me despierta de sopetón y hace que salte de la cama en un nanosegundo. Estoy del todo alerta cuando irrumpo en el pasillo, saliendo a trompicones de la habitación, para encontrarme con un Ares igual de asustado y desconcertado. Intercambiamos miradas interrogantes antes de correr a la cocina, donde unas nubes de humo flotan en el aire y el olor se me cuela por la nariz.

Thalia se encuentra junto a la isla de cocina, tapándose las orejas con las manos. En la encimera hay una bandeja de horno con lo que parece un bulto de carbón. Abro la puerta de la terraza, dejando que el cálido aire matinal se lleve el humo y la horrible peste a quemado.

—No era mi intención despertarte —habla Thalia, con los brazos ahora cruzados sobre el pecho.

—Estoy seguro de que has despertado a toda la calle. Son las siete de la mañana. ¿Qué haces levantada? —Rodeo la isla—. ¿Y qué se supone que iba a ser eso? —Lanzo una mirada reprobatoria al amasijo de carbón.

—Una tarta de fresas —admite con tono derrotado—. Soy muy buena cocinera, pero la repostería se me da de pena.

—¿Qué haces horneando en vez de dormir?

Deja escapar un resoplido exasperado.

—No podía dormir, ¿vale? No dejaba de pensar en esa nota. Creía que Shawn ya nos tendría noticias a estas alturas.

Para ser sincero, yo también. El gerente del edificio le mandó las grabaciones de las cámaras antes de que el equipo forense se

marchase ayer. ¿Cuánto tiempo lleva comprobar una hora de grabación? ¿No debería llevar, no sé, *una* puta hora?

—Llamará en cuanto tenga algo que decirnos. No te preocupes. No te voy a dejar aquí sola, hoy trabajaré desde casa. —Toqueteo con un tenedor el pegote quemado—. ¿Cuánto tiempo estuvo esto en el horno? ¿Dos días?

—Cuarenta minutos, pero creo que lo puse a demasiada temperatura.

—De verdad que es suficiente con que sepas cocinar. Olvídate de la tarta. —La tomo de la mano antes de que se aleje—. Buenos días. —Le beso la frente—. De todas formas, prefiero comerte a ti de postre, pequeña.

—Oh —murmura y los párpados le pesan.

Le coloco la mano en mi entrepierna y envuelvo sus dedos en mi polla dura.

—Esto necesita que le presten atención.

Antes de que pueda decir nada, la levanto en brazos y no la suelto hasta que estamos en el baño, bajo el chorro de agua de la ducha.

Yo cargo con una erección matutina que solo crece más cuando enjabono las tetas de Thalia. Me devuelve el favor, frotando las manos por mi cuerpo antes de que su pequeña palma se aferre a mi polla y me la acaricie de forma lenta, dolorosamente lenta, volviéndome loco.

—Date la vuelta —le ordeno con voz ronca, posicionándole las manos en los azulejos sobre su cabeza. Abre más las pernas, alza la barbilla y echa hacia atrás ese culo perfecto, yendo al encuentro de la suave caricia de mis dedos en sus muslos—. Agárrate —digo, guiando mi erección a su cálida humedad. Le envuelvo las costillas con una mano, sus pechos descansan sobre mi antebrazo mientras la lleno con cada centímetro de mí. Se me escapa un gruñido bajo cuando me hundo del todo y Thalia tiembla, jadeando con suavidad —. ¿Qué te parece? Dime que te encanta cuando estoy dentro de ti.

—Haz que me corra. —Echa la cabeza hacia atrás, dejando su cuello al descubierto, donde las venas le laten, y casi me corro en el acto.

Me deslizo hacia atrás para volver a entrar en ella. El agua caliente le golpea la espalda, formando un riachuelo en los hoyuelos al final de su columna. Le paso el pelo oscuro sobre un hombro y me agacho para besarle el cuello, mordisqueándole su piel sedosa.

Sigo sin acostumbrarme al hecho de que sea mía. ¿Cómo cojones he conseguido conquistar a una mujer como ella? Yo no soy ningún partido. Thalia podría tener a diez hombres haciendo cola para ocupar mi lugar si quisiese, pero, por algún motivo, ignora mis defectos. O igual es que ve más cosas buenas que malas en mí.

El sonido húmedo de nuestros cuerpos entrando en contacto aviva mis esfuerzos, pero da igual el ritmo, Thalia continúa suspendida en la cuerda floja, balanceándose a las puertas del orgasmo. No se correrá a menos que ponga a mis dedos a trabajar. Es frustrante que te cagas, por decir poco. Me estoy esforzando al máximo, echando mano de todos los trucos conocidos y probando todas las posturas, pero, hasta ahora, no ha habido suerte.

Bajo la mano por su vientre para rodearle el clítoris con dos dedos mientras el ritmo de mis embestidas se acelera con cada gemido necesitado que escapa de los labios de Thalia.

—Más te vale que te corras para mí, pequeña —ronqueo con la frente apoyada contra su coronilla y mis dedos redoblando sus esfuerzos—. Déjate ir.

Las rodillas se le aflojan y un gemido alto se ve ahogado por el agua cayendo en cascada sobre nuestros cuerpos y el plato de ducha. Me salgo mientras se contrae a mi alrededor, su orgasmo catapulta el mío. Los muslos se me acalambran dolorosamente cuando me corro, derramándome sobre su culo redondo y respingón.

***

Thalia está distraída el resto de la mañana, respingando cada vez que me suena el móvil hasta que Shawn viene a casa a mediodía.

—No había huellas dactilares en vuestra habitación ni en la nota —informa, apoyándose en la isla de cocina. Va despeinado y tiene unas sombras oscuras bajo los ojos. Parece que anoche no durmió

—. En las grabaciones sí aparece un hombre, pero está claro que no es Dean, tío. No se le ve la cara, pero es demasiado bajo para ser él. Se me ocurrió que podría ser Asher, pero asegura que estuvo en casa todo el día. No es una coartada muy sólida que se diga, por lo que estamos revisando las cámaras de su vecindario para confirmarlo. —Se saca un papel doblado del bolsillo trasero de su pantalón de uniforme—. Este es el mejor ángulo que tenemos.

El tío en cuestión lleva una sudadera con capucha negra y unos pantalones de chándal también negros, pero tengo que darle la razón a Shawn…, no es Dean. Sus dos metros de altura son difíciles de camuflar. Quienquiera que sea el de la foto, no llegaría a esa altura ni saltando.

Me froto la cara y le paso la foto a Thalia.

—Entonces, ¿qué? ¿Se cuela aquí, asusta a mi chica, deja una nota amenazante y se sale de rositas? Esto es una mierda, Shawn. ¿Cómo voy a dejar a Thalia sola mientras este tío siga libre?

—Estamos trabajando en ello. Unos cuantos de mis chicos están revisando ahora mismo las cintas de las cámaras del pueblo. También he solicitado que venga alguien mañana e instale cámaras dentro del piso. Y tú —mira a Thalia—, si pasa cualquier cosa, me llamas o me envías un mensaje de «ayuda» o «911». Programaré tu móvil para compartir tu ubicación y así saber dónde encontrarte.

Ella palidece un poco y noto que se me hunde el estómago al imaginarme los posibles escenarios que Shawn intenta prevenir.

Esto no es juego.

Es real.

Shawn espera que ese tío vuelva y haga Dios sabe qué.

—Piensa —digo, acercándola a mí para que descanse la espalda en mi pecho—. ¿Quién podría querer hacerte daño? ¿Podría ser alguien de Grecia? ¿Un exnovio?

Niega con la cabeza sin molestarse en dar más explicaciones. Una vez más, me siento dolorosamente consciente de que no sé mucho sobre la vida de Thalia previa a mudarse a los Estados Unidos. Cada vez que saco el tema de sus padres o amigos, se cierra en banda.

Thalia señala la foto.

—Si no es un hombre, diría que cualquier mujer de este pueblo puede ser sospechosa. Estoy segura de que a muchas mujeres que desean a mi novio no les importaría que me atropellase un autobús.

Shawn esboza una sonrisa de satisfacción.

—Sí, ya se me ha pasado por la cabeza que una de las «amigas» del pasado de Theo podría haberse puesto celosa, pero, por desgracia, este es un tío y, hasta donde yo sé, Theo jamás ha probado una polla. A menos que sea demasiado tímido para contarlo.

—¿Tímido? Por favor, agradece que no me vayan las pollas. —Me río, dándole unas palmaditas en la espalda—. Si yo fuese gay, nadie querría estar contigo.

Me hace un corte de manga y vuelve a ponerse serio.

—Tenéis que tener los dos los oídos y los ojos bien abiertos, ¿entendido? Llamadme si sospecháis que algo no anda bien.

La puerta de casa se abre de par en par y mi madre y mi padre entran como Pedro por su casa sin llamar.

—¡Acabamos de enterarnos! —profiere mamá, apretando el paso en una exhalación de gasa blanca—. ¿Cómo estás, corazón? —Atrae a Thalia en un fuerte abrazo—. ¿Cómo es que tenemos que enterarnos por Logan? —me escupe, pero sus rasgos se suavizan cuando vuelve a mirar a Thalia—. No te preocupes, corazón, todo aquel apellidado Hayes está buscando a quienquiera que se coló aquí anoche.

Thalia se sonroja ligeramente, demasiado conmocionada para pronunciar palabra.

—Deja de incomodarla, mamá. Y perdóname por no pensar en llamar a la familia Hayes para convocar una reunión de urgencia.

—Pues deberías haberlo hecho. A tu madre le dio un ataque al enterarse de las noticias —interrumpe papá, poniendo los ojos en blanco y yo tengo que contenerme para no reírme—. Tú debes de ser Thalia. Ojalá pudiera decir que he oído hablar mucho de ti, pero la verdad es que no. —Vuelve a lanzarme otra mirada, esta vez afilada—. También deberías haber pensado en traer a tu novia a casa de vez en cuando.

Sí, debería, pero he estado demasiado ocupado y soy demasiado egoísta, queriendo tener a Thalia toda para mí el mayor tiempo posible.

—Íbamos a ir de visita este fin de semana.

Durante la siguiente hora, mamá vuelve a interrogar a Thalia con sutileza mientras que mi padre, Shawn y yo tomamos asiento en el salón y pensamos en posibles medidas de seguridad.

VEINTISIETE

Theo

Necesito ayuda.

Consejo.

Alguna sugerencia.

Me cuesta admitirlo, pero aquí estoy un viernes por la noche, sentado con mi hermano pequeño en su salón ostentosamente grande mientras Thalia curra de camarera en una fiesta de cumpleaños en la otra punta de Newport.

—Escúpelo —dice Nico, quitándole la chapa a su Corona y pasándome una Budweiser. Rodea su sofá grande de narices que jamás cabría en mi salón y se deja caer en la esquina con las piernas estiradas sobre la mesita de centro—. ¿Qué pasa?

Jugueteo con el abridor. No hay forma fácil de iniciar esta conversación, pero puedo retrasarlo un poco hasta estar relajado y cómodo, es decir, hasta que esté lo bastante borracho para que no me importe.

—¿Os va bien a Kaya y a ti?

Llevan saliendo de manera informal casi tanto como Thalia y yo, seis semanas, para ser exactos. Que yo no sienta el impulso de huir lo más lejos que pueda de mi novia y enterrar el profundo afecto que provoca en mí no es ninguna sorpresa. Que a Nico le pase lo mismo hace que me recorra una corriente de confusión. No me logro hacer a la idea de que no esté intentando exorcizar lo que quiera que sienta. ¿Quién sabía que era capaz de tener sentimientos? Yo no.

—Sí, supongo. Se ha estado portando bien últimamente.

En otras palabras, que no está pillándose un ciego todas las noches. Esa tía tiene un problema serio con la bebida. A pesar de lo preciosa que es Kaya por fuera, es horrible por dentro: manipuladora, malcriada, borde y tóxica, pero… puede que se convierta en alguien digna de mi hermano cuando deje la bebida.

La esperanza es lo último que se pierde.

No solo lo pienso yo. Shawn y Logan se preocupan por Nico tanto como yo. Shawn hasta propuso montarle una intervención, pero ni Logan ni yo tenemos huevos a decirle a Nico que la primera chica en la que ha mostrado un interés sincero es un monstruo a nuestros ojos.

«Cruella DeMonio» es como ha apodado Logan a Kaya. Y no anda muy desencaminado. Es un demonio, pero ¿qué clase de hermano sería yo si no lo apoyase? Sus elecciones son eso: suyas. Y no es asunto mío aceptarlas a menos que se esté haciendo daño a sí mismo o a otros. Hasta ahora, no parece que le molesten los numeritos de Kaya. Tiene complejo de salvador, y salta a la vista.

Además, puede que no esté siendo del todo justo al basar mi animosidad con Kaya en un par de citas dobles que terminaron mal. Thalia y yo hemos cenado con ellos unas cuantas veces y, mientras Kaya está sobria o achispada, es una tía guay. Pero las cosas se van a la mierda cuando sobrepasa su límite diario de alcohol.

Aun así, se lleva bien con Thalia, por lo que igual no es tan mala. Por otra parte, es una de las mejores amigas de Cassidy, quien ha estado pasando demasiado tiempo con mi chica para mi gusto, teniendo en cuenta nuestro pasado. A estas alturas, Thalia debe de estar ya al tanto de que me acosté con Cass, pero, para sorpresa mía, jamás ha sacado el tema e invita a Cassidy a casa de vez en cuando.

—¿Alguna noticia del allanamiento?

Niego con la cabeza, sintiéndome molesto al instante.

—No… es raro de cojones. El tío ese se coló en mi casa, amenazó a Thalia y ahora guarda silencio.

Ha pasado más de una semana, pero Shawn no tiene ninguna pista de la que tirar. Tampoco ha pasado nada fuera de lo normal, como si quienquiera que allanó mi piso cambiase de parecer, pero la

inquietud que me revuelve el estómago me mantiene despierto por las noches.

Llevo a Thalia a trabajar y la recojo todos los días, y le he dicho a Jared que por ahora la ponga con otra chica del carrito para que no esté sola en ningún momento del día.

—Esperemos que fuese solo una broma retorcida. Ahora, escúpelo de una vez. Estás tenso. Presiento que se trata de algo fuerte.

—Más o menos. —Me froto la cara, preguntándome si debería olvidarme de esta idea. ¿Igual debería llamar a Logan? ¿A lo mejor él está mejor preparado para mantener esta conversación?

Aj, ¿a quién pretendo engañar? Logan haría esto aún más incómodo. Lo ideal sería no tener que hablarlo con nadie, pero estoy al borde de la desesperación después de seis semanas de intentarlo y fallar…

Nico es mi penúltimo recurso.

Llamaré a Logan si al final es necesario.

—Nunca creí que acudiría a ti para pedirte consejo. —Me bebo la mitad de la cerveza de un solo trago, respiro hondo y contengo el aliento hasta que digo lo que tengo que decir—. ¿Alguna vez has estado con una chica que no pudiera correrse con tu polla?

Nico alza una ceja con rostro inexpresivo mientras procesa el tema en silencio. Somos hombres, al fin y al cabo.

Hablamos de sexo.

Nos chuleamos de las mujeres que hemos tenido en nuestras camas, pero rara vez entramos en detalles. Al menos, mis hermanos y yo no. Al contrario de lo que piensan las mujeres, los hombres no comparten detalles sobre su vida sexual. Sobre todo, en lo que compete a la mujer que nos importa. Esos asuntos son privados. Puede que mencionemos algo del palo «anoche no pude dormir mucho» en un tono que implica que no dormí porque estaba follándome con ahínco a mi chica, pero no vamos a entrar en más detalles que eso.

Le lleva a Nico al menos veinte segundos procesar el tema. Siempre ha sido de los que escogen sus palabras con cuidado y esta vez no es diferente.

Mierda, debería haber acudido a Logan. Al menos con él sé lo que esperarme al instante: risas. Hasta podría haber probado suerte con Shawn, aunque no iba a serme de mucha ayuda.

Nico se echa hacia delante con los codos en las rodillas, semblante estoico y ninguna pista de lo que esté a punto de decir.

No le divierte y eso ya es media batalla ganada.

—¿Tú no consigues que se corra o ella no es capaz de llegar al orgasmo en absoluto?

Los ojos casi se me salen de las órbitas. Esperaba muchas reacciones de su parte cuando decidí pedirle consejo (que me tomase el pelo, hiciese comentarios estúpidos, se burlase de mí o estallase en carcajadas, entre otros), pero he subestimado a mi hermano pequeño una vez más. Se lo toma en serio. No hay ni rastro de mofa en su voz. Está concentrado y decidido a ayudarme. Me sorprende tanto que necesito un momento para superar el shock inicial.

—Puedo hacer que se corra perfectamente, pero solo si… —Exhalo, me trago mi orgullo y me relajo ahora que sé que esto no será tan difícil como creía—. Solo si le toco el clítoris con los dedos. Tampoco puede correrse con un juguete. He intentado muchas cosas y se acerca, pero no llega del todo.

—Necesito algo más que «muchas cosas», Theo. ¿Qué es lo que has intentado?

—Necesito otra cerveza. —Dejo la botella vacía en la mesita de centro—. He probado la mitad del Kama-sutra. He intentado ponerla a punto. Hasta intenté hacerla correrse con una réplica en silicona de mi polla, tío. ¿Sabías que puedes hacerla tú mismo en casa?

Nico esboza una sonrisa maliciosa, me pasa una botella nueva y se coge una para sí mismo, ignorando a propósito el tema de clonar tu propio pito. Bueno, bueno, bueno… Puede que no sea el único metiendo mi pene erecto en un molde de silicona en mi tiempo libre.

—¿Cuánto tardas en rendirte? ¿Diez minutos? ¿Quince? ¿Media hora?

—¿Media hora? —tartamudeo, casi atragantándome al darle un trago a la Budweiser—. ¿Estás de coña? Soy como un puto adolescente cuando estoy con Thalia. Me mira y ya estoy listo. Creo

que quince minutos ha sido lo máximo antes de tirar la toalla, pero no puse el cronómetro.

Asiente unas cuantas veces y descansa un brazo en el respaldo del sofá. Nos parecemos físicamente. Los siete lucimos un parecido inconfundible, pero todos tenemos una cualidad única que ningún otro puede imitar sin parecer estúpido.

Yo soy gracioso. De todos los hermanos Hayes, está claro que yo soy el cómico. Logan es deportista. Tiene el físico del nadador que acostumbraba a ser en la universidad. Es despreocupado, no se anda con chiquitas y tiene la mecha corta. Nico es callado, seguro y tiene un toque siniestro. Podría ir vestido de rosa y seguir resultando amenazador. Yo podría sentarme igual que él ahora mismo y parecería una copia barata de El Padrino, y él no puede soltar un chiste malo y que la gente se ría.

—La mitad del Kama-sutra —repite, concentrado en sus pensamientos—. ¿Has probado a ponerla boca abajo? Tumbada en la cama, tobillos cruzados y manos por encima de su cabeza.

—No. Tiene pinta de incómodo.

—¿Incómodo? No tienes ni idea. Pruébalo. Jamás me ha fallado, pero si no te funciona con Thalia, tendrás que tener más paciencia que quince minutos. Prueba con el *edging*. Un montón.

—¿*Edging*? —¿Es que he estado viviendo debajo de una piedra?—. ¿Qué significa eso?

—Que la acerques al orgasmo tanto como puedas, que esté a punto. No importa cómo, dedos, boca, juguetes, lo que sea que funcione, pero no dejes que se corra. Para y espera a que se calme. Haz eso unas seis, ocho, puede que diez veces seguidas. Que llegue a un punto en que necesite tanto el orgasmo que quiera arrancarte los ojos. Si no se corre con tu polla así, tendrás que aceptar que es una de esas mujeres que simplemente no puede llegar al orgasmo de esa forma.

Sopeso sus palabras, imaginándome cómo sería denegarle un orgasmo a mi novia diez veces seguidas. No me cabe duda de que terminaré con un ojo morado y el labio partido.

Nos tomamos unas cervezas más mientras Nico pasa revista de cómo van las cosas entre Thalia y yo más allá del evidente problema

en el dormitorio. Acabamos cambiando de tema para hablar de deportes, como de costumbre, aunque esta vez no hablamos de béisbol. A Nico ha empezado a gustarle la Fórmula 1 gracias a los trillizos, que invaden su casa los findes en los que hay carrera. Mientras tanto, yo no paro de pensar en cómo sobreviviré a torturar a Thalia sin perder unos cuantos dientes.

VEINTIOCHO

Theo

—Por favor, cariño —murmura Thalia con tono suplicante y unos ojos casi llorosos—. Ya no puedo más.

Pero solo estoy a medio camino. Cuarenta minutos de llevar a esta preciosa morena a las puertas del orgasmo solo para denegarle el clímax.

Dios, esto también está siendo una tortura para mí.

Quiero darle lo que desea, lo que necesita desesperadamente, llegados a este punto. Jamás había sido así antes de ella, pero con ella *siempre* soy de complacer. Vivo para hacerla gritar mi nombre mientras pierde la puñetera cabeza al correrse de cualquier manera en que pueda llevarla al orgasmo.

Un orgasmo es algo muy diferente para las mujeres y los hombres. Lo único que necesitamos nosotros es un buen ritmo. Frótanos de la manera correcta y durante el tiempo suficiente y nos correremos en cada ocasión.

Las mujeres alcanzan el clímax tanto con el cuerpo como con la mente, un dato que he aprendido demasiado tarde en la vida. Puede que sea la razón por la que no muchas mujeres gritaron mi nombre antes de Thalia. Ignoraba sus mentes, la cara emocional del sexo, y lo mucho que se abrían conmigo.

Ahora las cosas son muy diferentes. Cuanto más relajada y concentrada en sí misma está Thalia, más fácil resulta provocarle el orgasmo. He aprendido a interpretar mejor su estado de ánimo. Cuando está estresada o cansada, dar comienzo a practicar el sexo es diferente a cuando está descansada y contenta.

Ahora mismo, está jodidamente desesperada.

Caliente, cachonda y necesitada como jamás he visto a una mujer antes. Se retuerce. Creo que también me odia un poco, pero espero que valga la pena. Le acuno la cara y capturo sus labios en un beso intenso, estimulándola de nuevo.

Tengo la polla más dura que una barra de acero, pero no voy a tirar la toalla. Conseguiré que llegue aun si termino derramándome en las sábanas de solo verla retorcerse en la cama, con las manos atadas a su espalda con una de mis corbatas porque intentó tocarse después del tercer orgasmo denegado. Los rizos se le pegan al cuello y unas gotitas de sudor le brillan en su tez aceitunada.

—Paciencia, pequeña. Aguanta solo un poquito más. —Bajo más, descendiendo por su cuello y prestándole atención a sus dos pezones antes de cerrar los labios alrededor de su clítoris. Thalia gime, el capullo hinchado está sensible a cada pasada de mi lengua. Cada vez que la devoro, llega al límite más rápido y, para la octava vez, en solo un minuto ya está ahí, lista para caer por el precipicio. Murmura algo en griego, seguramente alguna maldición, y amenaza con castrarme si no detengo la tortura.

Con ocho debería bastar, ¿verdad?

Está *muy* estimulada, muy necesitada. El cuerpo entero le vibra cada vez que la toco.

—Ahora —le hablo al oído. Le doy la vuelta para quede tumbada boca abajo, le estiro las piernas y le cruzo los tobillos—. Agárrate, pequeña. —Me hundo en ella de un solo empellón fluido. Ambos dejamos escapar un gemido, el suyo desesperado y el mío bajo y necesitado.

—Oh… ¡Sí! —jadea y deja escapar un resoplido entrecortado—. Dios… qué gusto sentirte.

Sentirla es increíble. Siempre está prieta, pero en esta postura, en este ángulo, apenas queda ningún hueco. Sus paredes cálidas e inundadas se contraen a mi alrededor mientras me echo hacia atrás y vuelvo a penetrarla una y otra vez, cogiendo ritmo y golpeando ese punto clave.

—Te vas a correr con mi polla, aunque sea la última cosa que haga en mi puta vida —gruño, envistiéndola más rápido con cada sonido

de satisfacción que sale de sus dulces labios. Sus gemidos audibles y tentadores me animan a seguir, redoblando mis esfuerzos.

Está cerca.

Está muy cerca, joder.

Lo noto por la forma en que la respiración se le entrecorta y sus exhalaciones se suceden cada vez más espaciadas.

—Abandónate. Deja de resistirte —digo, sin reducir este tempo exigente—. Deja de resistirte conmigo. Estoy aquí para ti. —Me cierno sobre ella, dejando una línea de besos en la curva de su cuello—. Estás a salvo conmigo, cariño. Siempre a salvo. Déjate ir.

Ese cambio de postura aparentemente insignificante lo cambia *todo*. Thalia se queda quieta entre mis brazos durante un segundo y después…

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Sí! ¡Sí! —Se pasa al griego, temblando de forma descontrolada y… se está corriendo.

Se está corriendo con mi polla.

—Eso es —jadeo. Siento los músculos en carne viva, pero embisto con las caderas hacia delante, dentro y fuera, más fuerte y profundo —. Eso es, cariño. Eso es…

Podría caminar sobre el agua hora mismo, viendo cómo se contrae debajo de mí en una explosión erótica y epiléptica de éxtasis. La intensidad de su orgasmo le roba el aliento durante unos largos y delirantes segundos. Las contracciones de su sexo contra mi polla resultan casi dolorosas. Es un dolor adictivo y placentero que provoca un hormigueo de placer en mi columna. La sensación me rodea las caderas y erupciona cuando me derramo dentro de ella, con el pecho subiéndome y bajándome de forma trabajosa y los labios pegados a su nuca.

—Por fin —digo con voz ronca, aplastándola contra el colchón con el peso de mi cuerpo—. Te has corrido, pequeña.

Me salgo y me tiendo a su lado, acariciándole la columna.

—El mejor. Orgasmo. De mi vida —jadea. Una carcajada exhausta parecida a un gemido abandona sus labios cuando me besa el pecho —. Eres increíble… —Suspira. Tiene los ojos brillantes cuando levanta la cabeza de la almohada. La dicha en su cara hace que esta hora agonizante valiese la pena.

Lleva distraída y nerviosa desde el allanamiento. Ambos lo hemos estado, pero esa inquietud deprimente queda relegada al fondo esta noche. Esta noche, solo somos nosotros dos, encerrados en una burbuja.

Al menos, estábamos en una burbuja…

El ambiente cargado regresa en cuanto nuestras respiraciones vuelven a la normalidad. Pende del aire, presagiando que, lo que quiera que fuera ese puto allanamiento, no se ha terminado.

Esperar a que suceda algo malo lo pone a uno de los nervios.

Mi reloj me dice que son las siete de la tarde y, por más que me gustaría pasar el resto de la tarde-noche en cama, haciendo que Thalia se corra con mi polla ahora que sé que puede llegar así al orgasmo, se supone que vamos a encontrarnos con mis hermanos en el restaurante de Nico. Shawn y Jack quieren nuestra ayuda para nosequé movida relacionada con la boda.

—¿Puedes sentarte? —me pregunta Thalia media hora más tarde, apuntando hacia el sofá cuando estamos listos para irnos.

Sus ojos castaños pierden su brillo, se muerde las uñas y se mordisquea el labio sin cuidado. Basta para que una punzada de preocupación me recorra el pecho.

—¿Va todo bien?

Se sienta a horcajadas sobre mí, lleva las manos a mi cuello y los labios a mi frente para un besito dulce y lleno de afecto.

—He intentado retrasarlo cuanto he podido, pero ya no puedo seguir así. —Me acaricia la mejilla y deja salir una bocana de aire nerviosa—. No hace mucho que salimos y no quiero nada de ti, ¿vale? No hasta que sepas todo lo que no te he contado de mi pasado. Puedes decidir qué quieres hacer conmigo después de que te cuente la verdad.

Me lleva un momento procesar sus palabras, pero cuando lo hago, el estómago se me hunde y el pulso se me acelera a un ritmo constante como el agua que llena una bañera.

Joder.

Me cago en la puta.

Está embarazada…

Simplemente lo sé.

Está embarazada, joder.

Es muy pronto, ¿verdad? ¿Estoy preparado? ¿Es este un buen momento? ¿Es mi trabajo lo bastante estable? ¿Y qué hay de Thalia? ¿Se va a quedar en casa? ¿Necesitaremos una niñera?

Un tornado de ideas contradictorias destruye todo pensamiento racional antes de que lleguen a formarse del todo en mi cabeza. Estoy furioso por haberla preñado tras seis semanas de relación. Estoy furioso de que se lo lleve guardando Dios sabe cuánto tiempo antes de decírmelo. Ha vivido muchos momentos de estrés últimamente. Trabaja seis días a la semana. Debería estar descansando y cuidando de sí misma…

Mierda.

Nos tomamos un par de cervezas anoche. ¿Cómo le afectará eso al bebé?

El *bebé*.

Mi bebé.

Mío y de Thalia.

Me invade un estúpido atolondramiento de felicidad cuando mi cerebro se inunda de imágenes tentadoras. Thalia con una barriga redonda. Un niñito dando sus primeros pasos. Thalia limpiándoles las caras manchadas a nuestros hijos durante una barbacoa con mi familia. La dicha me sobrepasa…, entumece un poco la furia.

Sobre todo, porque Thalia no parece asustada. No se está dejando sucumbir por el pánico a pesar de que el embarazo va a afectarle a ella la que más.

Las preguntas se multiplican en mi cabeza y me lleva un segundo entender que *yo* tampoco estoy entrando en pánico. No me estoy planteando si deseo construir mi vida y un futuro con ella… Sí quiero.

¿Cómo llegué aquí?

¿Y en qué momento exactamente?

No es que haya pensado en este momento como algo de cara a un futuro próximo. Me parecía un concepto muy lejano, pero ahora que estoy aquí, me parece lo correcto. Joder, me parece tan correcto que creo que no me merezco ser tan feliz, pero lo soy.

Y eso es cuanto necesito saber.

Todo lo demás lo iremos viendo con el tiempo.

Thalia ignora el caos que está teniendo lugar en mi cabeza. No han pasado ni diez segundos, pero ya he elaborado un plan de acción.

Anillo. Necesito un anillo y rápido.

Le acuno la cara, atrapando sus labios en un beso lento y afectuoso. Dios, me siento tan lleno por dentro, tan blandito, que mi corazón podría reventar en cualquier segundo.

—Nos las arreglaremos. Te lo prometo, *omorfiá*. Haré que todo esto te resulte tan fácil como respirar.

Dos arrugas se le forman en la frente y su expresión se torna en una de pura mortificación cuando llevo las manos a su vientre.

—¡Ay, Dios! ¿Crees que estoy embarazada? —exclaam, después estalla en carcajadas—. No estoy embarazada, Theo. ¡No es eso lo que quiero contarte!

¿*No* está embarazada?

Mierda, soy incapaz de seguirle el ritmo a mi propio cerebro. Sería demasiado pronto, así que ¿por qué se me cae el alma a los pies y se me hunden los hombros como si me hubiesen arrebatado algo preciado?

—¿No lo estás? ¿Estás segura?

—Estoy segura, pero está bien saber que no huirías si lo estuviese.

¿Huir? Por unos breves segundos, estuve más feliz que un niño pequeño en una convención de dibujos animados.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres decirme?

Respira hondo con los ojos en mí y sus manos pequeñas descansando en mi torso.

—Te quiero.

¿Qué? Estoy confundidísimo ahora mismo. Pues claro que me quie… Oh, nunca me lo había dicho en voz alta. Asumí que era así porque yo llevo ya un tiempo enamorado de ella. Entonces caigo en que… yo tampoco se lo he dicho nunca.

—¿Acabas de darte cuenta ahora de que me quieres?

Sacude la cabeza.

—No. Lo sé desde el allanamiento, pero lo nuestro es muy reciente y no quería asustarte.

—Que estuvieras embarazada durante diez segundos, aunque solo fuese en mi cabeza, no me asustó. Nada va a hacer que huya despavorido. —La vuelvo a besar—. Te…

Me pone las manos sobre la boca, interrumpiéndome antes de que pueda devolverle esas dos palabras.

—No —me advierte—. Por favor. Aún no. Tengo algo que confesarte primero. Solo quería que supieras que te quiero, Theo. Más de lo que entenderás jamás. —Vuelve a besarme—. Siento haber esperado tanto para explicarme.

Un pavor de lo más inquieto se asienta a nuestro alrededor mientras se baja de mi regazo y va a sentarse en el sillón. Juguetea con los dedos como si estuviera calcetando un jersey invisible.

No me gusta a donde se encamina esto.

A veces uno sabe sin más que están a punto de poner su mundo patas arriba. Que algo monumental está a punto de suceder. Algo que se escapa a tu puto control, y lo único que puedes hacer es sentarte y mirar. Un líquido helado me corre por las venas como una especie de infección mortal; las cuerdas vocales se me hacen un nudo.

—¿Qué es lo que quieres contarme?

Una sombra de nerviosismo le cruza la cara como una borrasca que pasa por un maizal.

—Mi verdad.

VEINTINUEVE

Thalia

—Me preguntaste por qué pasé un mes en la cárcel —digo, toqueteándome las uñas y con el corazón latiéndome como loco en el pecho.

He considerado la idea de que el motivo se mantenga un secreto el resto de mi vida, pero jamás lo lograría. Theo hace demasiadas preguntas sobre mi pasado. Me asusta que un día coja su portátil e intente buscar información en internet. Sabe mi apellido y en un momento dado se me escapó que me crie en Tesalónica. Esa es toda la información que necesita para averiguar lo que oculto. Con una búsqueda en Google bastaría para que se le aparezcan multitud de artículos humillantes y después solo estaría a unos clics de distancia de traducir el griego al inglés y descubrir por qué estuve en la cárcel.

Y cuando eso ocurra, puede que no me perdone por no confesárselo yo misma. Por lo menos, ahora puedo tener la esperanza de que entienda por qué llevo retrasando este momento tanto tiempo.

Puedo tener la esperanza de que no se irá.

—Me acusaron de asesinato.

A Theo se le agrandan los ojos, una confusión incrédula le nubla su cara preciosa a medida que los labios se le abren ligeramente. Se queda callado, con los ojos puestos en mí, pero con la mirada perdida durante unos largos segundos antes de obligarse a tomar una bocanada de aire temblorosa.

—Estás aquí, así que debieron de retirar los cargos.

Abro una libreta que escondí bajo el colchón de la habitación de invitados el día en que me mudé. Está lleno de recortes de

periódicos con artículos y fotos relacionadas con el juicio. Encuentro el que no menciona mi relación con Vasilis y uso una aplicación para sacarle una foto al texto y traducirla del griego al inglés antes de pasarle el teléfono a Theo.

Vasilis D. fue hallado muerto esta mañana en su casa de Tesalónica. Todavía no se han hecho públicos los detalles de su muerte. El agente que acudió a la llamada de emergencia ha informado a los medios de que el hombre de 34 años no falleció por causas naturales. Una fuente interna que prefiere preservar su anonimato nos ha informado de que el Sr. D. fue hallado en la bañera. La escena sugiere un suicidio, pero nuestra fuente insiste en que no se puede descartar un asesinato en estos momentos debido a las pruebas incriminatorias obtenidas por el cuerpo policial.

Theo alza la vista con las cejas arrugadas y podría jugármela a qué pregunta le baila en la punta de la lengua. Es la misma para la que cualquier otra persona querría una respuesta después de leer este artículo. Puedo verlo en sus ojos y ya tengo una respuesta preparada antes de que él abra la boca. Noto que las palmas se me enfrían y el corazón me late más rápido, temerosa de lo que pasará a continuación.

Theo ya debería saberlo.

Debería haberle contado lo Vasilis cuando empezamos a ser amigos, aunque fuese sin mencionar el juicio por asesinato. Entonces, habría sido más fácil. El impacto de las noticias no habría sido tan grande cuando éramos amigos a cómo será ahora que somos novios.

Ahora que yo lo quiero a él y él también me quiere mí.

—¿Quién era este hombre?

—Era el alcalde de Tesalónica. Era joven, pero todo el país lo adoraba a él y a su visión de futuro.

—Vale —dice, impacientándose, pero esforzándose en mantener la calma—. Probemos de otra forma. ¿Por qué te acusaron *a ti* de su asesinato?

—Porque… —Respiro hondo y me preparo para el impacto como si estuviera otra vez en el avión, preparada para saltar y atada al monitor como hace unas semanas. Solo que esta vez salto sola y sin paracaídas—. Fui yo quien llamó a la policía. Era mi marido.

Un silencio ensordecedor me llena los oídos y la sangre se me hiela.

—Tu marido —repite Theo por lo bajo con la voz rota como si le costase pronunciar la palabra. Durante diez segundos, no reacciona, relativamente inmutable ante mi confesión, pero entonces el cuerpo se le tensa y las manos vuelan hasta su cabeza, donde se tira del pelo. Pierde la compostura tan rápido que no veo ni cuando pasa—. ¡¿Estuviste casada?! —brama, poniéndose en pie de golpe—. ¿Y no se te pasó por la puta cabeza contármelo?

—Theo, por favor, déjame…

—¡Estuviste casada, Thalia! No hablamos de un «ah, sí, me follé a unos cuantos tíos antes de conocerte a ti». No, esto es un «¡lo quería tanto que quería pasar el resto de mi puta vida con él!». ¡Esto es algo importante! ¡Joder! Deberías habérmelo contado antes de que…

—¿Antes de que echásemos a perder nuestra amistad? —termino por él. Las lágrimas me escuecen los ojos y amenazan con derramarse. Me prometí que no lloraría, pero el desdén de su tono de voz me corta con la precisión de un escalpelo—. ¿Habría cambiado algo?

No esperaba que me escuchase sentado y en silencio, pero el fuego que arde tras sus ojos y el deje afilado de su voz son más siniestros que cualquier escenario sobre cómo podría reaccionar que me pudiera haber imaginado. Me retuerzo en mi sitio, esforzándome por quedarme donde estoy, por dejarle gritar y chillar y asimilar las noticias a su manera antes de seguir explicándome, pero pasa otra cosa con la que no contaba.

—Desde luego que ahora sí que cambia las putas cosas. —Sale disparado a la otra punta de la habitación para coger sus llaves del coche que cuelgan al lado de la puerta.

—Theo, deja que me explique, yo… —Me pongo de pie y voy tras él, pero abre la puerta y la cierra de golpe a sus espaldas con tanta

fuerza que el marco se sacude. Ares se levanta de un salto de la cama, soltando un gritito.

Empiezo a llorar a moco tendido al escuchar cómo se enciende el motor de su coche en la calle.

Se ha ido.

Me ha dejado como todos los demás…

Me escurro por la pared mientras mi mente conjura infinitos escenarios de cómo debería haber afrontado esta conversación. Tuve la oportunidad perfecta de contarle a Theo que estuve casada cuando me preguntó por una verdad antes de la fiesta. «Estuve casada once días» podría haber sido mi verdad aquella noche. Pero no lo fue y ahora Theo tiene una idea muy vaga de la verdad. Ojalá se hubiese detenido a escucharme. Ojalá me hubiese dejado explicarle que casarme con Vasilis fue el mayor error de mi vida. Que ni siquiera lo hice por amor.

Estaba encaprichada con la *idea* del amor.

A decir verdad, podría haberme sincerado con Theo incluso antes. Podría habérselo contado el día en que nos sentamos en la playa todo el día y me preguntó por mi vida en Grecia, pero en vez de la verdad, le mentí a la cara, soltándole una chorrada sobre que vine buscando el sueño americano.

Debería haberle hablado de mis padres cuando me preguntó. Debí decirle que llevo sin verlos casi dos años porque, a su modo de ver, no tienen ninguna hija. Dejé de serlo cuando encontraron muerto a Vasilis en nuestra bañera.

No solo mi vida se fue al garete cuando Vasilis murió. Los cargos por asesinato también le arruinaron la vida a mis padres. Apoyarme a mí durante el juicio habría sido el equivalente a hacerle frente a la nación entera. Me abandonaron para salvar su buen nombre y su sustento, y ahora también me había abandonado Theo.

Vasilis había encontrado una forma de volver a romperme en pedazos incluso desde la tumba y al otro lado del charco, donde intentaba empezar de cero, olvidar el pasado y encontrar la manera de vivir una vida feliz y en paz. Durante un breve periodo de tiempo, había sido feliz. Más feliz de lo que nunca había sido antes, pero mi

vida no está hecha para ser un lecho de rosas. Ni siquiera está hecha para que se me haga difícil.

Está hecha para que sea invivible.

Los ojos se me inundan de lágrimas mientras fulmino con la mirada la puerta por la que Theo desapareció, suplicándole que vuelva y me *escuche*. No soporto estar sola ahora mismo.

Debería haber sabido que mi relación con Theo no duraría mucho. Era demasiado perfecta.

Hecha un ovillo en el suelo, lloro como nunca he llorado antes. Ares me lame la cara antes de tenderse a mi lado y dejar que me acurruque con él; es posible que él sea la única razón de que mi corazón no se haya hecho añicos en pedazos diminutos.

TREINTA

Theo

Cada respiración que tomo duele que te cagas, como si alguien me hubiese enrollado una cadena al pecho y fuese apretando más cada vez que inhalo.

Las manos me tiemblan en el volante, a pesar de que lo estoy apretando con tanta fuerza que tengo los nudillos blancos.

Estoy hecho un lío.

La anarquía reina en mi cabeza.

Tengo un hueco vacío en el corazón.

Una leve sensación de pánico me oprime el pecho.

Golpeo el volante con el puño cuando freno en un semáforo rojo. Con un diccionario entero de sentimientos contradictorios recorriéndome, no me puedo estar quieto, me remuevo en mi asiento, doy golpecitos con el pie en el pedal y maldigo al conductor delante de mí por no salir pitando en cuanto la luz cambia a verde.

«Mi marido» se repite en mi cabeza como las réplicas de un terremoto, destruyendo cualquier intento de tomar las riendas de mis pensamientos. Ojalá fuese una broma. La chica que quiero estuvo casada con otro hombre.

¿Es esto el karma por mis pecados? ¿Por no querer nada más que sexo casual de las mujeres durante todos estos años?

Menuda ironía, la única chica con la que quiero más que solo un polvo, la única chica con la que quiero construir un futuro, es la chica que ya encontró al hombre perfecto. El hombre con el que debía de querer pasar el resto de su vida.

Y no soy yo.

Necesito hablar con alguien, desahogarme y gritar o puede que termine haciendo algo estúpido de narices, como empezar una pelea con un imbécil cualquiera en un bar para descargar mi rabia.

Pero, sobre todo, necesito unas cuantas copas para calmar mis nervios descontrolados.

Se suponía que Thalia y yo íbamos a reunirnos con mis hermanos y Jack en el restaurante de Nico en menos de media hora, pero el puto plan acaba de cambiar. Marco el número de Nico, me aferro al volante e intento decidir si arrancarlo de cuajo.

—¿Qué pasa? —contesta.

—Cambio de planes. —Me estremezco al escuchar mi voz. Hasta a mis oídos sueno alterado—. Os necesito a todos en tu casa.

—No tienes buena voz. ¿Pasa algo malo? ¿Dónde estás?

—A dos minutos de tu casa. Tú diles a todos que vengan, ¿de acuerdo?

—Sí, los llamaré y abriré una botella. Tú entra sin llamar.

Cortando la llamada, giro a la izquierda en la urbanización privada y aprieto el acelerador, yendo a toda pastilla por la calzada bordeada de McMansiones excesivamente grandes. Vuelvo a girar, esta vez a la derecha, hacia la entrada de Nico, a demasiados kilómetros por hora. Las llantas chirrían cuando piso con fuerza el freno, deteniéndome a unos centímetros de la puerta del garaje.

Hace calor fuera, todavía estamos a unos buenos más de veinte grados. El sol se está poniendo tras el océano en la distancia y los tonos rosas y violáceos pintan el cielo sin nubes. El olor a césped se palpa en el aire y el delicado mover de las hojas es lo único que se oye. No hay niños correteando alrededor de las mansiones de la vecindad ni perros ladrando ni coches de paso… es una tarde-noche apacible. Y a mí me da la impresión de que el mundo entero se ha decidido a burlarse de mi desdicha. Debería estar lloviendo a cántaros ahora mismo.

O, mejor aún, debería haber una tormenta atronadora rugiendo con unos rayos que partan en dos el cielo, bañando la casa pija de Nico de un blanco inhóspito.

O lo que sería aún mejor: un huracán que convine con mi humor de perros, pero no.

Ni siquiera chispea.

—Estás hecho una mierda —dice Nico cuando irrumpo a pisotones por el pasillo de mármol que conduce a su ostentosa sala de estar—. ¿Todo bien entre Thalia y tú?

Me paseo de un lado a otro entre la pared de cristal y el piano de cola, que equivalen a dieciocho puñeteros pasos solo de ida. Intento poner en orden mis pensamientos para hilar una frase sensata y coherente, pero sin éxito.

El interior de mi cabeza se parece al caos de la planta principal del hotel y casino Bellagio. Mis pensamientos se pelean por que les preste atención en una cacofonía de ruido incoherente. Me empino la mitad del whiskey que Nico me puso en la mano cuando pasé por delante del sofá por tercera vez, y hundo los dedos en mi nuca tensa.

Debería esperar a que lleguen Shawn, Jack y Logan, pero puede que me dé un puto chungo si no empiezo a hablar ya mismo.

—¿Recuerdas la verdad de Thalia en la fiesta?

Nico está sentado en el reposabrazos de su estúpido sofá con los codos apoyados en las rodillas y siguiéndome con los ojos mientras me paseo por la sala.

—Sí, pasó un mes en la cárcel.

Me termino el resto del estúpido whiskey y estrello el estúpido vaso contra la estúpida mesa de centro.

Creo que necesito calmarme…

—La acusaron de asesinato.

Pasan largos y silenciosos segundos sin ninguna reacción por parte de Nico. Creo que está esperando a que estalle en carcajadas.

«Pues va a ser que no, tío».

—Ya no está en la cárcel, así que… —empieza a decir con tono reservado, como si supiese que basta una sola mala palabra para que me ponga como un energúmeno.

—Pregúntame a quien mató presuntamente.

Se produce un leve cambio en su expresión, como si empezase a darle sentido a mis manos temblorosas y tono cortante, pero antes de que pueda abrir la boca, llaman a la puerta, interrumpiéndonos. Qué oportunos.

—¡Pasad! —grita Nico.

Logan es el primero en entrar, seguido de cerca por Shawn y Jack, con una botella de whiskey cada uno. Nico debe de haberlos puesto en preaviso sobre la situación cuando los llamó porque me dan unas palmaditas en la espalda sin decir palabra.

—Os pondré al día. —Nico cruza la habitación para coger tres vasos de cristal del armario de bebidas—. Thalia le dijo a Theo por qué pasó un tiempo en la cárcel. La acusaron de asesinato.

—¿Asesinato? —prorrumpe Logan con las cejas juntas mientras se quita la gorra de béisbol—. ¿A quién mató?

—Presuntamente —precisa Nico, llenándoles los vasos—. Creo que estamos a punto de averiguarlo. —Me acribillan con miradas expectantes—. ¿A quién?

Los músculos de mi nuca y brazos vuelven a tensarse. Las palabras me saben a chicle viejo.

—A su *marido*.

Esta información les llega más rápido que la acusación de asesinato. Sus expresiones combinan con el caos dentro de mi cabeza: confundidas, sorprendidas y conmocionadas. El rostro de Logan también se contrae con reconocimiento, como si de repente cayese en por qué estoy paseándome de un lado a otro y me sale humo de las orejas como si estuviese a un pelo de cargarme a alguien con mis propias manos.

—Estuvo *casada* y no me dijo nada. —Me dejo caer en el sofá, hundiendo los hombros. Me siento algo más ligero ahora que lo he dicho en voz alta. Me gustaría poder decir que estoy más calmado, pero sería una mentira descarada—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—¿Qué te dijo del caso de asesinato? —pregunta Shawn, el policía que lleva dentro toma las riendas—. ¿Qué pasó con los cargos? ¿Por qué era ella sospechosa?

Sacudo la cabeza, lanzándole una mirada furibunda al techo.

—¿Y eso qué más da? Está aquí, así que tuvieron que retirar los cargos. Estuvo *casada*, Shawn. *Eso* es lo que importa. Tenía que estar enamorada de ese tío para casarse con él, ¿verdad? Tuvo que pensar que era su media naranja. ¿Dónde mierda me deja eso a mí? ¿Soy su segunda mejor opción?

—Eres consciente de que esas son preguntas que deberías hacerle a Thalia y no a nosotros, ¿verdad? —inquiere Logan, jugueteando con el vaso entre sus manos—. ¿Qué más te dijo? ¿Cuánto tiempo estuvieron casados? Solo tiene veinticuatro años, por lo que no pudo ser mucho tiempo. ¿Y si fue una especie de error de borrachera en Las Vegas? ¿O y si fue uno de esos matrimonios concertados?

—¿Matrimonios concertados en Grecia? —resoplo, notando que se aviva mi mal humor—. No lo creo. ¿Y si lo quería de verdad?

—Quería, esa es la clave —dice Jack, acribillándome con una mirada aguda. Pues claro que está de parte de Thalia. A sus ojos, es un angelito incapaz de hacer nada mal. Prácticamente son mejores amigos—. Tiempo pasado.

Nico coge su iPad, lo deja sobre la mesa de centro y empieza a escribir algo.

—¿Qué haces? —pregunto yo.

—Preguntarle a Google.

—¿Lo que debería hacer?

Se ríe, negando con la cabeza.

—A veces me preocupas, Theo. Lo que intento es buscar cualquier artículo sobre el juicio por asesinato. ¿Sabes el nombre del marido?

—Vasilis. Thalia es de Tesalónica y se apellida Dimopoulos. —Aprieto el vaso con más fuerza, volviendo a verlo todo rojo. Me cago en todo. Seguramente sea el apellido de *él*, no el de ella.

—Nos vendría muy bien la ayuda de Thalia para traducir esto —dice, pero un segundo más tarde, abre otra pestaña en el buscador y deja que el traductor de Google obre su magia—. He encontrado algo. —Habla Nico después de un rato de ir de aquí para allá traduciendo de griego a inglés.

Empuja el iPad en mi dirección y coge mi vaso vacío para rellenármelo mientras yo leo la versión traducida del artículo en voz alta, así no perdemos tiempo esperando a que todos nos pongamos al día.

Se ha iniciado una investigación por asesinato después de que Vasilis Dimopoulos, de 34 años, alcalde de Tesalónica, filántropo y

candidato presidencial, fuese hallado muerto a altas horas de anoche (martes).

La policía que respondió a una llamada de emergencia poco después de las 22:00 horas encontró el cuerpo. La mujer de la víctima, de 22 años, se encuentra bajo custodia policial a la espera de ser interrogada.

El detective Nikolaos Balaskas ha dicho: «En estos momentos no podemos especular sobre los posibles sucesos. Estamos trabajando duro para esclarecer las circunstancias de la muerte del Sr. Dimopoulos. No podemos descartar ninguna posibilidad por el momento.

Los detectives encargados de investigar el asesinato solicitan la colaboración de los ciudadanos de poseer información que pueda ser de ayuda.

«Cualquiera que haya presenciado o escuchado algo sospechoso en la zona debe contactarnos de inmediato. Se ha acordonado la dirección y habrá una alta presencia policial por la zona mientras proseguimos con nuestra investigación».

—¿¡Era candidato a la presidencia?! —Salto yo, la sangre vuelve a hervirme. Esto no mejora la situación para nada—. Un alcalde y filántropo contra un mierdecilla como yo.

—Eres tonto —me suelta Shawn, poniendo los ojos en blanco—. Entiendo que estés agitado, pero no hace falta que te comportes como un puto estúpido. Thalia te quiere, Theo.

Es cierto. No lo dudo ni por un segundo, pero eso no cambia los hechos. No tengo claro qué duele más, que estuviera casada o que no me lo dijese. Ambas cosas duelen, supongo, pero el hecho de que no confiara en mí lo bastante como para compartir esa información abre una herida más honda.

Le paso el iPad a Nico. Le echa otro vistazo al artículo antes de copiar y pegar distintos párrafos en el traductor y encontrar más información que pueda arrojar más luz al misterio del asesinato.

Lo siguiente que encuentra confirma lo que ya sabemos: a Thalia la acusaron de asesinato. Sé que en un principio la escena parecía un suicidio, pero los artículos relativos a ese detallito son vagos y no

hay una descripción de qué aspecto tenía en concreto la escena más allá de que al tío lo encontraron en la bañera.

Nico se topa entonces con una entrevista a los padres y amigos de Thalia.

—Escuchad esto. Esto es lo que el padre de Thalia le dijo a los medios: «Ya no tenemos ninguna hija. No hay palabras para describir lo avergonzados y agraviados que nos sentimos. Creemos sinceramente que se hará justicia pronto y esperamos que se condene este crimen atroz con el peor castigo posible».

¿Qué clase de padre escupiría semejante veneno hablando de su hija? Da igual en que marrón me meta, mis padres jamás me darían la espalda.

—Eso no es todo.

Lee las declaraciones de algunos de los amigos de Thalia, quienes repitieron de forma unánime el mismo mensaje: se avergüenzan de haberla conocido y esperan que se pudra en la cárcel. En la parte de arriba de la página, hay una galería con fotos de los padres de Thalia delante de su casa vandalizada: ventanas rotas, basura tirada por su jardín delantero y grafitis pintados por las paredes.

Nico avanza por la galería, mostrándonos imágenes de miles de flores delante de la casa de Vasilis, fotos de muchedumbres delante del juzgado con carteles asquerosos y una que hace que el estómago me dé un vuelco: mi chica esposada dentro del juzgado, al lado de un abogado de brazos cruzados, que está apartando la vista de su cliente con aire de indiferencia como si representarla fuese una pesadilla.

Así no es cómo me imaginaba el juicio. No he tenido mucho tiempo para hacerme una idea, pero no me habría imaginado *esto* ni aunque hubiese tenido todo el tiempo del mundo.

A Thalia la nombraron enemiga pública número uno. Todos la odiaban, incluidos aquellos cuyo amor y protección debería haber sido incondicional: sus padres.

Resisto contra el impulso de vomitar cuando la bilis amarga me sube por la garganta. Esta debe de ser la razón por la que nunca hablaba de sus padres, amigos ni nadie de los que dejó atrás en Grecia. Por esto es que evitaba siempre el tema.

No daba nombres, anécdotas ni fotos.

La acusación de asesinato debe de ser la razón de que se viniera a Estados Unidos. Para escapar del odio que le proferían en su tierra.

—Qué raro —habla Nico—. Dos días antes del final del juicio, se retiraron todos los cargos. —Unas arrugas profundas se le forman en la frente mientras lee el artículo en silencio—. No dan explicaciones. Se determinó que la muerte de Vasilis fue un suicidio y Thalia pudo irse sin ninguna tacha en su historial.

Me pasa el iPad para que pueda leer el artículo conciso y directo al grano.

—No tiene ningún sentido.

Mi cerebro se parte en dos. Un picor rebelde y espinoso me asalta ante la mera idea del infierno en que debió convertirse la vida de Thalia durante el juicio, pero no puedo olvidarme del problema principal.

—Estuvo *casada* —les recuerdo. Las palabras me salen un poco arrastradas ahora que voy por mi cuarta copa—. Quería pasar el resto de su vida con ese tío.

—Estuvieron casados once días, Theo —contraataca Jack, echándome en cara ese detallito que averiguamos gracias a uno de los artículos—. A eso no se le puede considerar toda una vida. Todos tenemos un pasado. Entiendo por qué estás disgustado, pero no puedes reprocharle lo que hizo antes de conocerte. Tú también cometiste tus locuras a lo largo de los años y apuesto a que no le has contado a ella nada de eso.

—Sí, todos tenemos un pasado, pero nunca estuve casado y, de haberlo estado, se lo habría dicho antes de que empezásemos a ir tan en serio, joder. Ni siquiera he estado prometido. ¡Coño!, si ni siquiera sabía lo que era estar enamorado antes de conocerla. —Me masajeo las sienes con las yemas de los dedos—. Estoy muy confundido.

—¿Te dijo por qué no te lo contó antes?

—No la dejé seguir hablando —admito y la vergüenza se desprende de mi voz—. Salí por la puerta…

Logan aprieta la mandíbula, pero habla en un tono calmado y neutral para no perturbarme aún más.

—No llegarás al fondo de esto si no hablas con ella. Has leído los artículos. Parece que pasó por todo un infierno. Estoy seguro de que no debe de resultarle fácil hablar de ello; está intentando olvidar que alguna vez pasó.

—Eso no la absuelve. Debería habérmelo contado antes. Esto no es moco de pavo, Logan. Me he estado planteando un futuro con ella: anillos, boda, niños… ¡Y ahora descubro que ya tuvo un puto marido!

—Tienes unas prioridades muy raras, tío. La acusaron de asesinato —interviene Nico, fulminándome con su mirada feroz y oscura—. Eso debería preocuparte más.

—Retiraron los cargos. Ella no lo mató.

No responde y mira al frente, apretando la mandíbula, mientras se contiene al máximo para no decir nada.

—¿Crees que lo mató? —estallo yo junto con mi mal humor por toda la sala—. Tienes que estar de coña. ¡La has visto! ¿Crees que podría con un tío?

A Nico parece costarle no dejar que mi actitud accione el interruptor de la rabia en su cerebro cuando se termina el resto de su whiskey. No necesita mucho para que se le vaya la pinza. A veces basta algo tan simple como pronunciar la palabra equivocada para ganarte un ojo morado o un labio partido.

—Yo no sé qué pasó y tú tampoco. Y no lo sabrás a menos que hables con ella.

Ese es el problema. Estoy muy desconectado de la realidad. No creo que pueda mantener una conversación con Thalia sin dejar que mis emociones tomen el mando. No filtrar mis palabras y escupir mis pensamientos enredados no es la mejor de las ideas. Estoy seguro de que terminaré gritando cosas que no pienso y de las que me arrepentiré en el futuro. Tengo que consultarlo con la almohada, descansar, recargar pilas y poner en orden la afluencia repentina de información inesperada y no deseada.

Tendremos que hablar en algún momento, pero cuando llegue esa ocasión, tengo que poder confiar en que la dejaré explicarse porque lo único que quiero ahora es gritar a todo pulmón. Hoy ha resquebrajado mi confianza y es toda una putada reconstruirla.

TREINTA Y UNO

Theo

El dolor de cabeza cegador no es ninguna sorpresa cuando me despierto en la habitación de invitados de Nico. Es la misma habitación donde comenzó mi relación con Thalia.

Me quedé en el salón con mis hermanos hasta entrada la madrugada y no recuerdo cómo llegué hasta la cama. Las buenas noticias son que no poté, a pesar de beberme seis vasos de whiskey con el estómago vacío. Al menos, el sexto es el último vaso que recuerdo beber. Puede que tomase más.

No puedo recordar la última vez que me emborraché tanto, pero la resaca es una bendición del cielo. Me encuentro demasiado mal para pensar en el marido muerto de mi novia. También me encuentro demasiado mal para desgañitarme gritando o empezar a tirar cosas, un hecho que beneficiará a Thalia cuando vuelva a casa para hablar con ella.

Nico y Logan están abajo cuando arrastro el culo hasta allí. Ambos podrían pasar sin mucho esfuerzo por extras en una peli de zombis, con sus caras pálidas y ojos inyectados en sangre. Y pensar que estas son las pintas que teníamos todos los findes cuando estábamos en la universidad.

—Buenos días —digo, con la boca más seca que el desierto de Mojave. Me siento en la barra de desayuno, apoyo los codos en la encimera y bajo la cabeza, suplicándole a la puta cocina que deje de dar vueltas. Tengo veintisiete años, por el amor de Cristo. Debería saber que ya no puedo beber como si tuviera dieciséis—. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media. —Logan me lanza un frasco de analgésicos. Me rebota en la cabeza y aterriza en el suelo—. Tómate dos, o puede que cinco. ¿Ya has decidido qué hacer?

—¿Sobre qué? —Necesito esas pastillas, pero si me agacho a recogerlas, puede que ya no me levante.

—Sobre si vas a pedirle a Thalia que se case contigo.

—¿*Qué*? ¿Yo dije eso?

Nico pone en marcha la cafetera, el ruido que hace es como agujas directas a mis oídos, pero el aroma amargo compensa mi sufrimiento.

—No recuerdas gran cosa, ¿eh? Después del sexto whiskey no parabas de divagar sobre hincar la rodilla.

—«¡A la mierda! Se casó con él, así que se casará conmigo también. No va a tener su puto apellido. Va a tener el mío» —cita Logan con una teatralidad exagerada.

—«¿Y si me dice que no? ¿Y si no soy el chico correcto para ella? ¿Y si no me quiere?». —Shawn se uno a nosotros, fresco como una rosa—. Menudo dramas estás hecho. Si no lo supiera de primera mano, diría que el gay eres tú.

—¿Y bien? —me insta Nico, sonriendo detrás de su taza—. ¿Vamos a dedicar esta bonita mañana a buscar un anillo?

—Estaba borracho —resoplo, restándole importancia, pero mi corazón va más rápido que una locomotora al pensar en que Thalia se convierta en la señora Hayes—. Dejaos de tonterías.

—Sí, estabas borracho —dice Logan con los brazos cruzados sobre el pecho—. Los borrachos dicen la verdad. No vas a romper con Thalia. Me encargaría personalmente de zurrarte si lo hicieses porque, seamos sinceros, tienes una suerte de que esté contigo que no te la crees. ¿Qué te hace pensar que encontrarás a otra mujer lo bastante crédula como para enamorarse de ti? —Me da un codazo en el hombro y esquiva con pericia la manzana que le lanzo a la cabeza—. Estoy de broma, pero, en serio, deja de lamerte las heridas, espabila y *habla* con ella.

Todos asienten al unísono.

Siempre tan serviciales, estos cabrones.

Me tienen hasta el gorro la mitad del tiempo, pero, sinceramente, no sé qué haría sin ellos. Simplemente dicen lo que ven y, ahora mismo, agradezco el cubo de agua fría figurado que me han tirado a la cabeza porque Logan tiene razón.

Todos la tienen.

Tengo que hablar con Thalia y llegar al fondo de esta cuestión en vez de echar la relación por la borda a la primera señal de problemas. Thalia no me reprocha el haber sido un putón verbenero antes de conocerla. No tengo derecho a reprocharle sus errores, pero necesito escuchar toda la historia. Tengo que saber por qué se casó con ese tío y cómo murió.

A Shawn le salta una notificación en el móvil, que lleva en el bolsillo, y la sangre abandona su cara cuando comprueba la pantalla.

—Mierda… —Alza la vista para mirarme—. Es Thalia.

Mi dolor de cabeza pasa al olvido en un instante cuando me enseña el mensaje que ha recibido de mi chica.

Thalia: 911

Las piernas, que siento como dos tubos de agua, me ralentizan cuando corro hasta el salón para rescatar mi teléfono. El mismo mensaje me espera en mi pantalla, enviado hace menos de un minuto.

—¡No la llames! —me grita Shawn cuando estoy a punto de hacer eso mismo—. No sabes lo que está pasando. Si se está escondiendo y la llamas, solo empeorarás las cosas. La ubicación de su teléfono indica que está en el piso.

—¡Vamos! —brama Nico desde la puerta, llaves en mano.

De pronto, todos estamos sobrios y alerta. Nos subimos a su clase G mientras Shawn hace una llamada para enviar un coche patrulla a mi casa. Abro la aplicación del sistema de seguridad para ver lo que está pasando y se me cae el alma a los pies.

No hay imagen.

De haberse interrumpido la grabación, me saldría un mensaje de error, pero solo veo una pantalla en negro, lo que significa que han cubierto la cámara que apunta a la puerta de entrada.

Doy marcha atrás en la grabación hasta cuando Thalia se acercó a la puerta hace menos de cinco minutos, con los ojos rojos e hinchados como si hubiese llorado toda la noche. Fue a abrir la puerta, seguramente esperando encontrarme a mí al otro lado. Su preciosa cara palideció y cerró la puerta de golpe con todas sus fuerzas. Recordó coger a Ares del suelo a pesar del terror que debía de estar atenazándola antes de salir corriendo a nuestro cuarto.

Mierda. Esa puerta no tiene cerradura.

No puede esconderse ahí.

¡Debería haberse metido en el puto baño!

Dos segundos más tarde, algo cubre la cámara. El corazón me martillea en el pecho, amoratándome las costillas. El sabor amargo del miedo que noto en la lengua me pone enfermo. Despedazaré a este cabronazo, quien quiera que sea, en cuanto le ponga las manos encima.

—Estará bien. Sabe defenderse —me asegura Shawn, tratando de consolarme—. Intenta calmarte. Ya casi llegamos.

—¿Que me calme? —exploto, las manos me tiemblan—. ¿Estarías tú calmado si Jack estuviese encerrado en vuestra casa con un pirado? Porque hay uno dentro de mi casa, ¡a solas con mi chica!

—El patrulla está a solo un minuto de distancia. Estará bien, Theo. Tiene más agallas que muchos chicos que conozco.

Nico acelera por Newport como si estuviésemos en una peli de acción de alto presupuesto. El motor ruge y las llantas le chirrían con cada curva. Siete minutos más. Siete largos minutos pasan antes de que pise a pleno el freno delante del edificio, dejando el coche tirado en mitad de la calzada.

Las luces rojas y azules destellan en los techos de tres coches de policía. La puerta del edificio está abierta de par en par y un agente monta guardia fuera, supongo que asegurando el perímetro y evitando que la multitud de viandantes se acerque demasiado.

Me apresuro adentro, rebotando contra la pared del vestíbulo y con el corazón en la garganta cuando irrumpo por la puerta.

—¡¿Thalia?!

—Estamos aquí —grita una voz de hombre desde el cuarto.

Voy a su encuentro en un suspiro. Noto todos los músculos de la espalda contraídos. Thalia está sentada en la cama, con Ares acurrucado a su lado, y no se le ve ningún rastro de lágrimas en la cara. Enfilo directo a ella y la acerco a mí, acunándole la cara.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

Un quejido quedo brota de sus labios y se queda perfectamente rígida entre mis brazos.

—No me abraces. Me duele un montón.

La suelto y le paso revista, notando solo en este momento que su hombro derecho está torcido hacia atrás en una posición antinatural.

—¿Qué coño ha pasado?

—No había nadie dentro cuando llegó el primer patrulla —explica el policía justo cuando Shawn se nos une.

—Huyó en cuanto escuchó las sirenas —dice Thalia.

—Pero lo han atrapado —se apresura a añadir Shawn como si supiese que, de no saber ese detallito, perdería los papeles—. Lo pillaron cuando huía por el callejón de atrás.

—¿A quién? ¿Quién cojones estaba aquí?

—Kai. —Thalia apoya la frente en mi hombro y yo me arriesgo a envolverle el torso con el brazo, con cuidado de no tocarle el hombro dislocado.

«Kai».

¿¡Por qué no pensé yo en ese anormal?!

La nota que dejó la última vez me relampaguea por la mente. Debería haber seguido indagando cuando Shawn confirmó que no eran Dean ni Asher. Debería haber sabido que Kai no iba a rendirse tan fácilmente.

«Tuviste una oportunidad y la jodiste. Hora de jugar».

«Diversión en marcha».

«Juguemos».

Hijo de la gran puta.

—Eres una tía dura —dice Shawn con una sonrisa dibujada en los labios—. Los chicos me comentan que le tiraste la mitad de las sartenes de la cocina.

—¿De la cocina? —repito yo, confuso. Ni siquiera miré en esa dirección cuando entré corriendo—. Vi cómo te escondías aquí con Ares.

—Encerré aquí a Ares, os envíe a los dos un mensaje y entonces salí. —Le da unas palmaditas en la cabeza al perro—. No sé que se pensaba Kai que iba a pasar. Vino desarmado. Tenía un trapo, que supongo que estaba impregnado en cloroformo, pero le di una patada en los huevos y corrí a la cocina.

Dios… Iba a llevársela. A usarla para extorsionarme y obligarme a entregarle el juego.

Aprieto los labios contra su sien, sin tener claro cuál de los dos lo necesita más.

—¿Cómo te dislocaste el hombro?

El agente al lado de Shawn se echa a reír ante mi pregunta.

—Intentó evitar que él se escapara, se resbaló en el salón y aterrizó en la mesa de centro.

No sé si estoy más cabreado u orgulloso. La última vez que Kai estuvo aquí, Thalia se encerró dentro del baño, pero hoy decidió plantarle cara a ese pirado. No debería haber corrido el riesgo. Se ha hecho daño y, a pesar de que ponga cara de valiente, a duras penas consigue mantener a raya las lágrimas. Sé lo mucho que duele un hombro dislocado y no me puedo creer la entereza con la que lo está afrontando.

¿Dónde demonios está la ambulancia?

Le beso el pelo.

—Eres demasiado valiente para tu propio bien, ¿lo sabías?

—Tenía miedo hasta que vi quien era. Los hombres como Kai van de duros, pero son débiles. No estaba preparado y titubeaba, hablando de cómo tú destruiste su reputación y nadie del medio quería hacer negocios con él. No paraba de repetir que está en banca rota y que quería ser tu socio, pero tú lo rechazaste y no le dejaste más alternativa.

—La ambulancia ya está aquí. —Logan se detiene en el umbral con Nico a la zaga—. ¿Estás bien, Thalia?

—Sí, pero estaré mejor cuando me tome unos analgésicos.

Uno de los colegas de Shawn dirige al equipo de paramédicos al cuarto y, un segundo más tarde, entra una mujer joven. Ésta atiende a Thalia, obligándome a apartarme para no estorbar. Aprieto tanto la mandíbula que duele cuando los paramédicos la revisan. La están ayudando, pero, en el proceso, le están haciendo daño y no soporto ver cómo sus ojos bonitos se llenan de putas lágrimas.

—Tendremos que tomarle declaración. —Shawn nos lleva a mí, Logan y Nico fuera de la habitación y hasta la cocina, donde sus compañeros están sacando fotos y recogiendo cualquier prueba que encuentren—. Kai está bajo arresto para ser interrogado. Me aseguraré que pague por esto, Theo, pero no te esperes gran cosa. Le caerán dos años como máximo, teniendo en cuenta que no robó nada. Lo único que tenemos es allanamiento con intención de causar daños, lo cual no es mucho.

—Estará de vuelta en la calle el año que viene por buen comportamiento, ¿verdad? —siseo, observando el caos de la cocina, donde el contenido de los armarios se encuentra esparcido por todo el suelo.

—Seguramente, pero no empieces a preocuparte antes de tiempo. —Me da unas palmaditas en el hombro con el fantasma de una sonrisa en los labios—. Menuda mujer te has echado de novia.

Nico y Logan muestran su acuerdo, sonriendo por lo bajo cuando Thalia discute con los paramédicos, en voz bastante alta, sobre que no necesita que la lleven en una camilla. Gana la batalla y, unos instantes más tarde, me subo en la parte de atrás de la ambulancia y le doy la mano durante todo el trayecto hasta el hospital. No está tan tensa ahora que se ha tomado analgésicos y el dolor es soportable, si es que no ha quedado adormecido del todo.

—Tenemos que hablar —dice con un hilo de voz.

—Ahora no, cariño. Hablaremos cuando te sientas mejor. —Le acaricio los nudillos con el pulgar—. Todo pasará enseguida, te lo prometo.

No tan enseguida como esperaba.

No es hasta casi tres horas más tarde que conducen a Thalia en silla de ruedas a una habitación. En mi mano izquierda luzco las marcas ensangrentadas y en forma de media luna de sus uñas. Me

ha desgarrado la piel de tanto apretarme la palma mientras los médicos volvían a ponerle el hombro en su sitio. Estoy seguro de que se me partió algún diente cuando luché contra el impulso de mandar a paseo a las personas que estaban ayudando. Los medicamentos la aliviaron un poco, pero cuando dos médicos le encajaron el hombro en su sitio, lloró y gritó, haciendo que se me contrajese el estómago.

Ahora está en la cama de hospital, con una de esas batas azules, arropada bajo las sábanas blancas y dormida gracias a las bolsas intravenosas que rodean su cama, llenas de analgésicos y sedantes leves. No lo necesitaba, pero al médico le preocupaba que estuviese en estado de shock y no quería arriesgarse a que sufriese una crisis cuando la abandonase la adrenalina.

El médico quiere que pase la noche en el hospital como precaución. Dudo que haga nada semejante con ningún otro paciente, pero estamos hablando de *mi* novia, y yo soy un Hayes y el hijo del alcalde, por lo que recibo un trato especial.

No quiero que pase aquí la puta noche. La quiero lejos de aquí y de vuelta en casa, donde pueda ponerse su propia ropa y mirar Netflix conmigo en el sofá toda la noche. En casa, donde puedo tenerla envuelta en mis brazos y besarle la cabeza una y otra vez. Donde Ares puede hacerse una bolita a sus pies para darle calor.

Saco mi móvil del bolsillo cuando me vibra por novena vez. Llamadas perdidas de la mayoría de mi familia me esperan en la pantalla, junto con unos cuantos mensajes.

Papá: Shawn nos ha contado lo que pasó. ¿Cómo está Thalia?

Mamá: *Voy de camino al hospital. He parado en tu casa para coger algo de ropa y artículos de aseo para Thalia. Llámame cuando veas este mensaje.*

Cody: *Responde al teléfono, capullo. Estamos en la sala de espera y nadie nos dice una mierda. ¿Cómo está Thalia?*

Mamá: Theo, por favor, llámame. ¡Estoy muerta de preocupación!

Nico: *Llámame si necesitas algo. Estoy ayudando a Shawn.*

Le envío un mensaje a papá y dejo a Thalia sola a regañadientes, a sabiendas de que la sala de espera debe de estar hasta los topes con mi familia a estas alturas. No me molesta. De hecho, agradezco que estén aquí, que les importe. Es alentador saber que están listos para echar una mano de la forma en que puedan.

Yo: Ahora está dormida. Le han vuelto a colocar el hombro.

Tal y como esperaba, no solo mamá y Cody esperan noticias. Mis tres hermanos más pequeños están sentados en las incómodas sillas de plástico, junto con Jack y Logan. Incluso Cassidy, Mary-Jane y Amy están aquí, apartadas de todos en una esquina, como si tuviesen miedo de que les muerdan.

—¿Cómo está Thalia? —Mi madre es la primera en ponerse de pie. Hay una bolsa pequeña de viaje bajo su silla. Me envuelve en sus brazos y me acerca para darme un abrazo mientras todos se reúnen a mi alrededor, ansiosos de oír las novedades—. Estaba muerta de preocupación cuando Shawn llamó. ¿Estás bien? ¿Necesitas que haga algo? Puedo llevarme a Ares a casa o…

—No hace falta, mamá. Le han vuelto a colocar el hombro en su sitio a Thalia. Ha sufrido una conmoción cerebral leve, pero se pondrá bien. Ahora está dormida. El médico quiere tenerla bajo observación esta noche, pero no creo que sea necesario. Estaría mucho más cómoda en su propia cama que aquí.

No quiero que pase la noche en el hospital. No hay manera de que yo quepa en esa camita con ella y no hay manera de impedirme intentarlo si su médico no la deja irse a casa.

—No hace falta que esperéis aquí. Si hay algún cambio, os llamaré. Thalia necesita descansar, por lo que ninguno de vosotros podrá verla esta noche. —Le doy un beso a mamá en la coronilla—.

No os preocupéis, ¿de acuerdo? Es más fuerte de lo que parece. Podéis venir de visita mañana cuando Thalia ya esté en casa.

***

Al final me permitieron llevarme a Thalia a casa a pasar la noche; después de que el médico resoplase y refunfuñase, empeñado en que cambiásemos de idea sobre mantener a Thalia bajo observación. No está herida de gravedad, por lo que, más allá de impresionar a mi padre el alcalde, el doctor no tiene motivos para hacer que se quede aquí.

Después de asegurarle que traeré a Thalia mañana para que la revisen, firmó los papeles del alta. Thalia lleva el brazo en un cabestrillo y yo llevo un bolsa llena de analgésicos y las cosas que trajo mi madre.

—Derechita a la cama —digo cuando entramos en el piso.

Ares nos espera junto a la puerta, pero no está tan saltarín como de costumbre, como si pudiese presentir que no debería. Al contrario, se pone de pie apoyándose en sus patas traseras y olfatea el cabestrillo de Thalia.

Ella le da unas palmaditas en la cabeza, todavía algo grogui por los medicamentos, pero asiente en mi dirección y apunta al baño.

—Necesito darme una ducha y creo que voy a necesitar ayuda. —Se señala el cabestrillo.

La sigo hasta el baño, donde le bajo los pantalones de chándal y las bragas antes de ayudarla a sacarse la camiseta. Me desvisto en cuanto está a buen recaudo en la ducha, bajo el chorro de agua y ladeando la cabeza para que el agua le salpique la cara. Ya se le está formando un cardenal bajo la piel, una mezcla de rojo y morado que le marca el hombro y el omóplato.

—¿Cómo te encuentras? —La aprieto contra mi pecho.

—Cansada, pero quiero que hablemos.

Cojo su brazo sano, le doy la vuelta y mi boca atrapa la suya. Intenta bloquear el beso, formando una línea delgada con los labios y empujándome con una mano, pero no pienso consentirlo. La agarro de la mandíbula y lucho por colarme en su boca hasta que se

rinde y me deja entrar. Mi lengua acaricia la suya, el beso es exigente pero afectuoso.

—Te quiero —digo, apoyando la frente en la suya—. Te quiero, y nada va a cambiar eso. —Me aparto, pero no sin antes darle un piquito—. Hablaremos mañana. Necesitas descansar.

Se muerde el labio, pestañeando unas cuantas veces y creo que algunas de las gotas que bajan por sus mejillas son saladas.

—Yo también te quiero.

—Lo sé, *omorfiá*. Siento haberme largado anoche de mala leche. Tenía que pensar y encontrar la manera de enfrentarme a lo que me contaste.

Asiente con la cabeza una vez antes de apretujarse contra mi pecho.

—Mañana. Te lo contaré mañana.

La inquietud reaparece. Suena derrotada. Como si estuviese a la espera de que lo nuestro se termine una vez acabe de decirme lo que tiene que contarme.

Aparto a un lado esos pensamientos, la giro y le lavo el pelo, seguro que fatal. Jamás había hecho esto antes y Thalia tiene más pelo que ninguna mujer que haya conocido, así que me lleva una puta eternidad. Guarda silencio en todo momento y no dice una palabra mientras la ayudo a vestirse. Creo que tiene miedo de no poder parar de hablar si dice una sola palabra más esta noche.

TREINTA Y DOS

Thalia

—Buenos días —digo en el umbral de la cocina, donde Theo trastea con la cafetera, vestido con unos pantalones de chándal y una camiseta blanca básica.

Ladea la cabeza.

—Buenos días. ¿Qué haces despierta?

—He terminado de dormir.

—Ya veo. ¿Qué tal el hombro?

Me adentro en la cocina e intento subirme a la isla, pero el dolor punzante y el cabestrillo me detienen enseguidísima.

Theo acude al rescate, levantándome en el aire por la cintura. En cuanto estamos a la misma altura, con mi culo descansando sobre el mármol frío, me besa la frente.

—Deja de ser autosuficiente y cabezota y empieza a pedir ayuda.

—Necesito unos analgésicos y creo que me voy a pedir el día libre.

—Sí, y el resto de la semana también. —Coge los medicamentos con receta del cajón—. Vas a quedarte en casa hasta que ya no necesites tomar analgésicos.

—No estás vestido para ir a trabajar. —Frunzo el ceño, inspeccionando su rostro—. No tienes que hacerme de niñera, lo sabes, ¿verdad?

—No, no lo sé, pero quiero. —Me pasa una taza de café y se apoya contra los armarios.

El ambiente cambia al instante mientras unos ciempiés con unas patitas heladas me recorren la columna. La distancia entre nosotros hace que me mentalice para una conversación que no debería tener

con nadie, una para la que llevo preparándome de forma inconsciente desde que nos conocimos.

El corazón me late más rápido y se me hace un nudo en el estómago, cosa que odio. Nunca quiero sentirme insegura y titubeante cuando estoy con Theo, pero el pavor que siento es inconfundible. Mi mente ya se está preparando para enfrentarse al peor de los resultados. La presa que contiene mis lágrimas amenaza con reventar cuando envuelvo la taza con los dedos.

—¿Lo hiciste? —pregunta con lentitud, voz estable y expresión decidida—. ¿Mataste a tu marido?

Me trago el nudo de la garganta para dejar espacio para las palabras. Jamás le he hablado a nadie de aquella noche. Ni siquiera a mi abogado. Me asignaron a uno de oficio, por lo que no tuvo ni voz ni voto en el asunto. Si hubiese podido negarse a defenderme, lo habría gritado a los cuatro vientos.

—Vasilis era un dios en Tesalónica mucho antes de que diese comienzo su carrera política. —Empiezo por donde deberían empezar todas las historias: por el principio—. Desde que cumplió la veintena se esforzaba en conseguir fondos para orfanatos. Salía en los periódicos, llevando sacos de regalos y chuches a los niños, sonriendo y abrazando a los pequeñines contra su pecho.

Recuerdo mi fascinación por ese hombre. Estoy segura de que no es así como Theo se imaginaba esta conversación, pero si tengo que ponerlo en contexto y explicar el matrimonio y los cargos por asesinato, tengo que hacerlo de acuerdo a mis términos.

—Cuando decidió meterse a político, ganó las elecciones a alcalde con el ochenta y nueve por ciento de los votos. Yo me había presentado como voluntaria en su equipo de campaña.

—Thalia —me apremia Theo, apretando los dientes y también las manos en puños—. Por favor, tú… responde a la pregunta. ¿Lo mataste?

He ensayado esta conversación miles de veces en mi cabeza, y este es el mejor escenario que pude imaginarme.

—Solo llevábamos unas semanas saliendo cuando me propuso matrimonio —continúo—. Dos semanas más tarde, estábamos casados. Me quería y quería tener hijos… todos los que yo aceptase

tener. A mí me encantan los niños, Theo. Quiero ser madre desde que cumplí los dieciocho. —Le doy un sorbo al café, jugueteando con la pulsera de mi muñeca, demasiado avergonzada para mirarle a la cara—. Me fascinaba su amor. Aún a día de hoy, siento como si hubiese estado presa de un hechizo poderoso. Ciega ante lo evidente. —Respiro hondo.

»Nos mudamos juntos; él empezó a planear su campaña presidencial de inmediato y se encerraba en su despacho hasta altas horas de la noche. Era el único cuarto de la casa donde no se me permitía entrar, pero nunca cerraba la puerta con llave. Se quedaba abierta de par en par día y noche. Era su espacio, pero aquella mañana… —Trago saliva con fuerza, la voz se me desgarra y una lágrima solitaria se escapa de la presa.

Esto es más duro que lo que me imaginaba. He rememorado aquel día cientos de veces, pero no es lo mismo pensarlo que hablar de ello. No es lo mismo que compartir de verdad el secreto, arriesgando mi propia vida. Puede que esté muy lejos de Grecia, pero no hay lugar en el que pueda esconderme si él se decide a encontrarme.

Respiro una bocanada de aire profunda y calmante mientras me seco las lágrimas. Las manos me tiemblan cuando vuelvo a envolverlas en la taza.

—Estaba jugando con nuestro cachorro a tirarle la pelota. Entró corriendo en su despacho y yo lo seguí.

Cada palabra es más difícil de pronunciar que la anterior y hago pausas más a menudo, esforzándome por no venirme abajo cuando las imágenes que no quiero recordar jamás relampaguean ante mis ojos.

Me atrevo a echarle una miradita a Theo. No sé bien qué es lo que veo en sus ojos, pero a juzgar por cómo tamborilea con los dedos bajo la encimera, se le está agotando la paciencia. Estoy segura de que quiere que responda a la pregunta, pero, al mismo tiempo, se está aferrando a la encimera como si tratase de impedirse a sí mismo acercarse más a mí y envolverme en sus brazos.

—No lo planeé muy bien —susurro entre lágrimas, con la vista borrosa—. Conocía a un camello de cuando estaba en el instituto.

Cuando Vasilis volvió a casa aquella noche, le eché una pastilla en su vaso y después le preparé un baño mientras todavía podía andar.

Theo se remueve incómodo y el color abandona su cara. En cierto nivel de su subconsciente, conocía la respuesta a su pregunta antes de formularla. Anoche me contó que Nico encontró artículos sobre la muerte de Vasilis, pero no entró en detalles y no paró de repetir que ya hablaríamos por la mañana. Me apuesto lo que sea a que ya preveía la verdad. O al menos, se la había planteado.

Abre la boca para hablar, pero yo no he terminado. Si me interrumpe, si escucho desprecio en su tono de voz, no seré capaz de pronunciar una palabra más, y Theo tiene que saber lo que sucedió exactamente y por qué.

—No es tan fácil como cabría pensar… cortarle las venas a alguien —susurro, ahogándome con mis propias lágrimas, pero no me las seco. Dejo que me manchen las mejillas y la nariz y sujeto la taza de café con firmeza—. Hace falta más fuerza de la esperada. Sobre todo, si usas un cuchillito de cocina.

Me concentro en mis dedos, tirándome de un padrastro, pero percibo movimiento por el rabillo del ojo cuando Theo cambia el peso de un pie a otro, callado y seguramente horrorizado. No me puedo ni imaginar lo que se le estará pasando por la cabeza. ¿Está preocupado? ¿Le asusta que sea una desequilibrada y pueda hacerle daño a él también? ¿Quiere saber por qué o se está preguntando como puede deshacerse de mí lo más rápido posible?

—La policía le realizó una autopsia. Al revisar los resultados toxicológicos de Vasilis, supieron que lo habían drogado. La prueba estaba ahí mismo…, mi billete de ida sin retorno a la cárcel. Todo el mundo me dio la espalda: familia, amigos, la ciudad entera. El país entero. Me convertí en una villana. Y de las peores, porque había matado al hombre que todos querían, al héroe.

Mi voz vuelve a estabilizarse. Había aprendido a bloquear el dolor de lo que la sociedad me hizo. El único dolor que permanece enterrado en mi interior no es por mí, sino por *ellos*, los que no pudieron protegerse a sí mismos.

—La gente es cruel. Me escupieron, amenazaron con matarme y me llamaron todo lo que se te pueda ocurrir. Recibí cientos de cartas

horribles mientras estaba bajo custodia policial a la espera del juicio. Ni una sola persona me respaldó, pero me negaba a declararme culpable. No me sentía culpable, Theo. Sigo sin sentirme así.

Hasta yo sé que sueno como una demente. ¿Cómo es posible que no me odie a mí misma por arrebatarle la vida a otra persona? Me lo llevo preguntando desde hace casi dos años, analizando bajo lupa mi comportamiento y personalidad en busca de señales de que sufra algún desequilibro mental. ¿Y si soy una psicópata?

Tal vez lo sea…

Tal vez debería estar encerrada en un psiquiátrico.

Las lágrimas se me secan y las manos me dejan de temblar. No me arrepiento de lo que hice. Valió el dolor y sufrimiento que tuve que padecer después. No tenía ni punto de comparación con lo que tuvieron que padecer *ellos*.

—Hice lo que creí que era lo correcto. El juicio estaba en boca de todos y el juez se estaba dejando la piel en condenarme lo antes posible. Nunca les dije si había matado a Vasilis o por qué. Nadie preguntó. Dieron por sentado lo que había pasado, pero nadie acertó. Solo una persona conoce el motivo real: su padre. Y, ahora, tú también lo sabrás.

—¿Por qué? —murmura Theo, haciendo que lo mire.

Una vez más, no tengo claro qué es lo que brilla tras sus ojos. ¿Miedo? ¿Desprecio? ¿Curiosidad? Puede que sea una mezcla de las tres. O igual es algo completamente distinto.

—¿Recuerdas que te hablé del despacho? Averigüé por qué no tenía permitido entrar. Averigüé por qué Vasilis se involucraba tanto en ayudar a todos los orfanatos de la zona. Vi la razón en su portátil. Su salvapantallas era un *collage* de fotos de niñitos y niñitas… *desnudos*.

—Joder —musita Theo por lo bajo, con los ojos muy abiertos y clavados en mi cara y la tez cenicienta—. ¿Era…? Dios —resopla, incapaz de llamar a ese monstruo por su nombre.

No lo culpo. No se me ocurre un crimen peor que el cometido por mi difunto marido.

—Había un archivo en su escritorio lleno de videos de Vasilis violando a niños —digo con un hilo de voz—. A plena vista. No

estaba oculto ni protegido tras una contraseña. Era un hombre poderoso, con un hombre todavía más poderoso detrás: su padre, antiguo presidente de Grecia. No sé si Vasilis se sentía invencible o… —Resoplo un suspiro, clavándome las uñas en las palmas—. Su padre habría enterrado las pruebas y hecho de mi vida un infierno si hubiese intentado desenmascarar a Vasilis. No sabía de qué otra forma impedir que siguiese haciéndole daño a niños.

Dos años más tarde, sigue sin ocurrírseme una mejor alternativa. Una solución que hubiese permitido que él siguiese con vida. Una que me hubiese permitido a mí quedarme en Grecia con mi familia.

Le doy otro sorbo al café, esperando a que Theo procese la información. Está perdido en sus pensamientos, apretando los dientes con aire distraído. Pasan minutos antes de que hable y, cuando lo hace, la voz le sale desgarrada, como si estuviese obligando a funcionar a sus cuerdas vocales.

—¿Por qué te retiraron los cargos?

El alivio intenta colarse en mi corazón porque no parece estar asustado de mí. No parece que yo sea una enfermedad parasitándole la vida. No me habría arrepentido de pasar veinticinco años en la cárcel por matar a Vasilis, pero eso no significa que quisiera. Después de que expirase su último aliento, me hice con su portátil, a sabiendas de que las pruebas que contenía podían ser la baza capaz de salvarme de pasar una vida tras las rejas en una cárcel de máxima seguridad.

—A mitad de juicio, el padre de Vasilis accedió a hablar conmigo. Hizo los preparativos para mantener una conversación en privado sin testigo alguno. —Alzo la vista, encontrándome con los ojos oscuros de Theo—. Lo chantajeé. Le dije lo que su hijo había hecho y que, si yo caía por su asesinato, lo arrastraría a él y a su buen nombre conmigo. Rizos era mi oportunidad de salir impune. Le dije que haría públicas las pruebas. Sería su fin, el fin de su familia, y él jamás permitiría tal cosa.

»Dos semanas más tarde, volvió con una pila de documentos legales; era su póliza de seguros para garantizar que jamás le contase a nadie por qué maté a su hijo. Retiraron los cargos,

declararon que la muerte de Vasilis había sido un suicidio y me soltaron.

Theo da el primer paso adelante, pero yo me echo hacia atrás y alzo una mano antes de que pueda tocarme.

—No te lo tomes a la ligera. *Asesiné* a una persona. Le corté las venas y vi cómo se desangraba. Tómate un segundo para pensar en lo que quieres hacer a continuación.

Aprieta la mandíbula con furia, pero mantiene la distancia entre nosotros cuando da voz a otra pregunta.

—¿Volverías a hacerlo? ¿Lo matarías sabiendo lo que sabes hoy en día? ¿Sabiendo que tu familia y tus amigos te odiarán? ¿Que dejarán de formar parte de tu vida?

No tengo que pensarme la respuesta. He tenido mucho tiempo para enfrentarme a lo que hice, para revivir cada segundo de aquel fatídico día. Perdí mi vida tal y como la conocía. Nunca podré contarles a mis padres la verdad y, a pesar de que retiraron los cargos, no quieren saber nada de mí. Les costaría su sustento si me apoyasen.

—Sí —respondo con honestidad—. Lo volvería a matar. Una y otra vez, porque no sé qué otra cosa podría haber hecho para pararle los pies. No he salvado el mundo, pero si he evitado, aunque sea, que un solo niño sufra, valió la pena.

Esta vez no me deja frenarlo cuando se me acerca y me acuna la cara, acariciándome los pómulos con los pulgares antes de que sus labios vayan al encuentro de los míos en un beso lento y profundo.

Mi mundo se desmorona a mi alrededor y, en un segundo, se levanta de nuevo con una nueva fuerza, esperanza y vida.

—Te quiero, *omorfiá*. Muchísimo. Eres más fuerte que mis hermanos y yo juntos, y me enorgullece un montón que seas mía. —Presiona los labios contra mi frente—. No voy a dejarte marchar nunca.

Muevo las manos a sus costados y las envuelvo en su espalda.

—Siento no habértelo contado antes. Intento no pensar en ello porque me duele saber que no volveré a ver a mis padres nunca. No puedo contarles la verdad.

—Me la has contado a mí. Puedes contársela a ellos también.

Niego con la cabeza y cierro los ojos con fuerza.

—Tú me crees. Ellos no lo harán.

—¿Por qué cojones no iban a creerte? Eres su hija.

—Ya no. Intenté hablar con ellos cuando retiraron los cargos, pero ni siquiera me dejaron entrar en casa. Mi padre me dio un bofetón y me dijo que no me volviese a dejar ver por ahí jamás. Quise escribirles una carta, pero no puedo decir nada más que lo que ya les conté. No debería estar contándote a ti el secreto. Si Rizos se entera de que quebranté el acuerdo de confidencialidad, iré directa a la cárcel.

—No se lo contaré a nadie, Thalia. Puedes confiar en mí, lo juro.

—Confío en ti. Tienes mi vida en la palma de tu mano. Eres la única persona que lo sabe y la única persona que importa.

Me envuelve en sus brazos, arrimándome a su pecho, y me besa en la coronilla.

—Ahora yo soy tu familia. Yo, mis hermanos y mis padres.

TREINTA Y TRES

Theo

¿Qué haces cuando descubres que la mujer a la que amas asesinó a su marido?

¿Huir?

¿Quedarte?

¿Llamar a la policía?

Todas ellas pueden ser buenas opciones, dependiendo de la situación. Solo una de ellas se aplica a *mi* situación.

Thalia y yo pasamos el resto del día en el sofá, hablando y mirando *Ozark*. Bueno, ella miraba la serie mientras yo reproducía en mi cabeza lo que me contó antes, a la espera de que el miedo o la duda me invadiesen. A la espera de que llegue la reacción cuerda. Al fin y al cabo, estoy abrazando a una mujer que cometió un asesinato. Estoy abrazando a una mujer que le cortó las venas a un hombre. Una mujer que chantajeó con éxito al antiguo presidente de Grecia y consiguió librarse de la cárcel.

Y, al mismo tiempo, estoy abrazando a una mujer que ayudó a una amiga que estaba demasiado borracha para saber lo que hacía. Una mujer que salvó a una desconocida de que la violasen al enfrentarse a Asher. Una mujer que se aseguró de que mi perro estuviese a salvo y seguro antes de enfrentarse a Kai. Un mujer que ha sacado lo mejor de mí y ha hecho que me sienta vivo y más feliz que nunca.

El miedo y la duda no llegan. Me siento en paz, de hecho, además de orgulloso y agradecido de que ella llegase a mi vida.

Thalia se quedó frita hace rato, pero la serie sigue reproduciéndose como sonido de fondo para mi diálogo interno. Es

preciosa, acurrucándose contra mí como si yo fuese todo lo que necesita. Como si fuese todo lo que tiene.

Madre del amor hermoso.

Sí que soy todo lo que tiene.

También están sus amigos y mi familia, pero puede que yo sea la única persona que la quiere y ese pensamiento hace que se me forme un nudo la garganta. Tiro de la manta más arriba, arropándola, con cuidado de no hacerle daño en el hombro. Muevo los dedos de arriba abajo por su hombro a un ritmo monótono y estable.

Recuerdo cuando pensé que estaba embarazada y rememoro la sensación desmesurada de calidez y emoción que me recorrió en aquel instante. En el fondo, siempre supe que sentar la cabeza sería pan comido cuando conociese a la mujer indicada. Puede que no sea el mejor momento para tomar esta decisión, pero estoy convencido de que nunca me arrepentiré.

Yo: Chicos, voy a necesitar ese anillo.

Shawn: ¡No me vaciles! ¿¡De verdad vas a pedirle matrimonio?!

Logan: Veo que habéis arreglado las cosas. Bien. No pierdes el tiempo, ¿eh?

Yo: Sí, a menos que… ¿haya algún tipo de calendario establecido para esto del que yo no tengo ni idea? O una señal del cielo que deba esperar.

Nico: {gif}

Veo el gif de un tío caminando por la calle y sosteniendo un cartel de cartón por encima de su cabeza donde se lee: «Esta es una señal». Me trago la carcajada. Un peso enorme abandona mis hombros y se desvanece como humo en el aire de la tarde.

Mis hermanos y yo siempre hemos sido unos imprudentes. Supongo que me perdí el momento en que maduramos y nos hicimos mayores porque sus ánimos y aprobación me pillan por

sorpresa y lo significan todo para mí. El alivio me llena igual que el aire caliente a un globo aerostático y beso con tiento la coronilla de Thalia, teniendo cuidado de no despertarla.

Shawn: Jack dice que conoce a un joyero que hará lo que te salga a ti de las narices.

Nico: ¿Debería liberar algo de tu dinero? ¿Te explicó el misterio del asesinato?

Yo: Lo de ese joyero suena bien. No a lo del dinero, Nico. Y sí, me lo explicó. Todo está bien. Hablaremos mañana. Tengo a mi chica dormida encima y me las hará pagar si la despierto.

Logan: Mierda, yo también quiero estar tan acarameladito. Tiene pinta de molar. ¿Alguien conoce a alguna chica con la que me pueda casar?

Nico: Depende de lo desesperado que estés.

Apago la pantalla y dejo el móvil a un lado. Vibra unas cuantas veces, señal de que siguen mensajeándose, pero no me interesa. Presiono los labios contra la coronilla de Thalia, preparado para lo que sea que esté por venir.

***

Una semana.

Ese es todo el tiempo que Thalia tuvo que llevar el cabestrillo.

Toda una semana de rigurosa prohibición para practicar sexo.

En cuanto el médico le quito el cabestrillo y yo comprobé por tercera vez que ya no le doliese, salimos del hospital y recorrimos el pueblo a toda pastilla, directos a casa.

Y, en cuanto ponemos un pie en el piso, me abalanzo sobre ella.

—Demasiado tiempo. Una semana es demasiado puto tiempo, *omorfiá*. —Me arranco la camiseta de la espalda y le quito el vestido veraniego a Thalia con tanto ímpetu que las costuras ceden cuando

tiro de la cremallera—. Te compraré uno nuevo. —La hago girar sobre sí misma, arrancándole el resto de la tela del cuerpo hasta que cae al suelo en un gurruño blanco y azul.

Gira sobre sus talones y, sin dudar ni un instante, se deja caer de rodillas, tira de mis vaqueros hacia abajo y libera mi polla en un movimiento fluido. Esto no es lo que tenía en mente. Lleva dedicándome atenciones con su boca toda la semana. Es hundirme dentro de ella lo que necesito, pero las palabras se me atascan en la garganta cuando sujeta mi polla con una mano y envuelve sus labios suaves como la seda en mi glande hinchado, lamiendo las primeras gotas de líquido preseminal como si llevase meses sin saborearme.

—La hostia —suelto con voz ronca, pero en vez de ayudarla a ponerse de pie como pretendía, la sujeto en su sitio cuando me acoge más profundamente en su boca.

Me quedo sin palabras cuando me chupa, succionando las mejillas y con los ojos entornados cuando me mira. ¿Cómo cojones he tenido tanta suerte? Puedo ver que le encanta el control que ejerce mientras su mano me la casca en sincronía con sus labios y yo quedo a su merced.

—La hostia —vuelvo a murmurar cuando mi polla golpea el fondo de su garganta—. Se te da tan bien esto, tan bien…

Envuelvo sus rizos en mi muñeca, pero, en cuanto el orgasmo empieza a formarse en la base de mi columna, le tiro del pelo, pidiéndole en silencio que se detenga.

Pero ella no ha terminado.

Me araña el muslo, girando la mano mientras me acaricia el miembro y retorciendo la lengua sobre la punta antes de envolverme con sus labios hasta tan abajo como puede.

—Thalia —le advierto, pero mi resistencia se desmorona cuanto más me acerco al límite. No se detiene y no me deja apartarla—. Mierda —gruño, derramándome en su boquita caliente y perfecta y sujetándole la cabeza para que no se mueva durante esos intensos segundos.

Libera mi polla con un sonido de pop y yo me agacho, la cojo en brazos y la llevo hasta la cama. No la tiro encima como hago normalmente. Su hombro necesitará más que una semana para

curarse, por lo que tengo que tener cuidado con lo que hago durante una temporada.

Cubro su cuerpo con el mío, capturando sus labios en un beso largo y profundo.

—Me las pagarás por hacer que me corriese antes de tener la oportunidad de sentir cómo te corrías en mi polla.

Se muerde el interior de la mejilla, enredando las manos en mi pelo.

—No finjas estar disgustado.

—Ah, no estoy disgustado —susurro, raspándole el cuello con los dientes—. Pero puede que no seas capaz de andar cuando termine contigo esta noche. Necesito media hora para recuperarme. Veamos cuantos orgasmos puedes tener en treinta minutos.

—¿Se supone que eso es un castigo? —Se ríe, pero ni diez segundos más tarde, jadea con suavidad cuando le rodeo con el pulgar su capullito de nervios en la cima de su entrepierna.

—Tómatelo como quieras. —Bajo más para rodearle el pezón erecto con la lengua.

No tarda mucho en tener el primer orgasmo. Pasan dos, puede que tres minutos, antes de que se quede quieta y me muerda el labio inferior cuando trato de tragarme esos gemidos eróticos.

—Uno. Ahora, necesito una probadita —digo, arrastrándola más arriba de la cama. El primer lametazo de mi lengua hace que apriete las sábanas con los puños mientras deja escapar un suave gemido. Retuerce las caderas en cuestión de minutos y yo introduzco un dedo en su interior cuando está a punto de correrse—. Dos —murmuro, lamiéndola hasta dejarla seca—. No hay nada que me guste más que ver cómo te corres.

Llegamos hasta los cinco antes de que vuelva a estar listo y la primera embestida profunda y apremiante empuja a Thalia hacia arriba por la cama.

—Joder, te he echado muchísimo de menos. —Me cierno sobre ella, descansando mi peso en un codo mientras la sujeto del cuello con el otro.

—Yo también te he echado de menos —susurra, sus palabras son como un *staccato* jadeante cuando mis embestidas cogen ritmo y

sus piernas se enrollan en mi cintura—. Ay, Dios… es un castigo —musita un instante más tarde—. Sí, está claro que es un castigo. Es demasiado, voy…

—No es demasiado. Abandónate.

Cierro la boca en su pecho, arrastrándola otra vez por el precipicio. Está hipersensible, cada orgasmo es más fácil de provocar que el anterior y yo me pregunto si será posible que llegue a los diez.

—Te quiero —dice, hundiéndose en mis labios cuando otro orgasmo le sacude el cuerpo.

Jamás me cansaré de escuchárselo decir.

—Repítelo.

—Te quiero.

Le cierro los labios con un beso desesperado y profundo.

—Yo te quiero más. —Me hundo en ella más rápido y entierro la cara en el hueco de su cuello, besándole la piel tierna—. Muchísimo, joder. Te quiero encima de mí, pequeña. —Nos doy la vuelta, recuesto la espalda contra el cabecero, con una mano cubriéndole la espalda a Thalia y la otra agarrándole del pelo con fuerza—. Ve lento.

Intenta mantener un ritmo estable, a pesar de sus piernas débiles y su cuerpo exhausto que casi se derrumba sobre el mío como si quisiera fundirse en mi cercanía. Sus manos pequeñas me recorren los hombros, trazando los músculos. Me tira del pelo y me toca la cara una y otra vez. Nuestras respiraciones se aceleran, nuestros besos se tornan urgentes, sensuales y afectuosos, todo a la vez.

—Tranquila —la arrullo, deteniéndola cuando estoy bien enterrado dentro de ella—. No tengas prisa. Esta noche, no. —Le roto las caderas, ajustando el tempo a mi gusto y la aprieto contra mí mientras me cabalga, aferrada a mi pecho.

Y es justo en ese preciso instante que sé que ella es todo lo que necesitaré jamás. Mía. Ahora y para siempre.

EPÍLOGO

Theo

Mismo lugar. Misma chica. Seis meses de diferencia.

Aquí es donde vi por primera vez a Thalia y a su mata de rizos entrando en Tortugo con un atuendo negro de dos piezas. Cruzó el local con la mirada puesta en la barra, agarrando con las manos un bolsito y sus caderas curvilíneas ondeándose de derecha a izquierda.

Recuerdo a Nico hablando del restaurante que él y Jared estaban a punto de abrir, pero sus voces se fueron apagando cuando la vi. Fue el momento más surrealista de mi puta vida. Me sentí como si llevase años viendo la tele todos los días y ella fuese la primera cosa real que veía.

Una decisión, la de acercarme a ella, puso mi vida patas arriba. Hasta aquel momento, solo me preocupaba por mí mismo. Sí, quería a mi familia y habría dado mi brazo derecho para ayudar a todos y cada uno de mis hermanos, pero a la hora de la verdad, en mi día a día, solo tenía que preocuparme de mí mismo.

Todo cambió aquella noche hace seis meses en este mismo bar. En este sitio *exacto*.

Thalia se apoya en la barra con el pelo sobre un hombro y los ojos brillantes mientras espera a que el barman nos entregue nuestras bebidas. Es preciosa. No solo lo está ahora mismo, si no siempre. Incluso cuando sale de cama por las mañanas, gruñendo y refunfuñando hasta que se bebe el primer sorbo de café.

El barman pone la caipiriña de Thalia sobre una servilleta y la desliza por la barra mientras ella escanea la estancia por encima del hombro, esperando a sus amigas y mis hermanos. Le dije que nos encontraríamos con ellos aquí para tomarnos unas copas antes de

dirigirnos a Q, pero no va a venir nadie. Esta noche tengo unos planes diferentes. Nos tomaremos una copa y después, con suerte, haremos un viaje por carretera. Solo nosotros dos.

Al lado del vaso alto hay una cajita de terciopelo rojo.

La tapa está abierta, dejando a la vista un anillo de diamantes que me ha llevado todo el día escoger. Igual habría sido más sencillo si hubiese ido a la joyería solo en vez de arrastrar a Shawn y Jack conmigo.

La banda de plata está decorada con diamantes diminutos y uno grande en el centro. Refleja la luz de los halógenos sobre la barra, brillando como deberían hacer los anillos.

Thalia me sonríe antes de que sus ojos vayan a parar a la bebida y se quede quieta, contemplando la cajita roja. Me alegro de que esté tan asombrada. Hoy hubo un momento en que me preocupó que me hubiese pillado y supiese lo que estaba planeando, pero por el modo en que las mejillas se le ruborizan y los ojos se le abren como platos sé que no tenía ni idea.

—¿Te parezco guapo, Thalia? ¿Divertido? ¿Interesante? —La cojo de la mano y tiro de ella hasta que da un paso más cerca—. Creo que Las Vegas está a solo cinco horas de distancia. ¿Cuánto tengo que emborracharte para que digas «sí, quiero»?

La confusión y la sorpresa en su cara bonita se transforman en la sonrisa más preciosa de la historia.

—Veo que se te está pegando mi sentido del humor, pero deberías saber que no te conviene desafiarme.

—Primero tienes que decir que sí, *omorfiá*.

Coge la cajita y me la empuja contra la mano.

—Aún no me has hecho la pregunta.

Esbozo una sonrisita. Sabía que no me lo pondría fácil.

—Desperdicié casi tres meses teniéndote como amiga cuando quería que fuese más que eso. No voy a perder el tiempo insistiendo en que seas mi novia cuando quiero que seas mi mujer. —Saco el anillo de la cajita y lo acerco a su dedo, preparado para ponérselo—. No sé qué se supone que debo hacer si dices que no, así que no lo hagas.

Esboza una sonrisa más amplia, meneando los dedos a la espera de la pregunta. Creo que todo el bar está esperando con ella porque nadie habla.

—¿Quieres casarte conmigo?

Thalia mete el dedo en el anillo.

—¿De verdad te pensabas que iba a decir que no? —Se ríe, envolviéndome el cuello con los brazos y acercándose para darme un beso—. Sí, claro que quiero casarme contigo.

La gente aplaude y vitorea, pero en realidad no les presto atención. Los ignoro y, tal y como pasó aquella primera noche, no existo fuera de la burbuja de Thalia y Theo. Solo existimos nosotros, besándonos junto a la barra, con mis manos en su pelo y nuestros labios moviéndose en sincronía.

—Has dicho que sí —digo contra su boca, apartándome—. Ahora, responde a mi primera pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Cuánto tengo que emborracharte para que digas «sí, quiero»?

Los ojos se le agrandan durante un segundo y entonces otra sonrisa le curva los labios, una que me dice que se piensa que estoy de broma.

No estoy para nada de broma.

Hay una maleta en el maletero de mi coche que lo demuestra.

Thalia se termina la copa mientras continúa admirando el anillo.

—Creo que estoy lo bastante borracha, Sr. Hayes. ¿Ahora qué?

—¿Ahora? —La tomo de la mano y echamos a andar hacia la puerta mientras la gente nos grita su enhorabuena—. Ahora vamos a casarnos, *omorfiá*.

---

[1] *Bienvenida*

[2] *No esperaba escuchar hablar griego en California*

[3] *Belleza*
[4] *Gracias*
[5] *Dios mío*
[6] Sí. Sí. Otra vez, por favor.
[7] *Cariño mío.*

Gracias por leer la historia de Theo y Thalia. ¡Espero que de verdad la hayas disfrutado!

Logan es el siguiente y puedes leer los dos primeros capítulos de su libro aquí:

Muy Mal

Reserva la historia de Logan aquí.